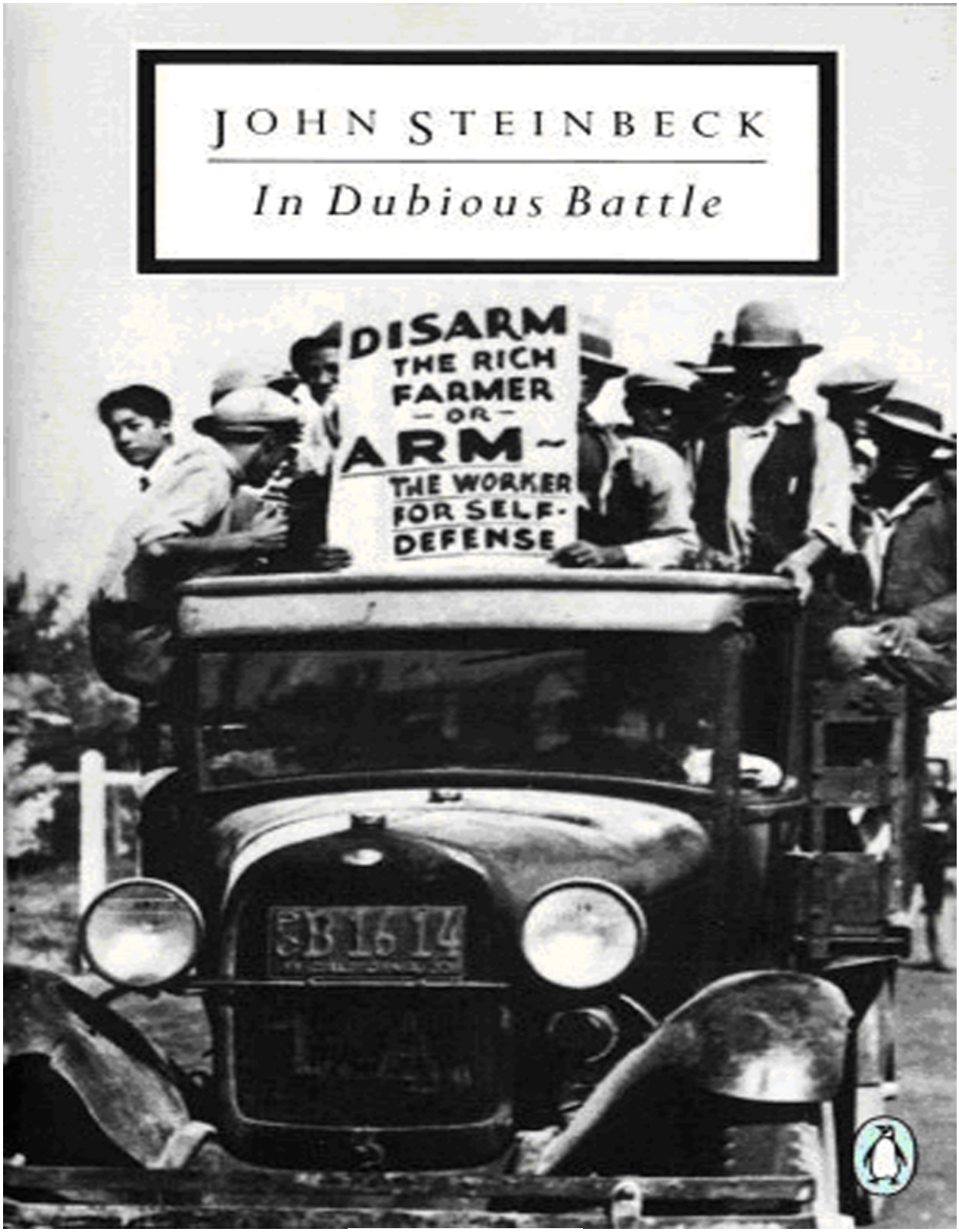
En dudosa batalla
JOHN STEINBECK



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Una fuerza innumerable de Espíritus armados *que osó desdeñar su reino y preferirme a mí, se enfrentó a si poder inconmensurable en dudosa batalla en las llanuras del Cielo, haciendo estremecer su trono. ¿Qué importa la batalla perdida?*
No todo está perdido, pues quedan la voluntad inconquistable, el sentimiento de venganza, el odio inmortal y el coraje nunca sometido ni rendido.
¿Qué más se precisa para vencer?
EL PARAISO PERDIDO

Las personas y lugares que aparecen en este libro son ficticios.

1

Por fin llegó la noche. Las luces se encendieron afuera, en la calle, y el letrero de neón del restaurante de la esquina comenzó a conectarse y desconectarse bruscamente, haciendo estallar en el aire su luminosidad color rojo subido. En el interior de la habitación de Jim Nolan el letrero proyectaba una luz roja atenuada. Por espacio de dos horas, Jim había permanecido sentado en una mecedora pequeña y dura, con los pies sobre la blanca colcha. Ahora que ya había anochecido completamente, colocó los pies en el suelo y se palmoteo las piernas dormidas. Durante un momento, se quedó tranquilamente sentado, mientras oleadas de hormiguillo le subían y le bajaban por las pantorrillas. Luego, se puso en pie y fue a encender la luz, que surgía de una bombilla desprovista de pantalla. La habitación amueblada se iluminó, mostrando la gran cama blanca, con su colcha asimismo blanca como el yeso, el escritorio de roble dorado, y la limpia alfombra roja gastada hasta la moqueta, de color castaño.

Jim se dirigió hacia el lavabo situado en el rincón, se lavó las manos y se humedeció el cabello dejando pasar el agua a través de sus dedos. Mirando al espejo colgado en el rincón del cuarto, encima del lavabo, contempló de cerca por un momento sus propios ojos, pequeños y grises. De un bolsillo interior extrajo un peine provisto de clip, y se peinó su cabello castaño y liso, partiéndolo limpiamente con una raya a un lado. Vestía un traje oscuro y una camisa gris de franela, abierta en el pecho. Con una toalla secó el jabón y dejó caer la delgada pastilla en una bolsa de papel abierta que había sobre la cama. Esa bolsa contenía una maquinilla Gillette, cuatro pares de calcetines nuevos y otra camisa de franela gris. Echó una mirada a la habitación y retorció la boca de la bolsa a fin de cerrarla. Por espacio de un momento más, miró como de pasada al espejo, apagó la luz y traspuso el umbral.

Descendió por la escalera estrecha y sin alfombrar, y llamó a una puerta situada junto a la principal. Se abrió un poco. Una mujer se le quedó mirando y luego abrió más. Se trataba de una rubia corpulenta, con un lunar oscuro junto a la boca. Le sonrió.

-Señor Nolan.

-Me marcho -anunció Jim.

-Pero volverá. ¿Quiere que le guarde su habitación?

-No. He conseguido que sea definitivamente. Recibí una carta.

-Usted no recibió cartas aquí -observó la mujer en tono de sospecha.

-No, me llegó a mi lugar de trabajo. Ya no volveré. Me han pagado una semana de salario por adelantado.

La sonrisa de la casera se borró lentamente. Su expresión pareció deslizarse hacia la cólera sin experimentar, por lo demás, un gran cambio.

-Debió usted comunicármelo con una semana de anticipación -dijo abruptamente-. Es el reglamento. Tengo que quedarme con el depósito porque no me avisó usted.

-Lo sé. Todo está conforme. No sabía cuánto tiempo iba a poder quedarme.

La sonrisa volvió al rostro de la casera.

-Ha sido usted un inquilino bueno y tranquilo, por más que no haya permanecido aquí mucho tiempo. Si alguna vez vuelve, véngase directamente, que le encontraré sitio. Hay marineros que vienen a mi casa cada vez que tocan este puerto, y yo les consigo habitación. No irían a ningún otro lugar.

-Lo tendré en cuenta, señora Meer. Dejo la llave en la puerta.

-¿Ha apagado la luz?

-Sí.

-Bien, pues no subiré hasta mañana por la mañana. ¿Quiere usted entrar y echar un traguito?

-No, gracias. Tengo que irme.

Los ojos de la patrona se empequeñecieron en un gesto de inteligencia.

-¿Está usted metido en un lío? Tal vez yo pudiera ayudarle.

-No. Nadie anda detrás de mí. Simplemente, voy a cambiar de trabajo. Bien, buenas noches, señora Meer.

Le tendió una mano cubierta de polvos. Jim se cambió de mano la bolsa de papel y estrechó por un momento la mano de la mujer, sintiendo la blanda carne bajo sus dedos.

-No lo olvide -insistió ella-. Yo siempre puedo encontrar habitación. La gente vuelve a mi casa año tras año: marineros y viajantes.

-Lo tendré en cuenta. Buenas noches.

Ella se lo quedó mirando hasta que atravesó la puerta principal y descendió los peldaños de cemento hasta la acera.

Caminó hasta la esquina y miró el reloj del escaparate de una joyería: las seis y media. Echó a andar con rapidez en dirección Este, atravesando un barrio de almacenes y tiendas especializadas, y después otro de comercios al por mayor, tranquilo ahora, al atardecer, con las calles estrechas desiertas y las puertas de los almacenes atrancadas con barras de madera y telas metálicas. Por último, llegó a una vieja calle de edificios de ladrillo, de tres plantas. Las plantas bajas las ocupaban casas de empeños y vendedores de herramientas de segunda mano, mientras que en los dos pisos superiores tenían sus consultorios dentistas y abogados fracasados. Jim fue mirando cada portal hasta que halló el número que buscaba. Traspuso una oscura entrada y subió los estrechos peldaños, recubiertos de caucho y con los bordes protegidos por tiras de latón. Una débil luz de noche alumbraba en lo alto de la escalera, pero sólo una puerta del largo vestíbulo mostraba luz a través de su cristal esmerilado. Jim se aproximó, miró el "Dieciséis" escrito en el cristal, y llamó.

-Adelante -invitó una voz áspera.

Jim abrió la puerta y penetró en una pequeña y desnuda oficina que sólo constaba de una mesa escritorio, un archivador metálico, un catre de campaña y dos modestas sillas. Sobre la mesa había un hornillo eléctrico en el cual una cafeterita de hojalata hervía y despedía vapor. Un hombre miraba solemnemente a Jim por encima del escritorio. Dirigió una ojeada a una tarjeta que tenía ante sí y preguntó:

-¿Jim Nolan?

-Sí.

Jim le contempló de cerca: un hombrecillo pulcramente vestido con un traje oscuro. Su espeso cabello estaba peinado hacia abajo, sobre cada lado desde la coronilla, en un vano intento de cubrir una cicatriz blanca de algo más de un centímetro de anchura que se extendía horizontalmente sobre la oreja derecha. Los ojos eran penetrantes y negros, unos ojos inquietos y nerviosos que se movían constantemente de Jim a la tarjeta, de ésta a un calendario de pared y a un despertador, para volver a Jim. La nariz era ancha, gruesa en el puente y estrecha en la punta. La boca pudo haber sido en otro tiempo carnosa y suave, pero la tensión muscular habitual la había apretado, dibujando una profunda línea en cada labio. Aunque aquel hombre no podía tener más de cuarenta años, su rostro mostraba unas acusadas arrugas en forma de paréntesis que delataban su resistencia al ataque. Sus manos eran nerviosas, como sus ojos; manos anchas, casi demasiado grandes en relación con el cuerpo, provistas de dedos largos con las puntas en forma de espátula y uñas planas y gruesas. Esas manos se movían por la mesa como las manos exploradoras de un ciego, palpando las esquinas del papel, siguiendo el extremo del tablero, tocando sucesivamente cada botón de su chaleco. La mano derecha se adelantó hacia el hornillo y lo desconectó.

Jim cerró la puerta despacio y se acercó al escritorio.

-Me dijeron que viniera aquí.

De improviso, el hombre se puso en pie y tendió su mano derecha por encima de la mesa:

-Soy Harry Nilson. Tengo aquí su solicitud. -Jim le estrechó la mano-. Siéntese, Jim-la nerviosa voz sonaba suave, pero esta suavidad era el resultado de un esfuerzo.

Jim acercó la única silla libre y tomó asiento junto al escritorio. Harry abrió un cajón, extrajo un bote de leche abierto, con los orificios tapados con cerillas, un azucarero y dos gruesas tazas.

-¿Quiere usted una taza de café?

-Ya lo creo.

Nilson sirvió el café negro en las tazas y dijo:

-Así es como procedemos con las solicitudes, Jim. Su tarjeta fue al comité de admisión, y yo tengo que hablar con usted y redactar un informe. El comité examina el informe y entonces los miembros le votan. Como ve, si le hago demasiadas preguntas es porque no tengo más remedio.

Añadió leche a su café, luego levantó la vista y sus ojos sonrieron durante un segundo.

-Desde luego, me hago cargo -dijo Jim-. He oído decir que seleccionan ustedes más que el Union League Club.

-¡Dios mío, no tenemos más remedio! -mostró a Jim el azucarero, y añadió bruscamente-: ¿Por qué quiere usted afiliarse al Partido?

Jim revolvió el café. Su rostro se frunció en un gesto de concentración, y dirigió la mirada hacia sus rodillas.

-Bien, podría darle un montón de pequeñas razones, pero la principal es ésta: toda mi familia ha sido arruinada por este sistema. A mi viejo, o sea mi padre, le aporrearon tanto en los disturbios laborales que lo dejaron sonado. Se le metió en la cabeza que tenía que dinamitar el matadero donde trabajaba. Bien, pues recibió una perdigonada en el pecho durante un tumulto.

Harry le interrumpió:

-¿Era su padre Roy Nolan?

-Sí. Le mataron hace tres años.

-¡Jesús! -exclamó Harry-. Tenía fama de ser el tipo más duro del país. He oído decir que era capaz de cascar a cinco polis él solito.

-Imagino que podía hacerlo -admitió Jim sonriendo-, pero cada vez que salía se encontraba con seis. Siempre le pegaban unas palizas de todos los demonios. Acostumbraba a venir a casa cubierto de sangre, se sentaba junto a la estufa y entonces teníamos que dejarlo solo. Ni siquiera podíamos hablarle, pues de lo contrario se hubiera echado a llorar. Cuando mi madre, más tarde, lo lavaba, gimoteaba como un perro. -Hizo una pausa-. Como usted sabe, era matarife en el matadero. Acostumbraba a beber sangre caliente para mantenerse fuerte.

Nilson le dirigió una rápida mirada y luego apartó sus ojos de él. Dobló la esquina de la tarjeta de solicitud y la devolvió a su posición primitiva con la uña del pulgar. Preguntó suavemente:

-¿Vive su madre?

-Murió hace un mes -dijo Jim entornando los ojos-. Yo estaba en la cárcel. Treinta días por vagancia. Me llegó la noticia de que se moría y me permitieron ir a casa acompañado por un poli. No parecía que le ocurriera nada. No quería pronunciar palabra. Era católica, sólo que mi viejo no le permitía ir a la iglesia; él odiaba las iglesias. Se me quedó mirando. Alrededor de las cuatro de la madrugada murió. No parecía en absoluto que se estuviera muriendo. No asistí al funeral.

Imagino que me lo hubieran permitido, pero no quise ir. Supongo que ella ya no quería vivir más, y ni siquiera le importaba ir al infierno.

Harry le interrumpió nerviosamente.

-Bébase su café y sírvase más. Está usted medio dormido. ¿No toma usted nada?

-¿Quiere usted decir si me drogo? No, ni siquiera bebo.

Nilson sacó una hoja de papel y tomó unas breves notas.

-¿Qué le ocurrió para que le aplicaran la ley de vagos?

Jim explicó en tono rabioso:

-Trabajaba en los almacenes Tulman como jefe del departamento de embalaje. Salí una noche al cine, y, de regreso a casa, vi una multitud en Lincoln Square. Me detuve a ver qué era aquello. Había un tipo hablando en medio del parque. Me encaramé al pedestal de la estatua del senador Morgan para ver mejor, y entonces oí las sirenas. Vi que la escuadra antidisturbios se acercaba por el otro lado, pero otra escuadra venía por detrás. Un policía me atizó por la espalda, en el cogote. Cuando volví en mí ya estaba fichado por vagancia. Había permanecido inconsciente durante largo rato. Me golpearon aquí mismo -Jim puso sus dedos en la nuca, junto a la base del cráneo-. Bien, pues les dije que yo no era un vago y que tenía un empleo, y que llamaran al señor Webb, el director de Tulman. Lo hicieron, Webb preguntó

dónde me cogieron, y el sargento repuso que "en un mitin radical". Entonces, Webb afirmó no haber oído hablar nunca de mí. Y yo pagué el pato.

Nilson conectó de nuevo el hornillo. El café comenzó a borbotear en el recipiente.

-Parece usted medio borracho, Jim. ¿Qué le ocurre?

-No lo sé. Me siento como muerto. Todo mi pasado ha desapa recido. Al venir aquí, he abandonado la habitación que tenía alquilada.

Aún tenía pagada una semana. No quiero volver a nada de ese pasado; deseo acabar con él.

Nilson llenó las tazas de café.

-Mire, Jim, quiero darle una idea de lo que significa ser miembro del Partido. Tendrá usted oportunidad de votar cada decisión, pero una vez emitidos los votos, deberá obedecer. Cuando disponemos de dinero, tratamos de dar a nuestros propagandistas veinte dólares al mes para que coman. No recuerdo una sola vez en que tuviéramos ese dinero. Ahora escuche lo relativo a la tarea: usted deberá trabajar junto a los demás hombres, y después tendrá que llevar a cabo la labor del Partido, lo que supone, a veces, dieciséis o dieciocho horas diarias.

Tendrá que procurarse su alimento. ¿Cree usted que podrá hacerlo?

Nilson tocó la mesa aquí y allá con las puntas de los dedos.

-Incluso la gente a la que trate de ayudar le odiará, las más de las veces. ¿Sabe ya eso?

-Sí.

-Bien. Entonces, ¿por qué quiere unirse a nosotros?

Los ojos grises de Jim se cerraron a medias, perplejos. Por último dijo:

-En la cárcel había algunos hombres del Partido. Me hablaron.

Todo ha sido confuso a lo largo de mi vida. En cambio, sus vidas no eran confusas. Trabajaban por algo. Y yo quiero trabajar por algo. Me siento como muerto, y creí que podría volver a sentirme vivo.

-Ya veo -asintió Nilson-. Ya veo que tiene razón, maldita sea. ¿Cuánto tiempo fue a la escuela?

-Hice hasta el segundo curso de enseñanza media. Entonces entré a trabajar.

-Pero habla usted como si hubiera ido más tiempo a la escuela.

-He leído mucho -y Jim se sonrió-. Mi viejo no quería que leyera. Decía que iba a abandonar a mi propia gente, pero de todos modos yo leía. Un día encontré a un hombre en el parque. Me confeccionó listas de lo que debía leer. Leí cantidad de cosas, maldita sea. En sus listas estaban la *República* de Platón, la *Utopía*, Bellamy, Herodoto, Gibbon, Macaulay, Carlyle, Prescott, Spinoza, Hegel, Kant, Nietzsche y Schopenhauer. Incluso me hizo leer *Das Kapital*. Me confesó que estaba chiflado, y dijo que deseaba saber cosas sin creer en ellas. Le gustaba reunir libros que apuntaran en la misma dirección.

Harry Nilson permaneció silencioso un instante y luego dijo:

-Como comprenderá, debemos andarnos con cuidado. Sólo tenemos dos castigos: reprensión y expulsión. Usted pretende afiliarse al Partido en muy malas condiciones, pero voy a recomendarle porque creo que es una persona útil. Claro que pueden votar en contra de su candidatura.

-Gracias.

-Ahora escuche: ¿tiene usted parientes que puedan verse perjudicados si utiliza usted su verdadero nombre?

-Tengo un tío, Theodore Nolan. Es mecánico. Nolan es un apellido de lo más corriente.

-Sí, supongo que es corriente. ¿Tiene usted dinero?

-Unos tres dólares. Tenía algo más, pero me lo gasté en el funeral.

-Bien. ¿Dónde va usted a alojarse?

-No lo sé. He roto con todo. Quería empezar de nuevo. No deseaba dejar nada detrás.

Nilson echó una mirada al catre de campaña.

-Yo vivo en esta oficina -explicó-. Como, duermo y trabajo aquí. Si quiere usted dormir en el suelo, puede quedarse unos días.

Jim sonrió complacido.

-Me gustaría. Los camastros, en la cárcel, no eran más blandos que su suelo.

-Bien. ¿Ha comido usted algo?

-No. Me olvidé.

Nilson habló en tono irritado:

-Si cree que estoy bromeando, largúese. Yo no tengo nada de dinero, y usted tiene tres dólares.

Jim se echó a reír.

-Venga. Tomaremos arenques secos, queso y pan. Y aún nos quedará para un estofado mañana. Yo sé hacer un estofado estupendo.

Harry Nilson sirvió el resto del café en las tazas.

-Se está usted recuperando, Jim; tiene mejor aspecto. Pero no sabe usted dónde se está metiendo. Yo puedo contárselo todo, pero no serviría de nada hasta que no lo viviera.

Jim le miró francamente.

-¿Ha tenido usted alguna vez un empleo en el que cuando ya ha adquirido suficiente pericia como para que le suban el sueldo, le despiden y colocan a un hombre nuevo en su lugar? ¿Ha trabajado usted alguna vez en un sitio donde se habla de lealtad a la empresa, y la lealtad significa espiar a la gente que le rodea? Maldita sea, no tengo nada que perder.

-Nada, excepto el odio -replicó Harry con calma-. Le sorprenderá darse cuenta de que está dejando de odiar a la gente. No sé por qué, pero eso es lo que acostumbra a pasar.

2

Durante todo el día, Jim se mostró impaciente. Harry Nilson, que trabajaba en un largo informe, se volvió hacia él varias veces exasperado. Finalmente, dijo:

Puedes ir solo, si quieres. No hay ninguna razón para que no lo hagas. Dentro de una hora me reuniré contigo. Debo terminar esto.

-Me pregunto si debería cambiarme el nombre. Me pregunto si el hecho de cambiarse el nombre tiene algún efecto sobre uno.

Nilson volvió a su informe.

-En cuanto desempeñes unas misiones, vayas a la cárcel y cambies de nombre unas cuantas veces, un nombre no significará para ti más que un numero.

Jim permaneció en pie junto a la ventana y miró hacia fuera. Enfrente se levantaba una tapia de ladrillo, tras la que se extendía un estrecho solar situado entre dos edificios. Un grupo de muchachos jugaba a frontón contra la pared de uno de los edificios. Sus chillidos llegaban amortiguados a través de la ventana cerrada.

-Yo acostumbraba a jugar en los solares cuando era niño -dijo Jim-. Me parece que las más de las veces nos peleábamos. Me pregunto si los chicos de ahora se pelean tanto como antes.

Sin interrumpir la escritura, Harry comentó:

-Seguro que sí. Me asomo y los veo ahí abajo. Seguro que se pelean.

-Tenía una hermana -prosiguió Jim-. Podía a casi todo el mundo en el solar. Nunca he visto jugar tan bien a las canicas. De veras, Harry, la he visto acertar la bola contraria a tres metros, cuando se empeñaba.

Harry levantó la vista.

-No sabía que tuvieras una hermana. ¿Qué ha sido de ella?

-No lo sé.

-¿No lo sabes?

-No. Fue gracioso. Bueno, no quiero decir que fuera gracioso. Fue una de esas cosas que pasan.

-¿Qué quieres decir, que no sabes que fue de ella? -preguntó Harry apoyando el lápiz en la mesa.

-Bien, puedo contártelo todo. Se llamaba May. Era un año mayor que yo. Siempre dormíamos en la cocina. Cada uno de nosotros disponía de un catre. Cuando May tenía unos catorce años y yo trece, colgó de parte a parte una sábana, en el rincón, y se vestía y se desnudaba detrás. También le dio por reír tontamente. Acostumbraba a sentarse en los peldaños, abajo, con un montón de chicas, y lanzaban risitas cuando se acercaban muchachos. Tenía el pelo pajizo, y creo que era bonita. Bien, una noche volvía yo a casa de jugar a la pelota por la Veintitrés esquina Fulton, donde había un solar. Ahora hay un banco. Subí al piso y mi madre dijo: "¿Has visto a May abajo, en la escalera?". Le contesté que no. Mi viejo no tardó nada en regresar del trabajo y preguntó: "¿Dónde está May?". Mi madre repuso: "Aún no ha vuelto".

"Es curioso cómo se agrandan estas cosas, Harry. Recuerdo cada fragmento del asunto, lo que cada cual dijo y qué aspecto tenía cada uno.

"Esperamos un poco para cenar, pero en seguida mi viejo se puso intransigente y como loco. 'Sirve la comida -dijo-. May se está pasando de lista. Se cree que es demasiado mayor para que le arreen una paliza.'

"Mi madre tenía unos ojos azul claro. Recuerdo que parecían piedras blancas. Bien, después de cenar, mi viejo se sentó en su silla, junto a la estufa, y se fue enfureciendo más y más. Mi madre se sentó junto a él. Yo me fui a la cama. Podía ver a mi madre apartar la cabeza y mover los labios. Supongo que rezaba. Era católica, pero mi padre odiaba las iglesias. De vez en cuando, rezongaba sobre lo que le haría a May cuando volviera a casa.

"Alrededor de las once se fueron al dormitorio, pero dejaron encendida la luz de la cocina. Pude oírles hablar durante mucho rato. Dos o tres veces a lo largo de la noche me levanté y vi a mi madre mirar fuera del dormitorio. Sus ojos parecían dos piedras blancas.

Jim se apartó de la ventana y se sentó en el catre. Harry apretaba el lápiz contra el tablero de la mesa. Jim prosiguió:

-Cuando me levanté a la mañana siguiente, afuera hacía sol, y aquella luz continuaba encendida. Produce un curioso sentimiento de soledad ver una luz encendida en pleno día. En seguida mi madre salió del dormitorio y prendió la estufa. Su rostro estaba rígido, y sus ojos apenas se movían. Entonces salió mi padre. Se comportaba como si le hubieran golpeado en el entrecejo, como si le hubieran aporreado. No podía pronunciar una palabra. Inmediatamente antes de marchar al trabajo dijo: "Creo que me pasaré por la comisaría del barrio. Tal vez haya sufrido un accidente".

"Bien, yo me fui a la escuela, y en cuanto terminé regresé a casa. Mi madre me dijo que preguntara a las chicas si habían visto a May. Para entonces ya había corrido la noticia de que May se había ido. Me dijeron que no la habían visto para nada. Estaban muy consternadas. Entonces volvió mi padre. Había estado en la comisaría otra vez de camino hacia casa y explicó: 'Los polis tienen una descripción. Dicen que mantienen los ojos abiertos'.

"Aquella noche fue exactamente igual que la anterior. Mi viejo y mi madre permanecieron sentados juntos, sólo que mi padre no habló. Volvieron a dejar la luz encendida toda la noche. Al día siguiente mi viejo fue de nuevo a la comisaría. Bien, los polis mandaron a un sabueso a preguntar a los chicos del bloque, y se presentó otro poli a hablar con mi madre. Finalmente, dijeron que mantendrían los ojos abiertos. Y eso fue todo. Nunca más volvimos a saber de ella, nunca."

Harry golpeó la mesa y rompió la punta de su lápiz.

-¿Andaba con algunos chicos mayores, con los que hubiera podido huir?

-No lo sé. Las chicas dijeron que no, y ellas lo hubieran sabido.

-Pero ¿tienes alguna idea de lo que pudo ser de ella?

-No. Se limitó a desaparecer un día, se quitó de en medio. Lo mismo sucedió con Bertha Riley dos años más tarde: se quitó de en medio y basta. -Jim se pasó la mano por la quijada-. Tal vez fue cosa de mi imaginación, pero me pareció que mi madre se quedó más apagada que nunca. Se movía como una máquina, y difícilmente decía algo alguna vez. En sus ojos había como una mirada muerta. En cambio, mi viejo se volvió loco. Andaba con todo el mundo a puñetazos. Se fue a trabajar y le pegó de lo lindo al capataz en la embaladora Monel. Le echaron noventa días por agresión.

Harry miró por la ventana. De pronto, dejó el lápiz y se puso de pie.

-¡Vamos! -dijo-. Voy a llevarte a la casa y así me libro de ti. Dejo el informe; ya lo haré cuando regrese.

Jim se acercó al radiador y cogió dos pares de calcetines húmedos, los enrolló y los introdujo en la bolsa de papel.

-Ya los secaré en otro lugar.

Harry se puso el sombrero, dobló el informe y se lo metió en el bolsillo.

-De vez en cuando los polis se dan una vuelta por aquí -explicó-. No me dejo nada.

Cerró con llave la puerta de la oficina una vez hubo salido.

Caminaron a través del centro comercial de la ciudad, y dejaron atrás bloques de casas de vecindad. Por último, llegaron a un barrio de casas viejas, cada una con su patio. Harry dobló hacia una avenida.

-Ya estamos. Es detrás de esa casa.

Prosiguieron por la avenida cubierta de grava, y por la parte de atrás llegaron a un hotelito recién pintado. Harry se encaminó a la puerta, la abrió e invitó a entrar a Jim con un ademán.

El hotelito constaba de una amplia estancia y una cocinita. En la habitación grande había seis catres de hierro, cubiertos con mantas del ejército. Había allí tres hombres, dos tumbados en los catres y un tercero, corpulento, con aspecto de escolar aplicado, tecleando lentamente en una máquina de escribir.

Levantó rápidamente la mirada cuando Harry abrió la puerta, se puso en pie y se adelantó sonriendo.

-Hola, Harry. ¿Qué novedades traes?

-Este es Jim Nolan -explicó Hariy-. ¿Te acuerdas? Su nombre salió a relucir la otra noche. Jim, éste es Mac. Sabe del trabajo de propaganda más que nadie en este estado.

Mac sonrió y dijo:

-Me alegra conocerte, Jim.

Harry, al tiempo que se volvía para marcharse, recomendó:

-Cuida de él, Mac. Ponió a trabajar. Tengo que terminar un informe -y volviéndose a los dos que permanecían acostados-: Adiós, chicos.

Cuando la puerta estuvo cerrada, Jim miró la estancia. Las paredes enyesadas estaban desnudas. Sólo había una silla, y se hallaba ante la máquina de escribir. De la cocinita llegó un olor de *corned beef* cociéndose. Volvió a mirar a Mac, sus anchos hombros y sus largos brazos, su rostro, despejado entre las mejillas, con superficies planas bajo los ojos, como un sueco. Los labios de Mac estaban secos y cortados. Miraba a Jim desde muy cerca mientras era examinado.

-Lástima que no seamos perros -dijo, de pronto- y no podamos prescindir de todo eso. A estas horas ya seríamos o amigos o adversarios. Harry dijo que eras conforme, y Harry sabe lo que dice. Vamos; te presentaré a los muchachos. Ése pálido es Dick, un radical de dormitorio. Comemos muchos pasteles gracias a Dick.

El muchacho acostado, pálido y de cabello negro, sonrió y tendió la mano.

-¿Ves qué hermoso es? Le llamamos el Reclamo. Habla a las señoras acerca de las clases trabajadoras, y nos dan pasteles glaseados con crema de color de rosa, ¿eh, Dick?

-Vete al infierno -dijo Dick afablemente.

Mac, guiando a Jim por el brazo, le hizo volverse hacia el hombre que ocupaba el otro catre. Resultaba imposible precisar su edad. Su rostro estaba apergaminado y magullado, con la nariz aplastada hasta quedar plana contra la cara. Su pesada mandíbula aparecía hundida hacia los lados.

-Este es Joy -presentó Mac-. Joy es un veterano, ¿verdad?

-Así es, maldita sea.

Sus ojos se iluminaron, pero casi instantáneamente la luz volvió a abandonarlos. Su cabeza se sacudió varias veces. Abrió la boca para hablar, pero se limitó a repetir "Así es, maldita sea", muy solemnemente, como si con ello diera por zanjada una discusión. Se acarició una mano con la otra. Jim percibió que aparecían aplastadas y llenas de cicatrices.

-Joy no quiere estrecharle la mano a nadie -explicó Mac:-. Tiene todos los huesos rotos. Estrechar manos le produce dolor a Joy.

De nuevo se hizo la luz en los ojos de Joy.

-¿A qué se debe esto? -chilló estridentemente-. A que me pegaron, ¡a eso! Me esposaron a una barra y me golpearon la cabeza. Me pisotearon los caballos. -Y gritando más-: Me pegaron de una manera infernal, ¿verdad, Mac?

-Así es, Joy.

-Pero yo no dejé de debatirme, ¿eh, Mac? Yo continué llamándoles hijos de perra hasta perder el conocimiento, ¿eh, Mac?

-Así es, Joy. Y si hubieras mantenido la boca cerrada no te hubieran golpeado hasta hacerte perder el conocimiento.

La voz de Joy se hizo delirante:

-Pero eran unos hijos de perra y yo se lo dije. Y ellos venga a golpearme la cabeza manteniéndome esposado, ¡y venga a pasar por encima de mi a caballo! ¿Ves esta mano? Me la pisó un caballo. Pero yo se lo dije, ¿verdad, Mac?

Mac se inclinó y le palmeó.

-Desde luego que lo hiciste, Joy. Nadie va a conseguir que te estés quieto.

-Pues claro, maldita sea -dijo Joy, y la luz se apagó de nuevo en sus ojos.

-Ven aquí, Jim -invitó Mac. Le condujo al otro extremo de la estancia, donde se hallaba la máquina de escribir, sobre una mesita-. ¿Sabes escribir a máquina?

-Un poco.

-¡Gracias a Dios! Ya puedes ponerte a trabajar. -Mac bajó la voz-: No te preocupes de Joy, está sonado. Le pegaron demasiado en la cabeza. Le cuidamos y procuramos mantenerlo al margen de cualquier lío.

-Mi viejo era así. Una vez me lo encontré en la calle. Caminaba describiendo grandes círculos hacia la izquierda. Tuve que guiarlo en línea recta. Un esquirol le golpeó con unos nudillos de latón debajo de la oreja. Al parecer, afectó a su sentido de la dirección.

-Ahora, mira: aquí hay una circular. He metido cuatro papeles carbón en la máquina. Necesitamos veinte copias. ¿Quieres encargarte de ello mientras yo hago algo de cenar?

-Desde luego.

-Bien. Golpea fuerte las teclas. Estas hojas de papel carbón no son muy buenas. -Mac se dirigió hacia la cocina al tiempo que llamaba-: Dick, ven y pela unas cebollas, si es que puedes soportar su horrible olor.

Dick se levantó del catre, y después de subirse cuidadosamente las mangas de su camisa blanca más arriba de los codos, siguió a Mac a la cocina.

Jim acababa de iniciar su tecleo deliberadamente pesado cuando Joy abandonó la yacija y se aproximó:

-¿Quién produce las mercancías? -preguntó Joy.

-¿Por qué? Los trabajadores.

Una mirada astuta asomó al rostro de Joy; una mirada que encerraba una gran sabiduría y un gran secreto.

-¿Y quién se lleva los beneficios?

-La gente que invierte capital.

Joy lanzó un grito.

-Pero ellos no producen nada. ¿Qué derecho tienen a obtener beneficios?

Mac se asomó a la puerta de la cocina. Se acercó a toda prisa, agitando una cuchara en la mano.

-Ahora escúchame, Joy -dijo-. Deja de tratar de convertir a nuestra propia gente. ¡Por Jesucristo! Me parece que nuestros chicos gastan la mayor parte de su tiempo en convertirse unos a otros. Anda, vuelve allí y descansa, Joy. Estás fatigado. Jim tiene trabajo. Cuando él termine, tal vez te deje poner la dirección a algunas de las cartas, Joy.

-¿Me dejarás, Mac? Bien, seguro que se lo dije, ¿eh, Mac? Se lo dije incluso cuando me estaban pegando.

Mac le tomó amablemente por el codo y le condujo de nuevo a su catre.

-Aquí hay un ejemplar de *New Masses*. Dedícate a mirar los santos mientras termino de hacer la comida.

Jim machacó la carta. La escribió cuatro veces y colocó las veinte copias junto a la máquina. Dirigiéndose a la cocina anunció:

-Ya están. Todas listas, Mac.

Mac entró y miró algunas de las copias.

-Vaya, escribes bien a máquina, Jim. Casi no tachas nada. Aquí hay varios sobres. Mete las cartas dentro; escribiremos las direcciones después de comer.

Mac llenó los platos de *corned beef* con zanahorias, patatas y cebollas crudas cortadas. Cada uno de los hombres se retiró a su catre a comer. La luz diurna era débil en la habitación, por lo que Mac conectó una potente bombilla desprovista de pantalla que colgaba del centro del techo.

Una vez hubieron terminado, Mac se fue a la cocina de nuevo y regresó con una fuente de pasteles.

-Aquí hay algo más del producto del trabajo de Dick. Este Dick utiliza el dormitorio con fines políticos. Caballeros, ¡les presento a la Du Barry del Partido!

-Vete al infierno -dijo Dick.

Mac tomó los sobres cerrados de la cama de Jim.

-Aquí hay veinte cartas. Cada uno de nosotros deberá poner la dirección a cinco. -Empujó los platos a un lado de la mesa, y de un cajón sacó una pluma y un tintero. Luego extrajo una lista

de su bolsillo y escribió cuidadosamente la dirección en cinco sobres-. Tu turno, Jim. Tú escribe estos cinco.

-¿Para qué? -preguntó Jim.

-Bueno, supongo que la diferencia no será mucha, pero tal vez esto podría hacer las cosas un poco más difíciles. Nuestro correo es abierto regularmente. Yo creo que podríamos ponerles las cosas un poco más difíciles a los sabuesos si todas estas direcciones estuvieran escritas con caligrafías diferentes. Las depositaremos en buzones distintos, ¿sabes? Para ahorrarnos líos.

Mientras los otros dos hombres escribían sus direcciones, Jim retiró los platos, los llevó a la cocina y los apiló en el fregadero.

Mac, que estaba franqueando las cartas y metiéndoselas en el bolsillo cuando regresó Jim, dijo:

-Dick, Joy y tú fregáis hoy los platos. Anoche me los hice yo solo. Voy a echar al correo estas cartas. ¿Quieres venir conmigo, Jim?

-Desde luego. Me queda un dólar. Compraré café, y así podremos tomarlo cuando volvamos.

Mac le tendió la mano:

-Ya tenemos café. Emplearemos mejor ese dólar en sellos.

Jim le alargó el dólar.

-Ahora me quedo sin blanca. Es lo último que tengo. -Siguió a Mac al exterior, adentrándose en la noche. Caminaron por la calle en busca de buzones-. ¿De veras Joy está sonado?

-Sonado del todo. ¿Sabes? Lo último que le ocurrió fue lo peor. Joy estaba hablando en una barbería, el barbero dio parte, y los polis hicieron una redada en el mitin. Bien, Joy era un magnífico luchador. Tuvieron que romperle la mandíbula de un porrazo para detenerlo. Entonces, lo encerraron. Bien, yo no sé cómo se las arregló Joy para hablar tanto con una mandíbula rota, pero debió de trabajarse al médico de la cárcel, pues éste dijo que no quería tratar a un maldito rojo, y Joy permaneció tres días enteros con su mandíbula rota. Desde entonces está chiflado. Supongo que lo encerrarán pronto. Se le va la cabeza demasiado a menudo.

-Pobre diablo -comentó Jim.

Mac extrajo su fajo de sobres del bolsillo y escogió cinco escritos con otras tantas caligrafías.

-Bien, Joy nunca aprendió a mantener la boca cerrada. Mira a Dick: no lleva ni una señal, y vale tanto como Joy en sus buenos tiempos. Pero es que en cuanto lo cogen, Dick empieza a llamar a los polis "señor", y se lo sientan en las rodillas hasta que se libra de ellos.

Joy tiene menos seso que un bulldog.

Hallaron el último de cinco buzones en el extremo de Lincoln Square, y una vez Mac hubo depositado las cartas, los dos hombres deambularon lentamente junto a la tapia de ladrillo. Los arces comenzaban a dejar caer hojas sobre el sendero. Tan sólo unos pocos bancos a lo largo de las avenidas estaban ocupados. Se encendieron las luces del parque, colgadas en lo alto, y proyectaron negras réplicas de los árboles en el suelo.

No lejos del centro de la plaza se levantaba la estatua de un hombre barbado, con levita. Jim señaló hacia él y dijo:

-Yo estaba en pie sobre ese pedestal, tratando de ver qué sucedía. Un poli debió de encaramarse y me atizó como para aplastar una mosca. Sé un poco lo que siente Joy. Transcurrieron cuatro o cinco días antes de que pudiera caminar derecho. Alrededor de mi cabeza volaban pequeñas imágenes, pero no podía agarrarlas de ninguna manera. Me dio en el mismo cogote.

Mac se dirigió a un banco y se sentó en él.

-Lo sé. He leído el informe de Harry. ¿Es esa la única razón por la que querías afiliarte al Partido?

-No. Cuando estuve en la cárcel había otros cinco hombres en la misma celda, a los que cogieron a la vez: un mexicano, un negro, un judío y un par de mestizos americanos como yo. Naturalmente, me hablaron, pero no fue eso. Yo había leído más de lo que ellos creían. -Tomó una hoja de arce del suelo y comenzó a arrancar cuidadosamente el tejido que la recubría, dejándola como el esqueleto de una mano-. Mira, en casa nos pasábamos el tiempo luchando, luchando contra algo; contra el hambre, las más de las veces. Mi viejo luchaba contra los

patronos. Yo luchaba contra la escuela. Pero perdíamos siempre, y al cabo de mucho tiempo me pregunté si formaba parte de nuestra condición el hecho de perder siempre. Mi viejo luchaba como un gato acorralado y con una jauría alrededor. Tarde o temprano era seguro que uno de los perros le mataría, pero él seguía luchando a pesar de todo. ¿Puedes captar la desesperanza que eso encierra? Yo crecí en esa desesperanza.

-Desde luego que puedo captarla. Hay millones de personas que están en ese mismo caso.

Jim agitó la hoja desnuda frente a él y empezó a darle vueltas entre el pulgar y el índice.

-Había algo más. La casa donde vivíamos estaba siempre habitada por la ira. La ira flotaba en la casa como el humo; era ira apaleada y viciosa en contra del patrón, del capataz o del tendero cuando se niega a fiarnos. Era una ira que te ponía enfermo del estómago, pero no podías evitarla.

-Continúa -dijo Mac-. No sé a dónde quieres ir a parar, pero a lo mejor tú sí lo sabes.

Jim se puso en pie de un salto, se colocó frente al banco y se golpeó la palma de la mano con el esqueleto de la hoja.

-Quiero ir a parar a esto: en esa celda había cinco hombres más o menos de la misma extracción. Algunos se habrían desenvuelto en condiciones peores que los demás. Y, sin embargo, aunque todos experimentaban ira, no se trataba de la misma clase de ira. No odiaban a un patrón o a un carnicero, sino que odiaban al sistema patronal en su totalidad, lo que era algo distinto. No era la misma clase de ira, y había algo más, Mac. Desconocían la desesperanza. Eran tranquilos y trabajaban, pero en el fondo de cada mente estaba arraigada la convicción de que tarde o temprano vencerían sobre el sistema que odiaban. Te digo que aquellos hombres respiraban una especie de paz.

-¿Estás tratando de convertirme? -preguntó Mac sarcásticamente.

-No, trato de explicártelo. Jamás conocí esperanza o paz alguna, y estaba hambriento de ella. Probablemente sabía más que cualquiera de aquellos hombres acerca de los llamados movimientos radicales. Había leído más, pero ellos tenían lo que yo buscaba, pues lo obtuvieron trabajando.

-Bien, esta noche has escrito unas cartas a máquina -cortó Mac-. ¿Te sientes mejor?

Jim volvió a sentarse y dijo quedamente:

-Me gustó hacerlo, Mac. No sé por qué. Parecía algo bueno hacerlo. Parecía tener un significado. Nada de cuanto hice antes tuvo significado alguno; no fue más que confusión. No creo estar resentido por el hecho de que alguien se aprovechara de esa confusión, pero odiaba estar en la ratonera.

Mac alargó las piernas, se metió las manos en los bolsillos y dijo:

-Bien, si el trabajo va a hacerte feliz, te aguarda un bonito futuro. Si aprendes a cortar clisés y a manejar una multicopista, casi puedo garantizarte una jornada de veinte horas. Y si odias el sistema basado en el beneficio, puedo prometerte, Jim, que no vas a recibir un maldito centavo por eso -su voz sonaba afable.

-Mac, ¿eres el jefe de aquella cuadrilla?

-¿Yo? No, yo les digo lo que hay que hacer, pero ellos no tienen por qué obedecerme. Yo no puedo dar órdenes. Las únicas órdenes que realmente cuentan son las que resultan de una votación.

-Bien, en todo caso a ti se te escucha, Mac. Lo que a mí de veras me gustaría es el trabajo de propaganda. Me agradaría entrar en acción.

Mac rió quedamente.

-Tú quieres un castigo, ¿no es así? Bien, yo no sé nada, pero el comité valorará mucho más a un buen mecanógrafo. Debes olvidar de momento la fábula del noble Partido asaltado por la bestia del Capitalismo. -De pronto, su tono cambió y se volvió hacia Jim-: Todo es trabajo. La propaganda constituye una tarea dura y peligrosa, pero no creas que con la cuadrilla sea sencillo. No sabes qué noche puede presentarse un hato de legionarios americanos llenos de whisky y con una banda de tambores, para darte una paliza de todos los demonios. Yo ya he pasado por eso, para que lo sepas. No hay veterano como el hombre que ha sido llamado a filas y ha servido seis meses en un campamento de instrucción clavando una bayoneta en un saco de serrín. Los hombres que estuvieron en las trincheras son diferentes, la mayoría de las

veces; en cambio, para la pura afición incendiaria y el patriotismo de nudillos metálicos, dame veinte ex soldados procedentes de los campamentos de instrucción. ¿Por qué? Porque veinte de ellos protegerán su país de cinco niños cualquier noche oscura que puedan ingerir un poco de whisky. Las únicas bajas que se produjeron, en la mayoría de los casos, se debieron a que estaban demasiado borrachos para acudir a un consultorio de enfermedades venéreas.

Jim emitió una risita sofocada.

-No te gustan mucho los soldados, ¿verdad, Mac?

-No me gustan los ex soldados con sombrero dorado. Estuve en Francia, y era un ganado bueno, honrado y estúpido. Aquello no les gustaba, pero eran buenos chicos. -El tono de su voz se calmó, y Jim le vio sonreír rápidamente, cohibido-. Me he acalorado, ¿verdad, Jim? Te diré por qué. Diez de esos grandísimos bastardos me dieron una paliza una noche. Y una vez me hubieron dejado inconsciente, saltaron encima de mí y me fracturaron el brazo derecho. Luego, incendiaron la casa de mi madre. Mi madre me puso de patitas en el patio.

-¿Qué sucedió? -preguntó Jim-. ¿Qué estabas haciendo?

La voz de Mac volvió a teñirse de sarcasmo.

-¿Yo? Me dedicaba a actividades subversivas contra el gobierno. Había pronunciado un discurso en el que decía que algunas personas se estaban muriendo de hambre. -Se levantó-. Volvamos, Jim. Ya deben de tener lavados los platos. No quise hacerme el amargado, pero de vez en cuando este brazo fracturado casi me hace volver loco.

Desanduvieron lentamente el sendero. Algunos hombres, sentados en los bancos, encogían las piernas para dejarles pasar.

-Me gustaría que alguna vez pudieras interceder por mí, Mac -dijo Jim-, a fin de que se me encomiende trabajo de propaganda.

-De acuerdo, pero harías mejor aprendiendo a cortar clisés y a manejar una multicopista. Eres un buen chico y me alegra tenerte con nosotros.

3

Jim se sentó bajo la cruda luz blanca a mecanografiar cartas. De vez en cuando se detenía, y se ponía a escuchar en dirección a la puerta. Excepto el ronco borboteo de una olla en la cocina, la casa permanecía silenciosa. El apagado rodar de tranvías en calles alejadas y el ruido de pisadas en el pavimento, enfrente, contribuían a que el interior pareciese más tranquilo. Levantó la mirada hasta el despertador que colgaba de un clavo de la pared, se puso en pie, se dirigió a la cocina, revolvió el estofado y bajó el gas hasta que cada mechero emitió un minúsculo globo azul.

Cuando regresaba junto a la máquina de escribir, oyó pasos rápidos sobre el sendero de grava. Dick entró en la casa como una exhalación:

-¿Aún no ha regresado Mac?

-No. No ha aparecido por aquí, ni Joy tampoco. ¿Has conseguido dinero hoy?

-Veinte dólares -dijo Dick.

-Desde luego no sé cómo te las arreglas, muchacho. Con eso podríamos comer durante un mes, pero probablemente Mac se lo gastará todo en sellos. ¡Señor, qué afición la suya por los sellos!

-¡Escucha! -exclamó Dick-. Creo oír a Mac.

-O a Joy.

-No, no es Joy.

Se abrió la puerta y entró Mac.

-Hola, Jim; hola, Dick. ¿Les sacaste hoy algún dinero a los simpatizantes?

-Veinte dólares.

-¡Buen chico!

-¿Sabes, Mac?, Joy lo hizo esta tarde.

-¿Qué es lo que hizo?

-Bien, empezó a pronunciar un discurso loco en una esquina, un poli le echó el guante y Joy le atizó en el hombro con una navaja. Lo han encerrado, acusándole de asalto criminal. Ahora mismo está en un calabozo gritando "hijo de perra" a pleno pulmón.

-Esta mañana ya me pareció que estaba más chiflado que de costumbre. Ahora escucha, Dick: mañana debo ausentarme y ahora tengo cosas que hacer. Corre a un teléfono público y llama a George Camp, Ottman 4211. Explícale lo ocurrido y dile que Joy está sonado, que se presente allí si puede y diga que es el abogado de Joy. Joy tiene un bonito historial, si se lo sacan a relucir: unas seis incitaciones al desorden, veinte o treinta detenciones por vagancia y alrededor de una docena de inculpaciones por resistencia y por agresión. Si George no se las apaña, está listo. Dile a George que trate de hacerlo pasar por borracho. -Hizo una pausa-. ¡Jesús! Si examinan su estado mental, a ese pobre diablo lo encierran de por vida. Dile a George que procure que Joy mantenga la boca cerrada. Y cuando hayas hecho eso, Dick, date una vuelta a ver si consigues algo de dinero para la fianza, por si hace falta.

-¿Puedo comer antes? -preguntó Dick.

-¡Diablo, claro que no! Haz que George se presente allí, y dame diez de esos veinte dólares. Jim y yo nos vamos mañana al valle de Torgas. Una vez hayas llamado a George, regresas y comes, y luego empiezas a rondar a los simpatizantes para reunir la fianza. Espero que George pueda conseguir un mandamiento judicial de libertad bajo fianza esta misma noche.

-De acuerdo -dijo Dick, y salió a toda prisa.

-Supongo que no tardarán en encerrar al pobre Joy; será lo mejor -comentó Mac dirigiéndose a Jim-. Ha ido demasiado lejos. Es la primera vez que emplea un cuchillo.

Jim señaló un montón de cartas terminadas sobre el escritorio.

-Ahí están, Mac. Sólo quedan tres por hacer. ¿A dónde has dicho que íbamos a ir?

-Al valle de Torgas. Allí hay miles de hectáreas de manzanos listos para la recogida. Deben de haber acudido alrededor de dos mil braceros. Bien, pues la Asociación de Cultivadores acaba de anunciar una reducción de salarios, de manera que los braceros estarán dándose a todos los demonios. Si podemos armar un buen jaleo presentándonos allí, seríamos capaces de

extenderlo a los campos de algodón de Tandale. Y entonces habríamos conseguido algo. ¡Menudo follón! -Olisqueó el aire y observó-: Vaya, ese estofado huele bien. ¿Está listo?

-Ahora lo serviré -dijo Jim.

Entró dos tazones, llenos hasta la mitad de caldo, por encima del cual asomaba un montón de trozos de carne, patatas, zanahorias, nabos y cebollas enteras despidiendo vapor.

Mac depositó su tazón en la mesa y lo probó.

-¡Cristo! Hay que dejarlo enfriar. Las cosas están así, Jim: yo siempre he dicho que no debíamos enviar novatos a las zonas conflictivas, pues cometen demasiados errores. Puedes leer acerca de todas las tácticas que quieras, pero eso no te ayudará mucho. Bien, he recordado lo que me dijiste aquella noche en el parque, cuando acababas de llegar, y cuando se me ha asignado esta misión, y se trata de una bonita misión, he preguntado si podía llevarte conmigo como ayudante. Yo ya sé de qué va la cosa, ¿estamos? Puedes aprender más pasando por esa experiencia que leyendo todo lo que gustes. ¿Has estado alguna vez en el valle de Torgas, Jim?

Jim sopló sobre una pauta caliente y dijo:

-Ni siquiera sé dónde está. Sólo he salido de la ciudad cuatro o cinco veces en mi vida. Gracias por llevarme, Mac.

Sus ojillos grises brillaban de excitación.

-Probablemente me maldecirás antes de que terminemos allí, si es que nos vemos metidos en un lío. Desde luego, no va a ser una jira campestre. He oído decir que la Asociación de Cultivadores está pero que muy bien organizada.

Jim renunció a su empeño de comerse el estofado caliente.

-¿Cómo vamos a llegar allí, Mac? ¿Qué hemos de hacer en primer lugar?

Mac le miró, advirtió su excitación y se rió.

-No lo sé, Jim. Es el problema de leer, ¿sabes? Sencillamente, debemos aprovechar todas las ocasiones que se pongan a nuestro alcance. Por esta razón no sirven las tácticas, pues no hay dos casos exactamente iguales.

Durante un momento comió en silencio, terminó su estofado, y cuando exhaló, brotó vapor de su boca.

-¿Hay suficiente como para repetir, Jim? Me he quedado con hambre.

Jim se fue a la cocina y volvió a llenar el tazón de Mac. Este último dijo:

-Las líneas generales son las siguientes. El de Torgas es un valle pequeño, ocupado en su mayor parte por pomares, casi todos los cuales pertenecen a unos pocos propietarios. Desde luego hay explotaciones de poca extensión, pero no son muchas. Cuando las manzanas maduran, llegan las cuadrillas de braceros y las recogen. Desde allí, esas gentes continúan hacia el Sur, atravesando la cordillera, para recoger algodón. Si podemos empezar la función con las manzanas, tal vez, de la manera más natural, se extienda al algodón. Esos pocos tipos que poseen la mayor parte del valle de Torgas esperaron a que llegaran casi todas las cuadrillas de braceros. Los cuales gastaron casi todo su dinero en trasladarse allí, claro está. Siempre lo hacen. Y entonces los propietarios anunciaron que habían reducido el precio. ¿Crees que los braceros están locos? ¿Qué pueden hacer? Pues han tenido que ponerse a recoger manzanas, al menos para poder marcharse.

Jim ya no miraba su tazón. Con la cuchara revolvía una y otra vez la carne y las patatas. Se inclinó hacia delante y dijo:

-Así, pues, ¿debemos inducir a esos hombres a la huelga? ¿Se trata de eso?

-En efecto. Tal vez todo esté a punto de explotar y sólo haga falta que nosotros demos un empujoncito. Organizamos a los hombres y montamos piquetes en los pomares.

-Imagina que los propietarios suben los jornales con tal de que se recojan las manzanas.

Mac apartó su segundo tazón, ya terminado.

-Bien, pues pronto encontraremos otro trabajo que hacer en algún sitio. Nosotros no queremos tan sólo elevaciones en los jornales temporales, demonio, aunque nos alegra ver mejorar a algunos pobres bastardos. Debemos tener unas miras más amplias. Una huelga que concluye con demasiada rapidez no enseñará a los hombres cómo organizarse, cómo trabajar

en grupo. Lo bueno es una huelga prolongada. Queremos que los hombres se den cuenta de lo fuertes que son cuando actúan juntos.

-Bien -insistió Jim-, supongamos que los propietarios se avienen a las peticiones.

-No creo que lo hagan. Unos pocos hombres reúnen en sus manos todo el poder, y eso siempre los vuelve engreídos. Así, pues, podemos empezar nuestra huelga, y el condado de Torgas promulga una disposición que declara ilegal toda reunión. ¿Qué ocurre entonces? Reunimos a los trabajadores, una partida de hombres del sheriff trata de disolvernos y se desencadena una pelea. Bien, pues los propietarios organizan un comité de vigilantes, compuesto por un puñado de oficinistas imbéciles o por mis amigos los chicos de la Legión americana, que tratan de convencerse a sí mismos de que no son hombres de mediana edad, se estrechan los cinturones para ocultar sus barrigas y anuncian: ahí voy yo otra vez. Bien, los vigilantes empiezan a disparar. Si alcanzan a alguno de los temporeros, organizamos un funeral público, y después nos lanzamos a una verdadera acción. Tal vez tengan que llamar a la tropa. -La excitación le hacía respirar con ansiedad-. ¡Jesús! La tropa gana, ¡pues muy bien! Pero cada vez que un guardia aseste un bayonetazo a un bracero, mil hombres por todo el país se colocarán a nuestro lado. ¡Cristo todopoderoso! ¡Si pudiéramos conseguir que avisaran a la tropa! -En este punto, fue a sentarse en su catre-. Ah, miro demasiado hacia el futuro. Nuestra tarea se limita a empujar nuestra huelguecita, si podemos. Pero vive Dios, Jim, que si pudiéramos conseguir que llamaran a la Guardia nacional, ahora que la cosecha está a punto, tendríamos organizado todo el distrito para la primavera.

Jim había permanecido acurrucado en su cama, con los ojos brillantes y la mandíbula apretada. De vez en cuando, se llevaba los dedos nerviosamente a la garganta. Mac prosiguió:

-Esos malditos imbéciles creen que pueden reprimir las huelgas con soldados. -Se echó a reír-. Y aquí estoy yo de nuevo hablando como un orador callejero, me animo y eso no es bueno. Debemos pensar sensatamente. Ah, Jim, ¿tienes algún pantalón vaquero?

-No. Este traje constituye todo mi vestuario.

-Bien, pues tendremos que salir y comprarte algo en una tienda de lance. Vas a recoger manzanas, muchacho, y vas a dormir al raso. Y vas a trabajar para el Partido después de haberlo hecho durante diez horas en el pomar. Esta es la tarea que tú querías.

-Gracias, Mac. Mi viejo siempre tuvo que luchar solo, y por eso cada vez le propinaban una paliza.

Mac se acercó y permaneció en pie junto a Jim.

-Termina esas tres cartas, Jim. Luego saldremos a comprarte unos vaqueros.

4

Apenas el sol comenzaba a iluminar los edificios de la ciudad, cuando Jim y Mac llegaron al parque de vías, donde los raíles brillantes convergían, se separaban y se desparramaban en el vasto entramado de vías muertas en las que se estacionaban los vagones en filas sucesivas.

-Hay un tren de carga que tiene prevista su salida a las siete y media y va vacío -dijo Mac-. Sigamos una vía.

Se apresuró a través del parque de vías en dirección al final, donde los numerosos raíles se unían en la línea principal.

-¿Debemos tomarlo en marcha? -preguntó Jim.

-Oh, no irá a mucha velocidad. Me olvidaba: tú nunca has cogido un mercancías, ¿verdad?

Jim alargaba su paso, intentando poner los pies de traviesa en traviesa, y se encontró con que no lo conseguía del todo.

-Me parece que nunca he hecho nada intensamente -admitió-. Todo es nuevo para mí.

-Bien, ahora es fácil. La compañía deja que los chicos monten. En los viejos tiempos era duro. Los mozos del tren acostumbraban a arrojar a la gente del convoy en marcha cuando podían agarrarla.

Un gran depósito de agua, ennegrecido, se alzaba junto a la vía, con su manguera en forma de cuello de oca levantado contra el costado. La multitud de raíles se extendía tras ellos, pero delante sólo tenían una línea de vías gastadas, pulimentadas como un espejo. Mac dijo:

-Podemos sentarnos y esperar. Pasará en seguida.

El prolongado y solitario lamento del silbido de un tren y el lento estrépito del vapor que se escapaba, sonaron coincidiendo con el fin de aquellas palabras. Y, a esta señal, algunos hombres empezaron a ponerse en pie surgiendo de la zanja junto a la vía, y estiraron los brazos perezosamente al cálido sol matinal.

-Vamos a tener compañía -observó Mac.

El largo mercancías vacío avanzó lentamente por el parque de vías, con sus vagones rojos cerrados, sus vagones frigoríficos, sus plataformas negras de hierro y sus redondas cisternas. La locomotora llevaba una velocidad ligeramente superior al paso de un hombre, y el maquinista agitó un negro y brillante guante en dirección a los hombres de la zanja.

-¿Nos vamos de excursión? -gritó, y juguetonamente soltó un chorro de blanco vapor que brotó entre las ruedas.

-Necesitamos un vagón cerrado -dijo Mac-, Ése, ése de ahí. La puerta está un poco abierta.

Trotando junto al vagón, empujó la puerta y pidió:

-Echa una mano.

Jim agarró la manija de hierro y apoyó contra ella todo su peso. La gran puerta corredera chirrió herrumbrosamente y se abrió unos pocos centímetros. Mac apoyó las manos en el umbral, saltó, giró en el aire y quedó sentado junto a la puerta. Se apresuró a ponerse en pie y a apartarse, mientras Jim le imitaba. El piso del vagón estaba cubierto de papel de empapelar, arrancado de las paredes. Mac formó, con el pie, un montón y lo apiló contra la pared.

-Haz tú lo mismo -gritó-. Es un bonito cojín.

Antes de que Jim hubiera terminado de amontonar su papel, surgió en la puerta una cabeza. Un hombre se arrojó dentro, y otros dos más le siguieren. El primero lanzó una rápida mirada por el piso del vagón y se colocó ante Mac.

-Os lo habéis quedado todo, ¿verdad?

-¿Quedado? ¿El qué? -preguntó Mac inocentemente.

-El papel. Habéis hecho un buen trabajo de limpieza.

Mac le dirigió una sonrisa de las que desarman.

-No sabíamos que íbamos a tener huéspedes. -Se puso en pie-. Tomad un poco de aquí.

El hombre miró boquiabierto a Mac por un momento, y luego se inclinó y cogió todo el cojín de papeles. Mac le tocó amistosamente en el hombro y dijo con voz monótona:

-Muy bien, desgraciado. Déjalo todo ahí. Si vas a comportarte como un cerdo, te quedas sin nada.

El hombre dejó caer el papel y preguntó:

-¿Pretendes intimidarme?

Mac se echó hacia atrás, basculando en la punta de los pies. Sus manos pendían abiertas y flojas a ambos lados del cuerpo. Preguntó a su vez:

-¿Has ido alguna vez al estadio de lucha Rosanna?

-Sí. ¿Y qué hay con eso?

-Eres un maldito embustero. Si hubieras ido allí sabrías quién soy yo, y cuidarías mejor de ti mismo.

Una expresión de duda afloró al rostro del hombre. Dirigió una mirada inquieta a los dos individuos que llegaron con él, uno de los cuales permanecía junto a la puerta, mirando afuera, al paisaje en movimiento. El otro se hurgaba cuidadosamente las narices con un pañuelo de hierbas e inspeccionaba sus hallazgos. El primero de aquellos hombres volvió a mirar a Mac y dijo:

-Yo no quiero líos; tan sólo deseo un poquito de papel para sentarme encima.

Mac se agachó, apoyándose en los talones.

-De acuerdo, toma un poco pero deja algo.

El hombre se aproximó al montón y tomó un puñadito.

-Oh, puedes coger más.

-No vamos lejos.

Se instaló junto a la puerta, se abrazó las rodillas y apoyó en ellas el mentón.

Ya habían superado los cruces de vías y el tren ganó velocidad. El vagón de madera vibraba como una caja de resonancia. Jim se puso en pie y abrió la puerta de par en par, a fin de que penetrase el sol matinal. Se sentó en el quicio y dejó colgar las piernas fuera. Por un momento dirigió su mirada hacia abajo, hasta que el suelo relampagueante le causó vértigo. Entonces alzó los ojos hacia los amarillos campos cubiertos de rastrojos, junto a la vía. El aire era penetrante y lo perfumaba agradablemente el humo de la locomotora.

Al cabo de poco Mac se reunió con él y le gritó:

-Ten cuidado, no vayas a caerte. Conocí a un tipo al que le entró vértigo mirando al suelo y se dio de narices.

Jim señaló una granja blanca y un granero rojo, medio escondidos tras una hilera de eucaliptos jóvenes.

-El lugar adonde vamos ¿es tan bonito como ése?

-Más bonito aún. Está cubierto de manzanos durante kilómetros. Los árboles estarán cargados de fruta esta temporada, cargados a rebosar. Las ramas incluso se comban por el peso de unas manzanas que, en la ciudad, las pagas a un níquel cada una.

-Mac, no sé por qué no he salido al campo más a menudo. Tiene gracia que quieras hacer algo y nunca lo hagas. Una vez, cuando era niño, cierta institución nos mandó de jira a unos quinientos, en camiones. Caminamos de acá para allá. Había grandes árboles. Recuerdo que me encaramé a la copa de uno de ellos y allí me quedé sentado casi toda la tarde. Me hice el propósito de volver a aquel lugar cada vez que pudiera, pero nunca lo cumplí.

-Levántate, Jim, y cierra esa puerta. Estamos llegando a Wilson. No es bueno irritar a la poli de ferrocarriles.

Juntos empujaron la puerta hasta cerrarla, y de pronto el vagón se tornó oscuro y caluroso, y vibraba como la caja de un contrabajo. El golpear de las ruedas en las junturas de los raíles disminuyó en frecuencia conforme el mercancías avanzaba más lentamente para atravesar la ciudad. Los tres hombres se pusieron de pie, y el que los capitaneaba dijo:

-Nos apeamos aquí.

Empujó la puerta hasta dejar una abertura de unos treinta centímetros. Sus dos compañeros saltaron fuera y él se volvió a Mac:

-Espero que no me guardes rencor, compadre.

-No, por supuesto que no.

-Bien, pues hasta la vista -saltó al exterior, y en el momento en que puso pie en el suelo gritó-: ¡Eres un sucio hijo de perra!

Mac se echó a reír y empujó la puerta hasta casi cerrarla. Por unos momentos el tren avanzó lentamente, y luego se aceleró el golpear de las ruedas en las junturas de los raíles. Mac volvió a abrir de par en par la puerta y se sentó al sol.

-Salió la mar de bien-comentó.

-¿De veras eres un campeón, Mac? -preguntó Jim.

-Qué va. Ese tipo era un pobre hombre. Imaginó que le tenía miedo cuando le ofrecí una parte de mi papel. No se puede establecer una regla general, porque a veces falla, pero, casi siempre, un tipo que trata de asustarte es un tipo al que se puede asustar. -Volvió su rostro grave y bondadoso hacia Jim y añadió-: No sé por qué, pero cada vez que hablo contigo termino largándote un discurso o dándote una lección.

-¿Y qué diablos importa, Mac? Me gusta escuchar.

-Supongo que así es. Debemos apearnos en Weaver y tomar un mercancías que se dirija hacia el Este. Nos quedan por recorrer unos ciento sesenta kilómetros. Si tenemos suerte, podemos llegar a Torgas a medianoche. -Extrajo una petaca y lió un cigarrillo, resguardando el papel del impetuoso viento-. ¿Fumas, Jim?

-No, gracias.

-No tienes vicios, ¿eh? Tampoco blasfemas. ¿Has salido alguna vez con chicas?

-No -admitió Jim-. Cuando andaba caliente acostumbraba a irme de putas. No querrás creerlo, Mac, pero desde que empecé a hacerme mayor las chicas me han dado miedo. Creo que temía que me cazaran.

-Demasiado atractivas, ¿eh?

-No, pero, ¿sabes?, todos los tipos con quienes me juntaba pasaron por el aro. Solían tratar de tirarse a las chicas detrás de los paneles de anuncios y en la leñera. Bien, pues tarde o temprano alguna chica se quedaba encinta y entonces... Bien, Mac, maldita sea, me espantaba que me pescaran y terminar como mi madre y mi viejo: un piso de dos habitaciones y una estufa de leña. Bien sabe Dios que yo no deseo lujos, pero no quiero llevar la vida perra que les ha tocado a todos los chicos que he conocido, que salen por las mañanas con una empanada grasienta en la fiambrera y un termo lleno de café pasado.

-Pues has elegido una vida infernal, por no querer llevarla perra. Espera que acabemos este trabajo, y verás lo aperreado que sales.

-Es diferente -protestó Jim-. No me importa que me arreen un directo en la mandíbula; lo que no quiero es que me vayan propinando mordiscos hasta matarme. Esa es la diferencia.

Mac bostezó.

-No es una diferencia capaz de mantenerme despierto. Las casas de putas no son muy divertidas.

Se puso en pie y regresó junto al montón de papeles. Los desparramó, se tumbó y se quedó dormido.

Durante mucho rato, Jim permaneció sentado en el quicio, viendo pasar las granjas. Sucedíanse amplios huertos, con hileras de redondas lechugas, de zanahorias semejantes a helechos y de rojas remolachas, entre las cuales brillaba el agua de las acequias. El tren atravesó campos de alfalfa y pasó junto a blancos establos a los que el viento arrancaba el sano y denso olor del estiércol y el amoníaco. Luego, el mercancías se internó por un desfiladero entre colinas, y la luz del sol desapareció. Helechos y verdes robles crecían en las abruptas paredes del paso. El traqueteo golpeaba los sentidos de Jim y le producía modorra. Luchó contra el sueño a fin de poder seguir contemplando el paisaje, y sacudió violentamente la cabeza para permanecer despierto, pero terminó poniéndose en pie, cerrando casi del todo la puerta y retirándose a su montón de papeles. Su sueño era como una caverna retumbante, llena de ecos y de una negrura que se extendía hacia la eternidad.

Mac le sacudió varias veces antes de que pudiera despertarse.

-Estamos a punto de apearnos -le gritó.

-¡Santo Dios! -exclamó Jim sentándose-. ¿Ya hemos recorrido ciento sesenta kilómetros?

-Casi, casi. El ruido actúa como una especie de droga, ¿verdad? Nunca puedo permanecer despierto en un vagón cerrado. Anda, levántate; dentro de un par de minutos va a disminuir la velocidad.

Jim tomó unos momentos su embotada cabeza entre las manos y confesó:

-Me siento amodorrado.

Mac abrió la puerta y le recomendó:

-Salta de cara a la marcha y toma tierra corriendo.

Brincó fuera y Jim le siguió. Jim alzó la mirada al sol, que se hallaba casi en la vertical de su cabeza. Frente a él podía ver las apiñadas casas y los árboles de una pequeña ciudad. El mercancías siguió su ruta y ellos se quedaron parados.

-La línea férrea se bifurca aquí -explicó Mac-. La que nos interesa es la que va hacia allá, en dirección al valle de Torgas. Desde luego que no conviene que atravesemos la ciudad; será mejor que vayamos a campo a través hasta encontrar la vía, más allá.

Jim le siguió, y cruzaron, sucesivamente, una valla de alambre espinoso, una rastrojera y un camino polvoriento. Rodearon el extremo de la pequeña ciudad, y tras recorrer unos ochocientos metros llegaron a otra vía férrea, que discurría por una zanja.

Mac se sentó en lo alto del talud e invitó a Jim a ponerse a su lado.

-Este es un buen sitio. Pasan muchos trenes, pero no sé cuánto tiempo tendremos que esperar. -Lió un cigarrillo negro-. Deberías acostumbrarte a fumar, Jim, es un bonito hábito social. Tú también deberás hablar con un montón de extraños, y no conozco ningún modo más rápido de ablandar a un desconocido que ofrecerle un pitillo o pedírselo. Además son muchos los tipos que se sienten insultados si te ofrecen un cigarrillo y se lo rechazas. Así que será mejor que empieces.

-Creo que lo haré. Acostumbraba a fumar, de niño, con mis amigos. Me pregunto si ahora me marearé.

-Prueba. Mira, voy a liarte uno.

Jim tomó el cigarrillo y lo encendió.

-Sabe muy bien. Casi había olvidado a qué sabían.

-Bien, pues aunque no te guste, es algo que favorece nuestro trabajo. Es el único uso social que se permiten los tipos de nuestra condición. Escucha, se acerca un tren. -Se levantó-. También parece ser un mercancías.

El tren se aproximó lentamente por la vía.

-¡Por los clavos de Cristo! -exclamó Mac-. ¡El ochenta y siete! Es el mismo del que acabamos de apearnos. Me dijeron en Ia ciudad que este tren iba hacia el Sur. Sin duda se ha desprendido de algunos vagones y ha tomado esta ruta.

-Pues volvamos a nuestro vagón -propuso Jim-. Me gustaba ese vagón.

Cuando llegó a su altura, saltaron de nuevo al vagón cerrado, y Mac se instaló en su montón de papeles.

-Total, podíamos haber seguido durmiendo.

Jim se sentó otra vez en el quicio de la puerta, mientras el tren se encaramaba a las redondeadas y oscuras colinas y atravesaba dos breves túneles. Aún podía sentir el gusto del tabaco en su boca, y sabía bien. De pronto, introdujo la mano en el bolsillo de su chaquetón azul de dril y exclamó:

-¡Mac!

-Sí. ¿Que pasa?

-Aquí hay un par de barras de chocolate que conseguí anoche.

Mac tomó una de las barras y la desenvolvió perezosamente.

-Por lo que veo, vas a convertirte en un buen revolucionario.

Al cabo de una hora, Jim volvióla amodorrarse. De mala gana cerró la puerta del vagón y se aovilló entre sus papeles. Casi instantáneamente se vio sumergido de nuevo en la caverna oscura y retumbante, y el sonido engendró sueños de agua que se derramaba sobre él. Pudo percibir de forma vaga restos y fragmentos de madera en el agua, cuyo fluir le condujo más y más a las profundidades de la negrura que se extiende por encima del ensueño.

Despertó cuando Mac le sacudió.

-Apuesto a que te pasarías durmiendo una semana entera si te dejara. Hoy has estado durmiendo más de doce horas.

Jim se restregó los ojos con fuerza.

-Otra vez me siento embotado.

-Bien, pues muévete, que ya estamos llegando a Torgas.

-¡Santo Dios! ¿Qué hora es?

-Alrededor de medianoche, supongo. Ya llegamos. ¿Estás listo para saltar?

-Claro.

-De acuerdo. Vamos allá.

El tren se alejó de ellos a escasa velocidad. La estación de Torgas se hallaba tan sólo un poco más adelante, con su luz roja encendida en el brazo del semáforo. El guardagujas balanceaba una linterna. Más allá, hacia la derecha, las solitarias farolas de la ciudad lucían proyectando un pálido resplandor en el cielo. El aire era frío y soplaba un punzante y silencioso viento.

Tengo hambre -dijo Jim-. ¿Se te ocurre algo para que podamos comer, Mac?

-Espera que lleguemos a una zona iluminada. Creo que tengo anotado algo bueno en mi lista.

Se apresuró en la oscuridad y Jim trotó detrás de él. En seguida llegaron a las afueras de la ciudad, y en una esquina, bajo una farola, Mac se detuvo y extrajo una hoja de papel.

-Hemos llegado a una bonita ciudad, Jim. Contamos con unos quince simpatizantes activos; tipos de los que puedes esperar que te echen una mano. Aquí está el sujeto que busco: Alfred Anderson, calle Townsend, entre Cuarta y Quinta, restaurante ambulante Al's. ¿Qué te parece?

-¿Qué es ese papel?

-¿Por qué? Se trata de una lista con toda la gente de la ciudad que nos consta es simpatizante. Con esta lista podemos conseguir de todo, desde muñequeras de punto hasta una caja de cartuchos. Pero lo que nos interesa ahora es el restaurante ambulante Al's; esa clase de restaurantes suelen permanecer abiertos toda la noche, Jim. Townsend debe de ser una de las calles principales. Vamos, pero déjame hacer a mí.

No tardaron en desembocar en la calle principal y la recorrieron en toda su longitud, hasta que, hacia el final, donde no había tiendas y se extendían solares entre los edificios, dieron con el restaurante ambulante Al's, un pequeño remolque de agradable aspecto, con vidrieras rojas a guisa de ventanillas y puerta corredera. A través de la ventanilla pudieron ver a dos clientes sentados en taburetes, y a un joven obeso, de brazos rollizos, blancos y desnudos, inmóvil tras el mostrador.

-Tipos de empanada y café -dictaminó Mac-. Esperemos a que terminen.

Mientras mataban el tiempo, se acercó un policía y les dirigió una ojeada. Mac comentó en voz alta:

-No quiero irme a casa sin comerme un trozo de empanada.

Jim reaccionó con rapidez:

-Anda, vamos a casa; tengo demasiado sueño para ponerme a comer.

El policía los adelantó. Casi pareció olerlos al pasar junto a ellos. Mac dijo en voz queda:

-Cree que estamos haciendo acopio de valor para atracar el remolque.

El policía se volvió y caminó a su encuentro. Mac dijo:

-Bien, pues vete a casa si quieres. Yo me voy a tomar un trozo de empanada.

Brincó por encima de los tres escalones y deslizó la puerta del carromato restaurante hasta abrirla. El gordo propietario les sonrió:

-Buenas noches, amigos. Está empezando a hacer fresco, ¿eh?

-Ya lo creo -asintió Mac.

Caminó hasta el final del mostrador, lo más lejos posible de los otros dos clientes, y se sentó. Una sombra de irritación cruzó por el rostro de Al.

-Ahora escuchen, muchachos. Si no llevan dinero pueden tomarse una taza de café y un par de bollos, pero no vayan a ofrecerse una comida a mis costillas para salirme después con que llame a un poli. ¡Jesús, me están arruinando esos tipos que comen de gorra!

Mac emitió una breve carcajada y pidió:

-Con el café y los bollos nos conformamos, Alfred.

El propietario le dirigió una mirada de sospecha, se despojó de su alto y blanco gorro de cocinero y se rascó la cabeza.

Los clientes apuraron al mismo tiempo sus tazas. Uno de ellos preguntó:

-¿Continúas alimentando gandules, Al?

-¡Jesús! ¿Y qué puedo hacer? Si a un tipo le apetece una taza de café una noche fría, no se la puedes negar sólo porque no disponga de un asqueroso níquel.

El cliente emitió una risita sofocada.

-Bien, pero veinte tazas de café suman un dólar, Al. Como sigas por ese camino, te arruinarás. ¿Vamos, Will?

Los dos hombres se levantaron, pagaron sus cuentas y salieron. Al rodeó el mostrador, los siguió hasta la puerta y acabó de cerrarla. Luego, regresó a su lugar e inclinándose se dirigió a Mac.

-¿Quiénes sois, muchachos? -preguntó.

Llevaba sus rollizos y blancos brazos descubiertos hasta los codos, y sostenía una bayeta húmeda con la que limpiaba una y otra vez el mostrador, con breves movimientos circulares. Por la manera de inclinarse junto a su interlocutor, parecía que le confiaba un secreto. Mac pestañeó solemnemente, como un conspirador, y dijo:

-Nos envían a trabajar desde la ciudad.

Las mejillas gordezuelas de Al se ruborizaron a causa de la excitación.

-¡Oooh! Eso es lo que me pareció cuando entrasteis. ¿Cómo habéis sabido que podíais dirigiros a mí?

-Tú te has portado bien con nuestra gente -explicó Mac-, y nosotros no olvidamos esas cosas.

Al se sonrió con suficiencia, como si le estuvieran haciendo un regalo en lugar de sacarle una comida de gorra.

-Esperad. Probablemente no habréis comido hoy, ¿eh, muchachos? Voy a prepararos ún par de hamburguesas.

Mac manifestó su conformidad de manera entusiasta:

-Eso sería estupendo; precisamente nos estamos muriendo de hambre.

Al se encaminó a la nevera, extrajo de ella dos puñados de carne picada, los aplastó entre sus manos hasta que la masa quedó delgada, untó de grasa la plancha de gas con un pincelito, y arrojó encima con fuerza los dos filetes. Luego, puso cebolla picada encima y alrededor de la carne, y no tardó en invadir el remolque un delicioso aroma.

-¡Señor! -exclamó Mac-. Me dan ganas de gatear por el mostrador e ir a meterme en esa hamburguesa.

La carne se freía ruidosamente y las cebollas empezaron a dorarse. Al volvió a inclinarse sobre el mostrador y preguntó:

-¿Para qué habéis venido, muchachos?

-Bien, tenéis una bonita cosecha de manzanas.

Al se enderezó y se acodó en la adiposidad de sus brazos. Sus ojillos se abrieron y reflejaron mucha prudencia y gran secreto.

-¡Oooh! -exclamó-. ¡Oooh!, ya te entiendo.

-Más vale que te ocupes de la carne, entonces -sugirió Mac.

Al retiró los filetes con gesto rápido y los aplanó con la espumadera. Recogió los trozos de cebolla dispersos, los colocó sobre la carne y los prensó contra ella. Sus movimientos eran muy pausados y le conferían el aspecto reconcentrado y pensativo de una vaca rumiando. Por último, regresó junto a Mac, se plantó ante él y le dijo:

-Mi viejo tiene un pequeño pomar y un trozo de terreno. No iréis a perjudicarle, ¿verdad, muchachos? Yo me he portado bien convosotros.

-Pues claro que te has portado bien. Los pequeños propietarios no sufrirán por nuestra causa. Dile a tu padre que no le perjudicaremos, y si nos da la oportunidad le recogeremos la fruta.

-Gracias. Se lo diré.

Tomó los filetes, sirvió puré de patatas en unos platos que aguardaban en el calientaplatos, abrió una cavidad en cada montón de puré llenó los blancos cráteres con una salsa ligera y oscura.

Mac y Jim comieron vorazmente y bebieron las tazas de café que Al les había preparado. Rebañaron los platos y luego se comieron el pan, mientras Al volvía a llenarles las tazas.

-Estaba estupendo -dijo Jim-. Me moría de hambre.

-Vaya si estaba estupendo -corroboró Mac:-. Eres un buen chico, Al.

-Me uniría a vosotros -explicó Al-, si no fuera porque tengo un negocio y mi viejo es propietario de su terreno. Supongo que me arruinarían si se enterasen.

-Por nosotros, nunca lo sabrán, Al.

-Por supuesto; cuento con eso.

-Escucha, Al, ¿ha venido mucha gente a trabajar en la cosecha?

-Sí, un montón. Muchos de esos tipos vienen a comer aquí. Preparo una buena comida por un cuarto de dólar: sopa, carne, dos clases de verduras, pan y mantequilla, empanada y dos tazas de café por uncuarto de dólar. Obtengo poco margen, pero despacho más.

-Buen trabajo -aprobó Mac-. Escucha, Al, ¿les has oído a los braceros hablar de un cabecilla?

-¿Cabecilla?

-Eso es. Me refiero a algún tipo de esos que les dicen dónde deben poner los pies.

-Ya comprendo lo que quieras decir. No, no he oído nada acerca de eso.

-Bien. ¿Dónde se concentra esa gente?

Al se acarició la barbilla.

-Pues hay dos campamentos, que yo sepa. Uno está en la avenida Palo, junto a la carretera principal del condado, y otro a la orilla del río. En el saucedal se instala con regularidad desde hace tiempo un campamento.

-Ahí es donde actuaremos. ¿Cómo se llega?

Al señaló con un grueso dedo.

-Tomáis por esa calle que cruza y continuáis hasta llegar al extremo de la ciudad. Allí encontraréis el río y el puente. Entonces veréis un sendero que se interna en el saucedal, a lo lejos, por la izquierda.

Seguidlo durante cuatrocientos metros, más o menos, y habréis llegado. Lo que no sé es cuánta gente hay allí.

Mac se puso en pie y se caló el sombrero.

-Eres un buen chico, Al. Ahora tenemos que irnos. Gracias por la comida.

-Mi viejo tiene un cobertizo y dentro hay una cama de campaña, si queréis alojaros allí.

-No podemos, Al. Si vamos a trabajar, debemos estar entre ellos.

-Bien, si queréis un bocado de vez en cuando, venid por aquí. Sólo que hacedlo como esta noche, cuando no haya nadie, ¿de acuerdo?

-Pues claro, Al. Gracias otra vez.

Mac dejó que Jim le precediese, y una vez fuera corrió la puerta, cerrándola tras de sí. Bajaron los peldaños, y tomaron la calle que Al les señalara.

En la esquina, el policía de antes salió de un portal y les preguntó abruptamente:

-¿Qué están haciendo ustedes?

Jim dio un salto atrás a causa de aquella súbita aparición, pero Mac permaneció tranquilo y dijo:

-Somos dos trabajadores temporales, señor. Tenemos intención de ir a recoger manzanas.

-¿Y qué hacen en la calle a esta hora de la noche?

-¡Demonio, llegamos en el mercancías que pasó hace una hora!

-¿Y a dónde van ahora?

-Pensábamos acampar con la gente de ahí abajo, junto al río.

El agente continuaba frente a ellos.

-¿Tienen algún dinero?

-Usted mismo nos vio hacer una consumición, ¿no? Hemos traído lo suficiente para no ir a la cárcel por vagancia.

El policía se hizo a un lado.

-Bien, circulen y no anden por las calles de noche.

-De acuerdo, señor.

Prosiguieron su camino con paso rápido.

-Desde luego que le hablaste bien, Mac -observó Jim.

-¿Y por qué no? Esa es la primera lección. Jamás discutas con un poli, sobre todo de noche. Estaría bueno que precisamente ahora nos cayeran treinta días por vagancia, ¿verdad?

Se arrebujaron en sus chaquetones de dril y se apresuraron por la calle. Las luces comenzaron a escasear.

-¿Cómo piensas empezar? -preguntó Jim.

-No lo sé. Tenemos que echar mano de todo. Mira, empezamos según un plan general, pero los detalles deben resolverse con los medios que podamos encontrar. Utilizamos todo lo que pueda servirnos; es lo único que podemos hacer. Examinaremos la situación.

Jim alargó el paso, enérgicamente.

-Bien, déjame hacer cosas, Mac. ¿Me dejarás? No quiero ser un subalterno toda mi vida.

Mac se echó a reír.

-Ya te acostumbrarás. De acuerdo. Te acostumbrarás hasta el punto de desear regresar a la ciudad y tener un empleo con jornada de ocho horas.

-No, creo que no querré eso, Mac. Nunca me sentí tan a gusto antes. Reboso buenos sentimientos. ¿Te ocurre a ti eso?

-A veces -admitió Mac-. Pero casi siempre estoy demasiado ocupado para saber qué experimento.

Los edificios que flanqueaban la calle se tornaban más ruinosos conforme avanzaban. Se extendían asimismo solares llenos de chatarra y automóviles destinados al desguace, y en los patios de los talleres de reparación de coches se amontonaban grandes cantidades de desechos. Las farolas brillaban en las blancas ventanas muertas de las casas viejas y descuidadas, proyectando sombras bajo los arbustos convertidos en maleza. Los dos hombres caminaban rápidamente al aire frío de la noche. Jim dijo:

-Creo que ahora distingo las luces del puente. ¿Ves esas tres luces a cada lado?

-Las veo. ¿No dijo que giráramos a la izquierda?

-Sí, a la izquierda.

Se trataba de un puente de dos ojos, de cemento, que salvaba un estrecho río, reducido, en aquella estación, a un perezoso riachuelo que discurría en medio de un lecho arenoso. Jim y Mac tomaron por la izquierda de la rampa del puente, y cerca del límite del lecho hallaron la embocadura de un sendero que se internaba en el saucedal. Mac se puso en cabeza, y al cabo de un momento estuvieron fuera del alcance de las luces del puente; a su alrededor no existía más que la espesa maleza que crecía en el lugar. Podían ver las ramas recortándose en el cielo, más claro, y a la derecha, en donde comenzaba el lecho del río, percibían una oscura muralla de anchas plantas de algodón.

-No puedo ver este sendero -dijo Mac-. Tengo que sentirlo con los pies. -Se movía cuidadosa y lentamente-. Levanta los brazos para protegerte la cara, Jim.

-Ya lo estoy haciendo. Hace un minuto me he golpeado en plena boca. -Durante un rato tantearon el camino a lo largo del duro y desgastado sendero, hasta que Jim observó-: Huelo a humo. Ahora no puede estar muy lejos.

De pronto, Mac se detuvo.

-Hay luces más adelante. Escucha, Jim, lo que te he dicho antes vale también ahora: déjame hablar a mí.

-De acuerdo.

El sendero desembocó bruscamente en un amplio claro, iluminado de manera mortecina por una pequeña hoguera. Alineadas en el lado más alejado se levantaban tres sucias tiendas de color blanco. En una de ellas alumbraba una luz, y unas figuras altas y negras se movían tras la lona. En el claro propiamente dicho habría tal vez cincuenta hombres, algunos de ellos durmiendo en el suelo enrollados en mantas, mientras que otros se sentaban en torno a la pequeña hoguera, encendida en medio de aquel lugar llano. En el momento en que Jim y Mac salían de la espesura de los sauces, oyeron un grito breve y agudo, rápidamente ahogado, que procedía de la tienda iluminada. De inmediato, las grandes sombras se movieron tras la lona.

-Alguien está enfermo -comentó Mac en voz baja-. Nosotros, como si no lo hubiéramos oído. Es conveniente que parezca que sólo nos ocupamos de nuestros asuntos.

Avanzaron hacia la hoguera, donde un anillo de hombres se sentaban abrazándose las rodillas. Mac preguntó:

-¿Se puede ingresar en este club o tienen que elegirlo a uno?

Los rostros de aquellos hombres se alzaron para mirarlo; eran caras sin afeitar, y en sus ojos se reflejaba el fuego. Uno de los presentes se hizo a un lado para dejar sitio.

-El suelo es gratis, caballero.

Mac soltó una risita.

-En el sitio de donde yo vengo, no.

Una cara chupada, iluminada por el fuego, habló a través de la hoguera:

-Pues vienes a un buen sitio, compañero. Aquí todo es gratis: comida, licor, automóviles y casas. Acabas de mudarte y ya tienes a tu disposición una comida a base de pavo.

Mac se acuclilló e hizo una seña a Jim para que se sentara junto a él. Sacó su petaca y lió cuidadosa y perfectamente un cigarrillo. Luego, como si se le ocurriera de pronto, invitó:

-¿Alguno de vosotros, capitalistas, quiere fumar?

Varias manos se adelantaron, y la petaca pasó de un hombre a otro. El de la cara chupada preguntó:

-¿Acabáis de llegar?

-Ahora mismo. Quisiéramos recoger unas pocas manzanas y retirarnos a vivir de renta.

El de la cara chupada estalló, iracundo:

-¿Sabes cuánto pagan, compañero? Quince centavos, *¡quince asquerosos centavos!*

-Bien, ¿y qué es lo que pretendes? -preguntó Mac-. ¡Cristo nos valga! ¡No irás a decirme que quieres comer! Puedes comer una manzana mientras trabajas. ¡Todas sus lindas manzanas! -Su tono se elevó-: Imagina que no recogemos sus manzanas.

-Tenemos que recogerlas -exclamó el de la cara chupada-. Nos hemos gastado hasta el último maldito centavo en venir aquí.

Mac repitió suavemente:

-Todas sus lindas manzanas. Si nosotros no las recogemos, se pudrirán.

-Si nosotros no las recogemos, alguien lo hará.

-Imagina que no dejamos que nadie lo haga.

Los hombres que se hallaban junto a la hoguera se pusieron tensos.

-¿Quieres decir que vayamos a la huelga? -inquirió el de la cara chupada.

-Yo no quiero decir nada -y Mac se echó a reír.

Un hombre bajito que apoyaba el mentón en las rodillas dijo:

-Cuando London se enteró de lo que pagaban, a punto estuvo de darle un ataque -y volviéndose al hombre que tenía junto a sí-: Tú lo viste, Joe. ¿No es verdad que estuvo a punto de darle un ataque?

-Se volvió verde -confirmó Joe-. Se quedó parado y se volvió verde. Agarró un bastón y lo hizo astillas entre sus manos.

La petaca volvió a su lugar de origen, pero no había quedado mucho tabaco en ella. Mac lo notó palpándola con los dedos, y la devolvió a su bolsillo.

-¿Quién es London? -preguntó.

Le repuso el de la cara chupada:

-London es un buen tipo; un gran tipo. Viajamos con él. Es un gran tipo.

-El jefe, ¿eh?

-Bueno, no; no es el jefe, pero es un buen tipo. Viajamos con él.

Tendrías que oírle hablar con un poli. Él...

Otra vez se escapó un grito de la tienda, más prolongado ahora. Los hombres volvieron la cabeza en aquella dirección, y luego miraron de nuevo el fuego con apatía. Mac preguntó:

-¿Hay alguien enfermo?

-Es la nuera de London. Está de parto.

-Este no es lugar para tener un niño -dictaminó Mac-. ¿Han conseguido un médico?

-¡Qué diablo! ¿De dónde iban a sacar un médico?

-¿Por qué no la llevan al hospital del condado?

El de la cara chupada se mofó:

-En el hospital del condado no quieren braceros. ¿No lo sabes? No encontraron habitación. Siempre está lleno.

-Lo sé. Sólo preguntaba si lo habíais intentado.

Jim se estremeció, tomó una ramita de sauce y enterró el extremo en las brasas, hasta que se inflamó. La mano de Mac salió bruscamente de la oscuridad y tomó su brazo por un momento y apretándolo preguntó:

-¿ Han encontrado a alguien que sepa algo de esas cosas?

-A una vieja -informó el de la cara chupada, en cuyos ojos se reflejó la sospecha ante aquel interrogatorio-. Oye, ¿y a ti qué te importa?

-Tengo alguna experiencia -explicó Mac como de pasada-. Sé algo de eso, así que si puedo ayudar...

-Pues ve a ver a London -dijo el de la cara chupada, como sacudiéndose la responsabilidad-. No nos corresponde a nosotros contestar en asuntos que le conciernen.

Mac ignoró el tono de sospecha y se puso en pie.

-Creo que lo haré. Ven, Jim. ¿Está London en esa tienda iluminada?

-Sí, es la suya.

Un círculo de rostros observaron a Jim y a Mac alejarse, y a continuación las cabezas giraron de nuevo en dirección al fuego. Los dos hombres caminaron a través del claro, evitando los montones de ropa que eran otros tantos durmientes. Mac murmuró:

-¡Menuda oportunidad! Si puedo salir con bien, ya habremos empezado.

-¿Qué quieres decir? Yo no sabía que tuvieras experiencia médica, Mac.

-Tampoco lo sabe un montón de gente.

Se aproximaron a la tienda, donde unas figuras oscuras se movían recortándose en la lona. Mac se acercó todo lo posible y llamó:

-London.

Casi instantáneamente, el panel de lona que hacía de puerta pareció agitarse a causa del viento, y salió un hombre de gran corpulencia. Sus hombros eran anchísimos. El cabello, tieso y negro, le crecía en forma de tonsura, dejándole la coronilla perfectamente calva. Su rostro estaba atravesado por arrugas formadas por los salientes músculos, y sus ojos oscuros eran tan fieros y estaban tan enrojecidos como los de un gorila. De aquel hombre emanaba una energía que se traducía en autoridad. Podía notarse que arrastraba a sus semejantes con la misma naturalidad con que respiraba. Con una enorme mano sostenía cerrada tras de sí la puerta de la tienda.

-¿Qué queréis? -inquirió.

-Acabamos de llegar -explicó Mac-. Algunos de esos tipos que están junto al fuego nos han dicho que aquí había una chica que iba a tener un niño.

-Bien, ¿y qué hay con eso?

-Pensé que podría ayudaros, puesto que no tenéis médico.

London apartó la lona que hacía de puerta y dejó que un rayo de luz cayera sobre el rostro de Mac.

-¿Qué crees que puedes hacer?

-He trabajado en hospitales, y esas cosas ya las he hecho. Hay que tomar precauciones, London.

El hombre corpulento desgranó su voz e invitó:

-Pasa. Hemos llamado a una vieja, pero creo que está sonada.

Entra y echa un vistazo.

Sostuvo el panel de lona para dejarles entrar. En el interior había demasiadas personas para tan poco espacio y hacía calor. Una vela ardía sobre un platillo. En medio de la tienda se levantaba una estufa hecha con un bidón de gasolina, y junto a ella se sentaba una anciana de rostro arrugado. Un muchacho de tez blanca permanecía en pie en un rincón. Adosado al viento del fondo, en el suelo, había un viejo colchón sobre el que yacía una muchacha con el rostro pálido recorrido por rayas oscuras de suciedad, y con el cabello pegado a causa del sudor. Los ojos de aquellas tres personas se volvieron hacia Mac y Jim. La anciana levantó la vista un momento, y luego la bajó hacia la estufa al rojo. Se rascó el dorso de una mano con las uñas de la otra.

London se acercó al colchón y se arrodilló junto a él. La muchacha apartó sus asustados ojos de Mac y los dirigió a London, que dijo:

-Hemos conseguido que venga un médico. Ya no tienes por qué tener miedo.

Mac bajó la mirada hacia ella y le guiñó un ojo. El rostro de la joven estaba crispado de espanto. El muchacho abandonó su rincón, se acercó y le dio a Mac unas palmadas en el hombro.

-¿Se pondrá bien del todo, doctor?

-Pues claro. Ella está bien -y volviéndose a la anciana-: ¿Es usted comadrona?

Se rascó el dorso de sus arrugadas manos y levantó hacia él su mirada perdida, pero se abstuvo de responder.

-¡Le he preguntado si es usted comadrona! -gritó Mac.

-No, pero he ayudado a nacer a unos cuantos niños en mi vida.

Mac se agachó, tomó una de sus manos y le acercó la vela. Las uñas eran largas, astilladas y sucias, y las manos presentaban una coloración azul grisácea.

-Pues algunos se le habrán muerto. ¿A qué está usted esperando para disponer los paños?

La anciana señaló un montón de periódicos y gimoteó:

-Lisa sólo ha tenido dolores dos veces. Nos hemos provisto de periódicos para que hagan de empapadores.

London se inclinó hacia delante, con la boca entreabierta y expresión atenta, y los ojos buscando los de Mac. La tonsura relucía a la luz de la bujía.

-Lisa ha tenido dolores en dos ocasiones; ahora acaba de tenerlos por segunda vez -dijo, subrayando las palabras de la anciana.

Mac hizo un leve gesto con la cabeza señalando el exterior. Apartó el panel de lona y salió de la tienda, seguido por London y Jim. Dirigiéndose al primero le advirtió:

-Escucha, ya le has visto las manos. El niño puede que viva si lo agarra con semejantes manos, pero la chica no tiene la menor oportunidad. Será mejor que eches a esa vieja.

-Entonces, ¿tú harás el trabajo? -preguntó London.

Mac permaneció en silencio un momento.

-Pues claro. Aquí, Jim, me ayudará un poco, pero necesitaré más ayuda, mucha más ayuda.

-Bien, yo mismo te echaré una mano.

-Esto no bastará. ¿Alguno de los tipos de ahí querrá echar también una mano?

London emitió una breve carcajada.

-Vaya si la echarán, si yo se lo digo.

-Bueno, pues díselo ahora.

Se encaminó a la pequeña hoguera, a cuyo alrededor continuaba el círculo de hombres sentados. Conforme los tres se acercaban, aquéllos levantaron la mirada. El de la cara chupada saludó:

-Hola, London.

London habló en voz alta.

-¡Eh, muchachos! Quiero que oigáis lo que va a deciros aquí, el matasanos.

Unos pocos hombres más se acercaron y se quedaron de pie, expectantes. Su aspecto revelaba languidez y apatía, pero acudieron a la llamada de la autoridad. Mac se aclaró la garganta y explicó:

-La nuera de London va a tener un niño. El trató de ingresarla en el hospital del condado, pero no quisieron admitirla. Estaba lleno y, además, nosotros no somos más que un hatajo de piojosos braceros. Así que de ayudarnos, nada. Tendremos que arreglárnoslas por nuestra cuenta.

Los hombres pareció que se ponían un poco rígidos, y que tendían a congregarse. Empezaron a sacudirse su apatía y se fueron acercando al fuego. Mac prosiguió:

-Yo he trabajado en hospitales, de modo que estoy en condiciones de ayudar, pero también necesito que vosotros me echéis una mano, muchachos. ¡Por Cristo que necesitamos apoyarnos entre nosotros, porque nadie más va a preocuparse!

-De acuerdo, compañero -asintió el de la cara chupada-. ¿Qué quieres que hagamos?

A la luz de la hoguera, en el rostro de Mac se dibujó una sonrisa de complacencia y de triunfo.

-¡Magnífico! Vosotros, muchachos, sabéis lo que es trabajar hombro con hombro. Ahora, en primer lugar, necesitamos agua hirviendo. Cuando hierva, sumergiremos en ella unos lienzos y los dejaremos hervir también. Me da igual de dónde saquéis los paños o cómo los consigáis. -Señaló a tres hombres-. Tú, tú y tú vais a encender un gran fuego, y tú vas a procurarte un recipiente: sin duda por ahí debe de haber algunos bidones de veinte litros. Los demás dedicaos a reunir paños; cualquier cosa vale: pañuelos, camisas viejas, todo, con tal de que sea blanco. Cuando tengáis el agua hirviendo, meted en ella los paños y mantenedlos allí media hora. -Los hombres empezaron a mostrarse inquietos-. Esperad. Una cosa más. Quiero una lámpara, una buena lámpara. Unos cuantos de vosotros, muchachos, procuradme una. Si nadie la tiene, robadla. Necesito una luz.

En la atmósfera se percibió un cambio. La apatía de aquellos hombres acababa de esfumarse. Los durmientes se habían despertado, hablaban y se añadían al grupo. Una corriente de excitación recorrió el campamento, pero se trataba de una excitación gozosa. Se encendieron hogueras, se pusieron a hervir cuatro grandes bidones de agua, y empezaron a aparecer paños. Cada hombre parecía tener algo que añadir al montón. Uno de ellos se despojó de su camiseta, la arrojó al agua y volvió a ponerse la camisa. De pronto, los hombres parecían felices. Se reían juntos, a medida que iban rompiendo ramas de plantas de algodón, para alimentar el fuego.

Jim permaneció en pie junto a Mac, contemplando aquella actividad.

-¿Qué quieres que haga yo? -le preguntó.

-Entra conmigo. Puedes ayudarme en la tienda.

En ese momento les llegó un grito de la tienda, y Mac dijo rápidamente.

-Tráeme un bidón de agua caliente en cuanto puedas, Jim -y sacando un frasco-: Echa más o menos cuatro tabletas de estas en cada uno de esos grandes bidones. Devuélveme el frasco cuando me lleves el agua -y echó a correr en dirección a la tienda.

Jim arrojó las tabletas a los bidones, después de contarlas, extrajo un cubo bien colmado de uno de aquéllos y siguió a Mac a la tienda. La anciana permanecía agazapada en un rincón, marginada. Se rascaba las manos y observaba con expresión de sorpresa mientras Mac depositaba dos tabletas en el agua caliente y sumergía sus manos en ella.

-Así podemos lavarnos las manos.

-¿Qué hay en ese frasco?

-Bicloruro de mercurio. Siempre lo llevo conmigo. Venga, lávate las manos, Jim, y ve por más agua.

-Aquí tienes tus lámparas, matasanos -informó una voz desde el exterior de la tienda.

Mac se adelantó hasta el panel de lona que hacía las veces de puerta, y regresó con una lámpara de mecha de sección redonda, tipo Rochester, y una potente linterna alimentada con gasolina.

-Algún pobre diablo va a tener que ordeñar sus vacas a oscuras -comentó dirigiéndose a Jim.

Bombeó el dispositivo de la presión de la lámpara de gasolina, y cuando la encendió, el manguito de incandescencia emitió una luz deslumbradora y blanca, y el silbido de la linterna invadió la tienda. Del exterior llegaban el crujir de la leña al partirse y el rumor de las voces. Mac dirigió su linterna sobre el colchón y dijo:

-Todo irá bien, Lisa.

Suavemente, trató de levantar la sucia colcha que la cubría. London y el chico pálido se acercaron a mirar. En un arrebato de pudor, Lisa mantenía agarrada la colcha, pero Mac le advirtió en tono persuasivo:

-Vamos, Lisa, tengo que prepararte.

Pero la muchacha continuaba agarrada a la colcha. London se aproximo a ella:

-Lisa, tienes que hacerlo.

Los aterrados ojos de la parturienta miraron a London, y luego, a regañadientes, consintió en que la colcha fuera retirada. Mac la enrolló sobre el pecho de Lisa, y le desabrochó la enagua de algodón.

-Jim, sal a pescar un paño y consigúeme algo de jabón.

Una vez Jim le hubo llevado un paño que despedía vapor, y una delgada y basta pastilla de jabón, Mac lavó las piernas, los muslos y el abdomen. Lo hizo con tanta suavidad, que parte del miedo que experimentaba se borró del rostro de Lisa.

Los hombres llevaron los paños hervidos, y los dolores comenzaron a hacerse más frecuentes.

Amanecía en el momento de iniciarse el nacimiento. En un momento dado, la tienda se vio sacudida con violencia. Mac miró por encima de su hombro y dijo:

-London, tu hijo se ha desmayado. Más vale que lo saques de aquí para que le dé el aire.

Con una mirada profundamente cohibida, London cargó con el frágil muchacho sobre su hombro y se lo llevó fuera.

La cabeza del niño asomó. Mac la sostuvo entre sus manos, y mientras Lisa emitía tenues gritos, se completó el parto. Mac cortó el cordón valiéndose de un cortaplumas esterilizado.

El sol brillaba sobre la lona y sobre la lámpara, que continuaba emitiendo su silbido. Jim retorció los paños calientes y se los alargó a Mac mientras éste lavaba al recién nacido, que se encogía sobre sí mismo. Jim, a su vez, lavó y restregó las manos de la anciana antes de que Mac le permitiera coger al niño. Una hora más tarde, la placenta fue expulsada, y Mac lavó otra vez cuidadosamente a Lisa.

-Ahora saca toda esa porquería fuera -le dijo a London-. Quema todos esos pingos.

-¿Incluso la ropa que no has utilizado? -inquirió London.

-Sí. Quémalo todo. No vale.

Sus ojos acusaban el cansancio. Por último, paseó la mirada en torno a la tienda. La anciana sostenía en sus brazos al niño, ya arropado. Los ojos de Lisa permanecían cerrados, y respiraba tranquilamente, acostada en su colchón.

-Vamos, Jim. Déjala que eche un sueño.

En el claro, los hombres habían vuelto a dormirse. El sol lucía sobre las copas de los sauces. Mac y Jim se arrastraron a una pequeña cavidad abierta en la maleza, y se echaron el uno junto al otro.

-Tengo los ojos irritados. Me siento cansado -dijo Jim-. Nunca me dijiste que habías trabajado en un hospital, Mac.

-Nunca hice tal cosa -repuso Mac cruzando las manos bajo su
cabeza.

-Bien, entonces, ¿dónde aprendiste sobre partos?

-No he aprendido hasta ahora. Jamás vi ninguno. Lo único que sabía es que mantener la limpieza era una buena idea. ¡Dios mío, qué suerte he tenido de que todo saliera bien! Si llega a ocurrir algo, estábamos listos. Esa vieja sabía muchísimo más que yo, y también creo que se dio cuenta.

-Pero has actuado muy seguro de tí mismo.

-¡Cristo todopoderoso! ¡Tenía que hacerlo! Debemos aprovechar todas las ocasiones que se nos presenten. Esta fue una oportunidad afortunada; nosotros no teníamos más que agarrarla. Desde luego que ha sido hermoso ayudar a la chica, pero, ¡demonio!, aunque ella hubiera muerto en el trance nos hubiera servido de algo. -Se volvió de costado y apoyó la cabeza utilizando el brazo a guisa de almohada-. Estoy reventado, pero me siento bien. Con una noche de trabajo nos hemos ganado la confianza de los hombres y la de London. Y más que eso, hemos hecho trabajar a los hombres para ellos mismos, para defenderse, en grupo. En cualquier caso, a eso es a lo que hemos venido, a enseñarles a trabajar todos a una. El aumento de los jornales no es todo lo que perseguimos, como sabes.

-Sí, ya lo sabía, pero lo que no sabía era cómo ibas a arreglártelas.

-Bien, sólo hay una regla: aprovechar cualquier ocasión que se ponga a tu alcance. Nosotros no disponemos de ametralladoras ni de tropas. Esta noche fue bien, pues las circunstancias eran propicias y nosotros estábamos a punto. London está con nosotros. Es el dirigente natural, y le enseñaremos hacia dónde debe dirigir. Todo va a funcionar con la mayor facilidad. La dirección de la lucha debe surgir de los propios hombres. Nosotros podemos enseñarles el método, pero ellos deben hacer el trabajo por sí mismos. Muy pronto empezaremos a enseñarle ese método a London, y él a su vez podrá enseñárselo a los hombres

que le obedecen. Ya verás como lo que ha pasado esta noche se sabrá en todo el distrito antes de veinticuatro horas. Hemos empezado con buen pie, y eso es mejor de lo que yo esperaba. Más adelante, tal vez nos metan en chirona por ejercicio ilegal de la medicina, pero eso sólo servirá para estrechar la solidaridad de esos hombres hacia nosotros.

-¿Cómo sucedió? Tú apenas hablaste, y sin embargo todos se pusieron a trabajar como un reloj que echa a andar, y encima les gustó hacerlo. Se sentían a gusto.

-Pues claro que les gustó. A los hombres siempre les gusta trabajar en equipo. Los hombres sienten hambre de trabajar codo con codo. ¿Sabes que diez hombres son capaces de levantar doce veces más peso que un hombre solo? No se necesita más que una chispita para que se animen. Las más de las veces desconfían, porque siempre que alguien los hace trabajar en grupo, el beneficio de su esfuerzo les es arrebatado, pero espera a que puedan trabajar para sí mismos. Esta noche la tarea les afectaba, trabajaban para ellos, y ya has visto lo bien que lo han hecho.

-Tú no necesitabas tantos trapos. ¿Por qué le dijiste a London que los quemara?

-¿No te das cuenta, Jim? Cada hombre que entregó parte de su ropa comprendió que el trabajo era para él. Todos se sienten responsables de ese bebé. Es suyo, pues algo de ellos le estuvo destinado. Devolverles la ropa les hubiera frustrado. No hay mejor camino para hacer participar a los hombres en un movimiento que lograr que aporten algo a él. Apuesto a que todos se sienten satisfechos ahora mismo.

-¿Vamos a trabajar hoy?

-No, dejaremos que lo sucedido esta noche se extienda a los alre dedores. Mañana lo habrán transformado en una gran historia. No, ya trabajaremos más tarde. Ahora necesitamos dormir. Pero ¡Jesús, con qué buen pie hemos empezado!

Los sauces se agitaban sobre sus cabezas, y unas pocas hojas cayeron sobre ambos hombres. Jim observó:

-No recuerdo haber estado tan cansado desde hace mucho tiempo, pero me siento a gusto.

Mac abrió los ojos por un momento.

-Te has portado muy bien, muchacho. Creo que llegarás a ser un buen elemento, y me alegra que me hayas acompañado. Anoche prestaste una gran ayuda. Ahora, trata de cerrar tus malditos ojos y tu maldita boca y duerme un poco.

5

El sol de la tarde caía sobre las copas de los manzanos y, a continuación, se rompía en haces y capas que iluminaban oblicuamente las pesadas ramas, y proyectaba manchas de luz en el suelo. Los amplios espacios que se extendían entre los árboles se prolongaban a lo lejos hasta que las hileras parecían converger en un infinito visual. El gran pomar hervía de actividad. Largas escaleras estaban adosadas a las ramas, y montones de cajas nuevas, de color amarillo, se alzaban en los pasillos formados por las filas de árboles. De la lejanía llegaba el rumor de las máquinas seleccionadoras, y el golpear de los martillos de los embaladores. Los hombres, con sus grandes cestos suspendidos en bandolera, trepaban por las escaleras, arrancaban las grandes camuesas verdes e iban llenando los cestos hasta que no admitían más. Entonces, bajaban y vaciaban los cestos en las cajas. Entre las hileras de frutales avanzaban los camiones para cargar las manzanas recolectadas y transportarlas a la planta donde se seleccionaban y embalaban. Un contador permanecía junto a las cajas y anotaba con lápiz en su libreta cada vez que llegaba el portador de un cesto. El pomar era un organismo vivo. Las ramas de los árboles se veían sacudidas por las escaleras, y los frutos excesivamente maduros caían al suelo con golpes amortiguados, al pie de los manzanos. En algún lugar, escondido en una copa, trinaba un virtuoso del silbido.

Jim bajó corriendo por su escalera, transportó su cesto al montón de cajas y se liberó de su carga. El contador, un joven rubio, vestido de pana blanca desvaída, hizo una señal en su libreta y meneó la cabeza.

-No las sueltes con tanta fuerza, muchacho -advirtió-, o las vas a echar a perder.

-De acuerdo.

Regresó a su escalera tamborileando con la rodilla sobre su cesto conforme andaba. Se encaramó a lo alto y enganchó el recipiente a una rama, valiéndose del alambre destinado a ello. Entonces vio en el árbol a otro hombre, que había abandonado la escalera y permanecía subido a una gruesa rama. Mucho más arriba de su cabeza, se disponía a coger un racimo de manzanas. Sintió estremecerse el árbol a causa del peso de Jim, y dirigió su mirada hacia abajo.

-Hola, chico. No sabía que éste fuera tu árbol.

Jim se lo quedó mirando. Era un anciano flaco, de ojos negros y barba rala. De sus manos sobresalían prominentes y azuladas venas, y sus piernas parecían delgadas y rectas como bastones; demasiado delgadas en relación con los grandes pies calzados con enormes zapatos de suela gruesa.

- No me importa nada del maldito árbol -dijo Jim-. ¿No es usted demasiado viejo para ir por ahí trepando como un mico, abuelo?

El anciano escupió y contempló cómo la gran gota blanca alcanzaba el suelo. Sus ojos, de expresión poco afable, se hicieron más salvajes y protestó:

-Eso es lo que tú te crees. Muchos jóvenes infelices piensan que soy demasiado viejo. Yo puedo hacer más trabajo que tú cualquier día de la semana; no lo olvides, ¿eh?

Mientras hablaba, flexionaba las rodillas de una manera forzada. Alargó el brazo y tomó el racimo de manzanas, incluida la ramita, separó los frutos y se los metió en su cesto, al tiempo que arrojaba al suelo la ramita.

Se dejó oír la voz del contador:

-Ahí arriba, cuidado con esos árboles.

El anciano sonrió maliciosamente, mostrando dos dientes amarillos arriba y otros tantos abajo, largos y salientes, como los de una ardilla. Dirigiéndose a Jim observó:

-Anda muy ocupado ese bastardo, ¿eh?

-Es uno de esos chicos que han ido a la escuela superior. Te los tropiezas por todas partes.

El anciano se sentó en su rama y preguntó:

-¿Y qué es lo que saben? Van a sus escuelas superiores y no aprenden nada de nada. Ese chico tan listo de la libretita no podría mantener el culo seco en un establo -y escupió de nuevo.

-Ya lo creo que son muy listos.

-Tú y yo puede que no sepamos mucho; sin embargo, lo que sabemos, lo sabemos bien.

Jim permaneció en silencio un momento, y a continuación se lanzó a picar al anciano en su amor propio, tal como se lo viera hacer a Mac con otros hombres.

-Usted no sabe lo suficiente como para mantenerse alejado de un árbol a los setenta años. Y yo no sé lo bastante como para ir vestido de pana blanca y hacer señales a lápiz en una libreta.

El anciano gruñó.

-Lo que pasa es que no tenemos influencias. Se necesitan influencias para conseguir un empleo descansado. A nosotros se nos montan encima porque no tenemos influencias.

-Bien, ¿y qué piensa usted hacer?

La pregunta pareció deshinchar al viejo, cuya ira se esfumó. Sus ojos se tornaron interrogativos y reflejaron cierta inquietud.

-Eso sólo Cristo lo sabe. Nos dedicamos a esto y basta. Nos trasladamos por el país como una manada de cerdos, para que venga a azotarnos el culo un muchacho salido de la escuela superior.

-No es culpa suya. Él sólo ha conseguido un empleo, y si quiere conservarlo, tiene que actuar así.

El anciano alcanzó otro racimo de manzanas, las arrancó mediante ligeros movimientos de torsión y las depositó cuidadosamente, una tras otra, en su cesto. Su voz sonó cansada:

-Cuando era joven, creía que algo podría hacerse, pero ya tengo setenta y un años.

Pasó un camión cargado de cajas llenas. El viejo prosiguió:

-Yo estaba en los bosques del Norte cuando los Wobblies acabaron con todo. Yo era talador de altura, y de los buenos. Tal vez te hayas percatado de cómo me encaramo a un árbol a mi edad. Bien, pues por entonces yo tenía esperanzas. Naturalmente, los Wobblies hicieron al gunas cosas buenas, pues allí en lugar de cagaderos no había más que un agujero en el suelo, y no teníamos donde tomar un baño. La carne solía pudrirse. Bueno, pues los Wobblies instalaron retretes y duchas, pero, ¡demonio!, todo se fue a paseo. -Su mano se movió automáticamente en busca de manzanas-. Me afilié a un sindicato. Elegimos a un presidente, y lo primero que supimos es que le había estado lamiendo el culo al capataz, y que nos había vendido. Cotizábamos, y el tesorero se dio el bote. No sé. Tal vez vosotros, los jóvenes, que sois unos faroleros, podáis arreglar algo. Nosotros hicimos lo que pudimos.

-¿Se da usted por vencido? -preguntó Jim volviendo a dirigir la mirada hacia su interlocutor.

El anciano continuó en su rama, sosteniéndose con una mano grande y descarnada.

-Yo siento cosas. Podrás creer que soy un viejo chiflado. Hicimos planes que no se cumplieron en absoluto, pero yo siento cosas.

-¿Y qué es lo que siente?

-Es difícil de explicar, muchacho. ¿Sabes? Inmediatamente antes de que el agua rompa a hervir, empieza a moverse. Esa es la clase de cosas que siento. Me he pasado toda la vida junto a los trabajadores. Aquí no se ha planeado absolutamente nada, pero sucede igual que con esa agua a punto de hervir. -Sus ojos eran sombríos y no miraban a ninguna parte. Levantó la cabeza, de tal modo que sobresalieron dos tendones que iban de la barbilla a la garganta-. Tal vez se haya pasado demasiada hambre, tal vez demasiados amos les estén haciendo la vida imposible a los hombres. No lo sé. Tan sólo siento eso en mi piel.

-Bueno, pero ¿qué?

-La ira -exclamó el anciano-. Eso es. ¿Tú sabes, cuando estás a punto de saltar, que te vuelves loco, que tienes una sensación cálida e insana en las tripas? Bien, pues se trata de eso, pero no se da en un hombre solo, sino en todos ellos, como si un hombre valiera por millones y millones, y hubiera sido golpeado y le hubieran dejado morirse de hambre, y ahora experimentase esa sensación enfermiza en sus tripas.

Los trabajadores no saben qué está pasando, pero cuando el hombre grande que forman todos ellos juntos enloquezca, allí se encontrarán todos. ¡Por Cristo que odio pensar en eso! Les van a destrozar la garganta a mordiscos y les van a arrancar los labios con sus garras. La ira, eso es. -Basculó en su rama y se agarró a ella con ambos brazos-. A cualquier lugar que vaya, es igual que el agua antes de romper a hervir.

Jim se puso a temblar de excitación y dijo:

-Debe haber un plan. Cuando la cosa estalle, debe haber un plan listo para dirigir el movimiento, a fin de que sirva de algo.

El anciano pareció cansado, después de haberse desahogado.

-Cuando ese hombre grande desencadene su ira, no habrá plan que pueda sujetarle. Ese hombre grande correrá como un perro enloquecido y morderá cualquier cosa que se mueva. Ha estado hambriento demasiado tiempo, le han hecho demasiado daño y, lo que es peor, han herido demasiado sus sentimientos.

-Pero si hubiera bastantes hombres que esperasen un plan... -insistió Jim.

El anciano sacudió la cabeza.

-Espero estar muerto antes de que eso suceda. Nos destrozarán la garganta a dentelladas, se matarán entre sí, y cuando ya estén todos agotados o muertos, otra vez volverá a ser como antes. Quiero morirme y ahorrarme eso. Vosotros, los jóvenes, que sois unos faroleros, tenéis esperanzas. -Levantó su cesto lleno-. Yo no las tengo. Apártate, que bajo por la escalera. Hablando no vamos a hacer dinero; eso se queda para los chicos de la escuela superior.

Jim se hizo a un lado, sobre una rama, y le dejó bajar la escalera. El anciano vació su cesto y se dirigió a otro árbol. Aunque Jim le esperó, no regresó. La cinta transportadora donde se seleccionaba la fruta vibraba sobre sus rodillos en la planta embaladora, y los martillos golpeaban. Por la gran avenida roncaban los camiones pesados. Jim tomó su cesto lleno y lo llevó a la pila de cajas. El contador hizo una señal en su libreta, y observó:

-Acabaréis debiéndonos dinero, si no os dais más maña.

Jim enrojeció y relajó los hombros.

-Usted cuídese de su maldita libreta.

-Un tipo duro, ¿eh?

Jim se contuvo, esbozó una sonrisa cohibida y se excusó:

-Me siento cansado. Este trabajo es nuevo para mí.

El contador rubio se sonrió a su vez.

-Sé lo que es eso. Uno se vuelve quisquilloso cuando está cansado. ¿Por qué no te subes a un árbol y te fumas un pitillo?

-Creo que lo haré.

Jim regresó a su árbol, colgó su cesto de una rama y empezó a recolectar de nuevo. Se dijo a sí mismo en voz alta: "Incluso yo me siento como un perro enloquecido. No puedo permitirlo. Mi viejo se sentía así." No trabajó aprisa, sino que redujo sus movimientos confiriéndoles una perfección maquinal. El sol descendió hasta no reflejarse ya en el suelo, y lucía tan solo en las copas de los árboles. A lo lejos, en la ciudad, sonó un silbato, pero Jim continuó trabajando de firme. Estaba oscureciendo cuando el fragor procedente de la planta embaladora cesó, y los contadores llamaron:

-Vengan todos, es hora de terminar.

Jim bajó la escalera, vació su cesto y lo colocó junto a los demás. El contador tomó nota y calculó el total recogido. Los hombres permanecieron allí de pie unos momentos, liando cigarrillos y conversando suavemente al atardecer. Se alejaron caminando despacio, siguiendo una de las hileras, en dirección a la carretera del condado, donde se alzaban los alojamientos destinados a los braceros.

Jim vio al anciano delante de él, y aceleró el paso para ponerse a su altura. Las delgadas piernas se movían pesadamente. Cuando Jim le alcanzó, dijo:

-Tú otra vez.

-Pensé hacerle compañía.

-Bien, ¿y quién te lo impide? -resultaba obvio que le complacía.

-¿Ha venido con alguien más?

-¿Alguien más? No.

-Bueno, pues si está completamente solo, ¿por qué no ingresa en alguna institución de beneficencia, a fin de que el condado cuide de usted?

El tono del anciano sonó frío a causa del desprecio:

-Yo soy un talador de altura. Escucha, desgraciado: si nunca has estado en los bosques, eso no te dirá nada. Maldita sea, muy pocos taladores de altura han alcanzado mi edad. Yo he

visto a infelices como tú, maldita sea, estar a punto de morir o de sufrir un ataque al corazón sólo por *verme* trabajar. Y aquí me encaramo a un piojoso manzano.

¡Acogerme yo a la beneficencia! He trabajado a lo largo de mi vida en un oficio en el que había que echar las tripas. Yo estaba una vez encaramado a casi treinta metros de altura, cuando se me partió el extremo del tronco, y me rompió el cinturón de seguridad. He trabajado con tipos a quienes una rama hizo papilla. ¡Acogerme yo a la beneficencia! En una de esas instituciones me dirían: "Dan, ven a tomarte tu sopa", y yo iría a mojar mi pan en ella y a chuparlo. Por Cristo, que preferiría saltar de un manzano y desnucarme antes que acogerme a la beneficencia. Yo soy un talador de altura.

Caminaban entre los árboles. Jim se quitó el sombrero y lo llevó en la mano.

-No ha sacado usted nada con eso. Cuando se hizo demasiado viejo, se limitaron a darle un puntapié.

La gran mano de Dan fue al encuentro del brazo de Jim, inmediatamente debajo del codo, y apretó hasta hacerle daño.

-También logré satisfacciones cuando me dedicaba a aquello.

Me encaramaba a un tronco y sabía que ni el jefe, ni el propietario de la explotación maderera, ni el presidente de la compañía hubieran tenido redaños para hacer lo que yo hacía. Quien lo hacía era *yo*. Desde allí arriba lo dominaba todo, y todo me parecía pequeño, incluidos los hombres. Pero yo estaba arriba, tenía mi propio tamaño. Ya lo creo que logré satisfacciones.

-Pero todos los beneficios de su trabajo se los llevaron ellos. Se hicieron ricos, y cuando usted ya no pudo trepar, le largaron una patada.

-Sí, eso hicieron, es cierto. Creo que me estoy haciendo muy viejo, muchacho, porque no doy el menor valor a lo que ellos consiguieron; el menor valor, maldita sea.

Delante de ellos, podían distinguir el bajo y enjalbegado edificio que los propietarios habían dispuesto para los temporeros, un cobertizo achaparrado de unos cuarenta y cinco metros de Iongitud, con una puerta y una ventanilla cuadrada cada tres metros. A través de algunas de las puertas abiertas, podían verse lámparas y bujías encendidas. Algunos hombres permanecían sentados en el quicio de las puertas y miraban afuera, hacia la oscuridad. Frente al alargado edificio, había un grifo, en torno al cual se había reunido un grupo de hombres y mujeres. Conforme le tocaba el turno a cada cual, colocaba sus manos en forma de cuenco bajo el chorro, se mojaba la cara y el cabello y se restregaba las manos por un momento. Las mujeres llevaban latas y cacharros de cocina para llenarlos bajo el grifo. Más allá o más acá de los oscuros umbrales de las puertas, los niños pululaban inquietos como ratas. El grupo desarrollaba una cansada conversación, con voces apagadas. Hombres y mujeres regresaban: ellos del pomar; ellas de la planta seleccionadora y embaladora. Construida de tal manera que formaba un breve ángulo en el ala Norte del edificio, se alzaba la tienda del pomar, ahora brillantemente iluminada. Allí se vendía comida y ropa a crédito, a descontar de los jornales. Una cola de hombres y mujeres aguardaba para entrar, y otra fila salía transportando artículos enlatados y pan cortado en rebanadas.

Jim y el viejo Dan se encaminaron al edificio y el primero comentó:

-Ya estamos en el cuchitril. No sería tan malo si uno tuviera una mujer que le cocinara.

-Creo que voy a ir a la tienda a comprar una lata de judías. Esos malditos locos pagan diecisiete centavos por cuatrocientos cincuenta gramos de judías enlatadas. No sé por qué, pues por ese precio pueden comprar cuatro veces más judías secas, que, una vez cocidas, aumentan de peso hasta tres kilos y medio.

-¿Y por qué no lo hace usted, Dan?

-No tengo tiempo. Llego cansado y lo que quiero es comer.

-Bien, ¿y qué tiempo les queda a los demás? Las mujeres trabajan todo el día, y el propietario carga tres centavos por lata porque los hombres están demasiado cansados para ir a las tiendas de comestibles de la ciudad.

Dan se volvió hacia Jim dejando ver su barba crecida.

-Y eso te preocupa, ¿verdad, muchacho? Lo mismo que a un perrito un hueso. Lo muerdes una y otra vez pero ni le dejas señales, y puede que no tardes nada en romperte un diente.

-Si hubiera bastantes tipos que mordieran, lo quebrarían.

-Es posible, pero yo he vivido setenta y un años con perros y hombres, y casi siempre les he visto tratar de robarse el hueso entre sí. Jamás he visto a dos perros ayudarse a romper un hueso, pero sí morderse condenadamente para arrebatárselo.

-Es usted desmoralizador.

El viejo Dan mostró sus cuatro largos dientes de ardilla y se excusó:

-Tengo setenta y un años. Continuad vosotros con vuestro hueso y no os preocupéis de mí. Tal vez los perros y los hombres ya no son como eran.

Conforme se aproximaban, caminando por aquel accidentado suelo, una figura se separó de la multitud que se apiñaba en torno al grifo, y avanzó hacia ellos:

-Es Mac, mi compañero; un tipo estupendo.

El viejo Dan replicó desabridamente:

-Bien, yo no quiero hablar con nadie. No creo que me recaliente las judías.

Mac los alcanzó.

-Hola, Jim. ¿Qué tal te ha ido?

-Muy bien. Éste es Dan, Mac. Estuvo en los bosques del Norte cuando los Wobblies trabajaban allí.

-Me alegra conocerle -Mac adoptó un tono de voz deferente-. He oído hablar de aquellos tiempos. Hubo algo de sabotaje.

El tono agradó a Dan, que dijo:

-Yo no era de los Wobblies. Trabajaba como talador de altura.

Los Wobblies eran un hatajo de insignes hijos de perra, pero hicieron el trabajo. Maldita sea, hubieran incendiado una serrería con sólo mirarla.

La voz de Mac conservó su tono respetuoso:

-Bien, pues si hicieron el trabajo, supongo que es todo lo que cabía esperar de ellos.

-Eran una pandilla dura de pelar. A ningún hombre le causaba placer hablar con ellos. Lo odiaban todo. Creo que voy a ir por mis judías.

Giró a la derecha y se alejó de Jim y de Mac. Era casi oscuro. Jim, mirando al cielo, divisó una V que cruzaba volando.

-Mira, Mac, ¿qué es eso?

-Patos salvajes. Vuelan muy pronto este año. ¿No habías visto nunca patos?

-Creo que no. Me parece haber leído sobre ellos.

-Oye, Jim, ¿no te importará que no comamos más que pan con sardinas? Tenemos cosas que hacer esta noche. No quiero dedicar tiempo a cocinar.

Jim había caminado hasta ese momento desmañadamente, fatigado a causa de su nuevo trabajo. Pero ahora tensó los músculos y alzó la cabeza.

-¿Qué te propones hacer?

-Verás. Hoy he estado trabajando junto a London, y ese tipo no anda nada despistado; ya ha recorrido los dos tercios del camino. Según él, puede manejar a esos braceros. Conoce a un tipo de sus mismas características que capitanea otra banda. Se encuentran en el pomar más extenso: más de mil seiscientas hectáreas de manzanos. London anda tan furioso por la rebaja de jornales, que está dispuesto a todo. Su amigo de la explotación Hunter se llama Dakin. Esta noche vamos a acercarnos allí a hablar con él.

-Así que te has estado moviendo de verdad.

-Ya lo ves.

Mac penetró en una de las oscuras puertas, y poco después volvió a salir con una lata de sardinas y pan cortado en rebanadas. Dejó el pan en el quicio, y giró la llave que abría la lata, enrollando la hojalata sobre sí misma.

-¿Has sondeado a los hombres tal como te dije, Jim?

-No he tenido muchas oportunidades. He hablado algo con el viejo Dan.

Mac hizo una pausa en la operación de abrir la lata.

-¿Y por qué, en nombre de Cristo? ¿Por qué tenías que hablar con él?

-Bueno, estábamos en el mismo árbol.

-¿Y por qué no te fuiste a otro árbol? Escucha, Jim, mucha de nuestra gente se dedica a perder el tiempo. Joy trataría de convertir a una camada de cachorros de gato. No pierdas el tiempo con tipos viejos como ése; no nos sirve. Si hablas con los viejos, acabarás perdiendo las esperanzas; han recibido muchas patadas. -Terminó de abrir la lata y la depositó frente a él-. Anda, ponte sardinas en una rebanada de pan.

London está cenando ahora, y pronto terminará. Iremos en su Ford.

Jim sacó su navaja, dispuso tres sardinas en una rebanada y las aplastó un poco. Vertió un poco de aceite de oliva de la lata sobre ellas, y las cubrió con otra rebanada de pan.

-¿Cómo está la chica? -preguntó.

-¿Qué chica?

-La del niño.

-Oh, está muy bien. Pero no vayas a creerte que yo sea Dios, como sostiene London. Le dije que no era médico, pero él continúa llamándome "matasanos". Me considera mucho. ¿Sabes? En cuanto esa chica se procure ropa y se pinte no estará nada mal. Hazte otro bocadillo.

Había anochecido completamente. Muchas de las puertas estaban cerradas, y las débiles luces del interior de las pequeñas habitaciones dibujaban cuadrados parches de luz afuera, en el suelo. Mac masticaba su bocadillo.

-Nunca vi junta tanta tía fea como aquí. La única presentable de todo el campamento cuenta trece años. Debo admitir que tiene un tra sero como de dieciocho, pero no quiero arriesgarme a que me echen cincuenta años por corrupción de menores.

-Parece que andas algo salido -observó Jim.

-¿Y por qué demonios no habría de andar? -preguntó Mac, riéndose-. Cada vez que el sol me calienta la espalda toda una tarde, me pongo en forma. ¿Qué tiene eso de malo?

La cruda brillantez de unas pocas estrellas lucía aguda y penetrantemente en el frío cielo nocturno. De las habitaciones próximas llegaban voces que se alzaban y se bajaban al hablar; de vez en cuando, una de esas voces se dejaba oír con claridad. Jim se volvió en dirección a aquellos sonidos.

-¿Qué está pasando ahí, Mac?

-Han armado una timba. Pronto han empezado. No sé qué utilizan en lugar de dinero; tal vez se estén pateando la paga de la semana próxima. La mayor parte de ellos se va a quedar sin paga una vez ajuste cuentas en la tienda. Esta noche, un hombre ha comprado allí dos grandes botes de carne picada. Probablemente se comerá los dos botes esta noche y mañana estará enfermo. Desde luego que llevan hambre atrasada. ¿Te has dado cuenta alguna vez, Jim, de que cuando tienes hambre tu mente sólo es capaz de concentrarse en una cosa? A mí siempre me pasa con el puré de patatas, rociado con mantequilla fundida. Supongo que el tipo de esta noche hacía meses que pensaba en la carne picada.

Un hombre de elevada estatura avanzó a lo largo de la fachada del edificio, y las luces de las ventanas relampaguearon sobre él conforme pasaba ante cada una. Mac dijo:

-Ahí viene London.

Se encaminó hacia ellos, meneando los hombros. La tonsura blanqueaba, contrastando con la negra corona de cabello. London anunció:

-Ya he terminado de cenar. Vamonos. Tengo el Ford ahí detrás.

Se volvió y echó a andar en la dirección de la que procedía, y Mac y Jim le siguieron. Detrás del edificio, y aparcado de cara a él, se hallaba un Ford modelo T, sin capota. Los asientos de hule estaban raídos y agrietados, de tal manera que asomaban los muelles, y de los agujeros colgaban mechones de crin. London montó, giró la llave y se escapó un ruido como de algo que rascaba.

-Dale a la manivela, Jim -dijo Mac.

Jim apoyó todo su peso en la manivela, que iba dura.

-Poco gas, ¿eh? No quiero que me arree en la cabeza.

-Poco. Acciona la manivela frente a ti -aconsejó London.

El gas jadeó y Jim accionó la manivela. El motor petardeó y la manivela giró violentamente hacia atrás.

-¡Casi me da! ¡Mantén sólo un punto de gas!

-Siempre cocea un poco -explicó London-. No dejes que se ahogue.

Jim probó de nuevo con la manivela, y esta vez el motor roncó. Se encendieron las mortecinas lucecitas, y Jim montó en el asiento de atrás, en medio de tubos viejos, llantas y ásperos sacos.

-Hace ruido, pero todavía anda -gritó London.

Dio marcha atrás y enfiló el camino polvoriento que atravesaba el pomar; luego giró a la derecha y tomó la carretera estatal, asfaltada. El coche castañeteaba y traqueteaba, y el aire frío silbaba a través del roto parabrisas, por lo que Jim se agachó, a fin de protegerse tras el asiento delantero. Las luces de la ciudad brillaban en el cielo, detrás de ellos. A ambos lados de la carretera se alineaban grandes manzanos oscuros, y tras los árboles, de vez en cuando, lucían las luces de las casas. El Ford alcanzó y rebasó grandes camiones de transporte y cisternas de gasolina y de leche, estas últimas plateadas, y unos y otras señalizados con lucecitas azules. Desde una casita tipo rancho, salió corriendo un perro pastor, y London maniobró bruscamente a fin de evitarlo.

-¡Ése no vivirá mucho! -gritó Mac.

-Detesto atropellar a un perro -explicó London-. Los gatos me da igual. En el camino de Radcliffe hasta aquí maté a tres.

El coche continuó traqueteando, a una velocidad de unos cincuenta kilómetros por hora. De vez en cuando, dos cilindros dejaban de funcionar, y el motor daba tirones hasta que volvían a ponerse en marcha.

Cuando llevaban recorridos alrededor de ocho kilómetros, London disminuyó la marcha y dijo:

-El camino debe de estar por aquí.

Una pequeña hilera de buzones plateados le mostró dónde debía girar hacia el camino de tierra. Por encima de ese camino se levantaba un arco de madera con la siguiente inscripción: "Compañía frutera Hunter Hermanos. Manzanas marca S". El coche tomó como indeciso el camino, y de pronto un hombre se cruzó en él, levantando una mano. London detuvo el Ford.

-¿Vosotros, muchachos, trabajáis aquí? -preguntó el hombre.

-No.

-Bien, pues no necesitamos a nadie más. Estamos al completo.

-Sólo venimos a ver a unos amigos -dijo London-. Nosotros trabajamos en la explotación Talbot.

-¿No traéis licor para vender?

-Pues claro que no.

El hombre hizo relampaguear una luz en la trasera del coche, y miró la llanta y los tubos viejos. La luz se retiró.

-De acuerdo, muchachos. No os quedéis demasiado tiempo.

London apretó el pedal y musitó:

-¡Ese insigne hijo de perra! No hay polis más fisgones que los guardas privados. ¡Una ratita muy activa!

Hizo girar salvajemente el coche para tomar una curva, y lo detuvo tras un edificio muy parecido a aquel del cual procedían: una estructura larga, baja, tipo cobertizo, dividida en pequeñas habitaciones.

-Aquí trabaja una endiablada cantidad de gente -notificó London-. Tienen tres pabellones como éste.

Se encaminó a la primera puerta y llamó. Del interior les llegó un gruñido y luego unos pesados pasos. La puerta se abrió un poco, y una mujer obesa, con el cabello fibroso, salió a mirar. London preguntó con rudeza:

-¿Dónde se aloja Dakin?

La mujer reaccionó instantáneamente a la autoridad que emanaba de su voz:

-Tres puertas más abajo, señor. Allí se alojan él, su mujer y un par de crios.

-Gracias -dijo London. Se volvió y se alejó, dejando a la mujer con la boca abierta, pues iba a continuar hablando.

La mujer sacudió la cabeza y observó a los tres hombres, mientras London llamaba a la tercera puerta. No se retiró hasta que la puerta de Dakin se hubo cerrado.

-¿Quién era? -preguntó un hombre detrás de aquella mujer.

-No lo sé. Un tipo alto. Preguntaba por Dakin.

Dakin era un hombre de cara estrecha, con unos ojos velados y escrutadores y una boca inmóvil. Su voz era aguda y monótona.

-Hola, viejo hijo de perra -saludó-. Entra. No te había visto desde que dejamos Radcliffe.

Se hizo atrás y les dejó entrar. London dijo:

-Aquí el matasanos y su amigo, Dakin. El matasanos ayudó a Lisa la otra noche. Tal vez ya estés enterado.

Dakin tendió una larga y pálida mano hacia Mac.

-Ya lo creo que me he enterado. Un par de muchachos que trabajan precisamente allí vinieron a vernos. Se hubiera dicho que Lisa parió un elefante, pues no hablaban de otra cosa. Aquí mi costilla, matasanos, y mira los dos chicos: crecen fuertes.

Su esposa se levantó. Era una mujer de buen ver, de busto prominente y cara llena, con pequeños toques de colorete en las mejillas y un puente de oro en la parte superior de su dentadura, que relampagueaba bajo la luz de la lámpara.

-Me alegra conoceros, chicos -dijo con voz ronca-. ¿Os apetece una taza de café o un traguito?

Los ojos de Dakin emitieron un destello que revelaba el orgullo que su esposa le inspiraba. Mac dijo, como tanteando el terreno:

-Bien, hacía la mar de frío por el camino.

Los dientes de oro volvieron a relucir.

-Lo que yo pensaba. Un trago os vendrá muy bien. -Sacó una botella de whisky y un vaso-. Servíos vosotros mismos, chicos. Más arriba del borde no vais a poder.

Botella y vaso fueron de mano en mano. La señora Dakin se sirvió la última. Volvió a tapar la botella y fue a ponerla en un pequeño aparador.

En la habitación había tres sillas plegables de lona y dos catres asimismo de lona para los niños. Una gran cama de campaña, bien visible, se hallaba adosada a la pared.

-Estás muy bien instalado, Dakin -observó Mac.

-Tengo un camión ligero. Me dedico a hacer algún transporte de vez en cuando y, además, puedo trasladar mis chismes. Mi costilla es apañada; durante la buena temporada gana dinero trabajando a destajo.

La señora Dakin sonrió halagada. De pronto, London interrumpió aquella conversación de circunstancias y dijo:

-Quisiéramos ir a algún sitio a hablar.

-Bien, ¿y por qué no aquí?

-Se trata de un asunto reservado.

Dakin se volvió lentamente hacia su mujer y habló con voz monótona:

-Mejor sería que tú y los niños fuerais a visitar a la señora Schmidt, Alla.

El rostro de la mujer reflejó decepción. Sus labios se fruncieron y se cerraron sobre sus dientes de oro. Por un momento, miró interrogativamente a su marido, quien le devolvió la mirada con sus fríos ojos. Las largas y blancas manos de Dakin estaban crispadas contra ambos lados de su cuerpo. De pronto, su esposa sonrió ampliamente y dijo:

-Vosotros, chicos, quedaos aquí y conversad. Yo tengo que ir a ver a la señora Schmidt. Henry, toma de la mano a tu hermano. -Se puso una chaquetilla de piel de conejo y se sacudió su rubia cabellera-. Que lo paséis bien, muchachos.

La oyeron alejarse y llamar a una puerta más abajo.

Dakin se subió los pantalones y se sentó en la cama grande, mientras señalaba a sus huéspedes las sillas plegables de lona. Sus ojos aparecían velados y no miraban a ninguna parte en particular, como los de un boxeador.

-¿Qué te trae por aquí, London?

-¿Qué piensas de la reducción salarial cuando ya estábamos aquí? -preguntó rascándose la mejilla.

-¿Qué crees que pienso? No tengo motivos para gritar de entusiasmo -respondió Dakin con una mueca.

-¿Se te ha ocurrido qué podemos hacer? -inquirió London adelantando su silla.

Los velados ojos reflejaron una breve mirada aguda.

-No, ¿y tú?

-¿Crees que podríamos organizamos y llevar a cabo alguna acción? -y London dirigió una rápida mirada de reojo a Mac.

Dakin captó esa mirada, y moviendo la cabeza en dirección a Mac y Jim preguntó:

-¿Radicales?

Mac estalló en carcajadas.

-Cualquiera que aspire a un jornal que le permita vivir decentemente se convierte en radical.

Dakin le miró durante un momento y aclaró:

-Yo no tengo nada contra los radicales, pero quede claro que no estoy dispuesto a que me encierren por apoyar a cualquier tipo de organización. Si vosotros pertenecéis a alguna, no quiero saberlo. Tengo mujer, hijos y un camión, y no quiero ir a la cárcel porque mi nombre figure en determinados registros. Ahora di lo que te ha traído aquí, London.

-Las manzanas tienen que ser recogidas, Dakin. Supon que organizamos a los hombres.

Los ojos de Dakin no reflejaron más que un destello gris que encerraba una amenaza.

-De acuerdo. Organizas a los hombres y los revuelves hasta convertirlos en una manada de toros. Votan una huelga, y en doce horas llega un tren cargado de parados. Entonces, ¿qué?

-Entonces, supongo que organizaremos piquetes -repuso London rascándose otra vez la mejilla.

-Y entonces se publica una orden que suspende el derecho de reunión, y sacan a la calle un centenar de hombres del sheriff armados con fusiles de caza.

London dirigió una mirada interrogativa a Mac; sus ojos le pedían que contestara por él. Mac pareció reflexionar mucho antes de responder:

-Nosotros sólo queríamos conocer tu opinión sobre el asunto, Dakin. Imagina que tres mil trabajadores de una siderúrgica declaran la huelga y se organizan en piquetes. Alrededor de la factoría hay una alambrada y el jefe manda que se conecte una corriente de alto voltaje. Colocan algunos guardias en la puerta. Eso resulta fácil, pero ¿cuántos hombres del sheriff crees que se necesitarán para custodiar todo un valle?

Los ojos de Dakin relucieron por un momento, y luego volvieron a velarse.

-Fusiles de caza. Imagina que nos enfrentamos a los parados y que los otros empiezan a disparar. Nuestros braceros no van a resistir el fuego, no creo que quieran. En cuanto alguien dispare con un calibre diez, ellos correrán hacia la maleza como conejos. ¿Sigues creyendo que se deben formar piquetes?

Los ojos de Jim iban de un interlocutor a otro.

-La mayoría de los parados nos secundarían, si les hablarais -terció.

-Y el resto, ¿qué?

-Bien -dijo Mac-, una cuadrilla de hombres que actúe con rapidez podría mantenerlos quietos. Yo he estado recogiendo fruta, y los muchachos están que trinan con esa rebaja. Y no olvides que las manzanas han de recogerlas; no se puede cerrar un pomar como quien cierra una planta siderúrgica.

Dakin se puso en pie, se dirigió al cajón que hacía las veces de alacena y se sirvió un poco de whisky. Hizo una seña a los demás con la botella, pero los tres sacudieron negativamente la cabeza.

-En este país dicen que existe el derecho de huelga -dijo-, y luego dictan leyes en contra de los piquetes. Lo cual significa que el derecho lo tenemos a no trabajar. No me gusta verme mezclado en nada de eso. Yo tengo un camión ligero.

-¿Dónde...? -empezó Jim, pero se dio cuenta de que tenía la garganta seca y carraspeó para aclararla-. ¿Dónde piensas ir cuando hayamos recogido las manzanas, Dakin?

-A recoger algodón.

-Bien, pues por allí los ranchos son aún mayores. Si aquí nos han impuesto una rebaja, los algodoneros aún rebajarán más.

Mac se sonrió; animando y halagando a su compañero, y le secundó:

-Sabes muy bien que lo harán. Lo harán cada vez: irán rebajando y rebajando hasta que, por fin, los hombres se decidan a luchar.

Dakin depositó suavemente la botella de whisky, se encaminó a la gran cama y se sentó en ella. Se miró sus manos largas y blancas, suaves gracias a los guantes. Luego miró el suelo a través de las manos y dijo:

-No quiero líos. Mi costilla, los chicos y yo nos hemos arreglado bien hasta ahora, pero, maldita sea, tenéis razón: nos van a rebajar los jornales del algodón, tan seguro como que hay infierno. ¿Por qué no dejan que las cosas sigan como antes?

-No veo que nos quede otra alternativa que organizamos -dijo Mac.

Dakin se revolvió, nervioso.

-Creo que no. No me hace mucha gracia. ¿Qué queréis que haga, muchachos?

-Dakin -intervino London-, tú puedes agitar esta banda, y yo, tal vez, pueda hacer lo mismo con la mía.

-No podéis agitar a nadie que no quiera ser agitado -interrumpió Mac-. Dakin y London tienen que empezar a hablar, eso es todo. Conseguid que los hombres conversen entre ellos. Ya están furiosos, pero aún no han tratado del asunto. Debemos ir a convencerles a otras explotaciones, también, para que luego discutan entre ellos, mañana y pasado mañana. Luego, convocaremos un mitin. Pronto se extenderá la noticia, con lo furiosos que están los hombres.

-He pensado algo -dijo Dakin-. Imagina que vayamos a la huelga. Aquí no podremos acampar, pues no irán a dejar que lo hagamos en el condado o en las carreteras estatales. ¿A dónde vamos a ir?

-Ya se me había ocurrido -repuso Mac-, y he tenido una idea. Si dispusiéramos de un trozo de terreno particular, nos iría muy bien.

-Es posible, pero ya sabes lo que hicieron en Washington. Los echaron con la excusa de que constituían un peligro para la salud pública. Y les quemaron las chabolas y las tiendas.

-Conozco bien el caso, Dakin. Pero imagina que haya un médico que cuide de aquello. No podrían hacer mucho, entonces.

-Pero, ¿de veras tú eres médico? -preguntó Dakin en tono de sospecha.

-No, pero tengo un amigo que lo es, y probablemente se prestaría. He estado pensando en ello, Dakin; he leído mucho sobre huelgas.

Dakin se sonrió con frialdad y dijo:

-Tú has hecho mucho más que leer. Sabes demasiado. No quiero tratos contigo. No sé nada.

London se volvió hacia Mac.

-¿De verdad crees que podremos con esa gente, matasanos?

-Escucha, London, aunque perdamos, tal vez podamos armar suficiente lío como para que no rebajen los jornales del algodón. Nos beneficiará aunque perdamos.

Dakin asintió, moviendo lentamente la cabeza.

-Bien, empezaré a hablar mañana a primera hora de la mañana. Tienes razón al decir que los hombres están furiosos; están quemados, pero no saben qué hacer.

-Nosotros les daremos ideas -dijo Mac-. Trata de ponerte encontacto con todas las explotaciones que puedas, Dakin. ¿Lo harás? -Se puso en pie-. Creo que será mejor que nos vayamos. -Tendió la mano-. Me alegro de haberte conocido, Dakin.

Dakin entreabrió sus rígidos labios, mostrando una blanca dentadura postiza.

-Si yo tuviera mil doscientas hectáreas de manzanos, ¿sabéis lo que haría? -comentó-. Me atrincheraría en la maleza, y cuando os acercarais os volaría vuestras malditas cabezas. Eso ahorraría cantidad de líos. Pero resulta que yo no tengo nada, aparte un camión ligero y un poco de equipo de acampar.

-Buenas noches, Dakin, hasta la vista -se despidió Mac.

Jim y Mac salieron. Oyeron a London conversar con Dakin:

-Esos chicos son conformes. Podrán ser rojos, pero buena gente.

London salió a su vez y cerró la puerta. Una puerta más abajo permanecía entreabierta y dejaba escapar un cuadrado de luz. La señora Dakin y los dos niños se les acercaron.

-Buenas noches, chicos -les dijo-. Estaba vigilando, a ver cuándo salíais.

El Ford traqueteó y emitió sonidos sofocados hasta el pabellón, de cara a cuya pared quedó aparcado. Mac y Jim se separaron de London y se encaminaron a su pequeña y oscura habitación. Jim se acostó en el suelo, envuelto en un trozo de estera y un edredón. Mac se recostó en la pared, fumando un cigarrillo. Al cabo de un momento, aplastó la colilla y preguntó:

-Jim, ¿estás despierto?

-Pues claro.

-Lo que dijiste fue muy inteligente. La cosa empezaba a fastidiarse cuando interviniste y dijiste aquello del algodón. Fue muy inteligente.

-¡Quería ayudar! -exclamó Jim-. Dios mío, Mac, es como si este asunto estuviera cantando encima de mí. No quiero dormir, quiero continuar ayudando.

-Mejor será que te duermas. Vamos a tener que trabajar mucho de noche.

6

A la mañana siguiente, el viento soplaba entre las hileras de frutales, agitando sus ramas y derribando manzanas que chocaban contra el suelo con golpes apagados. Ese viento anunciaba heladas, pero entre ráfaga y ráfaga volvía la extraña quietud propia del otoño. Los recogedores se afanaban en su trabajo, con los chaquetones bien abotonados sobre el pecho. Cuando pasaban los camiones por entre las filas de árboles, se levantaba una muralla de polvo, que luego se llevaba el viento.

El contador de la sección de carga vestía un chaquetón de piel de cordero, y cuando no estaba tomando notas, introducía en los bolsillos manos, libreta y lápiz, y movía inquieto los pies.

Jim transportó su cesto hasta donde se hallaba el contador.

-¿Pasa usted frío?

-No tanto como el que va a hacer si este viento no cambia. La helada lo echaría todo a perder.

Un muchacho de aspecto taciturno llegó y depositó rudamente su cesto. Sus oscuras cejas crecían muy cerca de sus ojos, y su negro y espeso cabello dejaba al descubierto una frente estrecha. Sus ojos estaban enrojecidos y febriles. Vació bruscamente su cesto de manzanas en una caja y el contador le advirtió:

-No dejes que las manzanas choquen entre sí. Se echan a perder por donde se golpean.

-Ah, ¿sí?

-Sí, eso es lo que he dicho. -El contador hizo una tachadura con su lápiz-. Este cesto no cuenta. Ve por otro.

Los ardientes ojos le miraron con hostilidad.

-Desde luego que lo que le va a caer se lo habrá buscado. Y le va a caer.

El contador enrojeció de ira.

-Sé razonable o sales de aquí volando y aterrizas en la carretera.

La boca del muchacho escupió venenosamente:

-Te las vas a cargar, vas a ser uno de los primeros. -Y dirigiendo una mirada experta a Jim-: ¿Verdad, compadre?

-Mejor será que vuelvas a tu trabajo -replicó Jim tranquilamente-. No podremos cobrar el jornal si no trabajamos.

El chico señaló hacia la hilera de árboles, y dijo, antes de marcharse:

-Estoy en el cuarto árbol, por ahí.

-¿Se puede saber qué pasa? -preguntó el contador-. Esta mañana todo el mucho está quisquilloso.

-Tal vez sea el viento -comentó Jim-. Creo que es el viento.

Pone a la gente nerviosa cuando sopla.

El contador le dirigió una rápida mirada, pues su tono había sido de sátira.

-¿También a ti?

-También a mí.

-¿Qué hay en el aire, Nolan? ¿Algo?

-¿Qué quiere usted decir con "algo"?

-Sabes muy bien lo que quiero decir, maldita sea.

Jim golpeó suavemente el cesto contra su pierna y se apartó para dejar paso a un camión. Una muralla de polvo le cubrió por un momento.

-Tal vez la libretita negra le mantenga a usted ignorante de lo que ocurre -observó-. Pruebe a prescindir de ella y mire a ver si puede captarlo.

-Conque es eso. Estáis organizando disturbios, ¿verdad? Ya; el aire está lleno de eso.

-El aire está lleno de polvo.

-Yo he visto esta clase de polvo antes, Nolan.

-Bueno, pues entonces ya lo sabe todo -y se dispuso a marcharse.

-Aguarda un minuto, Nolan. -Jim se detuvo y se volvió-. Tú eres buena persona, Nolan, un buen trabajador. ¿Qué es lo que está pasando?

-No consigo entenderle. No sé de qué me habla.

-Te pondré en la lista negra.

Jim, furioso, se adelantó dos pasos hacia él y exclamó:

-¡Póngame en su lista negra y maldito sea! Yo no he dicho nada. Usted ha inventado todo esto porque un muchacho se ha hecho el listo con usted.

El contador apartó la mirada, incómodo.

-Estaba bromeando. Escucha, Nolan: necesitan un contador en la parte Norte. Creo que tú estás capacitado para desempeñar esa tarea.

Puedes ir a trabajar mañana. Te pagarían mejor.

Los ojos de Jim se oscurecieron de ira un segundo, sonrió y avanzó de nuevo hacia el contador.

-¿Qué es lo que pretende? -le preguntó suavemente.

-Te lo diré sin rodeos, Nolan. Algo sucede, y el jefe me dijo que tratara de averiguarlo. Ayúdame e intercederé para que te den esa plaza de contador, a cincuenta centavos la hora.

Jim pareció estudiar la proposición, y al cabo dijo lentamente:

-No sé nada, pero podría tratar de enterarme, si eso me beneficiara en algo.

-Bien. ¿Qué tal cinco pavos?

-Trato hecho.

-De acuerdo. Circula de un lado a otro. Te apuntaré tus cestos a fin de que hoy no pierdas nada. A ver qué puedes averiguarme.

-¿Cómo sabré que no va a jugármela? Es posible que me entere de algo y se lo diga, pero si los hombres llegan a saberlo, me despellejan.

-No te preocupes por eso, Nolan. Si el jefe puede contar con un hombre como tú, no va a desperdiciarlo. Puede que haya aquí un emplejo fijo para ti cuando concluya la recogida: manejar una bomba de agua o algo así.

Jim se quedó pensativo un momento y dijo:

-No le prometo nada. Mantendré las orejas atentas, y si me entero de algo, se lo haré saber.

-Buen chico. Quedamos en que cinco pavos y un empleo.

-Probaré con aquel muchacho tan terco de antes. Parecía saber algo.

Caminó junto a la hilera de árboles, en dirección al cuarto manzano. En el momento en que llegaba, el joven bajó la escalera con un cesto lleno.

-Hola -dijo-. Voy a dejar éste y vuelvo.

Jim ascendió por la escalera y se sentó en una rama. El rumor de una cinta seleccionadora en la planta embaladora llegaba claramente, transmitido por el viento, y el aroma de la sidra fresca se escapaba de las prensas. Desde la lejanía, Jim pudo oír el silbido y el fragor de una locomotora de maniobras que estaba formando un tren.

El muchacho taciturno subió corriendo la escalera, como un mono.

-Cuando la armemos -comentó airadamente-, pienso agarrar un buen pedrusco y arrearle a ese bastardo.

Jim empleó el método de Mac.

-¿A un chico tan estupendo como ése? ¿Por qué quieres atizarle? ¿Qué quieres decir con eso de "cuando la armemos"?

El muchacho tomó asiento junto a Jim y le preguntó:

-¿Es que no lo has oído?

-¿Oír? ¿El qué?

-¿No serás un soplón?

-No, no soy un soplón.

-Vamos a ir a la huelga, ¡eso es! -gritó el muchacho.

-¿Huelga? ¿Con un trabajo tan bueno? ¿Para qué quieres hacer huelga?

-Porque nos están explotando, por eso. Los pabellones están llenos de piojos, y en concepto de alquiler la compañía nos carga un cinco por ciento, y encima nos rebajan el jornal, con lo que cuando nos vayamos se nos habrán comido la paga. ¡Por eso! Si les dejamos que se salgan con la suya, la recogida del algodón será peor. Allí también nos explotan, y tú eso lo sabes muy bien, maldita sea.

-Suena razonable. ¿Quién va a la huelga, además de ti?

El muchacho lo miró con ojos febriles.

-¿Conque haciéndote el listo?

-No, estoy tratando de averiguar algo, pero tú no me dices nada.

-No puedo decírtelo. No podemos decir nada todavía. Ya te enterarás a su debido tiempo. Tenemos a todos los hombres organizados, todo listo, y la vamos a armar. Esta noche celebraremos una asamblea algunos de nosotros, y luego dejaremos que vosotros, el resto, acudáis también.

-¿Y quién está detrás de eso? -preguntó Jim.

-No voy a decírtelo. Si lo dijera podría estropearse todo.

-De acuerdo, si así lo crees conveniente.

-Te lo diría si pudiera, pero prometí no hacerlo. Ya lo sabrás a su debido tiempo. Te unirás a nosotros, ¿verdad?

-No lo sé. Pero no lo haré si no sé algo más de lo que sé ahora.

-¡Bien, por Cristo! Nos cargaremos a todos los esquiroles. Dicho queda.

-Pues no me gustaría que me mataran -Jim colgó su cesto en una rama y comenzó a llenarlo lentamente-. ¿Qué posibilidades hay de asistir a esa asamblea?

-Ninguna. Se reserva a los tipos importantes.

-¿Tú eres un tipo importante?

-Estoy en el ajo.

-Bueno, ¿y quiénes son esos tipos importantes?

Los ojos taciturnos observaron a Jim con expresión de sospecha.

-Preguntas demasiado, maldita sea. No voy a decirte nada. Te comportas conmigo como si fueras un soplón.

Jim terminó de llenar el cesto y lo bajó.

-¿Se dedican esos tipos a hablar subidos a los árboles?

-¿Se *dedican*? ¿Dónde estuviste toda la mañana?

-Trabajando. Ganándome el pan nuestro de cada día. Es un buen trabajo.

El muchacho se dirigió a Jim, encolerizado:

-No me tomes más el pelo, a menos que quieras vértelas conmigo ahí abajo.

Jim le guiñó el ojo, tal como había visto hacerlo a Mac.

-No te animes, chico, que estaré con vosotros cuando empiece la juerga.

El otro sonrió cohibido y dijo:

-Le coges a uno desprevenido.

Jim transportó su cesto al pie de la hilera y lo vació con suavidad en la caja.

-¿Qué hora es?

-Las once y media -le informó el contador, consultando su reloj-. ¿Has averiguado algo?

-¡Qué va! Ese chico habla por boca de ganso, como si fuera un periódico viviente. Me mezclaré un poco con la gente después de comer, y observaré.

-Bien, consigúelo cuanto antes. ¿Sabes conducir un camión?

-Pues claro.

-Estaríamos en condiciones de colocarte de conductor de camión.

-Eso sería magnífico.

Jim se alejó, hilera adelante. Los hombres conversaban en lo alto de los árboles y en las escaleras. Se encaramó a un frondoso manzano donde había dos recogedores.

-Hola, chico. Sube y apúntate al partido.

-Gracias -y se instaló para recoger-. Se habla mucho esta mañana -observó.

-Desde luego; nosotros lo estábamos haciendo. Todo el mundo habla de huelga.

-Cuando la gente habla mucho de huelga, por lo general termina habiéndola.

El segundo hombre, encaramado en lo más alto, intervino:

-Estaba diciéndote, Jerry, que no me gusta. Bien sabe Dios que no ganamos mucho, pero si protestamos y hacemos huelga, no ganaremos nada.

-Puede que ahora no ganemos nada -replicó Jerry-, pero más tarde ganaremos más. Esta maldita recogida de manzana no dura mucho, pero la del algodón dura más. Por lo que imagino, los algodoneros tienen los ojos puestos en nosotros. Si nos comportamos como un hatajo de piojosos borregos, aún nos rebajarán más. Por lo menos eso es lo que yo me figuro.

-Suena razonable -observó Jim sonriendo.

-Bueno, pues no me gusta -insistió el otro-. No me gustan los líos si puedo mantenerme al margen de ellos. Muchos hombres terminan heridos. No consigo ver nada bueno en eso. Nunca he conocido que una huelga sirviera para subir los jornales por mucho tiempo.

-Si los muchachos optan por la huelga, ¿vas a hacer de esquirol? -preguntó Jerry.

-No, Jerry, yo no haría eso. Si los hombres van a la huelga, yo también iré. No seré esquirol, pero la cosa no me gusta.

-¿Ya hay alguna organización en marcha? -se interesó Jim.

-Por lo que he oído, no -contestó Jerry-. Nadie ha sido convocado a ninguna reunión, todavía. Nos limitaremos a estarnos quietos, pero por lo que a mí respecta, si los hombres van a la huelga, yo voy también.

Sonó un silbido estridente en la planta embaladora y Jerry dijo:

-Mediodía. He guardado unos bocadillos allí, bajo el montón de paja. ¿Quieres?

-No, gracias -declinó Jim-. Tengo que encontrarme con el tío con el que viajo.

Dejó su cesto en el lugar donde se colocaba el contador, y se encaramó en la planta embaladora. A través de los árboles podía ver un edificio, enjalbegado, con una plataforma de carga adosada a uno de sus lados. La cinta seleccionadora permanecía ahora inmóvil. Conforme se iba acercando, Jim veía a hombres y mujeres sentarse en la plataforma, con las piernas colgando, mientras comían sus almuerzos. Un grupo de unos treinta hombres se congregaba en un extremo del edificio. Alguien, situado en el centro de aquella concentración, hablaba excitadamente. Jim podía oir los altibajos de su voz, pero no logró distinguir sus palabras.

El viento había amainado, de tal modo que la calidez del sol se dejaba sentir. A medida que Jim se aproximaba, Mac se fue apartando del grupo y se encaminó hacia su compañero, llevando dos paquetes envueltos en papel.

-Hola, Jim -saludó-. Aquí traigo el almuerzo: pan de barra y unas lonchas de jamón.

-Magnífico. Estoy hambriento.

-La mayor parte de nuestros hombres mueren más por causa de las úlceras de estómago que por los disparos de las escuadras-observó-. ¿Qué tal van las cosas por tu zona?

-Van que chutan, maldita sea. He conocido a un chico que está al corriente. Va a haber un mitin esta noche.

-Eso es bueno -dijo Mac riendo-. Me estaba preguntando si los conspiradores habían empezado a trabajar. Pueden hacernos un gran favor. Los hombres de tu zona ¿están muy furiosos?

-En todo caso, hablan mucho. Oh, ¿sabes Mac? El contador va a proporcionarme cinco pavos y un empleo fijo si averiguo lo que está sucediendo. Le he dicho que mantendré las orejas atentas.

-Buen trabajo. Tal vez puedas ganar un poco de dinero en el bando contrario.

-Bien, ¿qué quieres que le diga?

-Pues veamos... Dile que se trata sólo de habladurías, y que ya se pasará. Dile que no tiene por qué preocuparse.

Hizo una seña con la mano. Un hombre se había acercado sigilosamente. Era corpulento, vestía un mono sucio y su cara estaba negra de polvo. Se aproximó y miró en derredor para comprobar si estaban solos.

-Me envía el comité -anunció en voz baja-. ¿Cómo andan las cosas?

Mac le miró con expresión sorprendida.

-¿A qué cosas se refiere usted?

-Ya sabéis lo que quiero decir. El comité quiere un informe.

Mac se volvió a Jim adoptando aires de perplejidad.

-Este hombre está loco. ¿Qué comité es ése?

-Ya sabes lo que quiero decir -en este punto bajó más su voz-, camarada.

Mac avanzó con pasos tensos y el rostro oscurecido por la ira.

-¿De dónde se ha sacado eso de "camarada"? -rezongó-. Si es usted uno de esos piojosos radicales, no quiero saber nada de usted. Y ahora siga su camino si no quiere que llame a alguno de los chicos.

La actitud del intruso cambió y dijo:

-Ten cuidado tú, nene. Te tenemos echado el ojo.

Y se alejó lentamente.

Mac suspiró y dijo:

-Vaya, esos manzaneros son rápidos de pensamiento, aunque no tengan ni un buen pensamiento.

-Ese tipo ¿era un detective?

-Si, demonio. Ningún hombre puede ensuciarse así la cara sin ayudar a la naturaleza. Nos han calado pronto, ¿eh? Anda, siéntate y come algo.

Se sentaron en el polvo y se cortaron unos gruesos bocadillos.

-Se esfumó tu oportunidad de ser sobornado -dijo Mac. Y volviéndose con expresión seria a Jim, remedó-: "Ten cuidado tú, nene": eso es muy directo, pero ahora ya no podemos permitirnos abandonar. Y recuerda también que un montón de esos tipos nos venderían por cinco pavos. Haz hablar a los demás, pero tú quédate bien quieto.

-¿Cómo crees que nos han descubierto?

-No lo sé. Supongo que alguno de la ciudad nos ha delatado. Tal vez sea mejor que pida refuerzos, por si tú o yo quedamos fuera de juego. Este asunto está encarrilado, y necesita ser dirigido. El plan, desde luego, es excelente.

-¿Nos meterán en la cárcel?

Mac mascó un trozo grueso de costra antes de contestar.

-Primero tratarán de asustarnos. Y ahora escucha; si alguna vez, cuando yo no estoy por los alrededores, alguien dice que te van a linchar, tú óyelo como quien oye llover. No permitas que te asuste, pero no recurras a los métodos de Joy. ¡Jesús, y que aprisa se están moviendo! Bueno, pues mañana empezaremos a movernos nosotros. Anoche encargué unos cuantos carteles; deberían de llegar mañana por la mañana, si Dick cumple su parte. Esta noche el correo nos traerá algo.

-¿Qué quieres que haga yo? Hasta ahora me he limitado a escuchar, y yo quiero hacer algo.

Mac dirigió una mirada en derredor, se sonrió y dijo:

-Te utilizaré cada vez más. Te desgastaré hasta el hueso. Va a armarse un bonito lío, por lo que se ve venir. Tu alusión a lo del algodón fue muy oportuna; esta mañana ya he oído a media docena de tipos hablar de ello como si se tratara de una idea propia.

-¿A dónde vamos a ir esta noche, Mac?

-¿Recuerdas a Al, el compadre del restaurante ambulante? Dijo que su viejo tenía un pequeño pomar. Creo que podríamos ir a ver al padre de Al.

-¿A eso te referías cuando hablaste de un lugar donde instalar a los hombres cuando los echaran?

-Al menos, voy a intentar trabajármelo. La situación está a punto de estallar de un momento a otro, como un globo, aunque no es posible precisar cuándo. No hay dos globos ques estallen al mismo tiempo.

-¿Planeas la gran asamblea para mañana por la noche?

-Sí, eso es lo que planeo, pero nunca puede decirse. Esos tipos están a punto de reventar y cualquier cosa podría precipitar los acontecimientos. Cualquiera sabe. Quiero estar dispuesto, en todo caso. Si puedo conseguir ese lugar para que se instalen los hombres, llamaré a Burton, el matasanos. Es un tipo raro que no está afiliado al Partido, pero que siempre trabaja para los muchachos. El dispondrá la instalación y cuidará del problema sanitario, a fin de que la Cruz Roja no pueda echarnos.

Jim se tendió sobre el polvo y colocó los brazos bajo la cabeza.

-¿Qué era esa discusión junto a la planta embaladora?

-No lo sé. Los hombres tienen ganas de gresca, eso es todo. Lo mismo puede tratarse de una polémica que enfrente a Darwin con el Antiguo Testamento; cuando están en vena de discutir,

cualquier tema vale. Ten mucho cuidado, Jim; algún tipo podría arrearte sólo porque se siente nervioso.

-Lo que yo quiero es que esto empiece; estoy ansioso por lo que ocurra. Creo que puedo ser más útil una vez se inicie la acción.

-Tú tranquilo.

Descansaron sobre el polvo hasta que el estridente silbido sonó brevemente, señalando la una. Cuando se marchaban, Mac advirtió:

-Ven corriendo en cuanto acabemos. Tenemos trabajo esta noche. Tal vez Al vuelva a echarnos una mano.

Jim regresó a donde estaba el contador, pues allí se encontraba su cesto. Las cintas seleccionadoras comenzaron a funcionar en la planta, y los motores de los camiones roncaron al ponerse en marcha. Entre los árboles, los recogedores regresaban a su trabajo indolentemente. Un grupo de hombres se congregaba en torno al puesto del contador cuando Jim fue por su cesto. El contador no le habló en esa ocasión, pero cuando Jim llevó su primer cesto lleno, le formuló la pregunta:

-¿Te has enterado de algo, Nolan?

Jim se inclinó sobre la caja de manzanas y colocó las frutas una por una.

-Creo que todo pasará. La mayoría de los hombres no parecen muy furiosos.

-¿Qué te hace suponer eso?

-¿Se ha enterado usted de lo que provocaba su furor?

-No, pensé que era la reducción.

-¡Qué va! Un tipo de la explotación Hunter compró una lata de conserva de pescado, en la propia tienda de Hunter, y le salió en mal estado. Se puso enfermo. Bueno, ya sabe usted cómo son los obreros: se han soliviantado porque creen que eso puede extenderse aquí. Pero al mediodía he hablado con algunos tipos y la cosa está remitiendo.

-¿Estás completamente seguro de que eso es todo?

-Claro. ¿Qué hay de mis cinco pavos?

-Dejémoslo para mañana.

-Bien, pero quiero esos cinco. Además, usted dijo que iba a mirarme lo del empleo mejor pagado.

-Y te lo miraré. Mañana te diré algo.

-Debí haberle pedido el dinero antes de hablar -se lamentó Jim.

-No te preocupes, lo tendrás.

Jim se alejó por el pomar. En el momento en que iniciaba la ascensión a una escalera, una voz le llamó desde más arriba:

-Cuidado con esa escalera, que se tambalea.

Jim vio de pie en el árbol al viejo Dan, que exclamó:

-¡Dios mío, si es el muchacho radical!

Jim trepó cuidadosamente, pues los peldaños estaban flojos. Al tiempo que colgaba su cesto, preguntó:

-¿Cómo van las cosas, Dan?

-Oh, divinamente. No me encuentro muy bien. Aquellas judías frías me han hecho pasar mala noche, a causa de la digestión pesada.

-Hubiera debido cenar caliente.

-Estaba demasiado cansado para encender el fuego. Esta mañana no tenía gana de levantarme. Hacía frío.

-Debería probar una institución benéfica.

-No lo sé. Todos los hombres hablan de huelga, y va a haber lío. Estoy cansado. No quiero que se armen líos. ¿Qué haré yo si los hombres van a la huelga?

-¿Por qué no se une a ellos? Diríjalos. -Jim trató de picarlo en su amor propio-. Los hombres respetarían a un viejo obrero como usted. Podría encabezar los piquetes.

-Supongo que podría -admitió Dan, al tiempo que se limpiaba la nariz con su gran mano y chasqueaba los dedos-. Lo que ocurre es que no quiero. Esta tarde va a empezar pronto el frío. Me gustaría un poco de sopa caliente para cenar; caliente como el infierno, con tropezones de

carne y alguna tostada también caliente para untar. Adoro los huevos escalfados. Cuando estaba en los bosques, acostumbraba ir a la ciudad provisto de dinero y, a veces, me tomaba media docena de huevos escalfados con leche. Primero mojaba con una tostada, y luego chafaba los huevos en la tostada y me los comía. En ocasiones, hasta ocho huevos. En los bosques sacaba un buen jornal, de tal manera que sin dificultad hubiera podido pagarme dos docenas de huevos escalfados. Debí haberlo hecho. Con gran cantidad de mantequilla, y todo espolvoreado con pimienta.

-No anda hoy con tantos humos como ayer, ¿eh abuelo? Ayer hubiera podido superar el trabajo de cualquiera en esta explotación.

La luz del recuerdo se borró de los ojos de Dan, que adelantó su descarnada barbilla.

-Aún soy capaz de trabajar más que un hatajo de piojosos desgraciados que pierden el tiempo hablando.

Se dispuso indignadamente a recoger las manzanas, tanteando por encima de su cabeza. Una mano grande y huesuda se agarró a una rama. Jim le contempló divertido.

-Está usted demostrando todo lo contrario, abuelo.

-¿Tú crees? Bueno, pues trata de atraparme.

-¿Y qué saca usted desafiándome, si luego el propietario del pomar va a ser el único que se beneficie?

El viejo Dan amontonaba manzanas en su cesto.

-Vosotros, pobres diablos, aún tenéis algo que aprender. El trabajo brinda más satisfacciones de lo que creéis. ¡Sois como una manada de caballos, que sólo queréis más pienso! No hacéis más que gimotear para conseguir más pienso. ¡Queréis todo el pienso que existe! Y gimoteando, lo único que conseguís es poner enfermas a las personas decentes.

Su cesto estaba repleto. Cuando lo levantó para desengancharlo, rodaron cinco o seis manzanas, saltaron sobre las ramas y se estrellaron contra el suelo, al pie del árbol.

-Deja paso libre, infeliz -advirtió Dan-. Largo, largo de la escalera.

-De acuerdo, abuelo, pero tómeselo con calma que no le van a dar una prima por correr.

Jim se apartó de lo alto de la escalera y se encaramó a una rama. Colgó su cesto y tomó una manzana. Detrás de él oyó el estrépito como de algo que se hace trizas, y a continuación un golpe sordo. Miró en derredor y vio al viejo Dan tendido de espalda en el suelo, bajo el árbol. Sus ojos abiertos reflejaban aturdimiento. Su rostro habia adquirido una coloración azul pálida bajo su blanca barba crecida. Dos travesaños de la escalera aparecían arrancados.

-¡Una caída! -gritó Jim-. ¿Se ha hecho usted daño, abuelo?

El anciano permanecía inmóvil. Sus ojos reflejaban ahora una perplejidad interrogante. Su boca se contrajo y Dan se humedeció los hios. Jim descendió del árbol y se arrodilló junto al caído.

-¿Dónde se ha hecho usted daño, abuelo?

-Ño lo sé -repuso con voz entrecortada-. No puedo moverme. Creo que me he fracturado la cadera. Ahora no me duele nada.

Los hombres corrieron hacia ellos. Jim pudo verlos descender de los árboles de los alrededores y acercárseles a toda prisa. El contador se aproximó trotando, desde su montón de cajas. Se formó una aglomeración.

-¿Dónde se ha herido?

-¿Qué ha pasado?

-¿Se ha roto una pierna?

-Es demasiado viejo para subirse a un árbol.

El anillo humano se estrechaba conforme se engrosaba con recién llegados. Jim oyó el grito del contador:

-¡Déjenme pasar!

Los rostros permanecían sombríos, taciturnos y tranquilos. Jim gritó:

-Echaos para atrás, ¿es que no podéis? No os echéis encima.

Los hombres movieron los pies. Un leve gruñido se escapó de la última fila y una voz exclamó:

-¡Mirad esa escalera!

Todas las cabezas se levantaron a la vez, y todos los ojos se fijaron en el lugar donde los viejos travesaños gastados habían saltado. Alguien dijo:

-Así es cómo nos hacen trabajar. ¡Mirad eso!

Jim pudo oir el golpear de los pies a medida que los hombres llegaban corriendo en grupos. Se levantó y trató de abrir una brecha en el corro.

-¡Apartaos, bastardos! ¡Lo vais a asfixiar!

El viejo Dan cerró los ojos. Su rostro estaba tranquilo y pálido a causa del *shock*. En el límite del corro los hombres empezaron a gritar:

-¡Mirad esa escalera! ¡Así es cómo nos hacen trabajar!

Creció el gruñir de los hombres, provocado por la ira. Sus ojos eran fieros. En un momento, su vaga desazón y su incierta indignación se centraron y convergieron.

-¡Déjenme pasar! -continuaba gritando el contador.

De pronto, una voz agudizada por la histeria, exclamó:

-¡Tú, lárgate de aquí, hijo de perra!

Se produjo un forcejeo.

-Cuidado, Joe. Aguanta, Joe. No le dejes. Agarradlo por los pies.

-Ahora, caballero, largúese, y de prisa.

Jim se puso en pie.

-Despejad, muchachos. Vamos a sacar a este pobre hombre de aquí.

El grupo pareció despertar de su letargo. El corro interior empujó violentamente hacia afuera. Jim dijo:

-Traed un par de palos. Podemos hacer unas angarillas con dos chaquetones. Eso, pasad los palos por las mangas. Ahora abotonadlos. Ahora, cuidado con él; creo que tiene la cadera fracturada- y mirando el rostro tranquilo y pálido de Dan-: Creo que se ha desmayado. Vamos, cuidado.

Levantaron a Dan, tendido sobre las angarillas hechas con los chaquetones. Jim dispuso:

-Vosotros dos, muchachos, transportadlo, y algunos de vosotros que despejen el camino.

Para entonces se había reunido un centenar de hombres. Los portadores de la improvisada camilla iniciaron su avance. Algunos recién llegados contemplaban la escalera rota. La frase que dominaba era "Mirad qué material nos obligan a emplear". Jim se volvió hacia un hombre que permanecía en pie, mirando estúpidamente el árbol y le preguntó:

-¿Qué ha ocurrido con el contador?

-¿Huh? Oh, Joe Teague le atizó. Trató de hacerle echar los sesos a puntapiés. Los muchachos contuvieron a Joe, que estaba fuera de sí.

-¡Maldita sea! Menos mal que no lo ha matado.

El grupo se movilizó detrás de las angarillas, y el cortejo se fue engrosando con los que llegaban corriendo, procedentes de todo el pomar. Cuando se aproximaban a la planta embaladora, se detuvo el rumor de la cinta seleccionadora. Hombres y mujeres se agolparon junto a las puertas de carga. Sobre la multitud en aumento descendió el silencio. Los hombres caminaban tiesos, como en un entierro.

Mac se acercó precipitadamente, doblando la esquina de la planta embaladora. Vio a Jim y corrió hacia él.

-¿Qué sucede? Ven aquí, apártate de la aglomeración.

Aquella muchedumbre de hombres amenazadores y tranquilos continuaba avanzando tras las angarillas. Los recién llegados eran informados en voz baja: "La escalera. Una escalera vieja". El grueso del cortejo rebasó a Mac y a Jim.

-¿Qué ha pasado ahora? Dímelo rápidamente. Debemos movernos, mientras estén excitados.

-Ha sido el viejo Dan. Presumía de fuerte, rompió un par de peldaños de la escalera y se cayó de espalda. Cree que se ha roto la cadera.

-Bueno, ya ha sucedido. Esperaba algo así. No tardarán mucho los hombres en animarse; se agarrarán a cualquier cosa. Después de todo, el viejo pajarraco ha servido para algo.

-¿Que ha servido para algo?

-Pues claro. Ha sido el detonante. Ahora podemos utilizarlo.

Se apresuraron tras el cortejo. El polvo, levantado por muchos pies, llenaba el aire formando una nube parda que se movía lentamente. De la ciudad llegaba el monótono fragor de la locomotora de maniobras, que formaba un tren. En la periferia de aquella masa humana, las mujeres correteaban, pero los hombres permanecían silenciosos, mientras seguían caminando tras las angarillas, en dirección al pabellón.

-¡Corre, Jim! -gritó Mac-. Tenemos que darnos prisa.

-¿A dónde vamos?

-En primer lugar, debemos encontrar a London y explicarle cómo debe actuar; luego, tenemos que mandar un telegrama. A continuación, quiero ir a ver al viejo de Al. Mira, ahí está London. ¡Eh, London! -y Mac echó a correr, seguido de Jim-. Ha estallado, London -dijo, casi sin respiración-. Ese tipo viejo, Dan, se ha caído de un árbol. Ahora esto no hay quien lo pare.

-Bien, es lo que queríamos, ¿no? -comentó London, que se quitó el sombrero y se rascó la tonsura.

-¡Lo es, demonio! Esos tipos van a cometer locuras si no los encauzamos. Mira, ahí va tu compañero, el garrilargo. Llámalo.

London formó bocina con las manos y gritó:

-¡Sam!

Jim vio que se trataba del mismo hombre que estaba sentado junto al fuego, en el campamento.

-Escucha London, y tú, Sam -dijo Mac-. Voy a deciros unmontón de cosas, pero muy aprisa, porque tengo que marcharme. Esos tipos van a estallar dentro de unos minutos. Tienes que ir a su encuentro, Sam y decirles que deben reunirse en asamblea, y propones aquí, a London, como delegado. Eso los pondrá a punto, pues serían capaces de cualquier cosa. Es todo cuanto has de hacer, Sam. -Tomó un puñado de polvo y se lo restregó en las manos. Sus pies se movían y golpeaban el suelo-. Ahora escucha, London. En cuanto seas delegado, les dices que deben mantener el orden. Les das una relación de hombres, unos diez, y les pides que los voten para constituir un comité que decida cómo hay que hacer las cosas. ¿De acuerdo?

-Claro, ya te entiendo.

-Ahora, mirad: la forma de actuar es la siguiente. Si queréis que voten en favor de algo, decidles: "¿Queréis hacer tal cosa?". Y si queréis que voten en contra de algo, limitaos a decir: "¿Verdad que no queréis tal cosa?" Y votarán que no. Haced que lo voten todo, todo, ¿entendido? Todos están dispuestos a ello.

Dirigieron sus miradas a la multitud que se arremolinaba ante el pabellón. Los hombres continuaban tranquilos, pese a que no dejaban de moverse de un lado a otro, sin quedarse quietos mucho rato en el mismo sitio, y accionando con los brazos. Sus rostros estaban tan relajados como si durmieran. London preguntó:

-Vosotros, muchachos, ¿a dónde vais ahora?

-Vamos en busca de un lugar para la gente, donde pueda concentrarse cuando esto estalle. Ah, otra cosa: reunid a los más locos y mandadlos a otras explotaciones para que hablen. Escoged a los más parlanchines. ¿De acuerdo en todo?

-En todo -confirmó London.

-Bien. ¿Nos prestas tu Ford? Tenemos que hacer un largo recorrido.

-No faltaba más, si podéis ponerlo en marcha. Se sabe sus trucos.

Mac se dirigió a Sam:

-Muy bien, manos a la obra. No tienes más que subirte a algún sitio y gritar: "Muchachos, tenemos que reunirnos en asamblea. Propongo a London como delegado." Anda, Sam. Y tú, Jim ven conmigo.

Sam salió trotando en dirección al pabellón, y London le siguió más lentamente. Mac y Jim rodearon los edificios y se encaminaron al viejo turismo Ford.

-Monta, Jim. Tú conducirás este cacharro.

Un rugido de voces llegó desde el otro lado del pabellón. Jim accionó la llave y dio un punto de gas. El demarré zumbó como varias crías de serpiente de cascabel juntas. Mac hizo girar la manivela en vano, y probó de nuevo. Un segundo rugido de la multitud se dejó escuchar por

encima del edificio. Mac volvió a arrimar el hombro. El motor prendió, y su fragor apagó los gritos de los hombres. Mac saltó dentro del coche, al tiempo que decía en voz alta:

-Bueno, creo que London es nuestro nuevo delegado. Vámonos.

Jim dio marcha atrás y condujo en dirección a la carretera principal. El camino estaba desierto. Los verdes árboles, cargados de frutos, proyectaban sus pesadas sombras a ambos lados, bajo el sol que declinaba. El automóvil siguió avanzando, con sus pistones batiendo en los cilindros. Mac gritó:

-Primero, a la oficina de telégrafos, y luego a correos.

Entraron en la ciudad, Jim condujo hacia la calle principal y aparcaron frente a una oficina de la Western Union.

-Correos está una manzana más arriba, ¿lo ves?

-Escucha, Jim: mientras yo pongo un telegrama, ve allí y pide el correo de William Dowdy.

A los pocos momentos, Jim regresó con tres cartas. Mac ya le esperaba en el coche. Abrió las cartas y las leyó:

-¡Maldita sea! Escucha: ésta es de Dick. Dice que Joy se ha escapado de la cárcel y no saben dónde está. Cuando lo trasladaban para que hiciera unas declaraciones, le atizó a un poli. Acabo de telegrafiar solicitando refuerzos, y a Burton, el matasanos, para que se encargue de las medidas sanitarias. Espera, que voy a darle a la manivela.

Ahora vamos al restaurante ambulante de Al.

Cuando Jim estacionó ante el remolque restaurante, pudo ver a Al a través de las ventanillas, inclinado sobre el desierto mostrador, contemplando la acera. Los reconoció en cuanto se apearon, y les hizo una seña con un gordo brazo. Mac abrió la puerta corredera y saludó:

-Hola, Al. ¿Cómo va el negocio?

Los ojos de Al brillaron, reflejando interés.

-La mar de bien -dijo-. Anoche vino un montón de tipos de los pomares.

-Es que yo les he estado diciendo que das un filete estupendo.

-Muy amable por tu parte. ¿Os apetece algo?

-Pues claro. Incluso podemos pagar. ¿Te nos imaginas pagando por algo?

-Ah, es la comisión que os corresponde por haberme mandado a la ciudad a esos tipos.

Abrió la nevera y aplanó dos hamburguesas, que a continuación depositó en la plancha. Luego, dispuso una corona de cebolla picada sobre cada una y preguntó:

-¿Cómo andan las cosas por allí?

Mac se inclinó confidencialmente sobre el mostrador.

-Escucha, Al. Me consta que eres un chico en el que puedo confiar. Te tenemos en nuestras listas. Te has portado maravillosamente con nosotros.

Al se sonrojó de placer ante el halago.

-Bueno, yo ya estaría a vuestro lado si no fuera porque tengo un negocio que atender. Cualquiera se da cuenta de las condiciones que reinan, de la injusticia, de cómo van las cosas. A poco cerebro que tenga uno, no puede por menos que sacar sus conclusiones.

-Claro -se apresuró a confirmar Mac-. Un tipo con cerebro no necesita que le enseñen: ve las cosas por sí mismo.

Al se volvió de espaldas para ocultar el placer que le producían aquellas palabras. Removió los filetes, los aplanó con la espumadera, recogió las reblandecidas cebollas y las aplastó contra la carne. A continuación, retiró la grasa hacia la pequeña cavidad que se abría a un lado de la chapa, y cuando hubo devuelto forzadamente a su rostro una expresión grave, de circunstancias, se volvió otra vez hacia sus clientes:

-Podéis estar seguros. ¿Qué pensáis hacer?

Llenó dos tazas de café y las deslizó a través del mostrador. Mac golpeó delicadamente el tablero con la hoja del cuchillo y dijo:

-Puede que vengan sabuesos preguntando por Jim y por mí.

-Pues yo no sé nada de vosotros.

-Eso es. Y ahora viene el problema, Al. Este valle está a punto de estallar. Ya se ha armado en el lugar donde nosotros trabajamos, y en las demás explotaciones es probable que se arme esta noche.

-¿Sabéis?-dijo Al suavemente-. Por la manera como los chicos hablaban aquí, ya imaginé que la cosa no iba a tardar en liarse. ¿Qué queréis que haga?

-De momento, traernos esa carne.

Al tomó dos platos, desplegándolos con una sola mano, y puso en cada uno de ellos un filete, puré de patatas, zanahoria y nabos. Luego, depositó los platos.

-¿Salsa muchachos?

-Sí, échala -dijo Mac.

Al escanció salsa sobre el montón de comida y colocó los platos ante los comensales.

-Ahora, adelante.

Mac se llenó la boca, y sus palabras quedaban apagadas y espaciadas a causa de la masticación.

-Dijiste que tu viejo tenía un ranchito.

-Sí, lo tiene. ¿Queréis esconderos allí?

-No -negó Mac, apuntando con su tenedor a Al-. No se recogerá una sola manzana en este valle.

-Bueno, pero dime...

-Espera y escucha. En la propiedad de tu viejo, ¿hay alguna parcela de labor?

-Sí, unas veinte hectáreas. Estaban dedicadas a heno, pero ya se ha cosechado.

-Ahí quería yo ir a parar. Nos vamos a encontrar con mil o dos mil hombres que no tendrán donde ir. Los echarán a patadas de las explotaciones y no les permitirán permanecer en la carretera. Pero si pudieran acampar en esas veinte hectáreas, estarían a salvo.

El rostro de Al se contrajo a causa del miedo y la duda.

-Ah, no, amigo. No creo que mi viejo lo permita.

-Le recogeremos sus manzanas -interrumpió Mac-; se las recogeremos aprisa y gratis. El precio subirá mucho, si el resto se queda sin cosechar.

-Bien, pero, luego, la gente de la ciudad, ¿no le hará la vida imposible?

-¿Quiénes?

-Pues la Legión y tipos así. Podrían presentarse de improviso y pegarle.

-No, no creo que lo hicieran. Tiene derecho a mantener gente ensu propiedad. Cuento con un médico que dispondrá cómo ha de esta blecerse el campamento y vigilará la limpieza, de manera que tu viejo se encontrará con que le han recogido la cosecha por nada.

-No sé -comentó Al sacudiendo la cabeza.

-Bueno, podemos averiguarlo fácilmente. Vayamos a hablar con tu viejo.

-Debo mantener esto abierto; no puedo irme.

Jim se percató de pronto de su olvidada comida, y empezó a comerla. Los ojos de Mac no dejaban de mirar de soslayo el rostro de Al. Permanecía sentado, mascaba y miraba. Al comenzó a ponerse nervioso.

-Crees que estoy asustado -comenzó.

-Yo no creo nada antes de verlo. Simplemente, me preguntaba por qué un tipo no puede echar el cierre de su propio establecimiento durante una hora, si quiere.

-Pero, la gente que cena pronto estará aquí dentro de una hora.

-Puedes estar de regreso para entonces.

-No creo que mi viejo se avenga -y Al se removió, inquieto-. Tiene que procurar por sí mismo, ¿no?

-Bueno, aún no se le ha echado nadie encima. ¿Cómo sabes lo que pasará?- la voz de Mac estaba adoptando un tono frío y vagamente hostil.

Al cogió una bayeta y la pasó por el mostrador. Sus nerviosos ojos se dirigieron hacia Mac, luego se apartaron y volvieron a fijarse en él. Por ultimo, Al se le acercó mucho y dijo:

-Lo haré. Pondré un cartelito en la puerta. No creo que mi viejo acceda, pero os acompañaré.

-Buen muchacho -dijo Mac sonriendo ampliamente-. No lo olvidaremos. La próxima vez que vea que un tipo tiene un cuarto de dólar, te lo mando a que se coma uno de tus filetes.

-Por ese dinero doy una buena comida.

Al se despojó de su alto gorro de cocinero, se bajó las mangas de la camisa, y desconectó el gas de la plancha. Mac terminó su comida y observó:

-Estaba buena.

Jim se apresuró a fin de no retrasarse. Al dijo:

-Tengo un cochecito en el solar de atrás. Lo mejor será, muchachos, que vosotros me sigáis, así yo no me veré en líos y podré seguir siéndoos útil.

Mac apuró su taza.

-Muy bien, Al. No frecuentes las malas compañías.

-Vosotros ya sabéis lo que he querido decir.

-Pues claro. Anda, vamos, Jim.

Al escribió una nota y la prendió en la puerta, por la parte de dentro, de modo que se viera a través del cristal. Introdujo sus adiposos brazos en la chaqueta y mantuvo abierta la puerta para dejar paso a Mac y Jim.

Mac accionó la manivela del Ford y saltó a él, y Jim mantuvo el motor con un punto de gas hasta que Al salió dando tumbos del solar en un viejo turismo Dodge. Jim le siguió por la calle en dirección Este, atravesaron el puente de cemento y salieron a la amena campiña. El sol estaba a punto de ocultarse ya, rojo y cálido en medio del polvo otoñal. Los manzanos alineados a lo largo de la carretera estaban grises a causa de ese polvo. Mac se volvió en su asiento, contempló las hileras conforme las sobrepasaban y gritó a Jim:

-No veo trabajar a nadie. Me pregunto si London ya ha dispuesto las cosas. Hay cajas, pero nadie trabajando.

La carretera pavimentada dio paso a un camino de tierra, por cuya desigual superficie brincó y vibró el Ford. Alrededor de kilómetro y medio más adelante, la nube de polvo que envolvía a Al se desvaneció en un patio. Jim le siguió y se detuvo junto al Dodge. Un blanco depósito se elevaba rematado por un molino de viento que giraba brillando al sol. La bomba del agua emitía un rumor hondo y gutural. Era un lugar agradable. Los manzanos crecían junto a una casita blanca tipo rancho. Unos ánades reales domesticados escarbaban el barro formado bajo el depósito. En una perrera cercada de alambre, adosada a una gran cuadra, dos ágiles perdigueros ingleses se apoyaban en dos patas en la cerca, con ánimo de atraer la atención de los hombres, acompañándose de breves gemidos. La casa en sí estaba rodeada por una baja empalizada de estacas, tras la que crecían grandes y rojos los geranios y una enredadera de Virginia que derramaba sus hojas encarnadas hasta hacerlas colgar sobre el porche. Grandes pollos de formas angulosas, de raza Plymouth Rock, pululaban, cloqueaban satisfechos y levantaban la cabeza hacia los recién llegados. Al se apeó del coche y dijo:

-Mirad esos perros. Son los mejores perdigueros del valle. Mi viejo los quiere más que a mí.

-¿Dónde están esas veinte hectáreas, Al? -preguntó Mac.

-Por ese camino abajo, detrás de los árboles, hacia la otra carretera.

-Bien. Veamos a tu viejo. ¿Dijiste que le gustan sus perros?

-Métete un poco con ellos -comentó Al, riendo brevemente- y verás: se te come.

Jim dirigió la mirada a la casa y a la cuadra, recién enjalbegada.

-Es bonito -reconoció-. Le dan a uno ganas de vivir aquí.

Al sacudió la cabeza.

-Da un trabajo tremendo mantenerlo. Mi viejo trabaja desde que sale el sol hasta después de oscurecer, y aun así no da abasto.

-¿Dónde está tu viejo? -insistió Mac-. Llévanos hasta él.

-Míralo. Ahí lo tienes, volviendo del pomar.

Mac levantó la mirada un momento, y luego se aproximó a la perrera. Los perdigueros, revolviéndose, se arrojaron contra el alambre, lanzando gritos afectuosos. Mac pasó los dedos a través de la trama y les acarició los hocicos. Jim preguntó:

-¿Te gustan los perros, Mac?

-A mí me gusta todo -replicó Mac en tono irritado.

El padre de Al se acercó. Era completamente distinto de su hijo: pequeño e inquieto como un terrier. Parecía brotar energía de algún recóndito depósito y transmitirse a sus brazos, piernas y dedos, de tal manera que todo él se estaba moviendo continuamente. Su pelo blanco era áspero, y sus cejas y bigote estaban como erizados. Sus ojos castaños se movían sin descanso, como avispas. Como sus dedos no tenían en qué ocuparse mientras caminaba, se golpeaba

rítmicamente con ellos los costados. Cuando habló, sus palabras fueron como el resto de su persona: rápidas, nerviosas y ásperas.

-¿Qué pasa con tu negocio? -le preguntó a Al.

Al se puso muy a la defensiva.

-Bueno, verás... Creí...

-Tú quisiste largarte del rancho, quisiste ir a la ciudad, empezar un negocio, convertirte en un chico de ciudad, para poder pasearte. No te gustaba blanquear, nunca te gustó. ¿Qué pasa con tu negocio?

Sus ojos se deslizaron sobre cada uno de los hombres, desde los zapatos hasta las caras. Mac continuaba mirando la perrera y acariciaba los hocicos de los perros.

-Bueno, verás, traje a estos chicos porque querían verte -explicó Al.

El viejo prescindió de su hijo:

-Bien, pues ya están aquí. Ya pueden ir al grano.

Al miró a su padre, tan bajito, con los ojos dolidos de un perro a punto de ser bañado, y luego, de mala gana, montó en su coche y se alejó desconsoladamente.

-Hacía tiempo que no veía unos perdigueros como estos -dijo Mac.

El padre de Al se colocó junto a él.

-Amigo, usted nunca ha visto en su vida unos perdigueros como estos.

El hielo se había roto.

-¿Caza usted mucho con ellos?

-Cada temporada, y cobro aves. Muchos locos emplean *setters*, pero el *setter* es un perro para cazar con red, y hoy en día nadie caza aves con red. El perdiguero es un auténtico perro para cazar con fusil.

-Me gusta el aspecto de ése del lomo marrón.

-Sí, es bueno, pero no puede compararse a esa perrita tan dulce; se llama Mary y es tan tierna como Jesús en el pesebre, pero en el campo pega unos brincos de todos los demonios. Nunca he visto que un perro pudiera cubrir el terreno como ella.

Mac acarició otra vez los hocicos.

-He visto que hay unos agujeros que les permiten pasar a la cuadra. ¿Les deja usted pasar a ella?

-Sus yacijas están adosadas a la pared. Allí se está más caliente.

-Si la perra pare alguna vez, me gustaría tratar con usted para quedarme un cachorro.

El viejo lanzó un bufido de enojo.

-Tendría que parir todos los días del año para poder atender a toda la gente que quiere cachorros.

Mac se volvió lentamente del corral y miró a los ojos castaños. Tendiendo la mano, dijo:

-Me llamo Mc Leod.

-Y yo Anderson. ¿Qué desea?

-Quiero hablarle sin rodeos.

El sol ya se había puesto, y los pollos habían desaparecido del patio. El fresco del atardecer se instaló entre los árboles.

-¿Vende usted algo, señor Mc Leod? No necesito nada.

-Pues sí, vendemos algo, pero es un producto nuevo.

Su tono pareció dar seguridad a Anderson.

-¿Por qué no entran en la cocina y nos tomamos una taza de café?

-No tengo el menor inconveniente.

La cocina era como el resto del lugar. Estaba pintada, fregada y barrida. Los accesorios niquelados de la cocina económica brillaban de tal manera que parecían estar mojados.

-¿Vive usted solo aquí, señor Anderson?

-Al, mi chico, viene a dormir. Es muy bueno.

De una bolsa de papel, el anciano tomó un puñado de astillas de pino, cuidadosamente cortadas, y las arrojó al fogón. Encima colocó unas teas en pequeños fragmentos y, sobre ellas, tres trozos redondos de manzano reseco. Fue un trabajo tan bien y diestramente efectuado, que el fuego prendió en cuanto le aplicó una cerilla. El fogón crujió, una oleada de

calor salió de él. Anderson colocó una cafetera y le echó una medida de café molido. De una bolsa extrajo dos cascaras de huevo y las sumergió en el recipiente.

Mac y Jim se sentaron a una mesa de cocina cubierta con un hule amarillo nuevo. Anderson concluyó su tarea junto al fogón, se les acercó, se sentó estiradamente y puso ambas manos sobre el tablero. Esta vez permanecían quietas, como dos perros dóciles cuando quieren reposar.

-¿De qué se trata, Mc Leod?

Una mirada perpleja se reflejó en el musculoso rostro de Mac, quien dijo, como dudando:

-Señor Anderson, no tengo muchas cartas, así que debería jugar fuerte y sacarles todo el partido posible, pero me resisto a hacerlo. Creo que las voy a poner boca arriba. Si gano, bien; si no, no se hable más.

-Muy bien, pues póngalas boca arriba, Mc Leod.

-La cosa es como sigue: mañana va a haber dos mil hombres en huelga, y la recogida de la manzana se va a detener.

Las manos parecieron husmear y tensarse, para volver a su anterior quietud. Mac prosiguió:

-La razón de esta huelga es la reducción de jornal. Los propietarios se apresurarán a recurrir a los esquiroles, y se producirán disturbios. Pero hay una banda de hombres lo suficientemente numerosa como para formar piquetes en todo el valle. ¿Se hace usted una idea?

-Hasta cierto punto, pero no sé a dónde quiere usted ir a parar.

-He aquí el resto: muy pronto se dictará una disposición que suspenda el derecho de reunión en cualquier carretera o propiedad pública. Y en cuanto a los propietarios, echarán a patadas a los huelguistas de sus tierras.

-Bien, yo soy propietario. ¿Qué desean de mí?

-Dice Al que usted posee veinte hectáreas de tierra de labor.

-Las manos de Anderson permanecían quietas y tensas, como perros al acecho-. Sus veinte hectáreas son propiedad privada. Usted podría alojar en ellas a los hombres.

-Usted quiere vender algo -dijo Anderson en tono cauteloso-, pero no me ha dicho qué.

-Si las manzanas del valle de Torgas no llegan al mercado, el precio aumentará, ¿no?

-Desde luego.

-Bueno, pues las de su explotación serán recogidas gratis.

Anderson se relajó un poco en su silla. La cafetera empezó a hervir suavemente en el fogón.

-Esos hombres me echarían a perder la tierra.

-No, no lo harían. Hay un comité encargado de mantener el orden. Ni siquiera estaría permitido el alcohol. Un médico va a venir para supervisar las condiciones sanitarias. Diseñaremos un bonito campamento, con sus calles.

La respiración de Anderson se hizo rápida.

-Mire, joven, yo soy el dueño de este lugar, tengo que convivir con mis vecinos, y me la van a armar buena si hago una cosa semejante.

-¿Ha dicho usted que es el dueño de este lugar? ¿Está eso bien claro? ¿No pesa ninguna hipoteca sobre la propiedad?

-Bueno, la cosa no está clara.

-¿Y quiénes son sus vecinos? -se apresuró a preguntar Mac-. Yo se lo diré: Hunter, Gillray y Martin. ¿Qué entidad le ha hipotecado a usted? La compañía financiera de Torgas. ¿Quiénes son los dueños de la Compañía financiera de Torgas? Hunter, Gillray y Martin. ¿Han estado tratando de arruinarle? Usted sabe pero que muy bien que sí. ¿Cuánto tiempo va usted a resistir? Tal vez un año, y después la Financiera de Torgas le quita la propiedad. ¿Es eso ir directamente al grano? Ahora, suponga usted que consigue una cuadrilla de temporeros sin gastos laborales, e imagine que vende usted en un mercado cuyos precios son elevados. ¿Podría usted cancelar su hipoteca?

Los ojos de Anderson brillaron como dos gotas, y dos manchitas de rubor, ocasionado por la angustia, aparecieron en sus mejillas. Sus manos se deslizaron lentamente bajo el extremo de la mesa y allí se escondieron. Por un momento, pareció que dejaba de respirar, y al final dijo, en tono suave:

-Usted no ha puesto las cartas boca arriba, amigo; usted las ha jugado. Si yo pudiera cancelar mi hipoteca, si yo pudiera sacar tajada...

-Nosotros le ofreceremos dos bandas de hombres para que la saque.

-Sí, pero mis vecinos irían por mí.

-No, no irán. Si le tocan a usted o a su propiedad, nosotros no dejamos un establo en pie en el valle.

Anderson apretó sus viejas mandíbulas y preguntó:

-¿Y usted qué saca de eso?

-Podría largarle un rollo -repuso Mac sonriéndose-, y no sé si iba a creerme o no. Jim y yo sacamos algún tortazo de vez en cuando. Muy a menudo nos echan sesenta días por vagancia.

-¿Son ustedes unos rojos de ésos?

-Ganó. Somos rojos, tal como ellos llaman.

-¿Y qué se proponen con su huelga?

-No nos tome el número cambiado, señor Anderson; nosotros no la iniciamos. Quienes la iniciaron fueron Gillray, Martin y Hunter. Ellos le dijeron lo que había que pagar a los hombres, ¿verdad?

-Bueno, fue la Asociación de Cultivadores quien lo hizo. La maneja la Compañía financiera de Torgas.

-Claro. Nosotros no la empezamos, pero una vez comienza, deseamos ayudar para que triunfe. Queremos evitar que los hombres se hundan en el infierno, y enseñarles a trabajar codo con codo. Véngase con nosotros y no tendrá un conflicto laboral mientras viva.

-No sé si puedo confiar en un rojo -se lamentó Anderson.

-Nunca lo intentó; sin embargo, confía en la Financiera de Torgas.

Anderson se sonrío fríamente. Sus manos ascendieron hasta la mesa y jugaron la una con la otra, como cachorros.

-Probablemente esto me arruinará y me dejará tirado en la carretera. Bien sabe Dios que, de todas formas, iba a terminar así. Por lo menos, ahora tendrá alguna gracia. No sé lo que daría con tal de poner a Chris Hunter en la picota.

El café hervía y silbaba apremiantemente en el fogón, y el aroma de café caliente se esparcía por el aire. La luz eléctrica hacía brillar las blancas cejas de Anderson, así como su encrespado cabello. Retiró la cafetera y limpió el hornillo cuidadosamente con un periódico.

-Le sirvo café, señor Rojo.

Pero Mac se puso en pie.

-Gracias, pero tenemos que marcharnos. Verá usted como este asunto le favorece. Ahora mismo tenemos un millón de cosas que hacer. Le veremos mañana. -Dejaron al anciano en pie, con la cafetera en la mano. Mientras forzaba el paso a través del patio, Mac murmuró-: ¡Jesús, qué asunto tan espinoso! Temí meter la pata cada minuto. ¡Qué duro es ese vejestorio! Sabía que un cazador habría de ser duro.

-A mí me gusta -dijo Jim.

-No tiene por qué gustarte la gente, Jim. No podemos perder el tiempo con que nos guste la gente.

-¿Dónde te enteraste de que sobre él pesaba una hipoteca de la Compañía financiera, Mac?

-Venía en el correo de esta noche. Pero ¡gracias a Dios por esos perros! Monta, Jim; yo daré la vuelta a la manivela.

Renquearon a través de la clara noche. Los mortecinos faros parpadeaban vertiginosamente a lo largo de la carretera. Jim miró al cielo un momento.

-¡Dios mío, estoy excitado! Mira las estrellas, Mac. Hay millones.

-Tú mira la carretera -gruñó Mac-. Escucha, Jim, lo que se me ha ocurrido. Ese tipo del mediodía significa que nos han echado el ojo. De ahora en adelante, ten cuidado y no te alejes mucho de la masa. Si quieres ir a algún sitio, procura que te acompañe media docena de hombres.

-¿Quieres decir que van a tratar de ir por nosotros?

-Ni más ni menos. Se figuran que pueden parar el jaleo si nos quitan de en medio.

-Bien, ¿y cuándo me vas a encargar algo, Mac? Me limito a seguirte de un lado a otro como un perrito.

-Estás aprendiendo mucho, nene. Cuando haya alguna tarea para ti, ya te la encargaré, no te preocupes. Mañana o así podrás encargarte de un montón de piquetes. Gira a la izquierda, Jim. No nos conviene atravesar mucho la ciudad de ahora en adelante.

Jim hizo traquetear el coche por caminos secundarios, llenos de baches. Transcurrió una hora antes de que llegara finalmente a la explotación y torciera hacia el oscuro camino que discurría entre manzanos. Redujo el gas del Ford hasta el mínimo indispensable para que el motor funcionase. Los faros se movían espasmódicamente. De improviso, una luz cegadora perforó la oscuridad y cayó sobre el rostro de los dos hombres. En el mismo instante, dos individuos, embozados en sus abrigos, irrumpieron ante ellos, en el camino. Jim detuvo el Ford. Una voz dijo, desde detrás de la luz:

- Son estos tipos.

Uno de los que vestían abrigo rodeó el coche y se inclinó sobre la portezuela. El motor funcionaba a régimen irregular. A causa del haz de luz, el hombre asomado a la portezuela resultaba casi invisible.

-Queremos que os vayáis del valle de Torgas mañana, al amanecer-dijo-. ¿De acuerdo? Pues largo.

El pie de Mac se levantó y tocó la pierna de Jim. Su voz sonó suave y quejumbrosa.

-Pero, señor, ¿qué ocurre con nosotros? Nunca hemos hecho nada.

-Corta, muchacho -dijo el hombre en tono airado-. Sabemos quiénes sois y qué sois. Y queremos que os larguéis.

-Si son ustedes representantes de la ley -replicó Mac en tono dolido-, nosotros somos ciudadanos, y tenemos derecho a ser juzga dos. Allí, en mi casa, yo pago impuestos.

-Bueno, pues vete a casa y págalos. Nosotros no somos representantes de la ley, sino un comité de ciudadanos. Si vosotros, malditos rojos, os creéis que podéis venir aquí a armar jaleo, os equivocáis.

Vosotros saldréis de aquí en esa lata que lleváis o en un cajón. ¿Entendido?

Jim sintió el pie de Mac deslizarse bajo sus piernas y dar con e| pedal del cambio de velocidades del Ford. Jim golpeó el pie con la punta del suyo para manifestar que había comprendido. El viejo motor continuaba funcionando al ralentí. De vez en cuando, un cilindro originaba una falsa explosión; otras veces eran dos los cilindros.

-Usted se equivoca con nosotros, señor -dijo Mac-. No somos más que trabajadores temporeros. No queremos líos.

-He dicho que *fuera*.

-Bueno, deje que vayamos por nuestras cosas.

-Escucha: vas a dar la vuelta y a largarte.

-¡Ustedes no son más que unos cobardes, eso es! -gritó Mac-. Ustedes tienen escondidos a veinte hombres a lo largo de la carretera. Ustedes son unos malditos cobardes.

-¿Quién es cobarde? No somos más que tres. Pero si por la mañana no os habéis ido del valle, seremos cincuenta.

-¡Pisa, Jim!

El motor roncó, y el Ford salió disparado hacia delante como un caballo. El hombre situado en el lateral se sumergió en la negrura, y el que estaba enfrente dio un salto para ponerse a salvo. El traqueteante vehículo brincó por la carretera en medio de un estrépito de chatarra que se viene abajo. Mac miró por encima del hombro y gritó:

-La luz se ha apagado.

Jim condujo el coche a la trasera del largo edificio. Se apearon y corrieron hacia el final del pabellón.

En el espacio frente a las puertas se agrupaban hombres que conversaban en voz baja. Las mujeres permanecían sentadas en los quicios, recogiéndose las faldas bajo las rodillas. De los grupos se escapaba un monótono bordoneo originado por las conversaciones. Por lo menos había allí quinientos hombres, y no faltaban los de otras explotaciones. El muchacho taciturno con quien hablara Jim le salió al paso.

-Conque no me creías, ¿eh? Bueno, ¿qué te parece esto?

-¿Has visto a London? -le preguntó Mac.

-Pues claro que lo he visto. Lo hemos elegido delegado. Ahora está en su habitación con el comité. Creías que estaba chiflado, ¿verdad? -preguntó, dirigiéndose a Jim-. Ya te dije que estaba en el ajo.

Mac y Jim avanzaron discretamente entre la multitud y el rumor de voces. La puerta de London estaba cerrada, así como su ventana. Un apiñamiento de hombres puestos de puntillas miraban a través del cristal la habitación iluminada. Mac empezó a subir peldaños, pero dos hombres se interpusieron en su camino.

-¿Qué demonios queréis?

-Queremos ver a London.

-Ah, ¿si? Y London ¿quiere veros a vosotros?

-¿Por qué no se lo preguntas?

-¿Cómo te llamas?

-Dile a London que el matasanos y Jim quieren verlo.

-¿Eres tú el tipo que ayudó a la chica a tener el niño?

-El mismo.

-Bueno, preguntaré.

El hombre abrió la puerta y pasó al interior. Un segundo más tarde salió y mantuvo la puerta abierta.

-Adelante, muchachos; London os está esperando.

La habitación de London había sido convertida a toda prisa en una oficina, instalando cajones a guisa de sillas. London estaba sentado en su cama, con la tonsurada cabeza adelantada. Un comité de siete hombres permanecía en pie o bien sentado en los cajones. Volvieron la cabeza cuando Jim y Mac entraron. London tenía aspecto satisfecho.

-Hola, matasanos; hola, Jim. Me alegro de veros. ¿Conocéis las noticias?

Mac se derrumbó sobre un cajón y dijo:

-No hemos oído nada. Jim y yo hemos estado de un lado para otro. ¿Qué ha pasado?

-Pues parece que todo va muy bien. La banda de Dakin ha funcionado. Hay un tipo llamado Burke, delegado en la explotación de Gillmore. Hay convocada una asamblea para todo el mundo mañana.

-Estupendo -sentenció Mac-. Se trabaja bien. Pero no podremos hacer gran cosa mientras no dispongamos de un comité ejecutivo y un delegado general.

-¿Cómo os ha ido aquel asunto que fuisteis a resolver? -preguntó London-. No dije nada a los muchachos, por si no cuajaba.

-Pues cuajó.- Mac se volvió hacia los siete hombres-: Escuchad. Hay un tipo que nos presta veinte hectáreas para acampar. Se trata de una propiedad privada, de modo que nadie, excepto las autoridades sanitarias, puede expulsarnos. Hemos conseguido los servicios de un médico, que vendrá a hacerse cargo de la operación.- Los miembros del comité se levantaron de sus asientos, riendo entusiasmados. Mac prosiguió-: Yo he prometido a ese granjero que los hombres recolectarán su explotación gratuitamente. No les llevará mucho tiempo. Hay mucha agua y la situación es céntrica.

Uno de los hombres preguntó, excitado:

-¿Puedo ir a decírselo a los muchachos de ahí fuera, London?

-Sí, sí, adelante. ¿Dónde está ese lugar, matasanos? Podríamos celebrar allí nuestra gran asamblea de mañana.

-Se trata del pomar de Anderson, cerca de la ciudad.

Tres de los miembros del comité se apresuraron hacia la puerta, a fin de comunicar las noticias. Afuera se produjo primero un silencio, y a continuación un rumor de voces, no gritos; sin embargo, el tono de las conversaciones revelaba excitación. Luego, el rumor se esparció y comenzó a aumentar en intensidad, hasta que llenó el aire.

-¿Qué ha pasado con el viejo Dan? -preguntó Jim.

-Quisieron llevárselo a un hospital -repuso London levantando la cabeza-, pero él no quiso de ninguna manera. Llamamos a un médico para que le arregle la cadera, y ahora está allí, un

poco más abajo. Un par de buenas mujeres cuidan del pobre viejo, que por cierto está imposible. Ahora no podríamos sacarlo de aquí. Se dedica a mandar al infierno a todo el mundo, incluidas esas mujeres.

-¿Habéis tenido noticias de los propietarios? -preguntó Mac.

-Sí, vino el capataz. Nos preguntó si íbamos a volver al trabajo, y dijimos que no. "Pues lárgense de aquí mañana por la mañana", advirtió. Dijo que a esa hora le llegaría un tren de parados.

-No le llegará -interrumpió Mac-. No pueden llegar antes de pasado mañana; lleva algún tiempo reunir una banda de esquiroles. Y pasado mañana ya estaremos preparados para recibirlos. Ah, London: algunos tipos que afirman pertenecer a cierto comité trataron de expulsarnos del valle a Jim y a mí. Será mejor que digas a los muchachos que no salgan solos. Diles que si quieren ir a algún sitio, les acompañen unos cuantos amigos.

London hizo una señal con la cabeza a uno de los miembros del comité.

-Da el aviso. Sam.

Sam salió, y de nuevo el rumor de voces se extendió y se tornó atronador, como una ola abatiéndose sobre unos cantos rodados. Esta vez el tono fue profundo y airado. Mac lió lentamente un cigarrillo negro y dijo:

-Estoy cansado. Tenemos muchas cosas que hacer, pero creo que las haremos mañana.

-Acostaos -aconsejó London-; habéis ido de cabeza.

-Sí, de acuerdo, allá voy. Cuando uno está cansado, todo parece más difícil. Tienen armas de fuego, y nosotros no podemos disponer de ellas. Tienen dinero y pueden comprar a nuestros muchachos: cinco pavos le parece una fortuna a un montón de esos bastardos medio muertos de hambre. Toma las mayores precauciones antes de decir algo, London. Después de todo, no puedes maldecir mucho a la gente si nos vende. Debemos mostrarnos lúcidos, humildes y rápidos. -Su voz se había vuelto triste-. Si no ganamos, volveremos a empezar desde el principio. ¡Lástima! Podríamos vencer con tanta facilidad, con sólo que los muchachos actuaran unidos... Podríamos hacer ir a los propietarios de coronilla. Como no tenemos ni armas ni dinero, tenemos que hacerlo con uñas y dientes.

Cuando levantó la cabeza vio que London le sonreía con simpatía, cohibido, como hacen los hombres cuando uno de sus iguales les abre su corazón. El rostro de Mac, de rasgos pesados, se ruborizó.

- Estoy cansado. Vosotros, chicos, continuad mientras Jim y yo vamos a echarnos un sueño. Oh, London, en el correo de mañana habrá un paquete a nombre de Alex Little: contiene octavillas. Debe estar aquí a las ocho, así que manda a algunos muchachos a recogerlo. ¿Lo harás? Y reparte las octavillas. De algo servirán. Vamos, Jim, vamos a dormir.

Se acostaron en su habitación, a oscuras. Afuera, los hombres aguardaban sentados, y el murmullo de sus voces atravesaba las paredes y parecía penetrar el mundo. A lo lejos, en la ciudad, una locomotora de maniobras daba topetazos atrás y adelante, formando un tren. Los camiones nocturnos que transportaban leche roncaban por la carretera que discurría junto al pomar. Luego, alguien tocó con una armónica unos pocos compases, extraños y dulces, el murmullo de voces se apagó y los hombres escucharon. En el exterior todo permanecía en silencio, excepción hecha de la armónica; la calma era tal, antes de dormirse, que Jim oyó el canto de un gallo.

7

El día amanecía gris y frío cuando Jim fue despertado por las voces al otro lado de la puerta. Oyó decir a un hombres.

-Están ahí dentro; probablemente duermen aún.

La puerta se abrió y Mac se sentó en la cama. Una voz familiar saludó:

-¿Estás ahí, Mac?

-¡Dick! ¿Cómo demonios te las has arreglado para llegar tan pronto?

-He venido con Burton, el matasanos.

-¿También está aquí el matasanos?

-Pues claro, ahí mismo, afuera.

Mac encendió una cerilla y prendió la bujía puesta en un platillo roto. Dick se volvió hacia Jim:

-Hola, chico. ¿Qué tal te encuentras aquí?

-Muy bien. ¿Dónde vas tan bien vestido, Dick? Pantalones planchados, camisa limpia...

Dick sonrió, satisfecho de sí mismo.

-Alguien en este basurero tenía que presentar un aspecto respetable.

-Dick va a causar furor en los salones de los rojillos de Torgas -comentó Mac sonriendo-. Mira, Dick, tengo una lista de simpatizantes aquí mismo. Queremos dinero, por supuesto, pero también tiendas, piezas de lona y camas. Recuerda eso: tiendas. Aquí tienes la lista. Hay montones de nombres en ella. Establece contactos y enviaremos coches para el transporte. Mucha gente de aquí tiene coche.

-De acuerdo, Mac. ¿Cómo anda la cosa?

-Como un murciélago escapado del infierno. Debemos trabajar aprisa si queremos que cuaje. -Se ató el zapato y preguntó-: ¿Dónde está el matasanos? ¿Por qué no le dices que pase? Pasa, matasanos.

Un joven de cabello dorado penetró en la habitación. Su rostro era casi femenino en su delicadeza, y sus grandes ojos miraban con suavidad y tristeza, como los de un sabueso. Llevaba un maletín de médico y una cartera en una mano.

-¿Qué tal estás, Mac? Dick recibió tu telegrama y fue a buscarme.

-De veras me alegra tenerte aquí, matasanos. Te necesitamos, y mucho. Te presento a Jim Nolan.

Jim se levantó y golpeó el suelo con los zapatos.

-Me alegra conocerte, matasanos.

-Lo mejor será que empieces cuanto antes-dijo Mac-. Puedes ir a gorrear un desayuno al restaurante ambulante Al's, en la calle Townsend. No le incordies para nada, excepto para sacarle el desayuno. Ya hemos conseguido un rancho de su viejo. Lárgate ya, Dick, y recuerda: tiendas, lona, dinero..., y todo cuanto puedas obtener.

-De acuerdo, Mac. ¿Todos los nombres de esta lista valen?

-No lo sé. Sondea. ¿Quieres que te traiga aquí a la gente en coche?

-Vete al infierno -dijo Dick, y se marchó cerrando la puerta tras de sí.

La bujía y el amanecer lucharon entre sí, de tal manera que parecía como si dieran menos luz que si hubieran alumbrado solos. La habitación estaba fría.

-No dabas mucha información en tu telegrama -observó el doctor Burton-. ¿De qué se trata?

-Aguarda un minuto, matasanos. Mira por la ventana, a ver si ves a alguien haciendo café ahí afuera.

-Bueno, hay una pequeña hoguera y un recipiente en ella. Mejor dicho, una lata.

-Aguarda, pues un minuto -dijo.Mac, salió y al cabo de un momento regresó con una delgada lata que despedía vapor y un desagradable olor a café.

-¡Jesús, qué caliente parece estar! -exclamó Jim.

-Y vaya porquería -añadió Mac-. De acuerdo, matasanos. Este es el mejor comienzo que he visto en mucho tiempo, y quiero poner en práctica algunas ideas. No quiero que este jaleo se nos vaya de las manos. -Tomó un sorbo de café-. Siéntate en ese cajón. Hemos conseguido veinte hectáreas de propiedad privada. Tendrás toda la ayuda que precises. ¿Puedes diseñar un

campamento, un campamento perfecto, a base de líneas rectas? ¿Puedes excavar letrinas, encargarte de las medidas sanitarias, disponer un lugar para el vertido de basuras? ¿Puedes imaginar algún sistema para que la gente se bañe? ¿Y llenar el aire con ese maldito ácido clorhídrico o cloruro de cal para que huela a sano? Haz que todo el distrito huela a limpio. ¿Lo conseguirás?

-Sí, puedo hacerlo. Facilítame ayuda suficiente, y puedo. -Los tristes ojos se tornaron más tristes-. Dame veinte litros de ácido clorhídrico puro y perfumaré la zona en kilómetros a la redonda.

-Bien. Hoy vamos a trasladar a los hombres. Examínalos lo más rápidamente posible, a fin de comprobar que no puede haber contagios, ¿de acuerdo? Las autoridades sanitarias van a husmear de lo lindo, y si nos pillan en falso, nos hunden. Nos permiten que vivamos como cerdos en el campamento, pero al minuto de iniciar la huelga, se sienten tremendamente afectados por la salud pública.

-Muy bien, muy bien.

-Acabo de largarte un rollo, ¿verdad? -y la mirada de Mac reflejó confusión- ¡Como si tú no supieras lo que hay que hacer!

Ahora, vayamos a ver a London.

Tres hombres permanecían sentados en los escalones de acceso a la habitación de London. Se levantaron y se apartaron para permitir el paso a Mac. En el interior, London estaba acostado y medio dormido. Se incorporó sobre un codo y exclamó:

-¡Cristo! ¿Ya es de día?

-Es Navidad -bromeó Mac-. London, éste es el matasanos Burton, director de salud pública. Desea algunos hombres. ¿Cuántos quieres, matasanos?

-Bueno, ¿cuántos hombres vamos a albergar?

-Oh, entre mil y mil quinientos.

-Mejor será entonces que me facilitéis quince o veinte hombres.

-¡Eh, ésos de ahí afuera! --llamó London.

Uno de los centinelas abrió la puerta y miró al interior. London ordenó:

-Trata de encontrar a Sam. ¿Podrás?

-Desde luego.

-Hemos convocado una asamblea para las diez de esta mañana -informó London-. Quiero decir una asamblea multitudinaria. He dado aviso a los demás campamentos sobre lo de la explotación Anderson. Muy pronto empezarán a trasladarse.

Se abrió la puerta y entró Sam, con los rasgos de su cara chupada aguzados por la curiosidad.

-Sam, éste es Burton, el matasanos. Quiere que tú seas su mano derecha. Sal y di a los chicos que quieres voluntarios para ayudarle.

Consigue veinte hombres de los buenos.

-De acuerdo, London. ¿Para cuándo los quieres?

-Para ahora mismo -respondió Burton-. Nos vamos a ir enseguida a diseñar el campamento. Puedo transportar a ocho o nueve en mi viejo coche. Busca a alguien que disponga de un coche para el resto.

Sam miró alternativamente a London y a Burton y otra vez a London, a fin de hallar confirmación a la autoridad del médico. London asintió con su cabezota y dijo:

-Eso mismo, Sam. Todo lo que diga el matasanos.

Burton se puso en pie y fue a reunirse con él.

-Me gustaría ayudar a seleccionar a los hombres.

-Aguarda -advirtió Mac-. No tienes ningún problema en la ciudad, ¿eh, matasanos?

-¿Qué quieres decir?

-Que si podrían colgarte algo, una acusación por negligencia en la práctica de la medicina.

-Que yo sepa, no. Claro que si de veras se empeñan, algo pueden hacer.

-Desde luego, lo sé. Pero les llevaría algún tiempo. Adiós, matasanos, nos veremos más tarde.

Cuando Burton y Sam se hubieron marchado, Mac se volvió hacia London y dijo:

-Es un buen chico. Parece un marica a causa de su cara bonita, pero está muy bregado. Y va hasta el fondo de las cosas, como el aceite de ricino. ¿Tienes algo para comer, London?

-Una rebanada de pan con queso.

-Bien, pues ¿qué estamos esperando? Jim y yo nos olvidamos de cenar anoche.

-Me desperté en plena noche y me acordé -subrayó Jim.

London fue por una bolsa, a un rincón, y sacó una rebanada de pan y una porción de queso. Afuera se advertía agitación. El rumor de las voces, tranquilo durante varias horas, prorrumpió de nuevo. Las puertas se abrían y se cerraban dando portazos. Los hombres carraspeaban, gargajeaban y se sonaban. Era ya pleno día y el sol se veía rojo a través de las ventanas.

Mac, con la boca llena de queso, dijo:

-London, ¿qué piensas de Dakin como presidente del comité de huelga y como jefe?

London pareció un poco desilusionado e informó.

-Dakin es un buen tipo. Le conozco desde hace mucho tiempo.

Mac se percató de la decepción de London y decidió enfrentar la situación.

-Voy a ser franco contigo, London. Serías un inmejorable presidente, pero te encolerizas. En cambio. Dakin parece un tipo de los que no se ponen fuera de sí, y si el jefe de este jaleo perdiera alguna vez el control, estábamos listos.

El planteamiento de la cuestión dio resultado. London estuvo de acuerdo:

-Agarro unos enfados de todos los demonios, me encolerizo tanto, maldito sea, que llego a ponerme enfermo. Tienes razón en lo de Dakin; es un hombre que sabe jugar su juego. Nunca abre los ojos del todo y nunca levanta la voz. Cuanto peor van las cosas, más tranquilo está Dakin.

-Luego, cuando la asamblea se inicie, propondrás a Dakin, ¿verdad?

-Desde luego.

-No sé nada acerca de ese tipo, Burke, pero creo que con nuestros muchachos y con los de Dakin podríamos frenarle si se pasa de rosca. Lo mejor será que empecemos a trasladar a la gente cuanto antes; el lugar al que vamos está lejos.

-¿Cuándo crees que empezarán a llegar los esquiroles? -preguntó London.

-No antes de mañana. No creo que los patronos de los alrededores estén seguros de que vaya a haber huelga. No podrán disponer de los esquiroles antes de mañana.

-¿Y qué vamos a hacer cuando lleguen?

-Bueno, acudiremos al tren y les haremos entrega de las llaves de la ciudad. Tengo que recibir un telegrama anunciándome su salida. Algunos de nuestros muchachos tendrán la amabilidad de efectuar comprobaciones en las agencias de empleos.

Mac levantó la cabeza y miró en dirección a la puerta. El rumor de voces en el exterior había sido hasta el momento esporádico y monótono, pero ahora se había detenido de pronto. De repente, a través del silencio, llegó un maullido y luego otras voces rompieron a gritar. Afuera se desarrollaba una disputa.

London se encaminó a la puerta y la abrió. Los tres centinelas permanecían de pie flanqueando aquella puerta, y frente a ellos se hallaban el capataz de la explotación, vestido con pantalones de piel de topo y calzado con botas camperas. A cada lado de este personaje había un hombre que lucía la insignia de ayudante del sheriff, y llevaba un fusil de caza. El capataz miró por encima de las cabezas de los guardianes y dijo:

-Quiero hablar con usted, London.

-A que viene usted con una rama de olivo -replicó London.

-Bueno, déjeme entrar. Tal vez consigamos algo.

London miró a Mac, y éste asintió. La gran muchedumbre permanecía en silencio, escuchando. El capataz entró, con los ayudantes del sheriff junto a él. Los dos guardianes no se movieron. Uno de ellos dijo:

-Podría usted dejar fuera a sus sabuesos, jefe.

-Es una buena idea -apoyó London-. No necesita usted atizar perdigonadas para conversar.

El capataz dirigió una mirada nerviosa a sus silenciosos y amenazadores acompañantes y preguntó:

-¿Qué prueba tengo yo de que vais a jugar limpio?
-La misma que tenemos nosotros respecto a usted.
El capataz tomó una decisión, y ordenó:
-Quédense ahí afuera y mantengan el orden.
Los guardianes se hicieron a ambos lados, permitiendo entrar al hombre, y luego volvieron a su anterior posición. Los ayudantes del sheriff se mostraron nerviosos. Permanecieron en pie, aferrando sus armas y dirigiendo miradas fieras en derredor. London cerró la puerta.
-No comprendo por qué no podía usted hablar ahí afuera, donde la gente lo oyera.
El capataz vio a Mac y a Jim, y miró airado a London.
-Haga salir a estos hombres.
-¡Uh, uh!
-Bueno, pues mire, London, ustedes no se dan cuenta de lo que están haciendo. Les ofrezco la posibilidad de volver al trabajo si echan de aquí a estos hombres.
-¿Por qué? -preguntó London-. Son buenos chicos.
-Son rojos. Están metiendo en un lío a un montón de buenas personas. A ellos se les da una higa de ustedes, con tal de armar jaleo. Desháganse de ellos y podrán volver al trabajo.
-Supongamos que los echamos -dijo London-. ¿Nos pagarán ese dinero que ha sido causa de la huelga? ¿Ganaremos la cantidad que íbamos a percibir antes de la reducción?
-No, pero podrán volver al trabajo sin mayores problemas. Los propietarios no tomarán en consideración lo ocurrido.
-Y entonces ¿qué necesidad teníamos de ir a la huelga?
El capataz bajó la voz:
-Voy a decirle lo que estoy en condiciones de ofrecer. Usted hace que la gente vuelva al trabajo y le damos un empleo fijo aquí, como ayudante del capataz, a cinco dólares diarios.
-¿Y qué hacemos con estos muchachos, que son amigos míos?
-Cincuenta dólares por barba si se largan del valle.
Jim miró el rostro de London, de rasgos pesados y melancólicos. Mac se sonreía significativamente. London habló:
-Me gusta considerar las dos caras del asunto. Suponga que aquí, mis amigos, y yo no aceptamos. ¿Qué ocurre entonces?
-Entonces les echamos de aquí en media hora, y ponemos en lista negra a su maldita banda, y no podrán ir a ninguna parte; no podrán encontrar trabajo en ningún sitio. Además, tenemos quinientos ayudantes del sheriff, si los necesitamos. Esta es la otra cara. Nos preocuparemos de que no encuentren trabajo en este lado del infierno. En cuanto a aquí, sus dos compadres, les someteremos a juicio y procuraremos que les caiga lo máximo.
-Ustedes no los pueden empaquetar si llevan dinero -replicó London.
El capataz se acercó, tratando de sacar partido de su ventaja.
-No sea loco, London. Usted sabe tan bien como yo lo que es la ley de vagos, y sabe que vagancia es todo aquello que el juez no quiere que usted haga, y por si no lo sabe, el juez de aquí se llama Hunter. Vamos, London, haga que los hombres vuelvan al trabajo; hay de por medio un empleo fijo para usted a cinco dólares diarios.
London apartó la mirada. Luego la dirigió a Mac, en muda demanda de instrucciones. Mac dejó que el silencio quedara prendido en el aire.
-Bueno, London, vamos: ¿qué me dices? Aquí, sus compadres los rojos no pueden ayudarle, y eso lo sabe usted pero que muy bien.
Jim, al margen, estaba temblando. Mantenía los ojos muy abiertos y fijos. Mac miraba a London y vio lo que el capataz no vio: que sus hombros se deprimían y se ensanchaban gradualmente, que la gruesa y musculosa nuca se hundía entre aquellos hombros, que los brazos se alzaban despacio, que los ojos se llenaban de amenazas, y que la sangre se agolpaba en la nuca y desaparecía de las mejillas.
-¡London! -gritó de pronto Mac, ásperamente. El interpelado basculó y a continuación se relajó un poco. Mac prosiguió con voz tranquila-: Se me ocurre una salida, London. Mientras este señor permanece aquí, vamos a reunir en asamblea a todos los hombres, y digámosles que

nos han ofrecido venderlos. Pondremos a votación si tú aceptas ese empleo a cinco dólares, y a continuación evitaremos que los muchachos linchen aquí, al señor.

El capataz enrojeció de ira y gritó:

-¡Es la última oferta! ¡Acéptenla o largúense!

-Estábamos a punto de largarnos -informó Mac.

-Se irán ustedes del valle de Torgas; les echaremos.

-Oh, no, no lo harán. Hemos conseguido un terreno de propiedad particular y podemos permanecer en él. El dueño nos ha invitado.

-¡Eso es mentira!

-Escuche, señor. Vamos a tener serias dificultades para sacarles de aquí a usted y a sus guardaespaldas, así que no empeore las cosas.

- Pero ¿es que cree usted que van a quedarse?

Mac tomo asiento en un cajón y su voz adquirió un tono frío:

-Escuche, señor: vamos a acampar en la propiedad de Anderson, y lo primero que van ustedes a hacer es intentar echarnos. Muy bien, ya nos arreglaremos. Lo segundo que harán ustedes, pandilla de comadrejas, es tratar de meterse con Anderson. A ese respecto debo decirle lo siguiente: si alguno de sus chicos ataca esa propiedad o agrede a Anderson, si dañan un solo frutal, un millar de hombres empezaran su tarea, y cada uno lleva una caja de cerillas. *¿Lo comprende usted, señor?* Tómeselo como una amenaza, si quiere: ustedes tocan el rancho de Anderson ¡y por Cristo que arderá cada jodida casa y cada establo de cada rancho del valle!

En los ojos de Mac había lágrimas de furor, y su pecho se estremecía como si estuviera a punto de prorrumpir en sollozos. El capataz giró la cabeza para dirigirse a London.

-¿Ve usted con qué clase de hombres se han mezclado, London? ¿Sabe usted cuántos años pueden echarle por incendiario?

-Lo mejor será que se largue, señor -recomendó London, furioso-, porque le mataré si no lo hace. Así que mejor que se vaya. Haz que salga de aquí, Mac. -Y a gritos-: ¡Por el amor de Dios, haz que se vaya!

El capataz se apartó del pesado y basculante cuerpo de London, y trató de hallar, a su espalda, la manija de la puerta.

-Amenazas de muerte -dictaminó con voz apagada.

La puerta se abrió tras él. Mac dijo:

-Carece usted de testigos de esas amenazas.

Afuera, los ayudantes del sheriff trataban de ver a través de los tiesos cuerpos de los guardianes. El capataz replicó:

-Están locos, todos ustedes lo están. Si los necesito, tendré una docena de testigos para lo que yo quiera. Es mi ultima palabra.

Los guardianes se hicieron a ambos lados para permitir el paso al capataz, y los ayudantes del sheriff se colocaron tras él. Ningún sonido se escapaba de la multitud de hombres. En ella se abrió un camino para que pasaran los tres personajes, y éstos avanzaron por él. Los hombres silenciosos les siguieron con los ojos, desconfiados y furiosos. Los tres individuos caminaron rígidamente hacía un gran automóvil de turismo parado en un extremo del pabellón. Montaron en él y se alejaron. Entonces, la muchedumbre volvió despacio la mirada hacia la puerta abierta de la habitación de London. Este permanecía apoyado en la jamba, y su aspecto era el de una persona agotada y enfermiza.

Mac se adelantó al quicio y pasó su brazo por los hombros de London. Se hallaban sesenta centímetros por encima de las cabezas de la masa, que guardaba silencio.

- ¡Escuchad, muchachos! -gritó Mac-. No queríamos decíroslo antes de que se fueran, pues temíamos que los matarais a pisotones, pero ese panoli ha venido para tratar de que London os vendiera. A London se le ofrecía un empleo fijo, y a vosotros os hubieran atornillado.

La muchedumbre emitió un gruñido, y Mac levantó la mano.

-No hay que perder la cabeza; aguardad un minuto. Recordad más tarde que trataron de comprar a London y no pudieron. Ahora callad un momento. Vamos a irnos de aquí, pues hemos conseguido un rancho donde instalarnos. Reinará el orden, pues ésta es la única

condición que nos permitirá vencer. Todos nosotros debemos obedecer. Ahora los muchachos que tengan coches que se lleven a todas las mujeres y a los niños, así como las pertenencias que no puedan ser transportadas a mano. El resto deberá caminar. Portaos bien y no rompáis nada..., todavía. Y permaneced juntos. Mientras recogéis vuestas cosas, London debe reunirse con el comité.

En el momento que cesó de hablar, se desató una turbulencia. Gritando y riendo, los hombres se dispersaron. Parecían penetrados por una alegría terrible, por una tremenda y sensual alegría, y lanzaban risotadas. Hormiguearon hacia sus habitaciones, sacaron sus pertenencias y las amontonaron en el exterior: pucheros y ollas, mantas y fardos de ropa. Las mujeres sacaban cochecitos de niño. Seis o siete miembros del comité se abrieron paso entre las apreturas y entraron en la habitación de London.

El sol brillaba por encima de los árboles y caldeaba el ambiente. Detrás de los edificios, los maltrechos y viejos automóviles empezaron a ponerse en marcha, entre ruidos de explosiones. Llegaban también ruidos producidos por los martilleos conforme las pertenencias iban siendo embaladas. El lugar rebosaba actividad, con la conmoción que suponían interminables idas y venidas, opiniones emitidas a voz en grito y juicios manifestados y rechazados.

London dejó entrar a su comité y cerró la puerta para amortiguar el ruido. Los hombres permanecían silenciosos, dignos, graves y con aires importantes. Se sentaron en los cajones, apoyaron las manos en las rodillas y dirigieron miradas a las paredes como si formularan un augurio.

-London, ¿qué te parece si se lo digo? -preguntó Mac.

-Bien, adelante.

-No tengo la pretensión de dirigir el cotarro, muchachos, pero tengo alguna experiencia porque ya he .pasado por esto. Tal vez pueda mostraros por dónde se casca el asunto, y acaso podamos poner en claro algunas de las cosas que pueden fastidiarnos.

-Pues adelante, compañero, te escuchamos -dijo uno de los hombres.

-De acuerdo. Ahora la cosa está que arde, aunque los hombres pueden crear problemas. En un momento dado están como un barril de cerveza a tope de vapor, y un minuto más tarde, tan fríos como el corazón de una puta. Tenemos que cortar el vapor y hacer que el frío se convierta en calor. Ahora quisiera hacer una sugerencia. Vosotros, chicos, podéis pensar en ello, y tal vez toda la banda tenga que ponerlo a votación. La mayor parte de las huelgas fracasan por falta de disciplina. Suponed que dividimos a los hombre en escuadras, y dejamos que cada escuadra elija a un jefe que asuma la responsabilidad de ella. Entonces, podríamos reunir esas escuadras en agrupaciones.

-Muchos de esos tipos estuvieron en el ejército -intervino uno-, y eso no les gustó lo más mínimo.

-Claro que no les gustó. Ellos luchaban en una guerra en provecho de otros. Tenían a los oficiales atravesados, pero si eligieran a sus propios oficiales y combatieran en su propia guerra, sería distinto.

-A la mayor parte de esos chicos no les gustan los oficiales.

-Bueno, pues tendrán que tenerlos. Si no tenemos disciplina nos quitarán hasta los pantalones. Si a la escuadra no le gusta su jefe, que lo destituya y elija a otro, eso satisfará a sus componentes. Así, pues, debemos disponer de oficiales a cientos, y de un jefe supremo. Yo me limito a sugeriros una idea, muchachos. Dentro de un par de horas va a haber una gran asamblea, y debemos tener un plan listo.

London se rascó la tonsura y observó:

-Eso me suena razonable. Hablaré de ello con Dakin en cuanto lo vea.

-De acuerdo -aprobó Mac-. Y ahora, movámonos. Jim, tú quédate conmigo.

-Asígname alguna tarea.

-No, quédate junto a mí. Podría necesitarte.

8

Las veinte hectáreas de tierra de labor en la propiedad de Anderson estaban rodeadas en tres de sus lados por grandes y oscuros manzanos. Junto al cuarto lado discurría el estrecho y polvoriento camino vecinal. Los hombres llegaron en grupos, riendo y gritándose unos a otros, y se hallaron con que ya se habían hecho preparativos para recibirlos. Se habían plantado estacas en la blanda tierra, delimitando las calles del campamento. Había cinco calles que avanzaban paralelas a la carretera del condado, y frente al final de cada calle, se había excavado un hoyo profundo destinado a letrina.

Antes de que se iniciara la construcción del campamento, celebraron su asamblea general con cierto orden, eligieron a Dakin como presidente y aceptaron el comité que él presentó. Manifestaron su acuerdo, entusiasmados, a la sugerencia de las escuadras.

Apenas habían empezado a reunirse en asamblea cuando cinco motoristas de la policía llegaron y aparcaron sus motos en la carretera del condado. Se apoyaron en sus máquinas y se dedicaron a contemplar el trabajo. Se plantaban tiendas y se levantaban abrigos. El doctor Burton, el de los ojos tristes, estaba en todas partes, dirigiendo la construcción del campamento. Por lo menos un centenar de viejos automóviles se alineaban en la carretera, dispuestos como máquinas de guerra en un parque de artillería, todos mirando hacia la calzada. Había Fords primitivos, con las tapicerías destrozadas, Chevrolets y Dodges con el morro herrumbroso, sin pintura, con los guardabarros flojos o simplemente sin guardabarros. Había Hudsons anticuados que producían un ruido semejante a una ametralladora cuando arrancaban. Estaban estacionados como en una reunión de soldados veteranos. A un extremo de la línea de coches se hallaba el camión Chevrolet de Dakin, limpio, nuevo y brillante. Era el único de aquellos vehículos que se encontraba en buenas condiciones, y mientras Dakin recorría el campamento rodeado por miembros de su comité, raramente perdía de vista su camión. Mientras hablaba o escuchaba, sus fríos y enigmáticos ojos se desviaban una y otra vez hacia su reluciente camión verde.

Cuando las viejas tiendas grises estuvieron plantadas, Burton insistió en que la lona fuera lavada con agua y jabón. El camión de Dakin transportó barriles desde el aljibe de Anderson, y las mujeres lavaron las tiendas con viejas escobas.

Salió Anderson y contempló con ojos preocupados cómo sus veinte hectáreas se transformaban en campamento. Hacia mediodía éste estuvo listo, y novecientos hombres fueron a trabajar al pomar, a recoger manzanas que depositaban en sus cacharros de cocina, en sus sombreros y en sacos. No había bastantes escaleras, y los hombres se encaramaban a los troncos. Al anochecer la cosecha estaba recogida y llenos los cajones dispuestos en hileras, que luego se transportaron en camiones al granero de Anderson, donde quedaron almacenados.

Dick había trabajado con rapidez. Envió a un muchacho a pedir hombres y un camión para reunirse con él en la ciudad, y el camión regresó cargado de tiendas de todas clases: en forma de sombrilla, con la lona de color marrón pálido, otras que parecían de muñecas, bajas y picudas, y otras más, grandes, militares, capaces de albergar a diez personas. El camión llevó también dos sacos de copos de avena, varios cajones con harina, latas de conservas, sacos de patatas y cebollas y un canal entero de vaca.

Las nuevas tiendas se plantaron a lo largo de las calles, mientras el doctor Burton supervisaba las instalaciones de las cocinas. Unos camiones salieron en dirección al depósito municipal de basuras, y regresaron con tres herrumbrosos fogones de desecho, cuya parte superior, abierta, se cubrió con fragmentos de hojalata. Se designaron cocineros, los depósitos de los baños se llenaron de agua, se troceó la vaca y empezaron a cocerse patatas y cebollas en enormes marmitas. También se pusieron a hervir ollas que contenían judías. Al crepúsculo, cuando la cosecha hubo terminado, los hombres regresaron y se encontraron con que les aguardaban recipientes llenos de cocido. Se sentaron en el suelo y se pusieron a comer en bacines, tazones y latas. Cuando se hizo de noche, los policías motorizados fueron relevados por cinco ayudantes del sheriff armados con fusiles. Durante un rato caminaron marcando el paso arriba

y abajo de la carretera, militarmente, pero acabaron sentándose en la cuneta a mirar a los acampados. Había pocas luces en el campamento; acá y allá una tienda estaba iluminada por una linterna, y los destellos de algunas pequeñas hogueras producían sombras móviles. En el extremo de la primera calle, plantada de modo que se hallaba inmediatamente detrás de su brillante camión verde, estaba la tienda de Dakin: amplia, de marca, con un lienzo de lona que hacía las veces de pared medianera y dividía el interior en dos habitaciones. Disponía de mesa y sillas plegables, piso de tela y una lámpara de gasolina colgando del palo central, de tal manera que Dakin vivía con estilo y viajaba con lujo. Carecía de vicios: hasta el ultimo céntimo que ganaba él o su esposa, lo destinaban a vivir mejor, a su camión o a adquirir equipo de acampar nuevo.

Por la noche, London, Mac y Jim se encaminaron a la tienda y penetraron en ella. Encontraron en su interior a Dakin, a Burke, un irlandés ceñudo y taciturno, y a dos italianos bajitos que se parecían mucho entre sí. La señora Dakin se había retirado al otro lado de la pared de lona. Bajo la blanca luz de la lámpara de gasolina, podía verse el rosado cuero cabelludo de Dakin, a través de su cabello rubio. Sus enigmáticos ojos iban sin descanso de un lado a otro.

-Hola, muchachos; sentaos donde podáis.

London eligió una silla, la única que quedaba. Mac y Jim se acomodaron en el suelo. Mac sacó su petaca de Durham y lió un cigarrillo.

-Las cosas parecen marchar bien -observó.

-Sí, parecen marchar muy bien -convino Dakin, cuyos ojos se dirigieron hacia Mac y luego a otra parte.

-No tardaron en presentarse los polis -terció Burke-. Me gustaría atizarles a unos cuantos de ellos.

-Deja en paz a los polis hasta que no puedas más -le reconvino Dakin con calma-. No se meten con nadie.

-¿Qué tal se han organizado las escuadras? -preguntó Mac.

-Muy bien. Todas ellas han elegido a sus jefes. Algunas les handado después la patada y han designado a otros nuevos. ¿Sabes? Ese matasanos, Burton, es un tipo estupendo.

-Pues claro -corroboró Mac-, es un tipo cabal. Me pregunto por dónde andará. Mejor sería que enviaras una escuadra a buscarle. Ahora que hemos empezado, tratarán de echarlo de aquí, y si lo consiguen, podrán expulsarnos a nosotros con el pretexto de que constituimos "un peligro para la salud pública".

Dakin se volvió hacia Burke:

-¿Quieres encargarte de eso, Burke? Elige a una buena banda para proteger al matasanos. A los chicos les cae bien.

Burke se levantó y abandonó la tienda. London dijo:

-Dile lo que me has dicho a mí, Mac.

-Bueno, Dakin, los chicos creen que esto es una especie de gira, pero la gira se acabará mañana y empezará el jaleo.

-¿Los esquiroles?

-Eso mismo. Todo un tren. Tengo a un muchacho en la ciudad que se encarga de ir en mi lugar a telégrafos. Esta noche ha recibido un telegrama en el que se anuncia que hoy ha salido de la ciudad un tren cargado de esquiroles. Llegará mañana por la mañana.

-Bueno -comentó Dakin-, supongo que lo mejor será ir a esperar ese tren y tener una charla con los recién llegados. Podría servir, antes de que se dispersen.

-Eso mismo era lo que yo pensaba -convino Mac-. A mí ya me ha tocado ver a todo un equipo de esquiroles unirse a los huelguistas, si se les explica cuál es la situación.

-Pues les hablaremos y todo irá bien.

-Escucha: los polis tratarán de echarnos, de modo que sería mejor que los muchachos salieran a hurtadillas por entre los árboles inmediatamente antes de que rompa el alba, dejando aquí a los polis con un palmo de narices.

Durante un segundo los fríos ojos de Dakin relucieron.

-¿Creéis que eso servirá, chicos?

Todos estallaron en carcajadas y Dakin prosiguió:

-Bueno, pues salgamos y digámoslo a los hombres.

-Aguarda un minuto, Dakin -le frenó Mac-. Si se lo dices a los muchachos esta noche, no habrá secreto.

-¿Qué quieres decir?

-Tú crees que no tenemos esquiroles en el campamento, ¿verdad? Pues yo apuesto a que por lo menos hay cinco, aparte los tipos dispuestos a dar el soplo a cambio de un pavo. Las cosas funcionan siempre así, qué demonio. Conque no les digas nada hasta que estéis listos para empezar.

-No te fías de los muchachos, ¿eh?

-Bueno; si quieres probar, adelante. Apuesto a que te encontrarás con los polis avanzando junto a nosotros.

-¿Qué opináis vosotros, chicos? -preguntó Dakin.

-Creo que tiene razón- dijo uno de los italianos bajitos.

-De acuerdo. Ahora vamos a encargar a una cuadrilla la vigilancia del campamento.

-Que sea por lo menos un centenar de hombres -advirtió Mac-. Si nos descuidamos, quemarán el campamento, estoy convencido.

-Desde luego que los muchachos recogieron aprisa la cosecha de Anderson.

- Sí -asintió Dakin-. Aún hay doscientos o trescientos hombres en el pomar de al lado. Anderson va a tener una cosecha mayor de lo que pensaba.

-Espero que no causen problemas -dijo Mac-. Bastantes va a haber más adelante.

-¿Cuántos esquiroles van a venir? ¿Te has enterado?

-Algo así como cuatrocientos o quinientos, mañana. Y supongo que después más. Asegúrate de que los chicos lleven muchas piedras en los bolsillos.

-Se lo diré.

Regresó Burke y anunció:

-El matasanos dormirá en una de las tiendas militares grandes, junto con diez muchachos.

-¿Y dónde está ahora el matasanos? -preguntó Mac.

En aquel momento, un coro de exclamaciones prorrumpió en el campamento, y luego se oyó un grande y airado grito. Los seis hombres corrieron al exterior de la tienda. El tumulto procedía de un grupo que se hallaba en pie frente a la calle que daba a la carretera. Dakin se abrió paso entre los congregados.

-¿Qué pasa aquí?

-Yo se lo diré -respondió la voz airada-. Sus hombres han empezado a tirar piedras. Le advierto que si es arrojada una piedra más, abriremos fuego sin preocuparnos de a quién le damos.

Mac sé volvió hacia Jim, que se hallaba junto a él.

-Ojalá empezaran a disparar -le dijo en voz baja-. Este atajo de imbéciles es capaz de hacerse pedazos entre sí, a menos que cuanto antes pase algo feo. Todo les está saliendo demasiado bien, y acabarán luchando unos con otros.

London se abrió camino entre la aglomeración, furioso.

-¡Volveos por donde habéis venido, muchachos! -gritó-. Bastante trabajo tenéis, para perder el tiempo con chiquilladas. Ahora, cada cual a su sitio.

La autoridad que emanaba de aquel hombre les indujo a retirarse, con expresión taciturna. Se dispersaron, pues, pero de mala gana.

-Imponga usted el orden entre esos tipos o lo haremos nosotros con los Winchesters -exclamó el ayudante del sheriff.

-Ande, váyase a dormir- le aconsejó Dakin con voz glacial.

-Estos polis están endemoniadamente asustados -susurró Mac a Jim-, lo que los hace peligrosos. Exactamente igual que las serpientes de cascabel cuando están asustadas: dispararán por nada.

La aglomeración se había desplazado, y los hombres se encaminaban a sus tiendas.

-Vamos a echar un vistazo al matasanos, Jim -propuso Mac:-. Acerquémonos a las cocinas.

Encontraron al doctor Burton sentado en un cajón, vendando el brazo de un hombre. Una linterna de petróleo emitía una luminosidad amarilla sobre su tarea, y trazaba un reducido círculo en el suelo. El médico aseguró el vendaje con esparadrapo.

-Ya está. La próxima vez no dejes que se inflame tanto; si te descuidas, acabarás perdiendo el brazo.

-Gracias, matasanos -dijo el hombre, que acto seguido se marchó, bajándose la manga arremangada.

-¡Hola, Mac y Jim! Creo que he terminado.

-¿Era tiña?

-No, un simple corte que dio lugar a una bonita infección.

Nunca aprenderán a cuidarse los cortes.

-Si el matasanos lograra localizar un solo caso de viruela -dijo Mac-, y declarar una cuarentena, sería completamente feliz. ¿Qué piensas hacer ahora, matasanos?

Los ojos tristes y oscuros dirigieron una mirada de cansancio a Mac.

-Bueno, creo que no puedo más, pero tengo que ir a comprobar si la escuadra ha desinfectado las letrinas tal como dije.

-Huelen a desinfectante -observó Mac-. ¿Por qué no duermes un poco, matasanos? Anoche no pegaste ojo.

-Desde luego que estoy cansado, pero no tengo sueño. Durante la última hora pensé que cuando no aguantara más, podría acercarme al pomar, sentarme apoyándome en un árbol y descansar.

-¿En compañía de alguien?

-No. Pero me gustaría que vinierais vosotros. -Burton se puso en pie-. Esperad, que me lavo las manos. -Sumergió las manos en una jofaina con agua caliente, se las enjabonó con jabón verde y se las enjuagó-. Hala, vamos.

Caminaron los tres lentamente, alejándose de las calles de tiendas, en dirección al oscuro pomar. Sus pies producían un crujido apagado al pisar los pequeños terrones. Burton dijo en tono fatigado:

-Mac, tú eres un misterio para mí. Imitas la manera de hablar de quienes te rodean. Cuando estás con London y Dakin, hablas igual que ellos. Eres un actor.

-No, no lo soy en absoluto. La manera de hablar inspira una especie de sentimiento. Yo experimento ese sentimiento y la forma de hablar me sale con una perfecta naturalidad. No me esfuerzo por conseguirlo, y no creo que eso sirviera. Ya sabes, matasanos, que la gente sospecha de todo hombre que no hable como ella. Puedes insultar a una persona de la peor manera si empleas una palabra que no entiende. Tal vez no te diga nada, pero te odiará. En tu caso no ocurre así, matasanos; a ti te suponen distinto, y no confiarían en ti si no lo fueras.

Penetraron bajo los arcos que formaban ios árboles, cuyas hojas y ramas se recortaban oscuramente contra el cielo. El leve murmullo que se escapaba del campamento se había apagado. Una lechuza lanzó un tremendo grito sobre sus cabezas, y los sobresaltó.

-Es una lechuza -explicó Mac-. Está cazando. -Y dirigiéndose a Burton-: Jim no ha salido mucho al campo; las cosas que sabemos a él le resultan nuevas. Sentémonos aquí.

Mac y el médico se sentaron en el suelo y se apoyaron en el grueso tronco de un viejo manzano. Jim se acomodó frente a ellos, doblando las piernas. La noche era tranquila. Arriba, las hojas oscuras colgaban inmóviles en el aire en calma.

-También tú eres un misterio para mí, matasanos -dijo Mac en voz baja, pues la noche parecía estar escuchando.

-¿Yo un misterio?

-Si, tú. No perteneces al Partido, pero trabajas con nosotros continuamente, y jamás cobras por ello. No sé si crees en lo que estamos haciendo o no, porque nunca lo dices; te limitas a trabajar. Hemos estado juntos antes de ahora, y no estoy seguro de si crees en la causa.

-Sería difícil decirlo -y el doctor Burton rió suavemente-. Podría enumerarte algunas de las cosas que pienso y, acaso no te gustaran. Es más: estoy convencido de que no iban a gustarte.

-Bueno, de todas maneras enterémonos.

-Dices que no creo en la causa, y eso equivale a no creer en la luna. Antes ha habido comunas y volverá a haberlas, pero vosotros pensáis que si podéis implantar vuestro orden, todo el trabajo ya estará hecho. Nada permanece estático, Mac. Si fuerais capaces de llevar a la realidad una idea mañana, inmediatamente quedaría superada. Estableced una comuna y de todas maneras el flujo continuará.

-¿No crees, entonces, que la causa sea buena?

-¿Lo ves? -dijo Burton, suspirando-. Otra vez vamos a enzarzarnos en una discusión. Por eso no me gusta hablar muy a menudo. Escucha, Mac. Mis sentidos no son perfectos, pero es todo cuanto poseo. Yo quiero contemplar todo el cuadro, y todo lo cerca que pueda. Me niego a colocarme las anteojeras de "bueno" y "malo", y limitar mi visión. Si utilizo el término "bueno" aplicado a una cosa pierdo autoridad para someterla a examen, porque podría haber mal en ella. ¿No lo comprendes? Deseo estar en condiciones de mirarla en su totalidad.

-¿Y qué hay de la injusticia social? -interrumpió Mac acaloradamente-. ¿Y el sistema de beneficio? Debes confesar que son malos.

El doctor Burton echó la cabeza hacia atrás y miró al cielo.

-Considera la injusticia fisiológica, Mac, la injusticia del tétanos o de la sífilis, y los métodos gangsteriles de la disentería amébica. Ese es mi terreno.

-La revolución y el comunismo remediarán la injusticia social.

-Sí, y la desinfección y la profilaxis prevendrán las otras.

-Es diferente. La una la producen los hombres, y los gérmenes, esas otras.

-No consigo ver mucha diferencia, Mac.

-¡Maldita sea, matasanos! En todas partes se da el trismo, y puedes encontrar sífilis en Park Avenue. ¿Por qué colaboras con nosotros si no estás a nuestro favor?

-Quiero *ver*. Cuando te cortas el dedo y los estreptococos penetran en la herida, se produce una tumefacción y una inflamación. Esa tumefacción es la lucha que entabla tu cuerpo, y el dolor, la batalla. No puedes predecir quién va a ganar, pero la herida es el primer campo de batalla. Si las células pierden el primer combate, los estreptococos invaden, y la lucha prosigue brazo arriba. Mac, estas pequeñas huelgas son como la infección. Algo ha hecho presa en los hombres; se ha declarado una leve fiebre, y las glándulas linfáticas están enviando refuerzos. Quiero ver, de modo que acudo al lugar donde se abre la herida.

-¿Te figuras que la huelga es una herida?

-Sí. Los grupos de hombres siempre representan una especie de infección. Ésta parece perniciosa. Quiero *ver*, Mac, quiero observar a esos hombres que se agrupan, pues me parecen un nuevo individuo, pero de ningún modo un individuo aislado. Un hombre que forma parte de un grupo no es en absoluto él mismo, sino la célula de un organismo que no es propiamente él, como las células de tu cuerpo no son como tú mismo. Deseo observar el grupo para ver a qué se parece. Alguien ha dicho que las multitudes están locas, y que no puede predecirse cómo van a actuar. ¿Por qué la gente no considera las multitudes como tales multitudes y no como hombres? La masa casi siempre parece actuar razonablemente, para lo que cabe esperar de ella.

-Bueno, pero ¿qué tiene que ver eso con la causa?

-Podría tener que ver, Mac: Cuando un grupo de hombres quiere moverse, se ajusta a un patrón. "Dios desea que conquistemos Tierra Santa." O bien: "Luchamos en defensa de la democracia." O: "Desterraremos la injusticia social mediante el comunismo." Pero a la masa no le preocupa ni Tierra Santa, ni la democracia ni el comunismo; tal vez lo único que quiera sea moverse, luchar, y utiliza esas palabras sencillamente para dar una coartada a la mente de los individuos que la constituyen. Digo que *podría* ser así, Mac.

-O sea que no apoyas la causa, ¿verdad? -exclamó Mac.

-Tal vez no, pero es así como veo las cosas.

-Tu problema, matasanos, es que estás demasiado a la izquierda para ser comunista, maldita sea. Llevas demasiado lejos la colectivización. ¿Cómo clasificas a la gente como yo, que dirige y promueve? Eso descalifica a tu hombre-grupo.

-Lo mismo podrías ser un efecto que una causa, Mac. Podrías constituir una manifestación del hombre-grupo, y ser una célula encargada de una función específica, como una célula del

ojo, que extrae su fuerza del hombre-grupo, y al mismo tiempo lo dirige como un ojo. Tu ojo al mismo tiempo recibe órdenes de tu cerebro y se las envía.

-Eso no es práctico -comentó Mac con desagrado-. ¿Qué tiene que ver esta charla con los hombres hambrientos y sin trabajo?

-Podría tener mucho que ver. No hace mucho que estaban relacionados el tétanos y el trismo. Aún quedan pueblos primitivos en el mundo que ignoran que los niños son el producto de la relación sexual. Sí, resultaría conveniente saber más cosas acerca del hombre-grupo, de su naturaleza, de sus fines, de sus deseos. No son los mismos que los nuestros. El placer que experimentamos rascándonos cuando sentimos comezón, causa la muerte de gran número de células. Acaso el hombre grupo obtenga placer cuando los hombres-individuo sean borrados de la faz de la tierra por un conflicto bélico. Lo único que yo quiero es abarcar con la vista todo lo posible, Mac, empleando los medios de que dispongo.

Mac se puso en pie y se sacudió los fondillos de los pantalones.

-Si ves demasiado, acabas por no hacer nada, maldita sea.

Burton se levantó a su vez, emitiendo una risita ahogada.

-Tal vez algún día... ¡Bah, dejémoslo! No debí haber hablado tanto, pero el expresarlo con palabras clarifica el pensamiento, aunque nadie le oiga a uno.

De nuevo volvieron a pisotear los terrones, en dirección al campamento dormido. Mac dijo:

-No podemos entretenernos mirando nada, matasanos. Por la mañana tenemos que habérnoslas con una cuadrilla de esquiroles.

-*Deus vult* -comentó Burton-. ¿Has visto esos perdigueros que tiene Anderson? Hermosos perros; me producen un placer sensual, casi sexual.

Aún brillaba una luz en la tienda de Dakin. El campamento, dormía, y sólo unas pocas brasas ardían en las calles. La silenciosa hilera de viejos automóviles se alineaba junto a la carretera, y en la carretera misma un grupo de chispas crecía y menguaba: los cigarrillos de los ayudantes del sheriff, que se mantenían vigilantes.

-¿Has oído eso, Jim? Te demostrará lo que es Burton. Aquí hay un par de hermosos perros, de buenos perros de caza, pero no son tales perros para el matasanos; para él son sentimientos. Para mí, perros. Y esos tipos que están durmiendo ahí son hombres con estómago. Pero para el matasanos no son hombres, sino una especie de coloso colectivo.

Si no fuera médico deberíamos mantenerlo lejos, pero necesitamos de sus conocimientos. Su cerebro, sin embargo, sólo sirve para sembrar entre nosotros la confusión.

Burton rió como excusándose.

-No sé por qué continúo hablando. Vosotros, los hombres prácticos, siempre dirigís a hombres prácticos con estómago, pero también siempre se os va algo de las manos; vuestros propios hombres se os van de las manos, no siguen las reglas del sentido común, y vosotros, los hombres prácticos, negáis que así sea o rechazáis pensar en ello. Cuando alguien se pregunta qué convierte a un hombre con estómago en algo más de lo que vuestra regla permite, os ponéis a gritar: "¡Soñador, místico, metafísico!". No sé por qué hablo de esto a un hombre práctico. En toda la historia no hay hombres que hayan armado tanta confusión como los hombres prácticos que dirigían a hombres con estómago.

-Tenemos una tarea que realizar -insistió Mac-. No nos queda tiempo que perder con ideas sublimes.

-Claro, y así empezáis vuestro trabajo sin conocer el medio en que os desenvolvéis. Y vuestra ignorancia os hace tropezar cada vez.

Ahora se hallaban junto a las tiendas.

-Si hablaras así a la demás gente -dijo Mac-, tendríamos que expulsarte.

Una figura oscura surgió de repente del suelo y una voz inquirió:

-¿Quién anda ahí? Ah, hola; no sabía quién se acercaba.

-¿Ha dispuesto Dakin centinelas? -preguntó Mac.

-Sí.

-Es un hombre de valía. Ya me constaba a mí que lo era; un hombre de cabeza fría.

Se detuvieron junto a una tienda grande y puntiaguda, de procedencia militar.

-Creo que me quedo aquí -dijo el médico-. Es donde duermen mis guardaespaldas.

-Buenas idea -aprobó Mac-. Probablemente mañana tendrás que hacer algunos vendajes.

Una vez el médico hubo desaparecido en el interior de la tienda, Mac se volvió hacia Jim.

-No hay ninguna razón para que tú no eches también un sueño.

-¿Qué vas a hacer, Mac?

-¿Yo? Oh, creo que voy a echar un vistazo por los alrededores, para comprobar si todo está conforme.

-Quiero ir contigo. Me limitaré a seguirte.

-¡Chist! No hables tan alto -Mac caminó despacio en dirección a la hilera de coches-. Tú me ayudas, Jim. Podrá ser sentimentalismo de vieja, pero tú impides que me asuste.

-Yo no hago más que ir de un lado a otro siguiendo tus pasos.

-Lo sé. Me modero, creo, porque temo que pueda ocurrirte algo. No debía haberte traído, Jim. Estoy acabando por depender de tí.

-Bueno, pero ¿qué vamos a hacer ahora, Mac?

-Quisiera que te fueras a la cama. Yo voy a tratar de tener una conversación con esos polis de la carretera.

-¿Para qué?

-Escucha, Jim, no te habrá molestado lo que ha dicho el matasanos, ¿verdad?

-No, ni le escuché.

-Bueno, es una sarta de tonterías, pero aquí hay algo que no es ninguna tontería. Puedes ganar una huelga de dos maneras: porque los hombres se lanzan a la lucha y porque la opinión pública se pone de tu parte. Resulta que la mayor parte de ese valle pertenece a unos pocos tipos, lo que significa que el resto de la gente no posee mucho. Esos pocos propietarios tienen que pagarles a los demás o mentirles. Los polis que están en la carretera son ayudantes especiales del sheriff, simples trabajadores a los que han dado una estrella, un arma y un empleo por dos semanas. Creo que voy a tratar de sondearles, para enterarme de qué opinan de la huelga. Imagino que su opinión consiste en lo que los jefes les han dicho que deben opinar. Pero, de todas formas, se podría probar.

-Bueno, ¿y qué pasa si te detienen? Acuérdate de lo que dijo anoche aquel hombre en la carretera.

-No son más que ayudantes del sheriff, Jim, no van a reconocerme como si fueran policías profesionales.

-Bien, pero quiero ir contigo.

-De acuerdo, pero si algo se pone feo, sales pitando para el campamento pegando alaridos infernales.

En una tienda plantada detrás de ellos, un hombre comenzó a gritar en sueños hasta que un apagado coro de voces lo despertó. Mac y Jim se deslizaron entre dos coches y se aproximaron al pequeño grupo de cigarrillos incandescentes. Las chispas se apagaban y cambiaban de lugar a medida que se aproximaban.

-Eh, ustedes, muchachos -llamó Mac-. ¿Podemos acercarnos?

-¿Cuántos son? -preguntó una voz procedente del grupo.

-Dos.

-Entonces, vengan.

Mientras se acercaban, relampagueó una luz que les dio en la cabeza durante un segundo, para apagarse después. Los ayudantes del sheriff se pusieron en pie. El que llevaba la voz cantante inquirió.

-¿Qué quieren?

-Es que no podíamos dormir, y hemos pensando en venir a charlar.

-No es compañía lo que nos falta esta noche -comentó el otro riendo.

En la oscuridad, Mac extrajo su petaca de Bull Durham y ofreció:

-¿A alguno de ustedes le apetece fumar, muchachos?

-Ya fumamos. ¿Qué es lo que quieren?

-Bueno, se lo diré. Un montón de tipos de los nuestros desean saber qué opinan ustedes, muchachos, de la huelga. Nos han enviado a preguntárselo. Les consta que son ustedes

trabajadores, igual que ellos, y les interesa averiguar si estarían ustedes dispuestos a apoyar a los de su clase.

A sus palabras siguió un silencio. Mac miró en torno, inquieto. Una voz dijo quedamente:

-Bueno, ya está bien. Manos arriba. Una palabra más y os asamos.

-Pero, ¿qué significa esto? ¿A quién se le ocurre?

-Colócate tras ellos, Jack; y tú, Ed, apóyales tu arma en la es palda. Si se mueven, los tumbas. Ahora, ¡andando!

Los fusiles, en efecto, se apoyaron en sus espaldas y les empujaron a través de la oscuridad. La voz del jefe se dejó oír:

-Os creíais muy listos, ¿eh? No sabíais que los polis que estuvieron montando guardia durante el día ya os echaron el ojo a vosotros dos.

-Atravesaron la carretera y se internaron entre los árboles del otro lado-. Pensabais que nos la ibais a jugar sacando a los hombres antes del amanecer, y dejándonos a nosotros con un palmo de narices. ¡Maldita sea, conocíamos ese truco diez minutos antes de que se os ocurriera a vosotros!

-¿Quién se lo dijo a usted, señor?

-¿A que te gustaría saberlo?

Arrastraban los pies, empujados por los fusiles, que seguían apoyados en sus espaldas.

-¿Nos lleva usted a la cárcel, señor?

-¡Qué va! Os llevamos, malditos rojos, ante el Comité de Vigilancia. Si tenéis suerte os sacudirán una paliza y os pondrán de patitas en el límite del condado. Y si no tenéis suerte, os colgarán de un árbol.

No nos gusta tener radicales en este valle.

-Pero ustedes, muchachos, son polis, así que tienen que llevarnos a la cárcel.

-Eso es lo que tú te crees. Hay una linda casita no muy lejos, y allí os llevamos.

Bajo los manzanos, incluso la débil luz de las estrellas quedaba apagada.

-Ahora, tranquilos, chicos.

-¡Vete, Mac! -gritó Jim, y en el mismo instante se arrojó al suelo.

Su guardián cayó sobre él. Jim se arrastró hasta colocarse tras el tronco de un árbol, se puso en pie y huyó en dirección a la segunda hilera de manzanos, donde trepó a uno de ellos, hasta lo más alto, y se escondió entre las hojas. Oyó un rumor de refriega y un gruñido de dolor. El haz de luz iluminó aquí y allá, se dirigió al suelo y, sin propósito concreto, se detuvo en una manzana podrida. Jim percibió el sonido de tela al desgarrarse y luego unas pisadas regulares. Una mano se apoderó de la linterna y la apagó. Desde el lugar de la refriega llegaron voces que discutían quedamente.

Jim descendió con cuidado del árbol, jadeando angustiado cada vez que crujían las hojas. Avanzó en silencio, llegó a la carretera y la cruzó. En la hilera de coches un centinela le detuvo.

-Es la segunda vez esta noche. ¿Por qué no te vas a la cama?

-Oye, ¿has visto pasar a Mac?

-Sí, y corría como alma que lleva el diablo. Está en la tienda de Dakin.

Jim se apresuró, levantó la cortina marrón y pasó al interior, donde se encontraban Dakin, Mac y Burke. Mac, que hablaba con excitación, se paró en seco y miró fijamente a Jim, que entraba.

-¡Jesús, menos mal! Estábamos a punto de enviar una partida en tu busca. ¡Me he comportado como un maldito loco! ¡Cómo un maldito loco! ¿Sabes, Dakin? Nos hacían avanzar con los fusiles apoyados en la espalda. Yo no creí que fueran a disparar, pero pudieron hacerlo. ¿Qué demonios hiciste, Jim?

-Me limité a tirarme al suelo, el tipo que venía tras de mí me cayó encima y su arma chocó en el polvo. Empleábamos ese truco en el patio de la escuela.

-Tan pronto como no sentimos el contacto de los fusiles -prosiguió Mac riendo forzadamente-, creo que tuvieron miedo de matarse entre sí. Yo salté a un lado y le aticé un puntapié en el estómago al tipo que me encañonaba.

Burke permanecía en pie detrás de Mac. Jim vio a este último dirigir un guiño a Dakin, cuyos fríos ojos casi desaparecieron tras los párpados de pálidas pestañas.

-Mejor sería que hicieras una ronda, Burke -propuso Dakin-, para comprobar si los centinelas permanecen despiertos.

Burke dudó.

-Creo que todos están en su puesto.

-Bien, pero de todas maneras será mejor que lo compruebes. No queremos más incursiones. ¿Con qué armamento cuentan, Burke?

-Disponen de hermosas cachiporras.

-Pues ve a echar un vistazo.

Burke salió de la tienda y Mac se aproximó a Darkin.

-La pared de la tienda es delgda -dijo en voz baja-. Me gustaría que habláramos a solas. ¿Damos una vueltecita?

Dakin asintió con dos movimientos de cabeza. Los tres salieron a la oscuridad y tomaron la dirección que escogieron antes, con el doctor Burton. Un centinela les vio pasar.

-Ya tenemos un traidor entre nosotros -informó Mac-. Los ayudantes del sheriff sabían que íbamos a salir a escondidas antes del amanecer.

-¿Creéis que es Burke? -preguntó Dakin fríamente-. Ni si quiera estaba presente.

-No sé quién ha sido. Cualquiera pudo escuchar a través de la tienda.

-Bueno, ¿y qué vamos a hacer? Vosotros parecéis enterados de este lío. -La voz glacial prosiguió-: Me da la impresión de que vosotros, los rojos, no nos estáis favoreciendo. Esta noche ha venido un tipo a decirnos que si os echamos de aquí, tal vez los patronos se avengan a hablar de negocios.

-¿Y tú te lo crees? Redujeron los jornales antes de que nosotros llegáramos, no lo olvides. ¡Maldita sea! Piensas que nosotros empezamos esta huelga, y no es verdad, lo sabes muy bien. Nos hemos limitado a colaborar para que siga adelante en lugar de que se malogre.

-Pero, ¿qué sacáis vosotros de esto? -le cortó la voz monótona de Dakin.

-No sacamos nada -respondió Mac acaloradamente.

-¿Y cómo puedo saberlo?

-No lo sabrás a menos que lo creas. No hay forma de probarlo.

La voz de Dakin se tornó un poco más cálida.

-No creo que confiara en vosotros, muchachos, si así fuera. Si un hombre obtiene beneficio haciendo algo, uno sabe que sólo puede hacer dos cosas: o acatar las órdenes que se le dan o traicionar a quien se las da. Pero cuando un tipo trabaja por nada, nunca puedes prever qué hará.

-Muy bien-replicó Mac en tono irritado-. Dejémoslo correr. Cuando los muchachos quieran echarnos, sacadlo a votación. Y permite que nos defendamos. Pero no nos conviene luchar entre nosotros.

-Entonces, ¿qué vamos a hacer? No creo oportuno que la gente salga mañana por la mañana, si los polis saben que va a hacerlo.

-Desde luego. Lo mejor será avanzar por la carretera y aprovechar las ocasiones que se nos brinden. Cuando veamos a los esquiroles y nos enteremos de cómo actúan, sabremos si tenemos que luchar o dialogar.

Dakin se detuvo y revolvió el polvo con el pie.

-¿Para qué querías que habláramos fuera de la tienda?

-Sólo para decirte que nos han traicionado, y que si haces algo que no quieres que sepan los polis, no se lo digas a nadie.

-Conforme, así lo haré. Puesto que todo el mundo va a enterarse, podemos permitir que los muchachos estén al corriente. Me voy a la cama, y vosotros, a ver si no os metéis en más líos hasta mañana por la mañana.

Mac y Jim compartían una tiendecita como de muñecas, sin suelo de lona. Se arrastraron al interior de la reducida cavidad y se hicieron un ovillo en sus viejos edredones.

-Creo que Dakin es honrado -murmuró Mac-, pero no es de los que aceptan órdenes.

-¿Crees que tratará de deshacerse de nosotros, Mac?

-Tal vez, pero no lo creo. Mañana por la noche habrá bastantes tipos contusionados y rabiosos como para seguirnos a nosotros. ¡Jesús, Jim, no podemos permitir que esto se nos vaya de las manos! Es demasiado bueno.

-Mac.

-Qué.

-¿Por qué los polis no se limitan a venir aquí por nosotros, por ti y por mí?

-Tienen miedo. Temen que los hombres se desmadren, como cuando el viejo Dan se cayó de la escalera. Los polis saben muy bien que no deben meterse con las masas. Mejor será que durmamos.

-Otra pregunta más, Mac. ¿Cómo te las arreglaste para escabullirte en el pomar? Luchaste, ¿verdad?

-Pues claro, pero era tan oscuro que no podían ver a quién le estaban sacudiendo. Me consta que yo le aticé a alguien.

Jim permaneció en silencio unos instantes y luego preguntó:

-¿Tuviste miedo, Mac, cuando nos apoyaban sus armas en la espalda?

-¿No iba a tenerlo, maldita sea? Ya he tenido que vérmelas con vigilantes, como el pobre y viejo Joy. Diez o quince de ellos se lanzan encima de ti y te pegan hasta dejarte hecho migas. ¡Oh, son unos tipos valientes, ya lo creo! ¡La mayoría lleva máscara! ¡Vaya si estaba asustado! ¿Es que tú no lo estabas?

-Creo que al principio sí, pero luego, cuando nos obligaron a emprender la marcha, me enfrié, y pude imaginar lo que sucedería si me arrojaba al suelo. De veras que vi a aquel tipo caer sobre mí; lo vi antes de que sucediera. Lo que más me asustaba era que disparase contra ti.

-Es gracioso, Jim, que cuanto mayor es el peligro en que te encuentras menos te asustas. Una vez armado el jaleo, yo ya no tenía miedo, a pesar de que no me gustó el contacto de aquella arma.

Jim miró al exterior a través de la abertura de la tienda. La noche parecía gris, en contraste con la negrura que reinaba en el interior. Se oyeron unos pasos, aplastando los pequeños terrones.

-¿Crees que venceremos en esta huelga, Mac?

-Debemos dormir. Pero, para que lo sepas, Jim, esto no te lo hubiera dicho antes de esta noche: no, no creo que tengamos la menor oportunidad de ganar. Este valle está organizado. Empezarán a disparar, y acabarán con esto. No tenemos ninguna posibilidad. Imagino que esos tipos probablemente desertarán en cuanto comiencen los problemas, pero no te preocupes por eso, Jim. Este asunto traerá otro y otro, irá extendiéndose, y algún día dará buen resultado. Debemos creerlo así. -Se incorporó apoyándose en un codo-. Si no creyéramos en eso, no estaríamos aquí. El matasanos tenía razón en lo de la infección, pero esa infección es el capital invertido. *Debemos* creer que podremos con él antes de que penetre en nuestros corazones y nos asesine. No cambies nunca, Jim, y mantente donde estás. Me comunicas fuerza.

-Harry me dijo, ya de entrada, qué podemos esperar: que la gente nos odie, Mac.

-Esa es la parte más dura. Todo el mundo nos odia: los nuestros y el enemigo, y si vencemos, Jim, si lo logramos, los de nuestro propio bando nos matarán. Me pregunto por qué hacemos esto. ¡Oh, durmamos!

9

Antes de que se hubiera desvanecido por completo la oscuridad de la noche, sonaron a través del campamento las voces de los hombres que se iban despertando. Se dejaron oír sonidos de hachazos partiendo leña, y el arrastrar de las rústicas cocinas. A los pocos momentos, el aroma dulzón de la madera de pino y de manzano ardiendo llenó el campamento. El equipo de cocina se afanaba, y junto a los hornillos crepitantes se dispusieron las marmitas con café. También empezaron a hervir las tinas llenas de judías. La gente se deslizaba fuera de las tiendas e iba a congregarse junto a las cocinas, donde se apiñaba hasta el punto de no dejar sitio donde trabajar a los cocineros.

El camión de Dakin se dirigió a la casa de Anderson y regresó con tres barriles de agua. Se corrió la voz: "Dakin quiere ver a los jefes de escuadra, desea hablar con ellos ahora mismo". Los jefes se encaminaron con aire solemne a la tienda de Dakin.

Ahora la hilera formada por las copas de los manzanos se recortaba con claridad en el cielo por la parte de oriente, y los automóviles aparcados se hicieron visibles, bañados por una luz grisácea. Las marmitas con el café empezaron a hervir, y un olor rancio y reconfortante se desprendió de las tinas de las judías. Los cocineros sirvieron éstas en cualquier recipiente que la gente les presentaba: cacerolas, jarras, latas y bandejas de hojalata. Muchos se sentaron en el suelo, y con sus navajas tallaban rudimentarias cucharas de madera con que comer las judías. El café era negro y sabia amargo, pero los hombres y mujeres que habían permanecido silenciosos e incómodos, se sintieron animados al beberlo y empezaron a hablar, reír y saludarse. La luz del día asomó por encima de los árboles, y el suelo se tiñó de color gris azulado. Tres nutridas bandadas de patos salvajes pasaron volando, arriba, por el cielo iluminado.

Mientras tanto, Dakin, flanqueado por Burke y London, permanecía en pie ante su tienda. Frente a Dakin, los jefes de escuadra, asimismo de pie, aguardaban. Mac y Jim se encontraban entre ellos, pues Mac había explicado a Jim:

-Tenemos que avanzar despacio, de momento. No quiero que estos tipos nos echen precisamente ahora.

Dakin llevaba una corta chaqueta de algodón y una gorra de *tweed*. Sus pálidos ojos clavaron su mirada en los rostros de aquellos hombres, y dijo:

-Voy a informaros, muchachos, de cómo están las cosas, a fin de que podáis saliros de esto si queréis. No deseo que nadie haga nada en contra de su voluntad. Se acerca un tren cargado de esquiroles, y nos proponemos dirigirnos a la ciudad y tratar de detenerles. Hablaremos con ellos y tal vez tengamos que luchar. ¿Qué os parece?

Se levantó un murmullo de asentimiento.

-Entonces, de acuerdo. Iremos. Que vuestros muchachos no se os vayan de las manos; mantenedlos tranquilos y a un lado de la carretera- Y sonriendo fríamente-: Si alguno de ellos se empeña en coger unas cuantas piedras y guardárselas en los bolsillos, no veo que haya mal en ello.

Los hombres rieron, valorando las palabras de su presidente.

-Si estáis conformes, id y hablad a vuestros hombres. Quiero conocer todas las pegas antes de empezar. Voy a dejar alrededor de un centenar de muchachos vigilando el campamento. Ahora desayunad algo.

Los hombres se dispersaron corriendo en dirección a las cocinas. Mac y Jim avanzaron hacia los dirigentes. London estaba diciendo:- No confío en que estén muy dispuestos para el jaleo. Con la pinta que tienen, no los creo muy capaces.

-Es demasiado temprano -dijo Mac, dándole seguridad-. Aún no se han tomado el café. Los muchachos son distintos antes de haber comido.

-Y vosotros, chicos, ¿venís? -inquirió Dakin.

-Desde luego. Pero mira, Dakin, tenemos hombres fuera haciendo acopio de comida y suministros. Dispon que unos cuantos coches puedan acudir por el material en cuanto ellos nos avisen.

-De acuerdo. Esta noche los necesitaremos, pues las judías se habrán agotado. Se necesita una endiablada cantidad de vituallas para alimentar a tanta gente.

-Yo soy partidario de armar el jaleo tan pronto como los esquiroles se apeen del tren-propuso Burke-: ahuyentarlos metiéndoles un miedo de todos los demonios.

-Más vale hablar primero -replicó Mac-. Yo he visto a medio tren de esquiroles sumarse a la huelga después de hablarles. Si saltas sobre ellos asustas a algunos, y a otros los pones rabiosos.

Dakin lo miró con expresión de sospecha, y acabó diciendo:

-Bueno, movámonos. Tengo que ir a seleccionar a los muchachos que se quedan. El matasanos y sus hombres pueden limpiar el campamento. Iré en mi camión. London y Burke pueden acompañarme. Mejor será que dejemos aquí esas malditas latas viejas.

El sol estaba empezando a levantarse cuando se puso en camino la larga y desordenada columna. Los jefes de escuadra mantenían a sus hombres a un lado de la carretera. Jim oyó decir a alguien:

-No cojáis terrones; esperad que lleguemos a la vía férrea. Allí, en el balasto, hay hermosas piedras de granito.

Brotó una canción desafinada, propia de hombres no acostumbrados a cantar. Encabezaba la marcha el camión Chevrolet verde de Dakin, a velocidad reducida. La columna le seguía, despedida por gritos de adiós de la multitud que, con las mujeres, se quedaba en el campamento.

Apenas se pusieron en marcha, diez policías motorizados se presentaron y se distribuyeron espaciadamente a lo largo de la columna. Cuando llevaban recorridos unos ochocientos metros, un automóvil grande, descubierto, atestado de hombres, se apresuró a situarse en cabeza y se detuvo atravesándose en la carretera. Todos sus ocupantes llevaban fusiles y lucían insignias de ayudantes del sheriff. El conductor se puso en pie sobre su asiento y gritó:

-Ustedes van a mantener el orden, no se olviden. Pueden ustedes continuar mientras no bloqueen el tránsito, pero no se metan con nadie, ¿entendido?

Se sentó, maniobró con el coche hasta colocarse ante el camión de Dakin, y encabezó toda la marcha.

Jim y Mac caminaban unos cinco metros detrás del camión de Dakin.

-Nos han organizado un comité de recepción -comentó Mac-. ¿No funcionan así? -El hombre que avanzaba junto a él disimuló una sonrisa, y Mac prosiguió-: Dicen que tienes derecho a la huelga, pero no te está permitido formar piquetes, y ellos saben que una huelga no puede prosperar sin piquetes. -Esta vez no hubo risas. Los hombres gruñeron, pero su tono revelaba cierta angustia. Mac dirigió una mirada nerviosa a Jim y le dijo en voz baja-; No me gusta esto. La gente no está en forma. Espero, por Cristo, que cuanto antes suceda algo que los ponga furiosos. Si no ocurre nada, esto va a fracasar.

El desordenado desfile avanzó hacia la ciudad y alcanzó los suburbios. Los hombres permanecían ahora tranquilos, y la mayor parte de ellos presentaba una expresión como avergonzada. Conforme se internaban en la ciudad, los contemplaban desde las ventanas, y los niños se paraban en los patios para mirarlos, hasta que sus padres los arrastraban al interior de las casas y cerraban las puertas. Muy pocos eran los ciudadanos que caminaban por las calles. Las motocicletas de la policía avanzaban a marcha tan lenta, que sus ocupantes tenían que apoyar de vez en cuando los pies en la calzada para mantener el equilibrio. Encabezada por el coche del sheriff, la procesión siguió por calles secundarias hasta que llegó a la plazoleta que se abría ante la estación del ferrocarril. Los huelguistas se detuvieron a lo largo de la vía férrea, custodiada por veinte hombres armados con escopetas y granadas lacrimógenas.

Dakin aparcó su camión junto al bordillo. Los manifestantes se dispersaron en silencio y se quedaron dando cara a la hilera de policías especiales. Dakin y London se pusieron a caminar arriba y abajo del denso frente, impartiendo instrucciones. Los hombres no debían iniciar ninguna disputa con los polis si podían evitarla. Antes había que hablar; eso era todo.

Junto a la línea férrea permanecían inmóviles dos largas formaciones de vagones frigoríficos. Jim se llevó aparte a Mac y le dijo:

-Tal vez detengan el tren antes de llegar a la estación y hagan apearse a esos tipos. Entonces no tendremos ninguna oportunidad.

-Más tarde podría ser -replicó Mac sacudiendo la cabeza-, pero ahora creo que quieren hacernos una demostración. Se creen que pueden ahuyentarnos metiéndonos miedo. ¡Jesús, ojalá el tren llegara cuanto antes! La espera pone a los chicos de un humor de todos los demonios, como a nosotros mismos. Se asustan cuando tienen que esperar.

Unos cuantos hombres se sentaron en el bordillo. Un bordoneo de conversaciones tranquilas se escapaba de la prieta hilera, aprisionada entre los guardias situados en la vía, a un lado, y los policías motorizados y los ayudantes del sheriff, al otro. Los hombres se mostraban nerviosos y conscientes de su situación. Los ayudantes del sheriff sostenían sus fusiles con ambas manos, cruzados sobre el estómago.

-También los polis están asustados -observó Mac.

London animó a un grupo de hombres diciéndoles:

-No van a disparar, no pueden permitirse disparar.

-¡Han dado vía libre! -gritó alguien.

A lo lejos, siguiendo la vía férrea, el brazo del semáforo se había levantado. Una columna de humo se dejó ver por encima de los árboles, y los raíles trepidaron bajo las ruedas que se aproximaban. Los hombres se pusieron de pie en el bordillo e inclinaron la cabeza sobre el tendido.

-¡Ahora, conteneos, muchachos! -bramó London.

Pudieron ver la negra locomotora y los vagones de mercancías avanzar lentamente, y por las puertas distinguieron las piernas de los hombres. La máquina siguió aproximándose despacio, con gran estrépito, escupiendo chorros de vapor por debajo de las ruedas, tomó una vía secundaria y frenó. Los vagones entrechocaron y la locomotora se quedó silbando y resollando.

Al otro lado de la calle, frente a la vía férrea, se alineaba una sucesión de tiendas y restaurantes destartalados con habitaciones amuebladas en las primeras plantas. Mac dirigió hacia allí una mirada por encima del hombro. Las ventanas de las habitaciones estaban repletas de cabezas que miraban hacia el exterior.

-No me gustan las miradas de esos tipos -observó.

-¿Por qué no? -preguntó Jim.

-No lo sé. Debería haber algunas mujeres entre ellos, y no se ve ni una.

En las puertas de los vagones de mercancías, los esquiroles permanecían sentados, y tras ellos, en pie, había otros hombres con aspecto de intranquilidad. No hicieron el menor movimiento para apearse.

London se adelantó y se aproximó tanto a un guardia, que el cañón de su escopeta de caza se dirigió hacia su estómago. Sin dejar de apuntarle, el guardia retrocedió un paso. La locomotora seguía resollando rítmicamente, como un gran animal cansado. London, haciendo bocina con sus manos, dejó oír el rugido de su profunda voz.

-¡Unios a nosotros, muchachos! ¡No os enfrentéis a nosotros! ¡No hagáis el caldo gordo a los polis!

Su voz fue ahogada por un escape de vapor. Un chorro blanco brotó del costado de la locomotora, apagando la voz de London y cubriendo cualquier sonido que no fuera su penetrante silbido. La fila de huelguistas avanzó intranquila, incurvándose hacia el centro, donde se hallaban los guardias. Los cañones de las escopetas se volvieron y apuntaron abarcando toda la formación. El rostro de los guardias se contrajo, pero su actitud amenazadora detuvo la hilera. El vapor continuaba silbando, y el blanco penacho que formaba se elevaba hacia lo alto y se deshacía en pequeños copos.

En la puerta de uno de los vagones se produjo una conmoción, una especie de ebullición humana. Un hombre se abrió camino entre los esquiroles, que continuaban sentados, y se arrojó al suelo.

Mac gritó, junto al oído de Jim:

- ¡Dios mío, si es Joy!

La deforme figura, semejante a un gnomo, se volvió hacia la puerta y hacia los hombres, moviendo los brazos espasmódicamente. El vapor seguía silbando. Los hombres sentados en el quicio se apearon y permanecieron en pie ante el frenético y gesticulante Joy. Se volvió y agitó el brazo en dirección a los huelguistas. Su golpeado rostro aparecía contraído. Cinco o seis hombres se situaron tras él, y el grupo avanzó en dirección a la hilera de huelguistas. Los guardias se volvieron de lado, tratando nerviosamente de vigilar ambos bandos a un tiempo.

Y entonces, sobreponiéndose al silbido del vapor, se dejaron oir tres agudos chasquidos. Mac se volvió a mirar en dirección a las tiendas: cabezas y fusiles se apresuraron a retirarse, y se cerraron las ventanas y contraventanas.

Joy se había detenido, con los ojos muy abiertos. Su boca se abrió también, y un chorro de sangre se deslizó por su barbilla primero y luego por su camisa. Los ojos, siempre muy abiertos, recorrieron la aglomeración humana, y luego cayó de bruces, con los dedos agarrotados. Los guardias contemplaron incrédulos la retorcida figura que yacía en tierra. De pronto, el vapor dejó de manar, y se hizo un silencio que podía oírse. La hilera de huelguistas permaneció tranquila, y los hombres que la integraban tenían una expresión extraña y soñadora. Joy se levantó ayudándose con los brazos, como un lagarto, y cayó de nuevo. Un espeso reguero de sangre comenzó a discurrir sobre el balasto.

Se inició una extraña y lenta reacción entre los hombres. London avanzó como un autómata, y detrás el resto de los congregados. Sus movimientos eran rígidos. Los guardias encañonaron a la multitud, pero la hilera continuó avanzando, sin prestarles atención, sin ver nada. Los guardias se apresuraron a hacerse a los lados, a fin de dejar paso franco, ya que las puertas de los vagones estaban vomitando hombres silenciosos que también avanzaban lentamente. Los extremos de la larga fila se combaban y rodeaban el centro, donde se encontraba el hombre muerto, como un rebaño en torno a un núcleo.

Jim se colgó temblando del brazo de Mac, quien se volvió y murmuró:

- Por primera vez en su vida ha hecho algo realmente útil. ¡Pobre Joy! ¡Se sentiría tan contento si pudiera ver lo que ha hecho! Mira los polis, Jim. Suéltame el brazo y no te dejes llevar por los nervios. ¡Mira los polis!

Los guardias estaban asustados. Eran capaces de dominar desórdenes y enfrentamientos, pero aquel movimiento lento y silencioso de hombres con los ojos abiertos de par en par, como si fueran sonámbulos, les aterrorizaba. Permanecían en sus puestos, pero el sheriff puso en marcha su automóvil. La policía motorizada, por su parte, avanzó imperceptiblemente hacia sus máquinas aparcadas.

Todos los esquiroles se habían apeado ya. Algunos de ellos se deslizaban entre los vagones o por debajo de ellos y echaban a correr por el otro lado, pero la mayoría avanzaba y se congregaba apretadamente en torno al lugar donde yacía Joy.

Mac vio a Dakin en pie en la periferia de la aglomeración, con sus ojillos claros mirando por una vez al frente, inmóviles. Se acercó a él y le dijo:

-Lo mejor será cargarlo en tu camión y transportarlo al campamento.

Dakin se volvió despacio.

-No podemos tocarlo. Son los polis quienes tienen que hacerlo.

-¿Por qué los polis no han atrapado a esos tipos de las ventanas? -replicó Mac abruptamente-. Mira a los polis, están muertos de miedo. Te digo que tenemos que recogerlo a fin de utilizarlo para elevar la moral de los hombres y mantenerlos unidos. Esto les dará cohesión y les inducirá a luchar.

-¡Eres un bastardo insensible! -exclamó Dakin con una mueca-. ¿Es que no piensas en nada más que en la huelga?

-Dakin -le interrumpió Jim-, a ese pobre tipo le han disparado porque trataba de ayudarnos. ¿Quieres impedir ahora que se cumpla su voluntad?

Los ojos de Dakin pasearon lentamente la mirada de Mac a Jim, y después nuevamente a Mac.

-¿Qué sabéis vosotros de sus intenciones? No se podía oir nada más que ese maldito vapor.

-Le conocemos -explicó Mac-. Era uno de nuestros camaradas.

Los ojos de Dakin reflejaron disgusto.

-Un camarada vuestro, y no queréis dejarlo descansar ni siquiera ahora. Pretendéis utilizarlo. Sois un par de bastardos insensibles.

-¿Y tú qué sabes? -gritó Mac- Joy no quiso descansar, Joy quiso trabajar y no supo cómo. -Su voz se alzó histéricamente- ¡Y ahora que ha conseguido la oportunidad de trabajar, tú quieres impedírselo!

Varios hombres se habían vuelto en dirección a las voces, con curiosidad contenida. Dakin miró fijamente a Mac y al fin dijo:

-Vamos.

Empujaron para abrirse camino entre la apretada multitud, que les dejaba paso a regañadientes. Mac gritó:

-¡Vamos, muchachos! ¡Tenemos que sacar a este pobre tipo de aquí!

Los hombres abrieron un estrecho sendero, empujando violentamente atrás.

London se unió a ellos, y ayudó a abrir camino. Cuando se hubo hecho un claro en torno a Joy, que estaba bien muerto, London lo volvió boca arriba y empezó a limpiar la sangre y el polvo de su boca. En sus ojos abiertos podía leerse una expresión astuta, y su boca sonreía en una mueca terrible.

-No lo hagas, London -aconsejó Mac-. Déjalo así, tal como está.

London levantó en brazos al hombrecillo, que parecía muy pequeño contra el amplio pecho de quien lo transportaba. Esta vez el sendero se abrió ante ellos fácilmente. London avanzó, y los hombres lo siguieron en una desordenada columna.

Junto al brillante camión verde de Dakin se encontraba el sheriff, rodeado de sus ayudantes. London y cuantos le seguían se detuvieron.

-Deseo que me entreguen ese cadáver -dijo el sheriff.

-No, no es posible.

-Ustedes han disparado contra un esquirol, y ese es el cuerpo del delito. Quiero ese cadáver para entregárselo al juez.

Los ojos de London enrojecieron y se limitó a decir:

-Señor, usted conoce a los tipos que han matado a este pobre hombre; usted sabe quién lo hizo. Ustedes tienen leyes y no las respetan.

La muchedumbre se mantenía silenciosa, a la escucha.

-Le digo que quiero el cadáver.

-Pero ¿es que no puede usted entenderlo, señor? -dijo London en tono de lamentación-. ¿No ven que los van a matar si no se largan de aquí? ¿Es que no puede comprender eso? ¿No se da usted cuenta de cuándo no puede ir más allá?

De la multitud se escapó un suspiro de alivio.

-Aún no he acabado con ustedes, pero lo conseguiré.

Sin embargo, retrocedió, y sus ayudantes le imitaron. La masa emitió un gruñido tan suave, que se hubiera creído que gemía. London depositó el cadáver en la trasera del camión, y luego subió él y arrastró a Joy hasta apoyarlo en la cabina.

Dakin maniobró el vehículo y tomó por la calle a velocidad lenta, seguido por la muchedumbre amenazadora y silenciosa, que caminaba pesadamente.

Ninguna motocicleta escoltaba la columna. Las calles estaban desiertas, Mac y Jim avanzaban junto al camión.

-¿Eran vigilantes, Mac?

-Sí. Pero esta vez han ido demasiado lejos. Han cometido un error grave al no cortar el chorro de vapor. Si nuestros hombres hubiesen oído con claridad las detonaciones, sin duda hubieran puesto pies en polvorosa, pero el ruido del vapor ha ahogado los disparos de los fusiles. Nuestros hombres no han tenido tiempo de sentir miedo. Los otros han cometido una equivocación.

Caminaban despacio, siempre junto al camión.

-¿Quiénes son esos vigilantes, Mac? ¿Qué clase de tipos?

-Lo peorcito de la ciudad. Los que quemaron las casas de los alemanes durante la guerra, los que linchan a los negros. Gozan con la crueldad, gustan de hacer daño, y designan eso con un bonito nombre: patriotismo o defensa de la Constitución. Los patronos se sirven de ellos y les

dicen: "Hay que proteger a la gente de los rojos". Entonces, ellos queman casas y torturan a la gente sin correr el menor peligro. Es todo cuanto necesitan. Son cobardes. Disparan emboscados o atacan en una proporción de diez contra uno. Esa raza es la peor que hay en el mundo. -Sus ojos buscaron el cadáver de Joy-. Durante la guerra, había en la ciudad donde yo vivía un sastre alemán, un hombrecillo tripudo. Pues bien; una banda de esos patriotas sinvergüenzas prendieron fuego a su casa y le molieron a golpes. ¡Menudos tipos esos vigilantes! No hace mucho, incendiaron un edificio disparando tiros de fusil contra un bidón de gasolina, y empleando balas trazadoras para inflamar el combustible. Ni siquiera tuvieron agallas para prender fuego utilizando cerillas.

La columna había abandonado la ciudad, y levantaba una nube de polvo en la carretera. Los huelguistas iban despertando poco a poco de su ensimismamiento. Conversaban en voz baja y arrastraban pesadamente los pies.

-Pobre Joy -comentó Jim- ¡Era un tipo estupendo! Recibió tantos tortazos que siempre me recorda-ba a mi padre. Estaba tan loco como él.

-No le compadezcas -dijo Mac en tono de reproche-. Si pudiera enterarse de lo que ha hecho se sentiría muy orgulloso. Siempre quiso ser un conductor de masas. Lo ha conseguido, aunque sea metido en un cajón.

-¿Y qué hay con los esquiroles? Algunos se han unido a nosotros.

-Sí, pero son muchos más los que se han puesto a buen recaudo. También unos cuantos de los nuestros se han esfumado. Debemos de ser más o menos los mismos que cuando empezamos. ¿No has visto a los que se deslizaban por debajo de los vagones? Pues mira los que quedan: se están despertando. Hasta ahora, es cómo si hubieran estado anestesiados. Eran muy peligrosos.

-Así lo han comprendido los polis.

-Claro. Cuando una muchedumbre calla y avanza con ese aire alelado, lo mejor que pueden hacer los polis es ponerse a salvo.

Se aproximaban a la finca de Anderson. Jim preguntó:

-¿Qué vamos a hacer ahora, Mac?

-Enterraremos a Joy y luego organizaremos los piquetes. Desde luego que los patronos van a traer hombres en camiones.

-¿Continúas pensando que nos derrotarán, Mac?

-No lo sé. Este valle está organizado, muy bien organizado.

Cuando unos cuantos controlan la tierra, el dinero y la justicia, es fácil; pueden reclamar las sumas prestadas, corromper, hacer que condenen a quienes les molestan...

El camión de Dakin se detuvo en el extremo de la hilera de viejos automóviles y, dando marcha atrás, se colocó en su sitio. Los que habían permanecido de guardia en el campamento se precipitaron desde todas partes. La columna se desparramó, mezclándose con ellos, y se formaron grupos para contar una y otra vez la misma historia. El doctor Burton corrió hacia el camión. London se puso en pie. La amplia pechera de su camisa azul estaba manchada con la sangre de Joy. Burton dirigió una rápida mirada al cadáver y dijo:

-Muerto, ¿verdad?

-Sí -confirmó London-, se lo han cargado.

-Llevadlo a mi tienda. Le echaré un vistazo.

Por la parte de las cocinas, se elevó un grito ronco y barboteante. Todos los hombres, de pronto inmovilizados, se volvieron en aquella dirección.

-No es nada -les tranquilizó Burton-; están matando un cerdo. Uno de los camiones acaba de traerlo, vivo. Traedme ese cadáver.

London se inclinó con gesto fatigado y levantó de nuevo a Joy en sus brazos. Un grupo de hombres le siguió, y se quedó en el exterior de la tienda. Mac y Jim penetraron tras el médico. Le miraron en silencio desabrochar la raída y ensangrentada camisa, y examinar una herida en el pecho.

-Está bien muerto -observó.

-¿Le reconoces, matasanos?

Burton miró más de cerca el rostro descompuesto.

-Desde luego que lo he visto en alguna parte.
-Pues claro, como que es Joy. Tú le has puesto en su sitio la mitad de los huesos.
-Pues esta vez va listo. ¡Pobre tipo! Habrá que enviar el cadáver a la ciudad, al juez.
-Si hiciéramos eso -intervino London-, lo enterrarían a escondidas.
-Podemos mandar a unos hombres para que recuperen el cadáver, una vez concluido el atestado -propuso Mac-. Formarán un piquete en el depósito. Esos sinvergüenzas han metido la pata; a estas horas ya se habrán dado cuenta.
Dakin entró en la tienda y anunció:
-Están friendo chuletas de cerdo. En seguida lo han cortado en trocitos.
-Dakin -dijo Mac-, ¿podrías mandar que levantaran una especie de plataforma para colocar el ataúd, y desde donde pudieras hablar?
-¿Pretendéis transformar esto en un espectáculo?
-Exacto. Me da la impresión de que no comprendes mis propósitos, Dakin. ¿Con qué podemos combatir? Con piedras, con palos. Los indios disponían de arcos y flechas. Si tuviéramos un solo fusil, llamarían a las tropas para "aplastar la revolución". Carecemos de armas, así que es preciso procurárnoslas. Este pobre tipo era amigo mío. Te aseguro que desearía sernos útil, de cualquier forma. *Debemos* servirnos de él. -En este punto se interrumpió- ¿Es que no lo entiendes, Dakin? Atraeremos montones de gente si organizamos unos funerales solemnes para Joy. Tenemos necesidad de contar con el apoyo de la opinión pública.
London asentía con breves y lentos cabezazos.
-Tiene razón, Dakin -dijo.
-De acuerdo, si tú eres de la misma opinión, London. Supongo que alguien deseará tomar la palabra, pero no contéis conmigo.
-Si es preciso, hablaré yo -exclamó London-. He visto a este tipo avanzar hacia nosotros y recibir un tiro en mitad del pecho. Si tú no quieres hablar, hablaré yo...
-Habrá que trasladar el cadáver a la ciudad y entregárselo al juez -insistió Burton.
-Mandaré a unos cuantos hombres para que lo custodien -dijo London.
-¡Eh, Mac! -se oyó decir a Jim, desde el exterioir-. Anderson quiere verte.
Mac se apresuró a salir. Anderson se hallaba junto a Jim, y aparecía avejentado y cansado.
-¡Buena la han armado! -le espetó, furioso.
-¿Qué ocurre, señor Anderson?
-Usted dijo que nos protegería, ¿verdad?
-Desde luego. Los muchachos que están allí cuidarán de usted. ¿Qué sucede?
-Ya le diré yo a usted lo que sucede. Ayer quemaron el remolque de Al. A mi hijo le han roto un brazo y seis costillas.
-¡Santo Dios! Jamás creí que se atrevieran.
-Pues aun así lo han hecho.
-¿Dónde está Al?
-En casa. Lo he sacado del hospital.
-Llamo al médico y vamos a verlo.
-¡Mil ochocientos dólares! -exclamó el anciano-. El tenía ahorrada una parte de esa cantidad y yo le presté el resto. ¡Y luego aparecieron ustedes! Ahora ya no le queda nada.
-Lo lamento como no tiene idea.
-No me cabe la menor duda, pero eso no le devolverá su remolque ni le curará el brazo ni las costillas. ¿Qué va usted a hacer para protegerme? Sin duda tratarán de incendiar mi casa.
-Dispondremos una guardia alrededor.
-Al infierno con la guardia. ¿Para qué sirve su hatajo de desharrapados? Más me hubiera valido negarles el terreno. Ustedes me arruinarán. -Su voz subió de tono, y sus avejentados ojos estaban húmedos-. ¡Todo lo han echado a perder, eso es lo que han hecho! Y eso es lo que saca uno por tener tratos con una pandilla de malditos radicales.
Mac se esforzaba por calmarlo.
-Vayamos a ver a Al -sugirió-. Es un chico estupendo. Vayamos a verlo.
-Se encuentra en un estado lamentable. Incluso le han dado puntapiés en la cabeza.

Mac apartó con suavidad al anciano, pues los huelguistas se aproximaban, atraídos por la voz aguda de Anderson.

-¿Por qué se mete usted con nosotros? Nosotros no tenemos la culpa. -murmuró Mac-, sino sus vecinos.

-Sí, pero esto no hubiera pasado si yo no me hubiera mezclado con ustedes.

-Nos consta que lo ha pasado usted mal -replicó Mac, en tono molesto-, pero es la suerte que nos aguarda a la gente como usted y como yo. Estamos trabajando para terminar con esto.

-El remolque costó mil ochocientos dólares, y yo no puedo ir a la ciudad sin que los chicos me tiren piedras. Ustedes nos han arruinado, eso es lo que han hecho.

-¿Qué piensa Al de todo esto? -preguntó Mac.

-Creo que es más rojo que el infierno. En lo único que piensa es en echar el guante a los que le han molido a golpes.

-Tiene la cabeza en su sitio, comprende la situación. De todas formas a usted lo hubieran arruinado, y usted lo sabe. Ahora, si tratan de echarle de su casa, contará usted con hombres que le defiendan. Ellos no olvidarán cuánto le deben. A partir de esta noche custodiaremos su casa y el médico irá a visitar a Al.

El anciano dio media vuelta y se marchó, abrumado. La humareda que se elevaba de los hornillos flotaba sobre el campamento. Los hombres parecían atraídos por el aroma de la fritura de cerdo. Mac miraba alejarse a Anderson.

-¿Qué opinas ahora de pertenecer al Partido, Jim? Impresiona cuando se leen folletos; resulta romántico. Hay damas que discursean sobre las clases dirigentes y la explotación del proletariado, pero la verdad es que es muy duro, Jim. ¡Pobre viejo! Para él ese remolque tenía más importancia que todo el resto del mundo. Me siento responsable de esa catástrofe. ¡Maldita sea! Creí haberte traído para enseñarte el oficio, para darte confianza, y me paso el tiempo lloriqueando. ¡Oh, qué duro es estar siempre pendiente del resultado final! ¿Por qué no dices nada?

-No me dejas hablar.

-Es cierto. Bueno, pues habla. No puedo evitar pensar en el pobre Joy. No era inteligente, pero no tenía miedo de nada.

-Era un tipo estupendo.

-¿Recuerdas lo que decía? Que nadie le impediría llamarlos hijos de perra: "hijos de perra" Jim, la verdad es que no quisiera sentirme tan desmoralizado.

-Una chuleta de cerdo te devolverá la moral.

-¡Vive Dios que es cierto! Apenas he comido esta mañana. Vamos a las cocinas.

Un largo camión acababa de detenerse frente a la hilera de coches aparcados. Un hombrecillo apresurado se apeó y penetró en el campamento.

-¿Quién es el responsable aquí? -preguntó a Mac.

-Dakin. Aquélla es su tienda.

-Soy el juez. Vengo por el cadáver.

-¿No trae escolta?

-¿Para qué la necesito? Soy el juez. ¿Dónde está el cadáver? -preguntó el hombrecillo resoplando.

-En la tienda, la tercera.

-¿Y por qué no me lo ha dicho en seguida? -gruñó el hombrecillo, que acto seguido se marchó resollando, como un pequeño motor.

-Menos mal -comentó Mac- que no hemos tenido que vérnoslas con muchos hombres de este temple. Este hombrecillo tiene agallas, Jim. Se parece un poco a Joy.

Se encaminaron a las cocinas. Dos hombres se les adelantaron, portando el cadáver. El juez, activo y resollante, les seguía.

Los huelguistas abandonaron las cocinas cada uno con una chuleta de cerdo. Se limpiaban la boca con la manga. La carne se freía emitiendo silbidos, colocada directamente sobre la plancha.

-Huele bien -observó Mac-. Vamos a probarlo. Tengo un hambre de todos los demonios.

Un cocinero le alargó un trozo de cerdo mal cortado y peor frito. Se alejaron, mordiendo la carne.

-Cómete sólo la superficie -aconsejó Mac:-. El matasanos no debiera permitir que se sirviera cerdo mal frito. Se van a poner enfermos.

-Tenían demasiada hambre para esperar.

10

Un sentimiento de apatía se había apoderado de los hombres. Permanecían sentados mirando al frente; sin energías para hablar, y entre ellos también se sentaban las mujeres, desaseadas y descontentas. Todos aparecían indiferentes y fatigados. Mascaban pensativamente la carne, y cuando terminaban se limpiaban las manos en la ropa. La atmósfera estaba penetrada de indolencia e insatisfacción.

Mac, que caminaba por el campamento con Jim, también estaba descontento, y se quejaba:

-Deberían hacer algo, lo que sea. No podemos permitir que permanezcan ahí sentados. Nuestra huelga se malogrará. Cristo, ¿qué les pasa? Esta mañana han matado a un hombre, y eso debía haberles puesto en pie. Son poco más de las doce, y ya están otra vez desanimados. Tenemos que ocuparlos en algo. Mírales a los ojos, Jim.

-Sí, están pensando en sí mismos. Cada uno de esos hombres está pensando en lo mal que lo han tratado, o en cuánto dinero hizo durante la guerra. Lo mismo que Anderson. Están decayendo los ánimos.

-Pues que se ocupen en algo. Tenemos que conseguir que se muevan. ¿Qué hay por hacer?

-No lo sé. Cavar hoyos; cualquier cosa sería buena. Si logramos que empujaran o levantaran algo, o que anduvieran en determinada dirección... ¡Qué más da! Si no los movemos, van a empezar a pelear entre si. No tardarán nada en ponerse pendencieros.

London, que pasaba a toda prisa, captó estas últimas palabras.

-¿Quiénes se van a poner pendencieros?

Mac dio media vuelta y saludó:

-Hola, London. Estábamos hablando acerca de esos tipos. Se están derrumbando.

-Lo sé. He convivido lo suficiente con ellos para poder asegurarlo.

-Bueno, pues acababa yo de decir que están a punto de liarse unos con otros, a menos que los pongamos a trabajar.

-Ya se han liado. Los que dejamos esta mañana en el campamento tuvieron una riña. Uno de los hombres trató de quitarle la mujer a otro, y el primero fue y le arreó al rival con unas tijeras. El matasanos lo ha atendido, y creo que sangraba de muerte.

-¿Lo ves, Jim? Te lo dije. Escucha, London, Dakin la tiene tomada conmigo y no quiere escuchar nada de cuanto le digo, pero a ti sí te escuchará. Debemos mover a esa gente antes de que organice un tumulto. Manda que marchen en círculo, que excaven un hoyo y luego lo rellenen; da igual.

-Lo sé. ¿Qué hay de los piquetes?

-Estupendamente. No creo que por ahora tengan mucho trabajo.

-Ya se lo buscaremos, con tal de que esos tipos muevan el culo.

-Piensas con la cabeza, London. A ver si puedes conseguir que Dakin los ponga en movimiento. Digamos grupos de cincuenta, distri buidos en varias direcciones. Que salgan por las carreteras, y si ven que se cosecha una sola manzana, que intervengan.

-Así lo haré -dijo London, que dio media vuelta y tomó la dirección de la parda tienda de Dakin.

-Mac, me dijiste que podía acompañar a los piquetes... -empezó Jim.

-Bueno, pero prefiero tenerte conmigo.

-Yo quiero ir, Mac.

-Conforme. Ve entonces con uno de los grupos, pero no te apartes de él, Jim, que te tienen el número tomado. Ya lo sabes. No dejes que te cojan.

Vieron a Dakin y London salir de la tienda. El segundo hablaba rápidamente. Mac dijo:

-¿Sabes? Creo que hemos cometido un error colocando a Dakin al frente de esto. Su camión, su tienda y sus niños le atan demasiado. Es prudente en exceso. El hombre indicado hubiera sido London, que no tiene nada que perder. Me pregunto si podríamos conseguir que la gente destituyera a Dakin y pusiera en su lugar a London. Creo que lo prefiere. Dakin tiene demasiado. ¿Has visto esa cocina plegable? Ni siquiera come con los demás. Tal vez lo mejor fuera empezar a trabajar en favor de London. Creí que Dakin era frío, pero ha resultado

demasiado frío, maldita sea. Necesitamos algo que ponga un poco en movimiento a los hombres.

-Vamos -dijo Jim-, Dakin ya está formando piquetes.

Jim se unió a un piquete de unos cincuenta hombres, que avanzaron por la carretera en dirección opuesta a la ciudad. Casi al mismo tiempo que partían, se disipó la apatía. El grupo, animado, caminaba con rapidez.

Sam, el de la cara chupada, encabezaba el piquete, y daba instrucciones a los hombres conforme avanzaban:

-Coged piedras, un buen surtido de piedras, y guardadlas en los bolsillos. Mantened la vista fija en las hileras de árboles.

Durante un trecho, hallaron los pomares desiertos. Los hombres empezaron a cantar discordantemente:

Era Navidad en la isla
y todos los condenados estaban allí...

Arrastrando los pies al mismo tiempo, atravesaron un cruce seguidos por una nube de polvo gris. Alguien observó:

-Igual que en Francia. Si todo estuviera embarrado, sería igual que en Francia.

-¡Demonio, pero si tú no estuviste en Francia!

-Ya lo creo. Estuve cinco meses en Francia.

-No andas como un soldado.

-No quiero andar como un soldado; ya anduve bastante. Y ade más me dieron.

-¿Dónde están los esquiroles?

-Parece como si los hubiéramos ahuyentado. No veo trabajar a nadie. Esta huelga la tenemos ganada.

-Pues claro que la tienes ganada, compadre -terció Sam-. No has dado golpe y has ganado, ¿eh? ¡No seas estúpido, maldita sea!

-Pero seguro que les hemos metido el miedo en el cuerpo a los polis esta mañana. ¿A que no ves polis por los alrededores?

-Verás un montón de ellos antes de que salgas de ésta, compadre -sentenció Sam-. Eres como todos los desgraciados del mundo: ahora te sientes el rey del infierno, dentro de un minuto te dará el dolor de tripas, y después te rajarás.

Un coro airado lo interrumpió:

-¿Es eso lo que crees, listillo? Bueno, pues dinos que hagamos algo.

-No tienes derecho a hablar así. ¿Qué diablos has hecho tú?

-Os diré lo que he hecho -dijo Sam, escupiendo en la carretera-. Yo estaba en San Francisco cuando el Jueves sangriento. Derribé a un poli del caballo; fui uno de los que se apoderó de las porras de una carpintería, donde las estaban fabricando para los polis. Aquí conservo una, como recuerdo.

-Eres un maldito embustero. Tú no eres un estibador, sino un bracero piojoso que trabaja en los frutales.

-Desde luego que soy un bracero que trabaja en los frutales. ¿Y sabéis por qué? Porque estoy en la lista negra de todas las compañías de navegación de este maldito país; por eso.- Hablaba con orgullo, y a su afirmación siguió un silencio. Luego continuó-: He presenciado más disturbios de los que hayáis visto nunca vosotros, cabezas de chorlitos, desgraciados. -Su tono autosatisfactorio los tenía subyugados-. Ahora, mantened los ojos fijos en las hileras de árboles, y basta de charlas.

Avanzaron un trecho.

-Mirad. Ahí hay cajas.

-¿Dónde?

-Maldita sea, ahí abajo, en esa hilera.

Jim miró en la dirección que señalaban y exclamó:

-¡Allí hay hombres!

-Anda, estibador -animó uno del grupo-, ve delante.

Sam permaneció inmóvil en la carretera y preguntó:

-Muchachos, ¿estáis dispuestos a seguir mis órdenes?

-Desde luego que las seguiremos, si son buenas, maldita sea.

-Muy bien, entonces. Permaneced juntos. No quiero que ya de entrada os lancéis a la acometida, para salir pitando como alma que lleva el diablo en cuanto algo no funcione. Vamos, todos juntos.

Abandonaron la carretera, salvaron una profunda acequia seca y avanzaron hacia el final de la doble hilera de árboles. Conforme se acercaban al montón de cajas, empezaron a bajar de los árboles los hombres y a congregarse en un grupo, presas del nerviosismo.

Un contador permanecía junto a las cajas apiladas. Al advertir que el piquete se acercaba, tomó de una caja una escopeta de caza de doble cañón y avanzó unos pasos hacia los recién llegados.

-¿Quieren trabajar? -gritó.

Un coro de abucheos le respondió. Uno de los hombres se metió en la boca los índices y emitió un penetrante silbido.

-Largúense de este terreno -advirtió el contador-. No tienen ningún derecho a estar aquí.

Los huelguistas avanzaron lentamente. El contador retrocedió hacia el montón de cajas, donde sus recogedores se movían nerviosamente y miraban con expresión asustada. Sam dijo por encima de su hombro:

-Muy bien. Vosotros, muchachos, deteneos aquí. -Avanzó unos pasos y continuó-: Vosotros, trabajadores, poneos a nuestro lado. No vayáis a apuñalarnos por la espalda. Uníos a nosotros.

-Saque a estos hombre de estas tierras o todo mi equipo se lanzará detrás de ustedes -amenazó el contador.

De nuevo se produjo el abucheo, y se repitió el silbido. Sam se volvió, malhumorado.

-¡Callaos, locos bastardos! ¡Dejaos de músicas!

Los recogedores parecían dispuestos a la retirada. El contador les dio seguridades:

-No permitan que les metan miedo. Ustedes tienen derecho a trabajar, si lo desean.

-Escuchad, muchachos -insistió Sam-: os estamos brindando la oportunidad de secundarnos.

-¡No se dejen engatusar! -gritó el contador, cuya voz subía de tono-. Ellos no pueden decirle a nadie lo que debe hacer.

Los recogedores permanecieron inmóviles y Sam preguntó:

-¿Venís con nosotros?

No respondieron. Sam empezó a acercarse a ellos lentamente. El contador, a su vez, se adelantó.

-Esta escopeta está cargada con perdigones, y dispararé si no se marchan.

Sam habló despacio mientras avanzaba:

-Usted no va a disparar contra nadie, compadre. Podría acertarle a uno de nosotros, pero el resto le haría papilla.- Su voz era baja y el tono, desapasionado. Sus hombres comenzaron a moverse, a tres metros detrás de él. Se detuvo ante el contador, cuya arma temblaba apuntando a su pecho.- Sólo queremos hablar.

Hizo un movimiento, se agachó y se arrojó como un futbolista, agarrando al contador por los pies. La escopeta hizo fuego y abrió un hoyo en la tierra. Sam se incorporó y propinó un rodillazo en la entrepierna del contador. A continuación, dio un brinco y soltó su presa, que quedó tendida, retorciéndose y gritando con todas sus fuerzas. Por un instante, tanto los recogedores como los huelguistas permanecieron tranquilos. Los primeros comenzaron a correr demasiado tarde, sin embargo, pues los segundos los rodearon, chillando a pleno pulmón. Por un momento, los recogedores lucharon, pero al cabo huyeron.

Jim se quedó aparte. Vio a un recogedor culebrear fuera del tumulto y echar a correr. Tomó un pesado terrón y se lo arrojó, acertándole en la espalda, con lo que dio con su cuerpo en el suelo. El grupo rodeó al caído, y le dio de puntapiés, mientras se retorcía de dolor. Jim dirigió una fría mirada al contador, cuyo rostro estaba blanco a causa del sufrimiento y empapado de sudor.

Sam se abrió paso entre los que propinaban puntapiés al caído.

-¡Dejadlo, por Dios, dejadlo! -les gritaba, pero ellos seguían pateándolo y gritando con todas sus fuerzas, con los labios húmedos.

Sam agarró una caja de manzanas del montón y la estrelló contra una cabeza.

-¡No los matéis! ¡No los matéis! -se desgañitaba.

La furia se disipó con la misma rapidez con que se desencadenara. Se apartaron de sus víctimas, resollando con fuerza. Jim contempló sin emoción a los diez hombres tendidos en el suelo, con los rostros deformados por los puntapiés: uno tenía el labio partido, que dejaba ver los dientes y las encías ensangrentadas, y otro lloraba como un niño porque le habían retorcido violentamente el brazo, fracturándoselo por el codo. Una vez apaciguados, los huelguistas experimentaban malestar, como si la furia destilada por sus propias glándulas los hubiera intoxicado. Se sentían debilitados. Un hombre se sostenía la cabeza con ambas manos, como si le doliera terriblemente.

De pronto, otro hombre empezó a girar sobre sí mismo, gruñendo. Desde el final de la hilera de árboles sonó un disparo de fusil y cinco individuos se acercaron corriendo, deteniéndose de vez en cuando para abrir fuego. Los huelguistas se dispersaron a toda prisa, ocultándose entre los árboles para ponerse a salvo de la línea de fuego.

Jim echó a correr con ellos, gritándose a sí mismo.

-¡No podemos enfrentarnos a los disparos, no podemos enfrentarnos a los disparos!

Las lágrimas le cegaban. Sintió un pesado manotazo en el hombro y vaciló un poco. El grupo ganó la carretera y se lanzó por ella, mirando atrás.

Sam cerraba la desbandada, corriendo tras de Jim.

-¡Ya está bien! -gritó-. Han parado.

Sin embargo, algunos hombres seguían corriendo, cegados por el pánico, y desaparecieron en el cruce. Sam reunió al resto y les ordenó:

-Quedaos quietos, quedaos quietos; nadie os persigue. -Se detuvieron y permanecieron jadeantes al borde de la carretera.- ¿A cuántos les han dado? -preguntó.

Los hombres se miraron entre sí.

-Sólo vi que le acertaran a uno -informó Jim.

-De acuerdo. Tal vez no sea grave, aunque le han herido en el pecho. -Miró más de cerca a Jim y observó-: ¿Qué te pasa a ti, chico? Estás sangrando.

-¿Dónde?

-Por toda la espalda.

-Me rozaría con una rama, digo yo.

-Y un cuerno, con una rama. -Sam levantó el chaquetón de dril sobre el hombro de Jim-. Te han alcanzado con un balazo de calibre grueso. ¿Puedes mover el brazo?

-Desde luego; sólo lo siento entumecido.

-Creo que no ha alcanzado el hueso; únicamente el músculo del hombro. Debe de haber sido una bala forrada de acero. De todas formas no has sangrado mucho. Vamos, muchachos, regresemos. Aquí va a reunirse una gusanera de polis.

Se apresuraron carretera adelante, y Sam dijo:

-Si te sientes débil, te echaremos una mano, muchacho.

-Me encuentro muy bien. No hemos podido resistir, Sam.

-Hemos procedido noblemente cuando eran cinco contra uno -comentó Sam amargamente-. A esos esquiroles los hemos hecho papilla.

-¿Hemos matado a alguno?

-No lo creo, pero alguno de ellos no volverá a ser el de antes.

-¡Jesús, que feo se puso aquello! ¿Viste a aquel tipo del labio partido?

-Se lo volverán a coser, maldita sea. Tuvimos que hacerlo, muchacho; no nos quedó otro remedio. Si no quieren unirse a nosotros, al menos los hemos asustado.

-¡Ya lo creo! No los compadezco.

Mucho después oyeron una sirena.

-¡Eh, muchachos, saltemos a la cuneta, tumbaos en ella! -gritó Sam-. Allí están los polis.

Se cercioró de que todos estaban cuerpo a tierra en una profunda acequia seca que discurría paralelamente a la carretera. Las motocicletas pasaron rugiendo y rebasaron el cruce, con una

ambulancia tras ellas, haciendo sonar la campanilla. Los hombres no levantaron cabeza hasta que los vehículos hubieron superado el cruce. Sam se puso en pie de un salto y los animó:

-Ahora, vamos. Tenemos que borrarnos del mapa rápidamente.

Trotaron por la carretera mientras se ponía el sol y sobre la calzada descendía una sombra crepuscular azul. Una pesada nube navegaba como un barco en dirección al sol, y uno de sus lados, oscuro, enrojecía conforme se aproximaba. Los hombres saltaron de nuevo a la zanja cuando regresó la ambulancia. Los motoristas avanzaban más despacio esta vez, y los policías miraban entre las hileras de árboles, pero no a la acequia seca.

Al caer la tarde los piquetes regresaron al campamento. A Jim le maqueaban las piernas y en el hombro notaba un profundo escozor, pues los nervios se le estaban despertando, tras el aturdimiento causado por la bala de calibre grueso. Los hombres se dispersaron por el campamento.

Mac se acercó a Jim, y cuando vio lo blanco que estaba, aceleró el paso.

-¿Qué te pasa, Jim? ¿Te han herido?

-No, no mucho. Dice Sam que me han herido en el hombro, pero yo no puedo verlo. No duele mucho.

El rostro de Mac enrojeció.

-¡Dios mío! Ya sabía yo que no debía dejarte ir.

-¿Por qué no? Yo no soy ningún marica.

-Puede que no lo seas, pero si no te vigilo, muy pronto acabarás contigo. Vamos, que el matasanos te eche un vistazo. Estaba aquí mismo hace un minuto. Ahí va. ¡Eh, matasanos! -Llevó a Jim hasta una tienda blanca y explicó-: Esta tienda acaba de llegar. El matasanos va a utilizarla como hospital.

La oscuridad otoñal caía rápidamente, y el anochecer se veía urgido por la gran nube negra, que se extendía por el Oeste. Mac sostuvo una linterna mientras Burton liberaba el hombro de Jim de la camisa. Lavó la herida cuidadosamente con agua tibia esterilizada.

-Un chico con suerte -dictaminó-. Una bala convencional te hubiera destrozado el hombro. Tienes un pequeño orificio que te atraviesa el músculo. Se te quedará rígido temporalmente, pues el proyectil penetró en línea recta. -Sus hábiles manos limpiaron la herida con una sonda, aplicaron un vendaje y golpearon éste-. Muy pronto te pondrás bien del todo. Encomiéndale tareas fáciles durante un par de días, Mac. Luego me pasaré a ver a Al Anderson. ¿Queréis acompañarme?

-No faltaba más; iré contigo. Quiero que Jim se tome una taza de café.- Puso en la mano de Jim un bote conteniendo un café negro y de mal aspecto e invitó-: Anda, siéntate. -Empujó un cajón y obligó a Jim a sentarse en él. Por su parte, se acomodó en el suelo, ante su amigo-. ¿Qué ocurrió, Jim?

-Andábamos tras unos esquiroles, Mac. Nuestros muchachos les dieron de puntapiés como diablos, incluso en la cabeza.

-Ya lo sé, Jim -repuso Mac suavemente-. Es terrible, pero lo único que puede hacerse si se quiere vencer. Tuvimos que actuar así. Tampoco es bonito ver una oveja muerta, pero tenemos que comer su carne. Así, pues, ¿qué ocurrió?

-Pues que cinco hombres llegaron corriendo y disparando. Nuestros muchachos huyeron como conejos. No podían resistir.

-¿Y cómo iban a poder, Jim, sin más armas para luchar que sus propias manos?

-Apenas me percaté cuando me dieron. Uno de nuestros muchachos cayó. Ignoro si lo mataron o no.

-Bonita fiesta. Los demás piquetes se han traído unos treinta es quiroles. No han tenido el menor tropiezo; se limitaron a llamarlos, y ellos se han pasado a nuestro bando. -Se puso en pie y apoyó por un momento su mano en la pierna de Jim-. ¿Qué tal tienes ahora el hombro?

-Duele un poco, no mucho.

-Por cierto, Jim: parece que vamos a tener un nuevo jefe.

-¿Quieres decir que le dan la patada a Dakin?

-No, pero ya no está aquí. Dick mandó aviso de que dispondría de un cargamento de mantas. Dakin tomó a seis hombres y se largó en su reluciente camión. Uno de esos seis tipos regresó

y explicó lo sucedido. Cargaron las mantas y regresaron, pero un caminito a este lado de la ciudad lo encontraron sembrado de clavos, así que tuvieron que detenerse a cambiar una rueda. Y entonces una docena de hombres armados saltaron al camino y los retuvieron. Mientras seis mantenían a raya a los nuestros, los demás destruyeron el camión de Dakin: vaciaron el depósito de gasolina y le prendieron fuego. Dakin permanecía quieto, con un fusil apuntándole. Se volvió blanco y luego azul, emitió un aullido como un coyote y la emprendió con los agresores. Le dispararon en la pierna, pero ni aún así lo detuvieron. Cuando no pudo correr más, se arrastró en dirección a ellos, babeando como un perro rabioso, alelado, completamente alelado. El sujeto que regresó dijo que la forma en que gateaba hacia ellos era espantosa; incluso trató de morderles. Gruñía como un perro rabioso. Por fin llegaron los polis de tránsito y los vigilantes se largaron. Los polis cogieron a Dakin y se lo llevaron. El tipo que llegó hasta aquí y lo contó dijo que se subió a un árbol y desde allí lo presenció todo. Afirma que Dakin mordió a un poli en la mano, y que tuvieron que hacerle soltar la presa aplicándole un destornillador a manera de palanca entre los dientes. ¡Y yo que decía que ese tipo era de los que no perdían la calma! Ahora está en chirona, y creo que los muchachos van a elegir a London para sustituirlo.

-Desde luego que a mí también me parecía bastante frío. Me alegro de no haber puesto un dedo sobre su camión.

Mac agarró un puñadito de tierra del suelo y la moldeó hasta darle una forma esférica. Luego, la golpeó hasta que la parte superior quedó aplanada.

-Estoy preocupado, Jim. Dick no ha enviado alimentos hoy, y no sabemos nada de él, salvo lo de las mantas. Están cociendo el resto de las judías con los huesos del cerdo, pero eso es todo lo que hay, salvo copos de avena. No queda nada más para mañana.

-¿Crees que han echado a Dick de la ciudad?

Mac aplanó aún más la pella.

-Dick es astuto como una comadreja; no creo que lo cojan. Pero no sé qué ocurre, y necesitamos comida. En el momento en que la gente pase hambre, está lista. Tengo miedo.

-Tal vez no haya reunido nada. Envió ese cerdo esta mañana.

-Claro, y ahora el cerdo está cociéndose con las judías. Dick sabe lo mucho que se necesita para alimentar a esa gente. A estas alturas debe haber organizado a los simpatizantes.

-¿Qué tal se sienten ahora los muchachos?

-Oh, muy bien; esta tarde han recibido una inyección de vida.

Me doy cuenta de que es pronto, pero debemos celebrar ese funeral mañana. Eso levantará los ánimos por un tiempo. -Se quedó mirando la entrada de la tienda-. ¡Santo Dios, mira esa nube!

Salió y se quedó contemplando el cielo, casi oscurecido a causa de la espesa y negra nube. Soplaba un viento racheado, levantando polvo y humo de las hogueras, haciendo temblar las lonas y agitando los manzanos que rodeaban el campamento.

-Esa nube parece traer lluvia -observó Mac-. ¡Dios mío, ojalá no llueva! Dejaría a esta gente mojada como ratas.

-Te preocupas demasiado por lo que podría suceder, Mac. Te pasas el tiempo preocupándote. Esos muchachos están acostumbrados a la intemperie, y cuatro gotas no van a hacerles daño. Siempre andas inquieto.

Mac volvió a sentarse en el suelo.

-Tal vez sea cierto, Jim, pero estoy tan asustado de que la huelga fracase, que a lo mejor imagino cosas que no son. ¡He presenciado tantas huelgas que no han prosperado, Jim!

-Bien, pero ¿por qué te preocupas si no prospera? Contribuirá a que cunda el descontento, eso lo dijiste tú mismo.

-Claro, ya lo sé, y supongo que no tendría importancia si la huelga se rompiera ahora mismo. Los muchachos no olvidarán nunca cómo mataron a Joy, no olvidarán tampoco el camión de Dakin.

-Estás hablando como una vieja, Mac.

-Es que se trata de mi huelga; eso es lo que quiero decir. La siento mía, y no quisiera presenciar ahora su hundimiento.

-No se hundirá, Mac.
-¿Eh? ¿Qué sabes tú?
-Esta mañana lo estaba pensando. ¿Has leído mucha historia, Mac?
-Un poco, en la escuela. ¿Por qué?
-¿Recuerdas cómo ganaron los griegos la batalla de Salamina?
-Tal vez lo supe, pero ya no me acuerdo.
-Bueno, pues aquí tenemos a los griegos con unos cuantos barcos, encajonados todos en un puerto, del que quisieran salir pero no pueden.
Aquí tenemos, enfrente, los barcos persas. El almirante griego sabe que sus muchachos van a escapar, de modo que envía recado al enemigo para que los bloquee. A la mañana siguiente, los griegos ven que no pueden huir, así que tienen que luchar para conseguirlo. Y vencen. Le pegan un palo de todos los demonios a la flota persa.
Después de estas palabras, Jim guardó silencio. Mac se puso en marcha, en dirección a las cocinas, sin dejar de aplanar con la mano abierta la pella.
-Ya comprendo lo que quieres decir, Jim. Por ahora no la necesitamos, pero si llega el caso, vive Dios que es una idea, Jim -comentó en tono plañidero-. Te traigo para enseñarte cosas, y he aquí que tú empiezas a enseñármelas a mí.
-Narices.
-De acuerdo, narices. Me pregunto cómo saben los hombres cuándo está lista la comida. Creo que es como si leyeran el pensa miento, o acaso hayan adquirido un sentido semejante al de los buitres.
Mira como van. Vamos, Jim, comamos.

11

La comida consistía en judias nadando en grasa de cerdo. Mac y Jim tomaron sus latas de la tienda y guardaron cola hasta que algo de aquel revoltijo les fue arrojado. Se alejaron, Jim sacó del bolsillo una a modo de cucharita de madera y probó las judías.

-Mac, yo no puedo comerme esto.

-Estás acostumbrado a cosas mejores, ¿eh? Pues tienes que comértelo. -Lo probó a su vez, y de inmediato arrojó la lata al suelo-. ¡No lo comas, Jim, enfermarías! ¡Judías y grasa! ¡Menudos se van a poner los muchachos!

Miraron a los hombres, sentados ante las tiendas, tratando de comer. La nube de tormenta se extendía por el cielo y ocultaba las estrellas que acababan de salir.

-Alguien tratará de matar a los cocineros, supongo -comentó Mac-. Vamos a la tienda de London.

-No veo la tienda de Dakin.

-No, la señora Dakin se la llevó; se fue a la ciudad y se la llevó. Un tipo curioso, Dakin: acabará haciendo dinero. Vamos en busca de London.

Caminaron por la calle de tiendas en dirección a la de London, de color gris. A través de la lona brillaba una luz. Mac levantó la puerta y vio en el interior a London, sentado en un cajón y con una lata de sardinas abierta en la mano. Lisa, la chica morena, estaba agazapada sobre un colchón tendidp en el suelo, amamantando al bebé. Cuando los hombres entraron, cubrió con el extremo de una manta al niño y su propio seno. Les dirigió una rápida sonrisa y luego volvió a mirar a su hijo.

-¡Llegamos a tiempo para la comida! -dijo Mac.

-Me quedaba una latita -explicó London, cohibido.

-¿Has probado esa bazofia que dan ahí?

-Sí.

-Pues espero que a la demás gente le quede también alguna lata. Tenemos que darles algo mejor, o esos hombres nos abandonarán.

-Los víveres han dejado de llegar. Tengo otra lata de sardinas. ¿La queréis, muchachos?

-Pues claro, maldita sea. -Mac tomó la lata con avidez, y accionó la llave para abrirla-. Saca la navaja, Jim, que vamos a dividirnos esto.

-¿Qué tal tu brazo? -preguntó London.

-Entumecido.

Se dejó oir una voz desde el exterior.

-Es ahí, donde la luz.

La lona que hacía de puerta se levantó y entró Dick. Iba muy bien peinado y llevaba en la mano una gorra gris. Su traje, también gris, estaba limpio, aunque arrugado. Tan sólo sus zapatos, polvorientos, demostraban que había estado caminando por el campo. Permaneció en la entrada de la tienda, mirando en derredor.

-Hola, Mac. Hola, Jim. -Y dirigiéndose a la muchacha-: Hola, nena.

Los ojos de la chica brillaron, se ruborizó levemente, y se envolvió los hombros con la manta, en un gesto de coquetería. Mac agitó la mano e hizo las presentaciones:

-Este es London y este es Dick.

Dick hizo un saludo a medias.

-Hola. Mira, Mac, ésos de la ciudad han aprendido la lección.

-¿Qué quieres decir? ¿Qué has estado haciendo ahí?

Dick sacó un periódico del bolsillo y lo sostuvo ante sí. Mac lo abrió, y London y Jim miraron por encima de su hombro.

-Salió antes de mediodía -comentó Dick.

-¡Hijos de perra! -exclamó Mac.

El periódico llevaba un titular que decía: "Las autoridades locales votan el aprovisionamiento a los huelguistas. En el transcurso de una reunión pública celebrada anoche, las autoridades locales votaron por unanimidad el aprovisionamiento de los hombres que están en huelga contra los cultivadores de manzanas."

- ¡Vaya si han aprendido la lección! -comentó Mac-. ¿Ha empezado a funcionar esto, Dick?
-Ya lo creo, maldita sea.
-No veo por qué hay que ponerse a patalear -terció London-. Si quieren mandarnos huevos con jamón, por mí que lo hagan.
-No faltaba más -replicó Mac sarcásticamente-. Suponiendo que quieran. Este periódico no dice una palabra sobre la reunión que se celebró inmediatamente después, y en la que se votó lo contrario.
-¿Y en qué consiste el truco? -preguntó London-. ¿Qué diablo significa todo eso?
-Escucha, London -dijo Mac-. El truco es viejo, pero sirve. Dick se entrevistó con los simpatizantes y obtuvo alimentos, mantas y dinero. Bueno, pues entonces se publica esto. Dick va a hacer su ronda, y los simpatizantes dicen: "Pero ¿qué demonios es esto? ¡Si el condado los está manteniendo!" Dick replica: "¡Y un cuerno!" Y el tipo en cuestión argumenta: "Lo he leído en el periódico, y dice que os están enviando víveres. ¿Qué es lo que pretendes?" Así es como funciona el truco, London. ¿Has visto algún alimento llegar hoy hasta aquí por cuenta del condado?
-No...
-Bueno, pues tampoco Dick pudo conseguirlo. Ahora ya lo sabes. Se creen que nos van a matar de hambre. Y vive Dios que pueden conseguirlo, si no ponemos remedio. -Se volvió a Dick-. Tus gestiones prosperaban, ¿verdad?
-Ya lo creo, y de qué manera. Concededme algo de tiempo para volver a organizarme. Quiero que este hombre me firme un papel en el que se diga que no habéis recibido alimento alguno. Tiene que ir firmado por el presidente del comité de huelga.
-De acuerdo -asintió London.
-Hay montones de simpatizantes en Torgas -continuó Dick-. Desde luego que la administración local está dominada por la Asociación de Cultivadores, de modo que nuestros amigos tienen que actuar de forma subterránea, como topos. Pero que nos apoyan es un hecho. De lo que se trata es de que yo pueda sacarles algo.
-Lo estuviste haciendo estupendamente, hasta que surgió este imprevisto -dijo Mac.
-Pues claro. Tuve algunos problemas con una señora anciana. Quería ayudar a la causa de una manera terrible.
Mac se echó a reir.
-Que yo sepa, la timidez nunca fue un obstáculo para que llenaras el zurrón. Imagino que esa señora pretendía entregarse toda ella a la causa.
-Es que estaba gorda como un tonel -explicó Dick con un estremecimiento.
-Bueno, te entregaremos ese papel y en cuanto lo tengas quiero que salgas pitando de aquí. Nadie te ha echado el ojo, ¿verdad?
-No lo sé, pero supongo que saben quién soy. He escrito a Bob Schwartz pidiéndole que venga. Tengo el presentimiento de que me van a echar el guante muy pronto. Bob podría sustituirme.
London revolvió en un cajón y sacó un cuaderno y un lápiz. Mac los cogió y escribió la declaración.
-¡Qué bien escribes! -dijo London, admirado.
-¿Uh? Ah, sí, desde luego. ¿Puedo firmar por ti, London?
-Pues claro.
-¡Maldita sea! -exclamó Dick-. Para esto, podía haberlo hecho yo mismo. -Tomó el papel y lo dobló cuidadosamente-. Oh, ¿sabes, Mac? He oído que se han cargado a un muchacho.
-Pero ¿es que no estás enterado, Dick? Era Joy.
-¡Demonio!
-Pues sí, vino con una pandilla de esquiroles. Estaba tratando de que se unieran a nosotros cuando le dieron.
-¡Pobre bastardo!
-Acabaron con él rápidamente; no sufrió más de un minuto.
-Bueno, a Joy tenía que acabar sucediéndole -comentó Dick, suspirando-. El estaba seguro de que terminaría así tarde o temprano. ¿Va a celebrarse un funeral?

-Mañana.

-¿Van a asistir todos los hombres?

-Seguro -dijo Mac, mirando a London-. Tal vez podamos ganarnos la simpatía de la gente.

-A Joy le hubiera gustado -sentenció Dick-. Nada le hubiera gustado tanto. Lo malo es que no va a poder verlo. Bueno, adiós, tengo que marcharme. -Dio media vuelta para abandonar la tienda. Lisa levantó los ojos y Dick se despidió de ella-: Hasta la vista, nena.

La muchacha volvió a ruborizarse, esbozó una sonrisa, y cuando la lona que había de puerta cayó tras de Dick, sus ojos permanecieron fijos en ella unos instantes.

-¡Jesús, y qué organización tienen! -comentó Mac-. Dick es un buen elemento, así que si él no encuentra comida es que no la hay.

-¿Qué hay de aquella tarima para dirigirse a la gente? -preguntó Jim.

Mac se volvió hacia London y le preguntó a su vez:

-Ah, sí, ¿te has encargado de eso, London?

-Los muchachos la tendrán dispuesta mañana por la mañana. No conseguimos más que algunos fragmentos viejos de valla. Será pequeña.

-No importa -replicó Mac-; bastará con que sea lo bastante elevada como para que la gente pueda ver a Joy.

Una mirada preocupada se reflejó en el rostro de London.

-¿Y qué demonios voy a decirles a esos muchachos? Has dicho que yo debía pronunciar un discurso.

-Ya te encontrarás bastante en forma para entonces. Diles que ese pobre hombre murió por ellos, y que si él fue capaz de eso, ellos pueden, al menos, luchar para sí mismos.

-Yo no he pronunciado muchos discursos -se lamentó London.

-Bueno, pues no hagas un discurso; limítate a hablar a los chicos, como has hecho a menudo. Háblales y basta. En cualquier caso, eso es mejor que un discurso.

-Si es así, de acuerdo.

Mac se volvió hacia la muchacha.

-¿Cómo está el niño?

Se ruborizó una vez más y se arrebujó en la manta. Sus pestañas proyectaron una sombra en sus mejillas.

-Muy bien -murmuró-. No llora nada.

La lona que servía de puerta se agitó, se abrió y dio paso al médico, cuyos rápidos y bruscos movimientos contrastaban con sus ojos tristes y perrunos.

-Voy a visitar al joven Anderson. ¿Queréis venir?

-Pues claro, matasanos -le respondió Mac, y volviéndose hacia London-: ¿Has enviado a los muchachos para que monten guardia en la casa de Anderson?

-Sí. No querían ir por nada del mundo, pero los envié.

-Muy bien. Vamos, matasanos. Acompáñanos si puedes, Jim.

-Me encuentro perfectamente.

Burton le miró con fijeza y dictaminó:

-Deberías estar en la cama.

Mac emitió una carcajada y dijo:

-Me da miedo dejarlo. Se mete en líos en cuanto le dejo solo un minuto. Te veremos luego, London.

Afuera reinaba la más completa oscuridad. La gran nube se había extendido hasta cubrir el cielo, y todas las estrellas se habían apagado. La tranquilidad y el silencio se cernían sobre el campamento, y los hombres sentados en torno a las escasas hogueras encendidas, hablaban en voz baja. No hacía viento, y la atmósfera era cálida y húmeda. El médico, Mac y Jim avanzaron con precaución más allá del campamento, sumergiéndose en la negrura que lo rodeaba. Mac dijo:

-Temo que se ponga a llover. ¡Menudo jaleo cuando la gente esté empapada! A los hombres les desmoralizará más eso que los disparos. Supongo que la mayor parte de las tiendas tienen goteras.

-Por supuesto -corroboró Burton.

Llegaron al límite del pomar y avanzaron entre las hileras de árboles. La oscuridad era tal, que se veían obligados a avanzar a tientas.

-¿Qué os parece ahora vuestra huelga? -preguntó el médico.

-No muy buena. Tienen este valle tan bien organizado como si fuera Italia. Acaban de cortar el suministro de víveres, y si no conseguimos algún alimento estamos listos. Y como esta noche se ponga a llover fuerte, los hombres nos abandonarán. No van a aguantar, te lo digo. Es gracioso, matasanos; tú no crees en la causa, pero probablemente serás el último en abandonar. La verdad es que no te entiendo.

-No me comprendo ni yo -dijo el médico en tono suave-. No creo en la causa, pero creo en los hombres.

-¿Qué quieres decir?

-No lo sé. Supongo que me limito a creer que son hombres, y no animales. Tal vez si nos halláramos en una perrera y los perros estuvieran hambrientos, enfermos y sucios y yo pudiera ayudarles, lo haría. No sería culpa suya su situación. No podrías decir: "Estos perros se encuentran en semejante estado porque carecen de ambición, porque no se han guardado unos cuantos huesos; los perros siempre son así." No, vosotros procuraríais limpiarlos y alimentarlos. Imagino que a mí me ocurre eso mismo. Se me da bastante bien lo de ayudar a los hombres, y cuando veo que alguien precisa ayuda, se la presto sin más, sin pensar mucho en ello. Si un pintor viera un trozo de lienzo y dispusiera de colores, querría pintarlo sin preguntarse por qué.

-Te comprendo. Por una parte, parece que uno tiene mucha sangre fría porque se sitúa junto a esa clase de hombres y se dedica a mirarlos, pero sin mezclarse nunca con ellos; pero por otro lado, matasanos, resulta endemoniadamente hermoso y limpio.

-Oh, Mac, me he quedado sin desinfectante. No vais a poder seguir oliendo bien si no me procuro un poco más de ácido clorhídrico.

-Veré qué puedo hacer.

Un centenar de metros más adelante, brillaba una luz amarilla.

-¿Es esa la casa de Anderson? -preguntó Jim.

-Creo que sí. Deberíamos encontrar muy pronto un centinela.

Caminaron en dirección a la luz, pero nadie les dio el alto, y así continuaron hasta la cancela.

-¡Maldita sea! -exclamó Mac:- ¿Dónde están los tipos que mandó London? Entra, matasanos; voy a ver si puedo localizarlos.

Burton recorrió el sendero y penetró en la iluminada cocina. Mac y Jim se dirigieron al granero, donde hallaron a los hombres acostados en el heno, fumando cigarrillos. Una lámpara de petróleo colgaba de un gancho en la pared, y proyectaba una luz amarilla sobre la hilera de establos vacíos y sobre el gran montón de cajas de manzanas: la cosecha de Anderson, que aguardaba ser trasladada.

Mac, encolerizado, empezó a farfullar, pero se controló rápidamente y cuando habló, su voz era suave y amistosa:

-Escuchad muchachos, esto no es ninguna broma. Los malditos vigilantes han asegurado que iban a intentar algo contra Anderson, como venganza por habernos permitido establecernos en su propiedad. Imaginad que no hubiera consentido en que acampáramos. A estas horas, nos hubieran mandado al infierno a puntapiés. Anderson es un tipo estupendo y no debemos permitir que nadie le perjudique.

-No hay nadie por los alrededores -protestó uno de los hombres-. ¡Jesús, es que no podemos ir de un lado a otro toda la noche! Nos hemos pasado la tarde formando piquetes.

-¡Muy bien! -gritó Mac, furioso-. Pues dejadles que hagan una incursión por aquí. Entonces Anderson nos echará a puntapiés, ¿y a dónde demonios vamos a ir?

-Podríamos acampar a la orilla del río.

-Os expulsarían del condado en un abrir y cerrar de ojos, y tú lo sabes.

Uno de los hombres se puso en pie lentamente y dijo:

-Este tipo tiene razón. Será mejor que hagamos guardia fuera.

Mi mujer está en el campamento, y no quisiera verla metida en un lío.

-Bien, pues estableced un cordón y no permitáis que nadie lo atraviese -sugirió Mac:-. Ya sabéis lo que han hecho al hijo de Anderson: le incendiaron el remolque y le dieron una paliza infernal.

-Al hacía un estofado estupendo -dijo otro hombre.

Se pusieron en pie cansinamente, y cuando estuvieron todos fuera del granero Mac apagó la linterna.

-A los vigilantes les gusta disparar a la luz -explicó-. Aprovechan las buenas ocasiones como ésta. También diremos a Anderson que será mejor que corra las cortinas.

Los centinelas se perdieron en la oscuridad, y Jim preguntó:

-¿Crees que ahora se dedicarán a vigilar, Mac?

-Así quiero creerlo. Me parece que regresarán a este granero dentro de diez minutos. En el ejército son capaces de fusilar a un tipo por dormirse, pero nosotros no podemos hacer otra cosa que hablarles. ¡Dios mío, esta indefensión me pone enfermo! ¡Si pudiéramos dispo ner de armas de fuego! ¡Si pudiéramos imponer castigos para mantener la disciplina! -El sonido de los pasos de los centinelas se esfumó en la oscuidad, y Mac prosiguió-: Antes de marcharnos volveré para levantarles los ánimos.

Echaron a andar en dirección al porche de acceso a la cocina, y una vez ante éste llamaron a la puerta. El aullido y el gruñido de los perros les contestó. Pudieron oírlos brincar de un lado a otro, en el interior, y a Anderson que los apaciguaba. La puerta se abrió sólo un poco.

-Somos nosotros, señor Anderson.

-Entren -respondió el otro, malhumorado.

Los perdigueros iban y venían, meneando sus delgadas y ásperas colas, emitiendo gritos de placer. Mac se inclinó sobre ellos, les dio unas palmaditas y les acarició el pelaje.

-Debería usted dejar los perros fuera, señor Anderson, para que vigilaran. Está tan oscuro, que los centinelas no pueden ver nada. En cambio, los perros serían capaces de oler a cualquiera que se acercara.

Al yacía sobre un catre, junto a la cocina, pálido y débil. Parecía haber adelgazado, pues la piel de sus mejillas se veía flaccida. Estaba echado de espalda, y llevaba un brazo en cabestrillo. El médico ocupaba una silla, junto al catre.

-Hola, Al -saludó Mac con voz tranquila-. ¿Cómo va eso, chico?

-Muy bien -repuso Al, con los ojos brillantes-. Duele mucho, y el matasanos dice que deberé permanecer inmóvil por un tiempo.

Mac se inclinó sobre la yacija y tomó la mano sana de Al, quien se apresuró a decir:

-No me sacudas demasiado fuerte, que es el lado de las costillas rotas.

Anderson permanecía en pie, y sus ojos centelleaban.

-Ya ve usted -comentó-, ya ve usted lo que ha pasado. El restaurante ambulante incendiado y Al herido. Ya ve.

-¡Por el amor de Dios, papá! -protestó Al en voz baja-. No empieces otra vez. Te llamas Mac, ¿verdad?

-Así es.

-Bueno, pues mira, Mac: ¿Crees que podría ingresar en el Partido?

-¿Quieres decir que te propones convertirte en un activista?

-Eso es. ¿Crees que podría ingresar?

-Así lo creo -repuso Mac lentamente-. Te entregaré una tarjeta de solicitud. ¿Por qué quieres afiliarte, Al?

El rostro, de rasgos pesados, se contrajo en una mueca y Al sacudió la cabeza atrás y adelante.

-He estado pensando. Desde que me han pegado he estado pensando. No puedo quitarme a esos tipos de la cabeza: me han incendiado mi pequeño remolque y han estado saltando sobre mí. Y dos polis, mientras tanto, vigilando en la esquina y sin mover un dedo. No puedo quitármelo de la cabeza.

-Y por eso quieres unirte a nosotros, ¿uh, Al?

-¡Deseo estar en contra de ellos! -exclamó-. Quiero luchar contra ellos el resto de mi vida; quiero estar al otro lado.

-Sólo conseguirás que te peguen más fuerte, Al. Te hablo con toda franqueza, Al. Te molerán a palos.

-Bueno, pues no me importa, porque estaré luchando contra ellos, ¿comprendes? Pero aquí yo sólo me dedicaba a regentar un pequeño restaurante ambulante, y a socorrer de vez en cuando a los pobres...

Su voz se quebró y prorrumpió en lágrimas. El doctor Burton le tocó amablemente la mejilla y le recomendó:

-No sigas hablando, Al.

-Me encargaré de que recibas una tarjeta de solicitud -dijo Mac-. ¡Dios mío tiene gracia! ¡Hay que ver la cantidad de tipos que se pasan a nuestro bando después de haber sido aporreados por la poli una noche! Cada vez que la emprenden con un grupo de hombres, nos llueven las solicitudes. Hay una Escuadra roja en la poli de Los Angeles que nos envía más miembros que una docena de nuestros propagandistas. Y los muy locos no son capaces de darse cuenta. De acuerdo, Al; tendrás tu impreso de solicitud. No sé si la cosa prosperará, pero influiré en lo que pueda. -Dio unos golpecitos en el brazo de Al-. Espero que llegue a buen fin. Eres un buen chico, Al. No me maldigas por lo de tu remolque.

-Claro que no, Mac. Yo ya sé a quién he de maldecir.

-Tómatelo con calma, Al -aconsejó Burton-. Limítate a descansar; lo necesitas.

Anderson había estado dando vueltas por la estancia, mientras que los perros, a su vez, giraban a su alrededor incansablemente, levantando sus hocicos marrones, olisqueando y meneando sus tiesas colas como pequeños látigos.

-Bueno, espero que estén ustedes satisfechos -dijo en tono de desesperanza-. Han echado a perder cuanto tenía, e incluso se llevan a Al. Que lo disfruten.

-No se preocupe, señor Anderson -intervino Jim-, hay centinelas alrededor de su casa. Es usted el único hombre del valle cuya cosecha de manzanas ya está recogida.

-¿Cuándo se propone usted transportar sus manzanas? -preguntó Mac.

-Pasado mañana.

-Bien. ¿Desea usted que algunos centinelas custodien los camiones?

-No lo sé -repuso Anderson, cohibido.

-Pues yo creo que será mejor poner centinelas en los camiones -insistió Mac-, por si alguien trata de echar a perder su cosecha. Ahora, nos vamos. Buenas noches, señor Anderson. Buenas noches, Al. En cierto sentido, me alegro de que haya sucedido esto.

-Buenas noches, muchachos -dijo Al sonriendo-. No olvides la tarjeta, Mac.

-No me olvidaré. Será mejor que corra usted las cortinas, señor Anderson. No creo que se dediquen a disparar contra sus ventanas, pero cabe esa posibilidad. Ya lo han hecho antes, en otros lugares.

La puerta se cerró instantáneamente tras ellos. El reflejo luminoso que se proyectaba en el suelo a través de la ventana dio paso a las tinieblas al correrse las cortinas. Mac se encaminó hacia la cancela y, una vez fuera, la cerró.

-Aguardad un minuto -dijo-. Voy a ver de nuevo a esos centinelas.

Y se internó en la negrura. Jim permaneció junto al médico, que le aconsejó:

-Lo mejor será que te cuides ese hombro; podría causarte molestias más adelante.

-No me preocupa, matasanos. Creo que lo sucedido me ha hecho bien.

-Sí, con tal de que la cosa no pase de ahí.

-¿De dónde?

-Quiero decir que he advertido algo en tus ojos, Jim; algo de tipo religioso. Ya lo he visto con anterioridad en vuestros muchachos.

-Sí, pero no es nada religioso -protestó Jim-. Yo no tengo nada que ver con la religión.

-Ya supongo que no. No me interpretes mal, Jim, no confundas los términos. Tú vives la vida que te gusta, la llames como la llames.

-Soy feliz, feliz por primera vez. Del todo.

-Lo sé. No dejes que eso se termine. Es la visión celestial.

-Yo no creo en el cielo ni en la religión.

-Muy bien. No voy a seguir discutiendo. No te envidio mucho, Jim, porque en ocasiones yo amo a los hombres tanto como tú, aunque tal vez no exactamente del mismo modo.

-¿Ah, sí, matasanos? ¿Los sientes como tropas y más tropas que marchan por tu interior y tú te aprietas contra ellas?

-Algo parecido. En particular cuando he cometido alguna estupidez, cuando un hombre se ha equivocado y muere por ello. Sí, Jim, experimento eso..., muy a menudo. Oyeron la voz de Mac:

-¿Dónde estáis, muchachos? ¡Maldita oscuridad!

-Por aquí.

Se reunieron con él, y los tres avanzaron por el pomar, bajo los negros árboles. Mac dijo:

-Los centinelas no estaban en el granero, sino afuera, vigilando. Es posible que se queden allí clavados.

A lo lejos, en la carretera, se oía el ronquido de un camión que se acercaba. Burton comentó en tono apacible.

-Lo lamento por Anderson. Todo cuanto respeta, todo cuanto teme, se está volviendo contra él. Me preguntó qué hará. Desde luego, lo echarán de aquí.

-Nosotros no podemos evitarlo, matasanos -replicó Mac, duramente-. Le toca sacrificarse por los demás. Alguien tiene que cargárselas para que el resto se libre del matadero. No podemos pensar en los perjuicios que causen a un solo hombre. Es necesario que así sea, matasanos.

-Yo no estaba poniendo en tela de juicio ni tus motivos ni tus fines; me limitaba a compadecerme del pobre viejo. Se ha quebrado su propia autoestimación. Es un trago amargo para él, ¿no lo crees así, Mac?

-No puedo perder el tiempo con los sentimientos de un solo hombre -repuso Mac con aspereza-. Estoy demasiado ocupado con las masas.

-En el caso del pobre tipo al que mataron era distinto -continuó el médico, en un susurro-. Le gustaba lo que hacía; no hubiera elegido otro camino.

-Me estás partiendo el corazón, matasanos -le cortó Mac, irritado-. No vayas a perderte en sentimentalismos estúpidos, que hay unos fines que alcanzar; unos fines reales, que nada tienen que ver congente que pierde su propia estimación. De lo que se trata es de gente que ha de echarse pan al bandujo, y eso es *real*, y no tus ideas sublimes. ¿Cómo se encuentra el viejo de la cadera rota?

-Muy bien, pues cambiemos de tema. El viejo está volviéndose tan malo como un escorpión. Al principio atrajo mucha atención y eso le hizo sentirse muy orgulloso por un tiempo, pero ahora está furioso porque los hombres no acuden a escucharle.

-Iré a verlo por la mañana -dijo Jim-. Era un buen compañero.

-¡Escucha! -exclamó Mac-. ¿No se ha parado ese camión?

-Creo que sí. Ha sonado como si se hubiera detenido en el campamento.

-Me pregunto qué diablos será. ¡Corramos! Cuidado con los árboles.

Sólo habían recorrido una breve distancia cuando el motor del camión roncó, metió las marchas y se alejó de nuevo. El ruido que producía fue apagándose con la distancia, hasta que se sumergió en el silencio.

-Espero que no sea nada malo -comentó Mac.

Trotaron fuera del pomar y cruzaron el claro. Aún brillaba la luz en la tienda de London, y un grupo de hombres se movía por sus proximidades. Mac avanzó, apartó la lona que hacía de puerta, y penetró. En el suelo había un largo y tosco cajón de madera de pino. London estaba sentado en otro cajón y miró fija y largamente a los recién llegados. La muchacha parecía engullida por su colchón, y el hijo de London, moreno y pálido, se acomodaba junto a ella y le acariciaba el cabello. London señaló el cajón con el pulgar.

-¿Qué demonio vamos a hacer con esto? -preguntó-. A la chica la tiene medio muerta de miedo, así que no podemos dejarlo aquí.

-¿Es Joy? -preguntó a su vez Mac.

-Sí. Acaban de traerlo.

Mac frunció los labios y miró el ataúd con detenimiento.

-Creo que podría quedarse fuera, o bien enviar a tus chicos a dormir a la tienda hospital y dejarlo aquí. A menos que te asuste a ti, London.

-No me refería a mí -protestó London-. No es más que otro muerto. He visto muchos.

-Bueno, pues entonces dejémoslo aquí. Jim y yo nos quedaremos velando; este tipo era amigo nuestro.

Detrás de él, el médico emitió una risita. Mac enrojeció y se volvió.

-Digamos que tú ganas, matasanos. ¿Y qué? Yo conocía a este pobre tipo.

-Yo no he dicho nada.

London habló suavemente con la muchacha y con el chico moreno, quienes no tardaron en abandonar la tienda, ella sosteniéndose en el hombro la manta con que se envolvían ella misma y el bebé.

Mac se sentó en uno de los extremos de la caja oblonga, y acarició la madera con el índice. Las toscas aguas trazaban como riachuelos en la superficie. Jim permanecía en pie detrás de Mac y se quedó mirando fijamente por encima de su hombro. London iba de un lado a otro de la tienda, nerviosamente. Sus ojos evitaban el ataúd.

-¡Pues sí que se las gasta el condado! -comentó Mac.

-¿Y qué más quieres, siendo de balde? -preguntó London.

-¿Yo? No quiero nada, salvo una pira, un buen fuego que dé cuenta de mí, y así no tendrán ni que enterrarme.

Se levantó, palpó el bolsillo de su pantalón vaquero y extrajo una gran navaja. Una de sus hojas terminaba en un destornillador. Lo introdujo en un tornillo de la tapa del ataúd, y empezó a darle vueltas.

-¿Para qué quieres abrirlo? -exclamó London-. De nada va a servir. Déjalo en paz.

-Quiero verlo.

-Pero ¿para qué? Está muerto, no es más que una carroña.

-A veces creo que vosotros, los realistas, sois la gente más sentimental del mundo -dijo el médico en voz baja.

Mac lanzó un gruñido y depositó suavemente el destornillador en el suelo.

-Si crees que es sentimentalismo, yerras, matasanos. Quiero verlo para cerciorarme de si sería una buena idea que los muchachos lo viesen mañana. Tenemos que sacarle algún partido, porque esa gente está muy baja de moral.

-Y los cadáveres pueden servir, ¿eh? -inquirió Burton.

-Debemos emplear todos los medios, matasanos -insistió Jim con la mayor seriedad-; debemos utilizar todas las armas.

Mac levantó la mirada hacia él con expresión de reconocimiento.

-Esa es la idea, ese es el camino. Si Joy puede prestar algún servicio después de muerto, tiene que hacerlo. En esa muchedumbre no hay lugar para cosas como los sentimientos personales; no puede haberlo, ni consideraciones tales como el buen gusto. No lo olvidéis.

London permaneció quieto, escuchando y asintiendo despacio con su cabezota.

-Tenéis razón, muchachos-dijo, para manifestar su acuerdo-. Pensad en Dakin. Ha permitido que su maldito camión lo haya vuelto loco. He oído que mañana le juzgan..., por agresión.

Mac desenroscó rápidamente los tornillos y los dispuso en hilera en el suelo. La tapa continuaba sujeta, y la desprendió de un taconazo.

Joy presentaba un aspecto como aplanado, pequeño y lamentablemente aseado. Estaba amortajado con una camisa azul limpia y sus pantalones tejanos manchados de aceite. Los brazos los tenía rígidamente cruzados sobre el estómago.

-Se han limitado a inyectarle forrhaldehído -comentó Mac.

En las mejillas de Joy había crecido la barba, que se veía muy negra en contraste con la piel grisácea y como de cera. Su rostro aparecía sin desencajamiento alguno, sereno. De él se había desvanecido la amargura que lo roía.

-Parece como si descansara -observó Jim.

-Sí -convino Mac-. Ese es el inconveniente. Será mejor no exhibirlo. Tiene un aspecto tan sereno, que toda la gente va a querer ir a hacerle compañía.

El médico se acercó, miró el féretro un momento, luego se dirigió a uno de los cajones y se sentó en él. Sus grandes y tristes ojos se fijaron en el rostro de Mac, que continuaba mirando a Joy.

-Era un buen chico. Nunca quiso nada para sí mismo. No es que fuera muy brillante, ¿sabéis? Algo equivocado se le metió en la cabeza, y no comprendía por qué había que destruir los alimentos a fin de mantener los precios, mientras la gente se moría de hambre. El pobre jamás consiguió entender eso, y tenía la vaga idea de que él podría ayudar a impedirlo. Me pregunto hasta qué punto ayudó. Resulta muy difícil precisarlo. Quizá nada en absoluto y quizá mucho. Nadie podría decirlo.

La voz de Mac se había vuelto insegura. Los ojos del médico continuaban fijos en su rostro. La boca de Burton se había abierto en una sonrisa al mismo tiempo curiosa, sardónica y amable. Jim intervino:

-Joy no le tenía miedo a nada.

Mac tomó la tapa del ataúd y volvió a colocarla en su lugar.

-No sé por qué decimos "pobre tipo". No era pobre; era más grande que él mismo. No lo sabía ni le importaba, pero continuamente estaba sumido en una especie de éxtasis, incluso cuando le pegaban. Y Jim dice..., que no le tenía miedo a nada.

Mac tomó un tornillo, lo introdujo en uno de los orificios y luego lo fijó, valiéndose de su navaja.

-Eso suena como a discurso -dijo London-. Tal vez fuera mejor que lo pronunciaras tú. Yo no sé nada de hablar en público. Ha sido un lindo discurso; sonaba bonito.

Mac levantó la mirada con expresión de desconfianza, buscando sarcasmo en las palabras de London, pero no lo halló. Se limitó a replicar tranquilamente:

-No se trataba de un discurso. Creo que podía haberlo sido, pero no lo fue. Era como decir que este tipo no ha vivido en vano.

-¿Por qué no pronuncias tú el discurso mañana? Sabes hablar.

-¡No, demonio! El jefe eres tú, y los muchachos se sentirían defraudados si hablara yo. Esperan que lo hagas tú.

-Bueno, ¿y qué les digo?

Mac terminó de apretar los tornillos, uno tras otro.

-Lárgales el rollo de costumbre. Diles que Joy murió por ellos, que trataba de ayudarles, y que lo mejor que pueden hacer por él es ayudarse a sí mismos manteniéndose unidos. ¿De acuerdo?

-Sí, ya entiendo.

Mac se puso en pie miró la nudosa madera de la tapa, y dijo:

-Espero que alguien trate de detenernos, espero que alguien de esos malditos vigilantes se cruce en nuestro camino. ¡Dios mío, espero que traten de evitar que desfilemos a través de la ciudad!

-Comprendo -asintió London.

-Yo también lo espero -repitió Jim, con los ojos brillantes.

-Los muchachos anhelan pelear -prosiguió Mac-. Se sentirán defraudados y querrán romper algo. En cuanto a los vigilantes, no tienen mucho seso, así que espero que mañana sean lo bastante locos como para intentar algo.

Burton se puso en pie con gesto cansado, abandonó su cajón y se encaminó hacia Mac. Le golpeó ligeramente en el hombro y le dijo:

-Mac, personificas la más alocada mezcla de crueldad y de sentimentalismo de ama de casa, de claridad de visión y de orejeras de color rosa que jamás he visto. No comprendo cómo te las arreglas para ser todas esas cosas al mismo tiempo.

-¡Mierda!

-Muy bien, pues mierda -replicó el médico, bostezando-. Me voy a la cama. Ya sabéis donde encontrarme si me necesitáis. Sólo espero que no me necesitéis.

Mac levantó rápidamente la mirada al techo de la tienda, sobre cuya lona caían gruesas y perezosas gotas. Una, dos, tres y luego una docena, golpeando la tienda con un tamborileo sordo. Suspiró y dijo:

-Tenía la esperanza de que no lloviera. Mañana las gentes estarán empapadas como ratas, con la moral por los suelos.

-Pues aun así me voy a la cama -insistió el médico, que salió, golpeando con la lona que hacía las veces de puerta.

Mac se sentó, dejándose caer pesadamente sobre el ataúd. El tamborileo arreció. Afuera, los hombres empezaron a llamarse entre sí, pero sus voces fueron ahogadas por la lluvia. Mac comentó:

-No creo que haya una sola tienda impermeable en el campamento. ¡Jesús! ¿Por qué en cuanto emprendemos una iniciativa nos encontramos con el camino cortado? ¿Por qué siempre tenemos que salir perdiendo? ¡Siempre!

Jim se sentó cautelosamente junto a él, en la larga caja.

-No te preocupes, Mac. A veces, cuando un tipo está en la más extrema miseria, echa el resto y se pone a luchar. Eso es lo que me sucedió a mí, Mac, cuando mi madre se estaba muriendo y ni siquiera quiso hablarme. Me sentí tan miserable, que hubiera aprovechado cualquier oportunidad. No te preocupes. Mac se volvió hacia él:

-Conque haciéndome observaciones otra vez, ¿eh? Acabaré poniéndome hecho una furia si insistes con demasiada frecuencia. Ve a echarte al colchón de la chica. Tienes un brazo malo, y debe de dolerte.

-Escuece algo, sí.

-Bueno, pues échate y trata de dormir algo.

Jim inició una protesta, pero acabó dirigiéndose al colchón extendido en el suelo y se acostó en él. La herida le latía a lo largo del brazo y a través del pecho. Oyó arreciar la lluvia, hasta que barrió la lona, y también oyó las gruesas gotas caer en el interior de la tienda. Una vez hubieron formado un charco en el centro, empezaron a golpear el ataúd.

Mac continuaba sentado en el féretro, sosteniéndose la cabeza con las manos. Los ojos de London, insomnes, semejantes a los de un lince, no se apartaban de la lámpara. El campamento había recobrado el silencio, y la lluvia se derramaba con regularidad desde un cielo en calma. Jim no tardó mucho en sumirse en un sueño palpitante. La lluvia siguió cayendo hora tras hora, mientras en lo alto de la tienda, la lámpara emitía una luz cada vez más amarilla y tenue. Por un momento chisporroteó una llama azul, y finalmente se extinguió.

12

A Jim le pareció despertar dentro de una caja. Todo un lado de su cuerpo estaba sumido en una rigidez dolorosa. Abrió los ojos y miró la tienda en derredor. Se advertía un amanecer gris y lánguido. El féretro continuaba en su sitio, pero Mac y London se habían marchado. Oyó entonces el ruido que sin duda le había despertado: el golpear de unos martillos sobre la madera. Por un momento, permaneció mirando tranquilamente alrededor, pero, al fin, trató de sentarse. La caja hecha de dolor se lo impidió. Rodó sobre sí mismo y se puso de rodillas. Luego se levantó, sosteniéndose el hombro herido para protegerlo de la tensión muscular.

Se apartó la lona que hacía de puerta y entró Mac. Su chaquetón azul de algodón brillaba a causa de la humedad.

-Hola, Jim. Has conseguido dormir algo, ¿verdad? ¿Cómo va ese brazo?

-Entumecido. ¿Continúa lloviendo?

-Llovizna. Dentro de un minuto vendrá el matasanos a mirarte el brazo. ¡Santo Dios, qué humedad hace ahí afuera! Con que los hombres caminen un poco por el campamento, se convertirá en un barrizal.

-¿Qué son esos golpes?

-Están construyendo la tarima para Joy. Incluso he encontrado una vieja bandera para colocársela encima. -Sostenía un pequeño envoltorio de tela deslucido, lo desenrolló y resultó ser una raída y manchada bandera americana. La extendió cuidadosamente sobre el ataúd y dijo-: No, creo que es una equivocación. Me parece que el campo estrellado debería situarse a la izquierda, así.

-Vaya bandera sucia y piojosa -comentó Jim.

-Ya lo sé, pero servirá a nuestros fines. El matasanos ya debería estar aquí.

-Tengo un hambre de todos los demonios.

-¿Y quién no? Para desayunar tenemos copos de avena y nada más, sin azúcar ni leche; sólo copos de avena.

-Aún así me va. Esta mañana no pareces tan abatido, Mac.

-¿Yo? Es que los muchachos no han quedado tan desmoralizados como yo creía. Las mujeres están armando un lío infernal, pero los hombres se encuentran en buena forma, dentro de lo que cabe.

-¿Cómo va eso, Jim? -preguntó Burton, irrumpiendo.

-Duele mucho.

-A ver, siéntate aquí. Te pondré un vendaje limpio.

Jim tomó asiento en un cajón y se contrajo, esperando sentir dolor, pero el médico trabajó con habilidad: retiró el vendaje y aplicó en su lugar uno nuevo, sin hacerle daño.

-El viejo Dan está fuera de sí -explicó Burton- porque teme no poder asistir al funeral. Dice que él empezó esta huelga y que ahora todo el mundo le ha olvidado.

-¿Crees que podríamos colocarlo en un camión y llevarlo, matasanos? -preguntó Mac-. Constituiría una magnífica publicidad.

-Podéis, Mac, pero le va a causar un dolor infernal, y eso acaso trajera complicaciones. Es un anciano. Mantente quieto, Jim, que casi estoy acabando. No, lo mejor que podemos hacer es decirle que vamos a llevarlo, y cuando empecemos a levantarlo, creo que desistirá. Su amor propio está herido, eso es todo. Piensa que Joy le robó el protagonismo.- Dio unos golpecitos sobre el vendaje, ya colocado-. Ya estás listo, Jim. ¿Cómo te encuentras ahora?

Jim movió el hombro cautelosamente.

-Mejor. Seguro que mucho mejor.

-¿Por qué no vas a ver al viejo después de desayunar, Jim? -propuso Mac-. Es amigo tuyo.

-Creo que iré.

-Está un poco ido -explicó Burton-. No le contradigas. Toda esta excitación le ha hecho perder un poco la cabeza.

-Desde luego; le seguiré la corriente -convino Jim, poniéndose en pie-. ¿Sabes? Me siento mucho mejor.

-Vamos a tomarnos nuestra avena -sugirió Mac-. Tenemos la intención de iniciar el funeral a tiempo para que, si es posible, el entierro perturbe el tránsito de mediodía en la ciudad.

-¡Tú y tus consideraciones humanitarias! -dijo el médico, dando un bufido-. ¡Santo Dios, Mac, eres un escorpión! Si yo mandara en el otro bando te agarraba y te fusilaba.

-Supongo que lo harán algún día -replicó Mac:-. Salvo eso, ya me lo han hecho todo.

Se deslizaron fuera de la tienda. En el exterior, la atmósfera estaba saturada de leves gotitas de agua, que cayendo en forma de llovizna grisácea, empañaban la visión. Los manzanos se desdibujaban tras una cortina como de gasa gris. Jim dirigió la mirada a la hilera de tiendas empapadas: las calles estaban cubiertas de barro resbaladizo, a causa de las pisadas de la gente, que no dejaba de moverse, de tal manera que ya no quedaba ningún lugar seco donde sentarse. Filas de hombres guardaban su turno ante las letrinas, en el extremo de las calles.

Burton, Mac y Jim caminaron hacia las cocinas, de cuyas chimeneas se escapaba una humareda densa y azul, causada por la madera húmeda. En las chapas, la avena hervía en las tinas de la colada, y los cocineros la revolvían con largos palos. Jim sintió la humedad penetrar por su cuello, por lo que se arrebujó en el chaquetón y se abrochó el botón superior.

-Me hace falta tomar un baño -dijo.

-Tendrás que bañarte utilizando una esponja; aquí no disponemos de otro medio. Mira, te he traído tu lata para que comas.

Se colocaron al final de la cola formada junto a la cocina. Los cocineros llenaban los recipientes con copos de avena conforme la fila avanzaba. Jim reunió varios copos con el palito que usaba a guisa de cuchara, y sopló sobre ellos.

-Sabe bien. Supongo que estaba medio muerto de hambre.

-No es de extrañar. London está supervisando la construcción de la plataforma; vamos a verlo.

Caminaron, resbalando por el fango y dando brincos para apoyar los pies en los lugares donde el suelo no había sido pisado. La recién erigida plataforma se levantaba detrás de las cocinas: era pequeña, hecha de fragmentos de valla y de planchas viejas. Se elevaba a un metro veinte del suelo, aproximadamente. En aquel momento, London estaba clavando una a modo de barandilla.

-Hola -saludó-. ¿Qué tal el desayuno?

-En una mañana como ésta hasta el polvo asado hubiera parecido estupendo -repuso Mac-. Era lo último que nos quedaba, ¿verdad?

-Así es. Después de eso, nada más.

-Tal vez Dick tenga hoy más suerte -aventuró Jim-. ¿Por qué no me dejas salir en busca de alimento, Mac? Aquí no estoy haciendo nada.

-Tú te vas a quedar aquí. Mira, London, a este chico lo tienen fichado; ya han tratado de agarrarlo un par de veces, y aún pretende salir y caminar por esas calles él solo.

-¡No seas insensato! -le reconvino London-. Te pondremos en el camión, junto al ataúd. Apenas podrías andar, con esa herida. Irás montado en el camión.

-¿Qué demonios...? -empezó a decir Jim

London le dirigió una mirada torva y declaró:

-No te hagas el listo conmigo. Yo soy aquí el jefe. Cuando tú seas el jefe me darás órdenes. Pero ahora soy yo quien las da.

En la mirada de Jim brilló la rebeldía, se dirigió rápidamente hacia Mac, y advirtió que sonreía y esperaba.

-De acuerdo. Haré lo que dices.

-Hay algo que puedes hacer, Jim -intervino Mac:-: comprobar si todo está en orden. London, ¿qué te parece si Jim se paseara de un lado a otro y hablara con los muchachos? Para preguntarles tan sólo cómo se sienten. Así sabríamos lo lejos que podríamos llegar. Creo que los chicos deberían hablar con Jim.

-¿Qué deseas saber? -preguntó London.

-Nos convendría enterarnos de qué opinan ahora de la huelga.

-Me parece muy bien -dijo London.

Mac se volvió hacia Jim:

-Ve a ver al viejo Dan, y luego charla con el mayor número posible de gente, pero en grupos pequeños. No trates de colocarles ningún rollo; limítate a darles la razón hasta que te percates de cómo están los ánimos. ¿Sabrás hacerlo, Jim?

-Desde luego. ¿Dónde tienen al viejo Dan?

-Mira: ¿ves en esa segunda hilera esa tienda más blanca que el resto? Es la tienda hospital del matasanos. Creo que el viejo Dan está allí.

-Iré a verlo.

Rascó los restos de sus copos de avena con el palito y los comió. Aclaró su lata en uno de los barriles de agua, y se dispuso a dejar el recipiente en su pequeña tienda. En el interior de ésta advirtió cierto movimiento. Penetró a gatas y descubrió allí a Lisa, que había estado amamantando a su bebé y se cubría el seno apresuradamente.

-Hola -saludó Jim.

-Hola -repuso la joven en voz muy baja, ruborizándose.

-Creí que os habíais ido a dormir a la tienda hospital.

-Había gente allí.

-Espero que no os hayáis mojado esta noche.

-No, no había goteras -explicó, arrebujándose en la manta.

-¿De qué tienes miedo? No voy a hacerte daño. Mac y yo te ayudamos una vez.

-Ya lo sé. Por eso.

-¿Qué estás diciendo?

-Es que me viste..., sin ropa -dijo con voz apenas audible, al tiempo que casi desaparecía bajo la manta.

Jim se echó a reir, pero al cabo se contuvo.

-Eso no significa nada. No debería mortificarte. Teníamos que ayudarte.

-Lo sé. -Sus ojos miraron hacia arriba por un momento-. Pero me produce una sensación...

-Olvídalo. ¿Cómo está el bebé?

-Muy bien.

-¿Se alimenta como es debido?

-Sí. -En este punto enrojeció al máximo y murmuró-: Me gusta darle el pecho.

-Es natural.

-Es que me gusta..., porque..., se siente una bien. No debía habértelo dicho -y escondió el rostro.

-¿Por qué?

-No lo sé, pero no debí. No es..., decente, ¿no crees? ¿No se lo dirás a nadie?

-Pues claro que no.

Jim apartó la mirada de la muchacha y la dirigió al bajo acceso de la tienda. Estaba cayendo la niebla, y gruesas gotas resbalaban por la lona como una sarta de cuentas. Continuó observando el exterior, sabiendo instintivamente que la muchacha quería mirarle a los ojos, pero no podía porque él dirigía su vista a otra parte.

La mirada de Lisa, en efecto, estaba fija en él, cuyo perfil oscuro se recortaba contra la luz. Advirtió la prominencia del hombro vendado y preguntó:

-¿Qué te pasa en el brazo?

Jim se volvió, y esta vez los ojos de la muchacha sostuvieron su mirada.

-Ayer me pegaron un tiro.

-¡Oh! ¿Duele?

-Un poco.

-¿Un tiro? ¿Un tiro disparado por un hombre?

-En un enfrentamiento con unos esquiroles. Un propietario me disparó con su fusil.

-¿Tú te peleabas? ¿Tú?

-Claro.

Abrió los ojos de par en par y miró fascinada el rostro de Jim.

-Pero tú no tienes ninguna arma, ¿verdad?

-No.

Lisa suspiró y preguntó:

-¿Quién era el tipo que fue anoche a la tienda?
-¿Uno joven? Era Dick, un amigo mío.
-Parece un buen chico.
-Ya lo creo que lo es -respondió Jim sonriendo.
-Es como muy espontáneo. A Joey, o sea mi marido, no le gusta ni pizca, pero yo creo que es un buen chico.
Jim se arrodilló y se dispuso a gatear fuera de la tienda.
-¿Has desayunado?
-Joey ha salido a buscarme algo. -Sus ojos reflejaron una mayor osadía-. ¿Vas a ir al funeral?
-Desde luego.
-Yo no puedo. Joey dice que no puedo.
-Hay demasiada humedad y el tiempo está muy desagradable.
-Jim se arrastró fuera, al tiempo que se despedía-: Adiós, nena, y cuídate.
-Adiós. -Hizo una pausa-. No se lo dirás a nadie, ¿verdad?
Se volvió para mirar dentro de la tienda.
-¿Decir el qué? Ah, lo del bebé. No, no lo diré.
-Es que..., te lo he dicho porque como me viste de aquella manera... No sé por qué.
-Pues no lo diré. Adiós, nena.
Se puso de pie y se alejó. Unos pocos hombres avanzaban por el barrizal, pues la mayor parte de los huelguistas, una vez provistos de sus copos de avena, habían regresado a las tiendas. El humo de las cocinas se desparramaba por el suelo. Soplaba un vientecillo que desplazaba lenta y oblicuamente la neblina. Al pasar ante la tienda de London, Jim echó un vistazo al interior y vio a una docena de hombres de pie junto al féretro, todos ellos con la mirada gacha. Jim se dispuso a entrar, pero se contuvo y se encaminó hacia la blanca tienda hospital, al término de la hilera. En su interior reinaba una curiosa y eficaz pulcritud. Había poco material sanitario: vendas, frascos de tintura de yodo, un gran tarro de sales y un maletín de médico, todo ello ordenado con precisión en una caja.
El viejo Dan estaba incorporado en un catre. En el suelo había una botella de gollete ancho que hacía las veces de orinal, y un recipiente viejo a manera de bacinilla. La barba del viejo Dan había crecido y presentaba un aspecto más salvaje, y las mejillas aparecían más chupadas. Sus ojos dirigieron una mirada fiera a Jim.
-¡Vaya! Por fin has venido. Vosotros, malditos farsantes, ya habéis conseguido lo que os proponíais y dejáis tirado a un hombre.
-¿Cómo se encuentra, Dan? -preguntó Jim para apaciguar los ánimos.
-¿Ya quién le importa? Ese médico es un buen hombre, la única buena persona de este hatajo de piojosos.
Jim empujó una caja de manzanas y se sentó en ella.
-No se enfade, Dan. Mire, me han dado; me han herido en el hombro.
-Te está muy bien empleado -dijo Dan sombríamente-. Vosotros, desgraciados, no sois capaces de cuidar de vosotros mismos. Me extraña que no os hayan matado a todos. -Jim permanecía en silencio. Dan exclamó-: ¡Dejarme aquí tirado! ¡Crees que ya no me acuerdo de nada! En lo alto de aquel manzano todo lo que podía oírse era hablar de huelga, de huelga. ¿Y quién empezó la huelga? ¿Tú? ¡No, maldita sea! ¡Yo la empecé! Crees que no lo sé. Empezó cuando me rompí la cadera, y ahora me dejáis aquí, solo.
-Lo sabemos, Dan, todos nosotros lo sabemos.
-Entonces, ¿por qué nadie me dice ni una palabra? Me tratan como a un crío, maldita sea. -Gesticulaba furiosamente, y por último hizo una mueca de dolor- ¡Van a dejarme aquí mientras todo el mundo acude al funeral! ¡Nadie se preocupa de mí!
-No, Dan -le interrumpió Jim-. Le vamos a montar en un camión y vendrá usted con nosotros. Irá en cabeza del cortejo.
Dan abrió mucho la boca, mostrando sus cuatro largos dientes de ardilla. Sus manos se apoyaron lentamente en la cama y preguntó:
-¿De veras? ¿En un camión?
-Así lo ha dispuesto el jefe. Ha dicho que usted es la auténtica cabeza visible, y que debía ir.

Dan adoptó una expresión muy solemne, y su boca se frunció en una mueca de gravedad. Bajó la vista hacia sus manos, y su mirada se tornó mansa y aniñada.

-Así es, maldita sea. Sabe lo que se hace -comentó en tono suave-. Los guiaré. Eso es lo que necesitaban los obreros desde hace cientos de años: un guía. Les conduciré hacia la luz, y todo cuanto tendrán que hacer es obedecerme. Les diré: "Haced tal cosa, muchachos", y lo harán. Y les diré también: "¡Vosotros, bastardos, gandules, largaos de aquí!". ¡Y por Cristo que lo harán, porque yo no tolero gandules! Cuando yo hable, todos en pie, inmediatamente. -Sonriendo bondadosamente, añadió-: ¡Pobres ratas! Nunca han tenido a nadie que les dijera lo que debían hacer, nunca han tenido un auténtico guía.

-En efecto.

-Bueno, pues ahora van a cambiar las cosas -exclamó Dan-. Diles que yo lo he dicho. Diles que estoy trazando un plan. Estaré en pie dentro de un par de días. Diles que se limiten a tener paciencia hasta que me levante y los dirija.

-Así se lo haré saber.

El doctor Burton entró en la tienda.

-Buenos días, Dan. Hola, Jim. Dan, ¿dónde está el hombre que puse para que le cuidara?

-Se fue -repuso Dan, en tono lastimero-. Salió a traerme algo de desayuno, pero no ha regresado.

-¿Ha necesitado el bote, Dan?

-No.

-¿Es que no le dio la lavativa?

-No.

-Tendré que asignarle otro enfermero, Dan.

-¿Sabe, matasanos? Este desgraciado dice que voy a ir al funeral en un camión.

- Así es, Dan. Puede ir, si quiere.

Dan se echó hacia atrás, sonriendo, y dijo en tono satisfecho:

-Ya es hora de que alguien me preste atención.

Jim se levantó de su caja.

-Le veré más tarde, Dan.

Burton salió con él y Jim le preguntó:

-¿Está perdiendo la chaveta, matasanos?

-No; es un anciano y ha sufrido un trauma. Sus huesos no se sueldan con mucha facilidad.

-Pues habla como si estuviera loco.

-El hombre que puse a su cuidado no se ha ocupado de él. Necesita que le administren una lavativa. El estreñimiento a veces obnubila la razón. Pero no es más que un viejo, Jim. Tú le has hecho muy feliz. Lo mejor que puedes hacer es visitarlo con frecuencia.

-¿Crees que asistirá al funeral?

-No. El traqueteo del camión le produciría dolor. Ya encontraré alguna solución a eso. ¿Cómo sigue tu brazo?

-Lo había olvidado por completo.

-Magnífico. Procura que no te dé frío. Si no te cuidas, podría ponérsete feo. Te veré más tarde. Los hombres se niegan a enterrar los excrementos en las letrinas, y estamos sin desinfectante. Es necesario, a toda costa, conseguir algún desinfectante, el que sea.

Se alejó a toda prisa, murmurando para sí mismo.

Jim miró en derredor, en busca de alguien con quien hablar. Los hombres que divisaba se apresuraban de una tienda a otra por el barro, que en las calles se había vuelto profundo y negro. En las proximidades se levantaba una de las grandes tiendas pardas destinadas a albergar las escuadras. Se escuchaban voces en su interior, y Jim penetró en ella. Bajo la incierta luminosidad marrón distinguió a una docena de hombres aovillados en sus mantas, que interrumpieron la conversación cuando él entró. Se lo quedaron mirando, expectantes. Jim echó mano al bolsillo y extrajo la petaca que le había dado Mac.

-Hola -saludó.

Los hombres continuaron a la espera de algo.

-Me han herido en un brazo -explicó Jim-. ¿Alguno de vosotros, muchachos, me liaría un cigarrillo?

Uno de los que estaban sentados frente a él alargó la mano, tomó la petaca y en un santiamén le lió el cigarrillo.

-Hazla correr. Bien sabe Dios que no nos sobra tabaco en este campamento.

La petaca pasó de mano en mano, y un hombre de baja estatura, pero robusto, que lucía un breve mostacho, invitó:

-Siéntate aquí, en mi cama, chico. ¿No es a ti a quien hirieron ayer?

-Uno de los que hirieron -corrigió Jim, riendo-, pero no soy el muerto, sino el que salió huyendo.

Los concurrentes prorrumpieron en carcajadas que denotaban simpatía. El primero en hablar fue un hombre de cara chupada y pómulos salientes:

-¿Por qué van a enterrar hoy a aquel pobre tipo?

-¿Por qué no?

-Es que todo el mundo deja pasar tres días.

El hombre bajito y robusto exhaló una bocanada de humo y sentenció:

-Cuando estás muerto, estás muerto.

El de la cara chupada, observó, en tono sombrío:

-Imagina que no está muerto y que sólo se halla en un estado digamos... Supon que lo enterramos vivo. Creo que deberíamos aguardar tres días, como hace todo el mundo.

Una voz melosa y sarcástica, que Jim comprobó correspondía a un hombre alto, de frente blanca y sin arrugas, respondió:

-No, no está dormido, puedes estar seguro de eso. Si supieras lo que hacen en la funeraria estarías convencido de que no se encuentra en ningún "estado".

-Podría ser -convino el de la cara chupada-, pero aun así no veo por qué no habría de brindársele una oportunidad.

El de la frente blanca se mofó:

-Pues si es capaz de dormir con las venas repletas de líquido de embalsamar, es que se trata de un dormilón de tomo y lomo.

-¿Eso es lo que hacen?

-Sí. Conocí a un hombre que trabajaba en una funeraria y me contó cosas que no creeríais.

-Prefiero no oírlas -rechazó el de la cara chupada-. Es mejor no hablar de esos temas.

El hombre de complexión robusta preguntó:

-¿Y quién era ese tipejo? Lo vi tratar de arrastrar a los esquiroles, y empezaba a conseguirlo cuando, ¡pum!, lo tumbaron.

Jim mantuvo su cigarrillo apagado entre los labios y luego explicó:

-Yo lo conocía, y era un tipo estupendo, una especie de dirigente laboral.

-Parecen muy desinteresados los dirigentes laborales -reflexionó el de la frente blanca-, pero no duran mucho. Mirad esa serpiente de cascabel de Sam, el estibador: apuesto a que antes de seis meses está muerto.

-¿Y qué hay de London? -inquirió un muchacho moreno-. ¿Creéis que lo pescarán, igual que a Dakin?

-No, por Dios -rechazó el de la cara chupada-. London sabe cuidar de sí mismo, tiene la cabeza sobre los hombros.

-Si es cierto que la tiene -terció el de la frente blanca-, ¿por qué demonios estamos aquí sentados? Esta huelga es una estupidez, y alguien está haciendo dinero gracias a ella. Cuando la situación se pudra, ese alguien nos venderá y a nosotros nos tocará encajar los golpes.

Un hombre fuerte y musculoso se alzó sobre sus rodillas y se quedó agazapado como un animal. Sus labios, en una mueca, descubrieron su dentadura, y en sus ojos brilló una luz rojiza.

-Ya basta, enterado --advirtió-. Conozco a London desde hace mucho tiempo, y si estás insinuando que se propone vendernos, ahora mismo nos vamos a ver las caras tú y yo. No sé nada acerca de esta huelga, y la estoy haciendo porque London dice que es justa, así que tú te callas, tío listo.

-Eres un tipo muy duro, ¿verdad? -le desafió el de la frente blanca, mirándole fríamente.
-Lo bastante como para darte de azotes en el culo.
-Dejadlo correr -intervino Jim-. ¿Para qué pelearnos? Si queréis pelea, va a haber en cantidad para todos.
El hombre corpulento refunfuñó y volvió a sentarse en su manta.
-Que nadie hable en contra de London cuando yo esté presente -advirtió.
-¿Cómo resultaste herido? -se interesó el individuo bajito y robusto.
-Iba corriendo y me dieron.
-Un tipo contaba que ahuyentasteis a un grupo de esquiroles propinándoles una paliza.
-Es cierto.
-Dicen que van a venir más esquiroles en camiones -comentó el de la frente blanca-, y que cada esquirol llevará en sus bolsillos bombas de gases lacrimógenos.
-Eso es mentira -se apresuró a decir Jim-. Siempre hacen circular esa clase de bulos para asustar a la gente.
-También he oído que los jefes mandaron decir a London que se negaban a negociar mientras hubiera rojos en el campamento- continuó el de la frente blanca.
El hombre fuerte y musculoso se dejó oír de nuevo:
-Bueno, ¿y quiénes son los rojos? En mi vida he oído hablar a nadie que pareciera más rojo que tú.
-Pues yo creo que el médico es un rojo -insistió el de la frente blanca-. ¿Qué se le ha perdido aquí a un médico? No va a cobrar por esto; a ver, ¿quién va a pagarle? Él viene a lo suyo, por eso no os preocupéis. -Y con expresión de estar bien enterado, aventuró-: A lo mejor le paga Moscú.
Jim, que se había puesto pálido, escupió al suelo y dijo con voz tranquila:
-¡Eres el hijo de perra más despreciable que he visto en mi vida! Crees que todo el mundo es una sucia rata como tú.
De nuevo se puso de rodillas el individuo corpulento.
-El muchacho tiene razón. Él no puede mandarte al infierno de un puntapié, pero yo sí puedo, y por Cristo que lo haré si no mantienes cerrada esa boca que parece una letrina.
El de la frente blanca se puso en pie lentamente y se dirigió a la entrada. Se volvió y advirtió:
-Muy bien, compadres, pero ya veréis. Muy pronto London os dirá que paréis la huelga y él no tardará en tener un coche nuevo o un empleo fijo. Ya lo veréis.
Una vez más el hombre corpulento se incorporó sobre las rodillas, pero el de la frente blanca se escabulló de la tienda.
-¿Quién es ese tipo? -preguntó Jim- ¿Duerme aquí?
-Qué va. Acaba de llegar hace un momento.
-¿Alguno de vosotros, muchachos, le había visto antes?
Negaron con la cabeza.
-Yo no.
-Nunca.
-¡Por Cristo! -exclamó Jim-. Lo han enviado ellos.
-¿Quiénes lo han enviado? -inquinó un hombre gordo.
-Los propietarios. Lo han enviado para que hable así y os haga concebir sospechas respecto a London. ¿No os dais cuenta? Trata de sembrar el desánimo en el campamento. Sería mejor que un par de entre vosotros, muchachos, comprobarais si se ha largado de aquí.
El hombre corpulento se puso en pie y se ofreció:
-Iré yo mismo, y muy a gusto.
Y abandonó la tienda. Jim advirtió:
-Debéis manteneros vigilantes. Tipos como ése intentan meteros en la cabeza la idea de que la huelga está casi perdida. No prestéis oídos a sus mentiras.
El gordo dirigió una mirada al exterior de la tienda y comentó:
-No es mentira que los víveres se han agotado, ni que esa comida propia de vacas que nos han dado no merece el nombre de desayuno. No hacen falta espías para extender informaciones como ésas.

-¡Tenemos que aguantar! -exclamó Jim-. Sencillamente, hemos de aguantar. Si perdemos, estamos listos, y no sólo nosotros, por añadidura. A todos los demás braceros del país les afectará un poco.

-Hay que mantenerse unidos -convino el gordo-; separados no hay nada que hacer. Los muchachos creen que aspiran a unas condiciones mejores para sí mismos, pero sin los demás no lo conseguirán.

Un hombre de mediana edad que hasta el momento había permanecido echado al fondo de la tienda, se sentó y preguntó:

-¿Sabéis cuál es el problema de los trabajadores? Os lo diré: hablan demasiado, maldita sea, y si pegaran más y disputaran menos, algo conseguirían.

Se detuvo, y los hombres reunidos en la tienda aguzaron el oído. Desde el exterior llegaba el sonido, algo apagado, de pisadas y murmullos de voces: el ruido que produce la aglomeración, penetrante como un olor y, al mismo tiempo, suave. Los presentes continuaron quietos, sentados, escuchando. El rumor se hizo algo más audible, y los pasos chapoteaban en el barro. Un grupo pasó ante la tienda.

Jim se puso en pie y se encaminó hacia la entrada en el momento en que una cabeza asomaba al interior:

-Van a sacar el ataúd. Vamos, muchachos.

Jim apartó la lona que hacía de puerta y salió. Aún había neblina a ambos lados, en forma de delgados y leves copos. Aquí y allá, la floja tela de la tienda se agitaba bruscamente a causa del viento. Jim miró en dirección al final de la calle y comprobó que la noticia había corrido, pues de las tiendas salían hombres y mujeres que, formando grupo, caminaban despacio y convergían junto a la plataforma. A medida que el grupo se hacía más compacto, el clamor de las diversas voces se fundía en una sola, y el rumor de los pasos se traducía en una gran sensación de inquietud. Jim contempló aquellos rostros, cuyos ojos parecían ciegos. Los hombres echaban las cabezas hacia atrás, como si estuvieran olisqueando algo. Se congregaron, pues, junto a la plataforma y se apiñaron en torno a ella.

Salieron seis hombres de la tienda de London, transportando el ataúd. Como carecía de asas, cada pareja de portantes se daba las manos por debajo, y soportaba el peso en los antebrazos. Vacilaron, avanzando como a tirones, tratando de ponerse al paso, y una vez hallada la cadencia, caminaron lentamente por el barro en dirección a la plataforma. Iban con la cabeza descubierta, y las gotas de humedad depositadas en su cabello semejaban polvo gris. El víentecillo levantó un ángulo de la raída bandera, volvió a abatirlo y lo levantó de nuevo. Frente al féretro iba abriéndose un sendero a través del gentío, por el que avanzaban los portantes, con expresión solemne: rostros serios, cuellos rígidos y barbillas gachas. Quienes se apiñaban en el camino que iba abriéndose, contemplaban fijamente el ataúd y permanecían quietos mientras pasaba ante ellos, para ponerse a murmurar luego entre sí. Unos pocos hombres se persignaron subrepticiamente. Los portantes llegaron a la plataforma: los que iban en cabeza apoyaron los pies de la caja en las planchas y los demás la empujaron hacia adelante hasta que estuvo asegurada.

Jim se apresuró en dirección a la tienda de London, en la que se hallaban éste y Mac.

-¡Jesús, creo que deberías hablar tú; yo no puedo!

-No, debes hacerlo tú. Recuerda lo que te he dicho: trata de plantearles preguntas. En cuanto empiecen a contestarte, serán tuyos.

Aunque es un viejo recurso apropiado para las asambleas al aire libre, también puede servir para dirigirse a una multitud.

London le miró, abrumado.

-Debes hacerlo tú, Mac. De veras que no puedo. Ni siquiera conocía a ese tipo.

-Bueno -concedió Mac a regañadientes-, tú subes y lo intentas. Si te derrumbas, yo tomaré el relevo.

London se abrochó el cuello de su camisa azul y se subió las solapas para protegerse la garganta. Abotonó su viejo abrigo de estameña negra sobre el estómago, y se dio unos golpecitos. Su mano ascendió luego hasta su tonsurado cabello y lo peinó por atrás y por los lados. Parecía esforzarse en adoptar un aire solemne. Llegó Sam, el de la cara chupada, y se

colocó junto a él. London salió de la tienda, crecido en autoridad, y seguido de Mac, Jim y Sam. Él caminaba solo por la calle fangosa, al frente del breve cortejo. Las cabezas se volvían conforme se acercaba, y se detuvo el sordo rumor de las conversaciones. Un nuevo sendero se abrió para dejar paso al guía, y las cabezas le siguieron mientras lo atravesaba.

London se encaramó a la plataforma. Estaba solo, por encima de aquellas cabezas. Los rostros le miraban con ojos tan inexpresivos como si fueran de cristal. Por un momento, London dirigió la vista hacia abajo, hacia el ataúd de pino, y sus hombros se ensancharon. Parecía resistirse a romper el pesado silencio. Por fin, cuando sonó, su voz era digna y como remota:

-He subido aquí para dirigiros una especie de discurso, pero yo no sé de discursos.- Hizo una pausa y miró las caras levantadas hacia él-. Este pobre hombre fue muerto ayer. Todos lo presenciasteis. Venía para ponerse a nuestro lado, y alguien se lo cargó, a pesar de que no perjudicaba a nadie.- De nuevo se detuvo, y su rostro reflejó perplejidad-. Bueno, ¿qué puede uno decir? Vamos a enterrarlo. Es uno de los nuestros y le han pegado un tiro. ¿Qué me queda por decir? Vamos a formar un cortejo todos nosotros y a enterrarlo. Lo que le ha ocurrido a él puede ocurrirle a cualquiera de los que estamos aquí. -Guardó silencio y permaneció con la boca abierta unos instantes-. Yo..., yo no sé de discursos -añadió, cohibido-. Aquí hay un tipo que conocía a ese pobre compadre. Voy a cederle la palabra.- Se volvió lentamente hacia Mac y le invitó-: Sube, Mac. Diles algo sobre ese pobre hombre.

Mac abandonó su rigidez y casi se arrojó sobre la plataforma. Sus hombros se movían como los de un boxeador, y gritó apasionadamente.

-¡Pues claro que lo voy a decir! Este sujeto se llamaba Joy y era un radical, ¿comprendéis? Un radical. Quería que vosotros, muchachos, tuvierais bastante que comer y un lugar donde dormir sin mojaros. No deseaba nada para sí mismo. ¡Era un radical! -gritó-. ¿Veis lo que era? Un sucio bastardo, un peligro para el gobierno. No sé si le visteis la cara, deformada por los golpes: los polis se la dejaron así porque era un radical. Sus manos estaban rotas, y también su mandíbula. Esta se la fracturaron cuando formaba parte de un piquete. Lo metieron en chirona, y acudió un médico a visitarlo, pero dijo: "Yo no quiero tratar a un maldito rojo", y allí se quedó Joy con su mandíbula partida. Era peligroso..., porque quería que los hombres como vosotros tuvieran lo suficiente para comer. -Su voz fue suavizándose poco a poco, mientras sus ojos escrutaban de manera experta, y así vio que los rostros se tensaban, tratando de captar las palabras pronunciadas en tono cada vez más bajo. Vio también que los asistentes se inclinaban hacia adelante-. Yo lo conocía -gritó de súbito-. ¿Y qué vais a hacer vosotros? Lo vais a arrojar a un agujero abierto en el fango, lo vais a cubrir con ese fango y lo vais a olvidar.

Una mujer, entre la multitud, empezó a llorar histéricamente. Mac gritó de nuevo.

-¡Luchaba por vosotros! ¿Vais a olvidarle?

Se elevó una voz de hombre:

-¡No, por Cristo!

-¿Vais a permitir que a él le hayan asesinado, mientras vosotros os aguantáis? -insistió Mac.

Esta vez respondió un coro:

-¡No-o-o!

La voz de Mac adoptó un sonsonete:

-¿Vais a limitaros a arrojarlo al fango?

-¡No-o-o!

Los cuerpos se balancearon ligeramente.

-Luchó por vosotros. ¿Vais a olvidarle?

-¡No-o-o!

-Vamos a desfilar a través de la ciudad. ¿Vais a permitir que un solo maldito poli nos detenga?

-¡No-o-o! -y sonó como un profundo rugido.

La muchedumbre se balanceó rítmicamente, como aguardando la próxima pregunta. Pero Mac quebró el ritmo, y esa ruptura produjo un choque entre los congregados.

-Ese pobre hombre -continuó en tono apacible-- representa el espíritu de todos nosotros. No vamos a rezar por él, pues no necesita de plegarias ni a nosotros nos hace falta gente que rece. ¡Lo que necesitamos son cachiporras!

La multitud trató ansiosamente de recobrar el ritmo y repetía:

-Cahiporras, cachiporras...

Luego, aguardó en silencio. Mac se apresuró a decir:

-De acuerdo. Vamos a arrojar al sucio radical al fango, pero aun así permanecerá junto a nosotros. Que Dios ayude a quien trate de detenernos.

Bajó de la plataforma súbitamente, dejando al gentío ansioso e irritado. Unos ojos se miraron en otros con expresión interrogativa. London saltó también del estrado y ordenó a los portantes:

-Colocadlo en el camión de Albert Johnson. Nos vamos dentro de unos minutos.

Siguió a Mac, que se abría paso entre la aglomeración. Cuando salió de ésta, se encontró junto al doctor Burton, que dijo con voz serena:

-Desde luego que sabes cómo manejarlos, Mac. Ningún predicador ha atraído nunca tan aprisa a una multitud a un entierro. ¿Por qué no has continuado un rato más? En un minuto hubieras conseguido que recibieran el don de lenguas y empezaran a tener convulsiones.

Mac le contempló con expresión irritada:

-Deja de meterte conmigo, matasanos. Tengo una tarea que realizar, y debo emplear todos los medios.

-Pero ¿dónde aprendiste eso, Mac?

-Dónde aprendí ¿el qué?

-Todos los trucos.

-No trates de comprenderlo todo, matasanos -repuso Mac en tono fatigado-. Quería ponerlos furiosos y, ¡bueno!, ya lo están. ¿Qué te importa cómo se haya conseguido?

-Me doy cuenta de que lo están; yo tan sólo me preguntaba cómo has aprendido a hacerlo. A propósito, el viejo Dan está de acuerdo en no asistir. Lo decidió en cuanto lo levantamos:

London y Jim se les unieron, y Mac dijo:

-Más vale que dejes aquí una guardia nutrida, London.

-Conforme. Le diré a Sam que se quede con un centenar de hombres. Desde luego que fue un bonito discurso, Mac.

-No tuve tiempo de prepararlo. Lo mejor que podemos hacer es movernos, antes de que esos tipos se enfríen. Una vez se pongan en marcha, se portarán bien, pero no debemos dejarles ahí parados y que pierdan los ánimos.

Se volvieron y desanduvieron su camino. A través de la multitud, los portantes se aproximaban con paso cadencioso, apoyando el féretro en sus antebrazos. La aglomeración se dispersó y formó detrás, bajo la ligera neblina. Hacia el Oeste, un claro en una nube descubría un fragmento de pálido cielo azul, y un viento alto y silencioso iba apartando las nubes ante la vista de los congregados.

-Aún podría quedar un bonito día -observó Mac. Y dirigiéndose a Jim-: Casi me había olvidado de ti. ¿Cómo te encuentras?

-Muy bien.

-Pero aun así creo que no deberías darte esa caminata. Monta en el camión.

-No, andaré. A los muchachos no les gustaría que fuera en un vehículo.

-Ya lo he pensado, pero los portantes también irán en el camión. Eso hará que todo marche bien. ¿Estamos listos, London?

-Listos.

13

El ataúd estaba depositado en la plataforma de un viejo camión Dodge. A ambos lados se sentaban los portantes, con las piernas colgando fuera. Jim, en la misma postura, iba en la parte de atrás. El motor vibraba y tosía. Albert Johnson sacó el vehículo del aparcamiento y condujo hasta la carretera, donde se detuvo a esperar a que la comitiva estuviera formada, de ocho en fondo. Arrancó entonces y mantuvo la primera, avanzando lentamente por la carretera, con la larga fila de hombres detrás, arrastrando los pies. El centenar de centinelas permanecía en el campamento, contemplando cómo se alejaba el cortejo.

Al principio, los hombres trataron de llevar el paso, escandiendo "hep, hep", pero pronto se cansaron. Sus pies continuaban arrastrándose y barriendo el pavimento cubierto de grava. Se elevó entre ellos un leve murmullo de conversaciones, pero cada hombre se obligaba a hablar en voz baja, por respeto al difunto. Al llegar a la carretera general asfaltada, les aguardaba la policía de tránsito, incluida una docena de motoristas. El capitán, desde un automóvil, gritó:

-¡No es nuestro propósito inmiscuirnos! ¡Tenemos por costumbre escoltar los cortejos!

Los pies golpearon secamente el asfalto, y las filas, rotas, caminaban en desorden. Sólo cuando llegaron a las afueras de la ciudad los hombres volvieron a alinearse. En patios y aceras, la gente se detenía y miraba pasar la procesión. Muchos se descubrían al pasar el féretro. Pero no se cumplió el deseo de Mac: en cada esquina del trayecto, estaba la policía desviando el tránsito y abriendo paso al entierro. Al penetrar en el centro comercial de Torgas, salió el sol y brilló sobre las calles mojadas, y la ropa empapada de los manifestantes empezó a desprender vapor bajo el súbito aumento de temperatura. Ahora las aceras estaban repletas de gentes curiosas que se quedaban mirando el ataúd.

El cortejo iba en línea recta, y dentro de él las escuadras se mantenían agrupadas. Los hombres volvieron a marcar el paso, y sus rostros reflejaron expresiones solemnes. Nadie interfirió el avance, y la calzada continuaba despejada de vehículos.

Detrás del camión, atravesaron la ciudad, de nuevo las afueras y otra vez salieron al campo, en dirección al cementerio del condado. Llegaron a él al cabo de un kilómetro y medio, aproximadamente: estaba invadido por las malas hierbas y era de reducidas dimensiones. Sobre las tumbas nuevas se habían plantado pequeñas estelas galvanizadas en las que figuraban nombres y fechas. En la parte trasera del recinto, se amontonaba una pila de barro empapado, recién movido. El camión se detuvo ante la verja, los portantes saltaron al suelo y de nuevo tomaron el ataúd en sus antebrazos. En la carretera, la policía de tránsito detuvo sus motos y permaneció a la espera.

Albert Johnson tomó dos cabos de soga de debajo de su asiento, y siguió a los portantes. La multitud rompió filas y los siguió a su vez. Jim se apeó del camión y se disponía a unirse al gentío, pero Mac lo agarró y le dijo:

-Déjalos ahora. Lo principal era la marcha. Los esperaremos aquí.

Un joven pelirrojo atravesó la verja del cementerio y se acercó.

-¿Conocen a un tipo llamado Mac? -preguntó.

-Ése soy yo.

-Bien. ¿Conoce usted a un sujeto llamado Dick?

-Desde luego.

-Ah, ¿sí? ¿Cuál es su apellido?

-Halsing. ¿Qué le pasa?

-Nada, pero le manda esta nota.

Mac desplegó el papel doblado y lo leyó.

-¡Vaya tipo! -exclamó- ¡Mira, Jim!

Jim tomó la nota, que decía:

"La señora se ha salido con la suya. Tiene un rancho llamado R.F.D. Buzón 221, carretera de Gallinas. Mandad allí inmediatamente un camión para cargar con dos vacas viejas, un ternero y diez sacos de judías. Enviad también a unos cuantos hombres para sacrificar los animales.

Dick

P.S. Anoche casi me detienen.
P.P.S. Estaba menos gorda de lo que os dije."

Mac, riendo, exclamó:
-¡Oh, Jesús! ¡Oh, Cristo! Dos vacas, un ternero y judías. Eso nos permite ganar tiempo. Jim, corre en busca de London y dile que venga lo más rápidamente posible.
Jim se apresuró, abriéndose paso entre la multitud. Al cabo de un momento regresó con London corriendo junto a él.
-¿Ves como lo consiguió? ¿Lo ves? -dijo Mac.
-Al parecer habéis conseguido víveres.
-Sí, maldita sea: dos vacas y un ternero ¡y diez sacos de judías!
Los muchachos pueden ir directamente, ahora, en ese camión.
Desde la parte del cementerio donde se aglomeraba la gente llegó el golpear del barro sobre el ataúd de pino.
-Ya veréis -comentó Mac-. La gente se sentirá bien cuando tenga el estómago lleno de carne y judías.
-Desde luego; yo mismo me comería bien a gusto un trozo de carne.
-Mira, London, yo iré en el camión. Dame unos diez hombres para que vigilen. Jim, puedes venir conmigo.- Dudó un instante-. ¿De dónde vamos a sacar la leña? London, que cada hombre coja uno o dos trozos de madera: un fragmento de empalizada rota o de chapa; cualquier cosa. Diles para qué es. Cuando regreséis al campamento, excavad un hoyo y encended fuego en él. En esos malditos coches viejos encontraréis cacharros suficientes como para levantar una mampara. Hala, a preparar el fuego. -Se volvió hacia el joven pelirrojo y le preguntó-: ¿Dónde está esa carretera de Gallinas?
-A un kilómetro y medio de aquí, más o menos. Pueden dejarme por el camino.
-Voy por Albert Johnson y algunos hombres -dijo London, que echó a correr y desapareció entre la multitud.
Mac continuaba riendo suavemente para sí mismo.
-¡Vaya suerte! La vida se renueva. ¡Oh, qué gran tipo es Dick, qué gran tipo!
Jim, que miraba el gentío, lo vio cobrar vida y agitarse. Una oleada de excitada conmoción se apoderó de él, y luego se disgregó y se encaminó de nuevo hacia el camión. London, en cabeza, señalaba con el dedo a unos hombres. La multitud rodeó el camión, riendo y gritando. Albert Johnson devolvió las sogas a su sitio, bajo el asiento, y montó. Mac se acomodó junto a él y ayudo a Jim a subir.
-¡Manten a los hombres unidos, London! -gritó-. No dejes que vaguen en desorden.
Los diez hombres designados subieron a la plataforma del camión, y la multitud se puso a jugar: unos sujetaban la trasera del camión, obligando a las ruedas a patinar; otros amasaban pellas de barro y las arrojaban contra los que iban sentados en la plataforma. En la carretera, la policía permanecía inmóvil y expectante.
Albert Johnson desembragó con energía y se libró de la sujeción del gentío. El motor resolló pesadamente al penetrar en la carretera. Dos policías montaron en sus máquinas y salieron tras el vehículo. Mac se volvió y miró la muchedumbre a través de la ventanilla trasera de la cabina. Salía del cementerio como una oleada en ebullición, mientras los agentes trataban en vano de dejar paso franco a los automóviles. Los hombres, jubilosos, se burlaban de ellos, los empujaban y los rodeaban riendo como niños. El camión, con su escolta, desapareció con rapidez tras una curva.
Albert observaba su cuentakilómetros con cautela.
-Supongo que a esos nenes les gustaría pillarme por exceso de velocidad.
-Ya lo creo -convino Mac. Y volviéndose a Jim-: Baja la cabeza cuando pasemos a alguien, Jim- Y a Albert-: Si alguien trata de detenernos, échate encima. Recuerda lo que pasó con el camión de Dakin.
Albert asintió y elevó la velocidad a sesenta y cinco kilómetros por hora.
-Nadie me detendrá. Me he pasado la vida conduciendo un camión.

No atravesaron la ciudad, sino uno de sus arrabales, pasaron un puente de madera sobre el río y tomaron la carretera de Gallinas. Albert disminuyó la marcha para dejar que se apeara el joven pelirrojo, el cual, una vez en tierra, les dijo adiós agitando la mano enérgicamente conforme se alejaban. La carretera discurría entre interminables pomares. Prosiguieron unos cinco kilómetros, en dirección al pie de las colinas, antes de que las plantaciones de manzanos empezaran a clarear, cediendo el espacio a rastrojeras. Jim observaba los buzones galvanizados al borde de la carretera.

-Esta es la dos dieciocho -dijo-. Ya no puede estar muy lejos.

Uno de los agentes se volvió hacia la ciudad, pero el otro continuó siguiéndoles.

-Aquí es -dijo Jim-. Esa cancela grande, blanca, ahí.

Albert tomó la dirección indicada y se detuvo, mientras uno de los hombres se apeaba y abría la cancela. El policía paró el motor y apoyó su máquina en el soporte.

-Propiedad privada -le gritó Mac.

-Yo me quedo aquí clavado, amigo; aquí clavado.

Un centenar de metros más adelante, se elevaba una casita blanca bajo un enorme y frondoso pimentero. Detrás, se divisaba un granero asimismo blanco. Un ranchero corpulento, con mostacho pajizo, salió de la casa y se quedó en pie, esperándoles. Albert detuvo el vehículo y Mac saludó:

-Buenos días, señor. La señora nos dijo que viniéramos a buscar cierta mercancía.

-Sí, ya me avisó. Dos viejas vacas lecheras y un ternerito.

-De acuerdo. ¿Podemos sacrificarlos aquí, señor?

-Desde luego. Ustedes mismos. Déjenlo limpio y no armen jaleo.

- ¿Dónde están esos anímales, señor?

-En el granero, pero no los maten allí porque es un lío.

-Como usted quiera, señor. Avanza hasta el granero, Albert.

Una vez el camión quedó detenido, Mac dio la vuelta y preguntó a los hombres que les acompañaban:

-¿Alguno de vosotros, muchachos, ha sacrificado alguna vez una vaca?

-Mi viejo era matarife -interrumpió Jim-. Puedo enseñarles; mi brazo está aún demasiado dolorido para hacerlo yo.

El granjero había ya rodeado la casa y se acercaba a ellos.

-¿Tiene usted un mazo? -preguntó Jim.

Señaló con el pulgar un pequeño cobertizo apartado del granero.

-¿Y un cuchillo?

-Sí, tengo un buen cuchillo. Ya me lo devolverá -y se alejó en dirección a la casa.

Jim habló a los hombres.

-Un par de vosotros, muchachos, id al granero y sacad en primer lugar el ternero. Probablemente será el más inquieto.

El granjero regresó corriendo, llevando un mazo de mango corto y cabeza pesada en una mano, y un cuchillo en la otra. Jim tomó este último y lo miró: la hoja había sido afilada hasta dejarla delgada y brillante, con una punta como una aguja. Apoyó el pulgar en el filo y el granjero dijo:

-Corta, ¿eh? Siempre está afilado.

Tomó de nuevo el cuchillo, se pasó la hoja por las mangas e hizo que reflejara la luz.

-Acero alemán. Buen acero.

Cuatro hombres salieron corriendo del granero con un ternero pelirrojo que no paraba de mugir. Habían pasado una soga en torno a su cuello y tiraban de él, al tiempo que ayudaban, empujando con los hombros. Tuvieron que apoyar los talones en el suelo para pararlo y sostenerlo.

-Aquí no -advirtió el granjero-, que la sangre podría correr por el suelo.

-Debemos recoger la sangre -dijo Mac-. Es buena para comer. Pero necesitaríamos un recipiente donde transportarla.

-Mi viejo solía bebérsela -explicó Jim-, pero yo no puedo, me pone enfermo. Toma, Mac, agarra el mazo. Ahora, golpéale aquí, en la cabeza, bien fuerte. --Y entregando el cuchillo a

Albert Johnson-: Mira, ¿ves dónde tengo la mano? Pues éste es el sitio donde clavárselo en cuanto Mac le haya golpeado. Por aquí pasa una gran arteria. Manten la herida abierta.

-¿Y cómo sabré que he acertado?

-Lo sabrás, vaya que sí. Brotará la sangre en cantidad. Vosotros, chicos, apartaos.

Dos hombres, a los lados, sujetaban al ternero. Mac le golpeó, haciéndole caer de rodillas. Albert, por su parte, le hundió el cuchillo, cortándole la arteria, tras lo cual saltó hacia atrás para evitar el chorro de sangre. El ternero se revolvió, y luego fue cayendo sobre sus patas, lentamente. Su barbilla se apoyó en el suelo y acabó por doblar las rodillas. La sangre, espesa y de color carmín, fue formando charco.

-¡Maldita sea! Lástima que no podamos aprovecharla -se lamentó Mac-. Con que sólo tuviéramos un barrilito...

-¡De acuerdo! -exclamó Jim-. Traed otro animal, traedlo aquí.

Los hombres se habían mostrado curiosos ante el primer sacrificio, pero cuando fueron muertas las dos viejas vacas, no se acercaron tanto para mirar. Una vez todos los animales estuvieron abatidos, y la sangre manaba lentamente de sus gargantas, Albert limpió el viscoso cuchillo en un trozo de arpillera y se lo devolvió al granjero. Colocó la trasera de su camión frente a los animales, y los hombres izaron a la plataforma aquellas criaturas flaccidas y pesadas. Dejaron las cabezas colgando, a fin de que pudieran acabar de desangrarse sobre el suelo. Finalmente, apilaron los diez sacos de judías en la parte delantera de la misma plataforma, y se sentaron sobre ellos. Mac se volvió hacia el granjero:

-Muchas gracias, señor.

-Ni esta es mi propiedad ni esas reses son mías. Yo sólo cuido de la granja.

-De todas formas, gracias por prestarnos el cuchillo.

Mac ayudó un poco a Jim a montar en el camión, y le empujó hacia Albert Johnson, la manga derecha de cuya camisa estaba roja de sangre hasta el hombro. Albert puso en marcha su lento y resollante motor, y avanzó cuidadosamente por la carretera sin asfaltar. El policía de tránsito les aguardaba junto a la cancela, y cuando tomaron la carretera del condado, les siguió a corta distancia.

Los hombres, acomodados sobre los sacos, empezaron a cantar:

"Sopa, sopa, dadnos sopa...
Sólo queremos un poco de sopa."

El policía les sonrió. Uno de los hombres salmodió, dirigiéndose a él:

"Juerga, querido; juerga, querido;
que hasta el jefe de policía es marica."

Mac se inclinó hacía delante, en su asiento, pues Jim se interponía entre él y Johnson, y dijo a este último:

-Albert, deberíamos evitar la ciudad. Hemos de llevar esta carga al campamento. A ver si puedes rodear por los suburbios, aunque sea dar mucha vuelta.

Albert asintió lentamente.

Ahora lucía el sol, pero estaba alto y no daba calor.

-Esto hará sentirse bien a la gente.

Albert asintió de nuevo.

-En cuanto tengan la tripa llena de carne, se echarán a dormir.

-Me sorprendes, Albert -declaró Mac, riendo-. ¿Es que no compartes los ideales acerca de la nobleza del trabajo?

-Ni hablar. Yo no tengo ideales, ni dinero, ni nada.

-Nada tienes que perder, salvo tus cadenas -terció Jim suavemente.

-Eso. Nada que perder, salvo el pelo.

-Pero tú tienes este camión -adujo Mac-. ¿Cómo podríamos transportar esa carga sin un camión?

-Este camión me arruina -se lamentó Albert-. El maldito camión me está llevando a la muerte. -Miró tristemente hacia delante y sus labios apenas se movieron para hablar-. Cuando trabajo y gano tres dólares, me las prometo felices y me dispongo a buscarme una pájara, algo de este cacharro casca y me cuesta los tres dólares. Nunca falla. Este maldito camión es peor que una esposa.

-En un sistema justo, dispondrías de un buen camión -manifestó Jim en tono solemne.

-Ah, ¿sí? En un sistema justo también debería disponer de la pájara. Yo no soy Dakin. Si su camión hubiera sido comestible, ya no hubiera necesitado nada más.

Mac le dijo a Jim:

-Le estás hablando a un hombre que sabe lo que quiere, y lo que quiere no es un camión.

-Eso es -confirmó Albert-. Creo que la culpa la ha tenido el sacrificio de las vacas. Antes, me encontraba muy bien.

De nuevo atravesaban los interminables pomares, de hojas tan oscuras como la tierra empapada de lluvia. Por las cunetas fluían arroyuelos de agua fangosa. El policía de tránsito les siguió mientras Albert giraba, pasando de una carretera a otra, con objeto de rodear la ciudad. Entre los árboles, podían ver las viviendas de los propietarios o de los aparceros.

-Si no fuera por el estado tan lamentable en que iba a quedar nuestra gente -comentó Mac-, me gustaría que siguiera lloviendo, pues se echarían a perder esas manzanas.

-Y también mis mantas -dijo Albert, taciturno.

En la trasera, los hombres cantaban a coro:

"Oh, cantamos, cantamos,
cantamos a Lydia Pinkham
y al don que hizo a la raza humana..."

Albert tomó una curva y se internó en el camino que conducía a la propiedad de Anderson.

-Buen trabajo -le animó Mac-. Ni te has acercado a la ciudad. ¡Menudo lío si nos hubieran agarrado y hubiéramos perdido nuestra carga!

-Observa ese humo, Mac -intervino Jim-. Ya han encendido el fuego.

En efecto, el humo azul caracoleaba entre los árboles, resistiéndose a elevarse por encima de las copas.

-Mejor será que atravesemos el campamento y nos acerquemos a los árboles -aconsejó Mac-. Van a tener que trocear estos animales, y no tenemos donde colgarlos, salvo los manzanos.

Los hombres permanecían en la carretera, mirándolos. A medida que el camión avanzaba, los que iban sobre los sacos de judías se ponían en pie, se quitaban el sombrero y hacían reverencias. Albert metió la primera y se abrió paso entre la aglomeración hasta llegar al límite del campamento, cerca de los manzanos.

London, seguido de Sam, llegó abriéndose camino a través del apiñamiento de hombres y mujeres que gritaban histéricamente.

-¡Colgad estos animales! -ordenó Mac-. Escucha, London: di a los cocineros que corten la carne en trozos delgados, a fin de que cueza en seguida. Esta gente tiene hambre.

Los ojos de London relucían tanto como los de quienes le rodeaban.

-¡Jesús, quién pudiera ponerse a comer ya! Casi pensábamos que no volveríamos a veros.

Los cocineros también se abrieron paso entre los congregados. Los animales se colgaron de las ramas más bajas, se evisceraron y desollaron.

-London, que no se desaproveche nada -advirtió Mac-. Guardad todos los huesos, las cabezas y las patas para hacer sopa.

Un recipiente lleno de carne troceada fue conducido al hoyo donde se había encendido el fuego, y el gentío lo siguió, dejando más espacio para que trabajaran los encargados del descuartizamiento. Mac permaneció en el estribo del camión, contemplando la escena, mientras que Jim continuaba en el asiento, jugueteando con la palanca de cambios. Mac se volvió ansiosamente hacia él y le preguntó:

-¿Qué te ocurre, Jim? ¿Te sientes bien del todo?

-Pues claro; estoy bien, aunque el hombro lo tengo completamente anquilosado. Casi no puedo moverlo.

-Creo que te has enfriado. Veremos si el matasanos te lo puede desentumecer un poco.

Ayudó a Jim a apearse del camión y dejó que se apoyara en él con el codo, mientras avanzaban hacia el foso donde se había encendido el fuego. Un olor de carne asándose invadió todo el campamento. La grasa que se derretía sobre las brasas producía pequeñas llamaradas chisporroteantes, que se alzaban para devorar cada gota que iba cayendo. Los hombres se apiñaban tan densamente en torno al fuego, que los cocineros, que daban vueltas a la carne con largos palos puntiagudos, se veían obligados a abrirse paso. Mac guió a Jim a la tienda de London.

-Voy a decirle al matasanos que venga. Quédate aquí sentado. Te traeré carne cuando esté hecha.

En el interior de la tienda reinaba la oscuridad, y la débil luz que se filtraba a través de la lona gris adquiría ese mismo tono. Cuando los ojos de Jim se fueron acostumbrando, distinguió a Lisa que, sentada en su colchón, sosteniendo al bebé y arropándolo con su manta, le miraba con sus ojos negros e indiferentes.

-Hola -saludó Jim-. ¿Cómo sigues?

-Muy bien.

-¿Puedo sentarme en tu colchón? Me noto un poco flojo.

Encogió las piernas y se hizo a un lado. Jim tomó asiento junto a ella, que preguntó:

-¿Qué es eso que huele tan bien?

-Carne. Vamos a tenerla en cantidad.

-Me gusta la carne. Podría vivir sólo de ella. El hijo de London, moreno y delgado, penetró en la tienda y se detuvo a mirar a la pareja. Lisa se apresuró a decir:

-Lo han herido. No está haciendo nada. Lo han herido en el hombro.

-¡Oh! -exclamó el muchacho en voz baja-. No creí que hiciera nada.- Y dirigiéndose a Jim-: Ella siempre cree que la estoy vigilando, y no es cierto. Opino que si no puedes fiarte de una chica, tampoco merece la pena tratar de vigilarla -sentenció-. Una fulana es una fulana, y Lisa no lo es, así que no voy a tratarla como tal. -Se detuvo unos instantes y prosiguió-: Ahí afuera tienen carne, cantidad de carne, y también judías. Pero creo que no son para ahora.

-También me gustan -dijo Lisa.

El muchacho continuó:

-La gente no quiere aguardar a que la carne esté asada; se la quiere comer cruda por dentro, y si no se anda con cuidado se va a poner enferma.

Alguien apartó la lona que hacía de puerta, y entró el doctor Burton llevando en la mano un cazo con agua que desprendía vapor.

-Esto parece la sagrada familia -bromeó-. Me ha dicho Mac que el hombro se te estaba poniendo rígido.

-Lo tengo anquilosado.

El médico dirigió una mirada a la muchacha y le preguntó:

-¿Crees que podrías dejar acostado al bebé y sostener unos paños calientes en el hombro de éste?

-¿Yo?

-Sí. Yo estoy ocupado. Quítale el chaquetón y mantén el agua caliente en el sitio que se está quedando agarrotado. No le des en la herida, si puedes evitarlo.

-¿Cree usted que sabré?

-¿Y por qué no? Él te ayudó. Anda, quítale el chaquetón y la camisa. Yo tengo trabajo. Te pondré un vendaje nuevo cuando termines.

El médico abandonó la tienda, y la muchacha preguntó:

-¿Quieres que te lo haga?

-Desde luego. ¿Por qué no? Tú puedes.

Entregó el bebé a Joey, ayudó a Jim a despojarse de su chaquetón azul de algodón y le quitó la camisa.

-¿No llevas ropa interior?

-Ño.

La muchacha permaneció en silencio mientras le aplicaba los paños calientes en el músculo del hombro, hasta que el anquilosamiento cedió. Sus dedos presionaban el paño y se movían sobre él, una y otra vez, suavemente, mientras su joven marido la miraba. Al cabo de un rato, regresó el doctor Burton, acompañado de Mac, con un trozo de carne ennegrecida pinchada en un palo.

-¿Te encuentras mejor ahora?

-Mejor, mucho mejor. Ella lo ha hecho muy bien.

La muchacha se apartó y bajó los ojos, satisfecha de sí misma. Burton se apresuró a colocar un nuevo vendaje, y Mac tendió el gran trozo de carne.

-La he salado yo mismo. El matasanos cree que lo mejor será que hoy no andes más de un lado para otro.

Burton asintió y dijo:

-Podrías enfriarte y tener fiebre. Entonces no estarías en condiciones de hacer nada.

Jim se llenó la boca con la correosa carne y empezó a masticar.

-A la gente ¿le gusta la carne? -preguntó.

-Ya lo creo, maldita sea. Ahora se sienten amos del mundo; serían capaces de todo. Ya sabía yo que iba a suceder eso.

-¿Van a salir piquetes hoy?

-En cualquier caso, tú no formarías parte de ellos -repuso Mac después de pensar un momento-. Te quedarás sentado aquí, bien calentito.

Joey devolvió el bebé a su esposa:

-¿Hay suficiente carne, señor?

-Desde luego.

-Bueno, pues voy por una poca para Lisa y para mí.

-Adelante, entonces. Escucha, Jim: no andes de un lado para otro; hoy no será ya mucho lo que se haga, tan avanzada la tarde. London va a enviar a unos cuantos muchachos, en coches, a comprobar cuántos esquiroles están trabajando. Observarán cuántos hay y dónde están, y mañana por la mañana empezaremos a hacer algo al respecto. Ahora nos hallamos en condiciones de alimentar a la gente durante un par de días. Las nubes se están yendo, así que tendremos tiempo despejado y frío.

-¿Te has enterado de algo acerca de los esquiroles?

-No, no sé mucho. Algunos de los muchachos afirman que están llegando en camiones custodiados por guardias, pero cualquiera se cree nada en un campamento como éste. Es el peor lugar del mundo en cuanto a rumores, maldita sea.

-La gente está muy tranquila.

-¿Y por qué no? Tiene la boca llena. Mañana se armará el jaleo. Creo que la huelga no puede alargarse, así que deberá ser dura.

Llegó el ruido de un motor desde la carretera, y luego se detuvo. Fuera de la tienda estalló un súbito rumor de voces, que a continuación se apagó. Sam introdujo la cabeza en la tienda y preguntó:

-¿Está ahí London?

-No. ¿Qué sucede?

-Ahí afuera hay un hijo de perra muy bien vestido, montado en un coche resplandeciente, que quiere ver al jefe.

-¿Para qué?

-No lo sé. Dice que quiere ver al jefe de los huelguistas.

-London está por donde la hoguera. Dile que venga. Probablemente ese tipo quiere dialogar.

-De acuerdo, se lo diré.

Al cabo de un momento, London penetró en la tienda. Le seguía el recién llegado, un hombre fornido, de aspecto acomodado, vestido con un traje gris. Sus mejillas eran rosadas y estaban bien rasuradas, y su cabello blanqueaba casi enteramente. Desde el rabillo de los ojos se extendían unas arrugas que le conferían un aspecto bondadoso, y en su boca se dibujaba una abierta y amistosa sonrisa cada vez que hablaba. Dirigiéndose a London preguntó:

-¿Es usted el responsable del campamento?

-Sí -dijo el interrogado, cuya expresión delataba sospecha-. He sido elegido jefe.

Sam entró, y se situó inmediatamente detrás de London. Su rostro era sombrío y hosco. Mac se sentó con las piernas cruzadas, balanceándose sobre los dedos. El recién llegado sonrió y mostró una dentadura blanca y regular. Se limitó a presentarse:

-Mi nombre es Bolter y soy propietario de una vasta explotación. Soy el nuevo presidente de la Asociación de Cultivadores de Fruta de este valle.

-¿Y qué? -replicó London-. ¿Viene a ofrecerme un buen empleo si me vendo?

La sonrisa no se borró del rostro de Bolter, pero sus limpias y sonrosadas manos se apretaron suavemente contra sus costados.

-Tratemos de empezar de mejor manera -rogó-. Le he dicho que yo era el nuevo presidente, lo que significa un cambio en la política. No creo que las cosas deban hacerse como se han venido haciendo.

Mientras hablaba, Mac no miraba a Bolter, sino a London. Parte de la ira que le embargaba se borró de la faz de este último, que preguntó:

-¿Qué tiene usted que decir? Desembuche.

Bolter miró en torno, en busca de un lugar donde sentarse, pero no lo halló.

-Nunca he visto que dos hombres saquen nada gruñéndose el uno al otro. Siempre he creído que por muy furiosos que estén, si pueden sentarse a ambos lados de una mesa, algo bueno saldrá de ello.

-Aquí no tenemos mesas -rezongó London.

-Usted ya me entiende -prosiguió Bolter-. En la Asociación todo el mundo dice que no quieren ustedes avenirse a razones, pero yo les he replicado que conozco a los trabajadores americanos. Decid algo razonable a unos trabajadores americanos, y os escucharán.

-Bueno, pues ya lo estamos escuchando -terció Sam-. Continúe y díganos algo razonable.

La blanca dentadura de Bolter brilló, y sus ojos miraron en torno, valorativamente.

-¿Lo ven? Es lo que yo les dije: "Déjenme poner nuestras cartas boca arriba, y que ellos pongan también las suyas, a ver qué jugada sale. Los trabajadores americanos no son unos animales."

-Tendría usted que ser congresista -murmuró Mac.

-Perdón, ¿cómo dice?

-Estaba hablando con este chico.

La expresión de London había vuelto a endurecerse.

-Para eso estoy aquí -continuó Bolter-, para poner nuestras cartas sobre la mesa. Como les he dicho, poseo un pomar, pero no vayan a creer que por eso no tomo en cuenta cuáles son sus intereses.

Todos nosotros sabemos que no podemos ganar dinero a menos que el trabajador esté satisfecho. -Hizo una pausa, como aguardando una réplica, pero ésta no se produjo-. Bueno, pues lo que yo creo es esto: ustedes y nosotros estamos perdiendo dinero porque nos dedicamos a intercambiar gruñidos. Nosotros deseamos que ustedes vuelvan al trabajo: de este modo ustedes tendrán sus jornales y nosotros nuestra cosecha recogida, y todos estaremos satisfechos. ¿Quieren ustedes reanudar el trabajo? Sin problemas ni rencores, como dos personas que, sentadas a una mesa, dan por terminada una discusión.

-Por supuesto que volveremos al trabajo, señor -dijo London-. ¿No somos acaso trabajadores americanos? Concédannos el aumento,echen de aquí a los esquiroles y mañana por la mañana nos tiene usted encaramados a esos viejos árboles.

Bolter dirigió una sonrisa en derredor, mirando a los reunidos de uno en uno, y cuando hubo concluido declaró:

-Bien, creo que deben ustedes obtener un aumento, y a todo el mundo le he dicho que ese es mi parecer, pero yo no soy muy buen negociante, y entonces los demás miembros de la Asociación me lo han explicado todo. El precio actual es el máximo que podemos pagar; si lo aumentamos perderemos dinero.

-Creo que, después de todo, no somos trabajadores americanos -intervino Mac, riendo-. Nada de eso me suena razonable. Mejor dicho: me suena como un calcetín lleno de mierda.

-La razón de que no puedan acceder al aumento -manifestó Jim- es que eso significaría que hemos ganado la huelga, y en tal caso un montón de otros pobres diablos también se declararía en huelga. ¿No es así, señor?

Bolter conservó su sonrisa.

-Desde el principio consideré que les correspondía a ustedes ese aumento, pero carecía de poder. Ahora lo sigo creyendo y soy el presidente de la Asociación. He declarado ante ésta cuál era mi parecer. A algunos de sus miembros no les ha gustado, pero yo he insistido en que ustedes debían beneficiarse del aumento. Voy a ofrecerles veinte centavos, y no más problemas ni rencores, y espero que vuelvan ustedes al trabajo mañana por la mañana.

London paseó su mirada en derredor, en busca de Sam. Al advertir su expresión sombría, se echó a reir y dio unos golpecitos en el hombro de aquel hombre de cara chupada.

-Señor Bolter -dijo-, opino como Mac: creo que no somos trabajadores americanos. Usted pretende poner las cartas boca arriba y, en realidad, las pone boca abajo. Las nuestras son éstas, y vive Dios que contienen un triunfo: sus malditas manzanas tienen que ser cosechadas, y nosotros no vamos a recogerlas sin el aumento. Y nadie más va a recogerlas. ¿Qué piensa usted de esto, señor Bolter?

Por último la sonrisa se desvaneció del rostro de Bolter, que dijo con voz grave.

-La nación americana se ha engrandecido porque todo el mundo ha contribuido a ello con su esfuerzo. La mano de obra americana es la mejor del mundo y la mejor pagada.

-Si un chino gana medio centavo diario y le basta para comer tanto mejor para él -interrumpió London, airado-. Pero ¿qué demonios nos importa a nosotros, si con eso mismo pasaríamos hambre?

-Tengo un hogar y unos hijos -declaró Bolter, recuperando su sonrisa-. He trabajado duramente. Ustedes creen que soy distinto de ustedes, pero yo quisiera que me consideraran como un trabajador más. Todo cuanto poseo lo he conseguido trabajando. Nos hemos enterado de que se han infiltrado radicales entre ustedes. Pues bien, yo no creo que unos americanos, penetrados de ideales americanos, vayan a escuchar a los radicales. Todos nosotros estamos en el mismo barco. Los tiempos son difíciles, y debemos tratar de salir adelante, ayudándonos unos a otros.

-¡Oh, por el amor de Dios! -exclamó Sam-. Corte el rollo. Si tiene algo que decir, dígalo, pero déjese de discursos.

-¿Aceptarían ustedes el cincuenta por ciento? -preguntó Bolter con expresión muy entristecida.

-No -negó London-. Usted no ofrecería ese cincuenta por ciento sin estar presionado.

-¿Cómo sabe usted que los hombres no lo aceptarían, si lo pusieran a votación?

-Escuche, señor: la gente está de tan mala uva que bastaría que exhibiera por ahí afuera ese lindo traje para que lo desollaran. Estamos haciendo huelga para obtener el aumento, estamos enviando piquetes a sus malditos pomares, y nos dedicamos a mandar al infierno de un puntapié a todos los esquiroles que traigan. Ahora vayamos al fondo de la cuestión y díganos qué más hay. Ponga las cartas boca arriba. ¿Qué piensan ustedes hacer si no nos reincorporamos?

-Dejarán sueltos a los vigilantes -dijo Mac.

-Nosotros no sabemos nada de vigilantes -se apresuró a aclarar Bolter-. Pero si unos ciudadanos que se consideran ultrajados se organizan para mantener el orden, eso es asunto suyo. La Asociación no sabe nada de eso. -Volvió a sonreír-. ¿Es que no se dan ustedes cuenta de que si atacan nuestros hogares y a nuestros hijos debemos protegerlos? ¿Acaso ustedes no protegerían a los suyos?

-¿Y qué diablos cree que estamos haciendo? -exclamó London-. Estamos tratando de protegerles contra el hambre, y utilizamos el único medio que tiene a su alcance un grupo de trabajadores. Más vale que no siga hablando de hijos o le enseñaremos una cosa.

-Nuestro único propósito es zanjar este asunto pacíficamente declaró Bolter-. Los ciudadanos americanos exigen orden, y yo les aseguro a ustedes que vamos a tener orden aunque nos veamos obligados a solicitar tropas al gobernador.

La boca de Sam estaba húmeda cuando gritó:

-¿Y consiguen que reine el orden disparando a nuestros hombres desde las ventanas, cochino bastardo? En San Francisco impusieron el orden haciendo pasar los caballos por encima de las mujeres, y los periódicos decían: "Esta mañana un huelguista ha muerto al clavarse él mismo una bayoneta". *¡Clavarse él mismo!*

London dejó caer su brazo sobre el enfurecido Sam y, lentamente, le obligó a apartarse de Bolter.

-Déjalo, Sam; basta, tranquilízate.

-¡Vete al infierno! -replicó el otro, airado- ¿Por qué tenemos que continuar escuchando las idioteces que nos larga este piojoso de mierda?

De pronto, London se puso rígido, y su enorme puño salió disparado para estrellarse en el rostro de Sam, que cayó derribado. London permaneció en pie mirándolo. Mac, riendo histéricamente, parodió:

-Un huelguista acaba de arrojarse sobre un puño.

Sam se sentó en el suelo y dijo:

-De acuerdo, London, tú ganas. No armaré más jarana, pero tú no estuviste en San Francisco el Jueves sangriento.

Bolter, que permanecía inmóvil, aventuró.

-Esperaba que entraran ustedes en razón. Estamos informados de que se hallan bajo la influencia de los radicales, enviados aquí por organizaciones rojas. Les están desorientando y mintiendo, pues lo único que desean es que estallen disturbios. Son agitadores profesionales, pagados para promover huelgas.

Mac se incorporó y quedó en cuclillas.

-¡Sucias ratas! -exclamó-. ¿Conque desorientando a los trabajadores americanos? Probablemente están pagados por Rusia, ¿no cree usted, señor Bolter?

El hombre se lo quedó mirando largo rato, y los colores saludables se desvanecieron de sus mejillas. Al fin dijo:

-Supongo que van a combatirnos. Lo siento. Yo deseaba la paz. Sabemos quiénes son los radicales, y emprenderemos acciones contra ellos. -Se volvió hacia London en actitud implorante-. No permitan que los lleven por mal camino, vuelvan al trabajo; nosotros sólo queremos que haya paz.

-¡Ya estoy harto! -cortó London, frunciendo el ceño-. Ustedes quieren que haya paz. Y bien, ¿qué hacemos nosotros? Hemos desfilado un par de veces. ¿Y qué han hecho ustedes? Se han cargado a dos de nuestros hombres, han quemado un camión y un remolque, y han cortado nuestros suministros. Sus malditas mentiras me ponen enfermo, señor. Le dejaré irse de aquí sin que Sam le ponga las manos encima, pero no vuelvan a enviar a nadie más si no es para hablar de cosas concretas.

Bolter sacudió la cabeza tristemente.

-Nosotros no queremos enfrentarnos a ustedes -se lamentó-; sólo deseamos que vuelvan al trabajo. Pero si tenemos que luchar, disponemos de armas. Las autoridades sanitarias están muy inquietas en relación con este campamento, y a la junta de gobierno no le gusta que en este condado se consuma carne que no haya pasado la inspección reglamentaria. En cuanto a nuestros ciudadanos, están más que cansados de todo este desorden. Por lo demás, solicitaremos tropas si las precisamos.

Mac se levantó, se encaminó a la salida de la tienda y miró al exterior. Estaba anocheciendo. El campamento permanecía tranquilo, pues los hombres de dedicaban a vigilar la tienda de London, hacia la que se volvían todos los rostros, blanqueados por la luz crepuscular.

-¡Muy bien, muchachos! -gritó Mac-. No vamos a venderos.- Y volviéndose hacia la tienda-: Enciende la lámpara, London. Quiero decirle cuatro cosas a este amigo de la humanidad.

London acercó una cerilla a la linterna de hojalata y la colgó del palo central de la tienda, desde donde difundió una luz pálida y uniforme. Mac se situó frente a Bolter, y en su musculosa cara se dibujó una sonrisa desdeñosa.

-Muy bien, muchacho.. Usted ha hablado con mucha elocuencia, pero me consta que durante todo este rato se ha estado meando en los pantalones. Admito que puedan ustedes hacer todo lo que acaba de decirnos, pero mire lo que pasará después. Su servicio sanitario quemó las

tiendas en Washington, y esa fue una de las razones de que Hoover perdiera los votos de los trabajadores. Ustedes mandaron la guardia nacional a San Francisco, y casi toda la ciudad se puso al lado de los huelguistas. Ustedes han tenido que valerse de la poli para impedir que nos llegaran los víveres y poner a la opinión pública en contra de la huelga. Yo no hablo de lo que es justo ni de lo que es equivocado, señor; me limito a explicarle lo que sucede.- Mac dio un paso atrás-. ¿De dónde cree usted que obtenemos alimentos y mantas, medicinas y dinero? Usted sabe pero que muy bien de dónde los obtenemos: su valle está repleto de simpatizantes. Sus "ciudadanos ultrajados" son unos pocos, y usted lo sabe, como también sabe que si van demasiado lejos, los sindicatos protestarán: los de conductores de camión, de camareros de restaurante y de trabajadores del campo; todo el mundo. Y precisamente porque lo saben, tratan ustedes de tirarse un farol. Bueno, pues no sirve. Este campamento está más limpio que los piojosos pabellones que tienen ustedes para nosotros en sus ranchos. Usted ha venido aquí a tratar de meternos miedo, pero es inútil.

Bolter estaba muy pálido. Se apartó de Mac y se enfrentó a London:

-He tratado de poner paz. ¿Sabe usted que este hombre ha sido enviado por el cuartel general rojo para promover esta huelga? Mire que cuando él vaya a la cárcel usted irá a hacerle compañía. Tenemos derecho a proteger nuestras propiedades, y haremos uso de él. He intentado hablar con usted de hombre a hombre y usted no ha querido. A partir de ahora, las carreteras están cortadas. Esta noche va a dictarse una orden prohibiendo cualquier manifestación o reunión en las carreteras del condado. El sheriff nombrará un millar de ayudantes, si los necesita.

London dirigió una rápida mirada a Mac, quien le guiño un ojo.

-¡Jesús, señor! -exclamó London-. Espero que podamos sacarle de aquí sano y salvo. Cuando los chicos de ahí afuera se enteren de lo que acaba usted de decir, van a querer hacerle pedacitos.

Bolter apretó las mandíbulas, bajó los ojos y puso en tensión sus hombros.

-No se hagan ilusiones de que pueden asustarme. Si es necesario, protegeré mi hogar y a mis hijos con mi propia vida, pero si me ponen la mano encima su huelga habrá sido barrida antes de mañana por la mañana.

London dobló los brazos y se adelantó, pero Mac, de un salto, se interpuso en su camino.

-Este tipo tiene razón, London: no tiene miedo, y no conseguiremos que lo tenga. -Se volvió en redondo-. Señor Bolter, nos ocupa remos de que pueda usted abandonar el campamento. Ahora sí que nos entendemos: sabemos lo que podemos esperar de ustedes, y también cuan cuidadosos deberán mostrarse cuando utilicen la fuerza. No olviden los millares de personas que nos envían alimentos y dinero, y que harán otras cosas, si llega el caso. Nos hemos mostrado sensatos, señor Bolter, pero si ustedes emprenden alguna acción, organizaremos tales disturbios que se acordarán de nosotros.

-Parece que no tenemos nada más que hablar -dijo Bolter fríamente-. Lo siento, pero me veo obligado a informar de que ustedes no quieren ceder en sus pretensiones como nosotros hemos cedido en las nuestras.

-¿Que ustedes han cedido? -gritó Mac-¡Ustedes no han cedido en absoluto!- Su voz se tornó más suave-. London, ponte a un lado de él, que Sam se coloque en el otro, y cuidad de que se marche sin contratiempos. Creo que sería mejor que informarais luego a la gente de sus proposiciones, pero sin que se os vaya de las manos. Ordena a las escuadras que repriman cualquier levantamiento.

Rodearon a Bolter y lo condujeron a través de la silenciosa aglomeración, comprobaron que montaba en su coupé y le observaron alejarse carretera adelante. Una vez se hubo marchado, London levantó la voz para decir:

-Si queréis reuniros en torno a la plataforma, me subiré a ella y os informaré de lo que nos ha dicho ese hijo de perra, y de lo que le hemos contestado.

Se abrió paso y los hombres, excitados, le siguieron. Los cocineros abandonaron los fogones, donde hervían judias y trozos de ternera. Las mujeres se arrastraron como roedores fuera de las tiendas, y se agregaron a la multitud. Cuando London se encaramó a la plataforma estaba rodeado estrechamente por el gentío, en pie bajo el crepúsculo, contemplándole.

Durante la conversación con Bolter, el doctor Burton se había borrado a sí mismo, permaneciendo tan silencioso que parecía haberse esfumado, pero cuando el grupo salió, dejando tan sólo a Jim y a Lisa sentados en el colchón, abandonó su rincón y se sentó en un extremo del mismo colchón, junto a ellos. Su rostro reflejaba preocupación.

-Se va a armar una buena -comentó.

-Eso es lo que queremos, matasanos -le dijo Jim-. Cuanto peor se ponga, más efecto surtirá.

Burton le contempló con sus ojos tristes.

-Tú ves un camino. Yo quisiera verlo también, pero todo esto me parece desprovisto de significado; lo creo brutal y desprovisto de significado.

-Debe continuar -insistió Jim-. Sólo podrá detenerse cuando los hombres se gobiernen a sí mismos y disfruten de los beneficios de su trabajo.

-Parece bastante sencillo -replicó Burton suspirando-. Quisiera pensar que es así de sencillo.- Se volvió hacia la muchacha, sonriendo-. ¿Qué solución propones tú, Lisa?

-¿Eh?

-Quiero decir qué te gustaría tener para ser feliz.

Contempló tímidamente al niño y dijo:

-Me gustaría tener una vaca. Me gustaría tener mantequilla y queso de elaboración casera.

-¿Querrías explotar a una vaca?

-¿Eh?

-Estoy diciendo tonterías. ¿Has tenido alguna vez una vaca, Lisa?

-Cuando era niña teníamos una. Salía y me tomaba la leche caliente; mi viejo solía ordeñarla en una especie de vaso, lista para beber. Estaba caliente; así es como me gusta. Apuesto a que sería buena para el niño.- Burton apartó lentamente su mirada de la joven, quien insistió-: La vaca acostumbraba comer hierba y, a veces, heno. No todo el mundo sabe ordeñar; las vacas cocean.

-¿Has tenido alguna vez una vaca, Jim? -preguntó Burton.

-Ño.

-Nunca creí que las vacas fueran animales contrarrevolucionarios -comentó el médico.

-¿Qué estás diciendo, matasanos?

-Nada. Creo que no me siento feliz del todo. Durante la guerra serví en el ejército, recién salido de la facultad. Nos trajeron a uno de nuestros hombres con el pecho reventado por un disparo, y a un alemán de grandes ojos con las piernas arrancadas. Trabajé con ellos como si fueran de palo, pero cuando todo hubo terminado, cuando ya no estaba trabajando, a veces aquello hacía que me sintiera desdichado, como esto de ahora. Y solo, además.

-No deberías pensar más que en la finalidad, matasanos. De esta lucha va a crecer algo bueno que la justificará.

-Jim, quisiera estar seguro de eso, pero a tenor de mi modesta experiencia, la finalidad nunca difiere mucho en su naturaleza de los medios. Maldita sea, Jim, con la violencia sólo se puede construir algo violento.

-No lo creo yo así. Todas las cosas grandes han tenido unos comienzos violentos.

-No existen tales comienzos, ni tampoco fines. Me parece que el hombre se ha lanzado a una ciega y tremenda lucha para salir de un pasado que no puede recordar, y para dirigirse hacia un futuro que no es capaz de prever ni comprender. Y el hombre se ha enfrentado a todos los obstáculos y a todos los enemigos y los ha vencido, salvo a uno: no puede vencerse a sí mismo. ¡Cuánto se odia la humanidad a sí misma!

-Nosotros no nos odiamos a nosotros mismos; odiamos el capital invertido, que nos mantiene aherrojados.

-El otro bando está integrado por hombres, Jim; hombres como tú. El hombre se odia a sí mismo. Los psicólogos afirman que el amor propio de un hombre está claramente compensado por el odio hacía sí mismo. La humanidad continuará siendo la misma. Luchamos contra nosotros mismos y sólo podemos vencer matando a todos los hombres. Me siento solo, Jim, porque no tengo nada que odiar. ¿Qué vas a sacar tú de esto, Jim?

Jim pareció sorprendido, y se señaló su propio pecho.

-¿Te refieres a mí?

-Sí, a ti. ¿Qué vas a sacar de todo este jaleo?

-No lo sé ni me preocupa.

-Bueno, pues imagina que por culpa de ese hombro contraes un envenenamiento de la sangre o te mueres de tétanos y la huelga se rompe. ¿Qué ocurre entonces?

-Eso no importa. Yo acostumbraba pensar como tú, matasanos, pero no importa en absoluto.

-¿Qué es lo que te ha llevado por este camino? ¿Cuál ha sido el proceso?

-No lo sé. Solía sentirme solitario, pero ya no lo estoy. No importa que desaparezca, porque la cosa no se detendrá. Yo no soy más que una pequeña parte de ella, que crecerá y crecerá. Este dolor en el hombro incluso me resulta placentero, y apuesto a que, antes de morir, Joy se sintió contento por un instante. Apuesto a que fue así.

Oyeron una voz recia y monótona fuera, luego unos gritos y, por último, el rugido airado de la muchedumbre, semejante al bramido de un animal furioso.

-London les está informando -comentó Jim-. Están indignados. ¡Jesús, y de qué manera una muchedumbre puede llenar el aire con su ira! Tú no comprendes esto, matasanos. Mi viejo solía luchar solo: cuando le daban una paliza se la daban, y yo recuerdo lo solo que se sentía. Pero yo ya no estoy solo y no me pueden pegar porque soy algo más que yo mismo.

-Puro éxtasis religioso. Puedo entenderlo. Copartícipes de la sangre del Cordero.

-¡Al infierno con la religión! Se trata del hombre, no de Dios y eso tú lo sabes.

-¿Es que un grupo de hombres no puede ser Dios, Jim?

Jim se volvió en una sacudida.

-Hablas demasiado, matasanos, maldita sea. Construyes una trampa de palabras y luego caes tú mismo en ella, pero a mí no me cogerás. Tus palabras no causan ningún efecto en mí porque sé lo que estoy haciendo. Las discusiones no me afectan en lo más mínimo.

-Tranquilo -le aconsejó Burton con aspereza-, no te excites. Yo no estaba discutiendo, estaba solicitando información. Todos vosotros os enfadáis cuando se os hace una pregunta.

A medida que el crepúsculo se convertía en noche cerrada, la linterna parecía hacerse más brillante, alcanzando los últimos rincones de la tienda con su luz amarilla. Mac entró despacio, como si huyera del ruido y de los gritos de afuera.

-Se están poniendo salvajes -comentó-. Vuelven a tener hambre. Para esta noche hay carne cocida con judías. Me constaba que tanta carne iba a excitarlos. Quisieran salir a quemar casas ahora mismo.

-¿Qué aspecto tiene el cielo? -preguntó Burton-. ¿No se anuncia más lluvia?

-Está claro y con estrellas. Hará buen tiempo.

-Quiero hablar contigo, Mac. Estoy mal de suministros. Necesito desinfectante y debería disponer de algo de Salvarsan. Si se declarara algún tipo de epidemia, estábamos listos.

-Lo sé, y ya envié recado a la ciudad. Algunos de los muchachos están tratando de conseguir dinero para eso y para pagar la fianza de Dakin. Y sin embargo, preferiría que permaneciera en la cárcel.

Burton se levantó del colchón.

-A London le puedes decir lo que ha de hacer, pero Dakin no siempre te haría caso.

-¿Qué ocurre, matasanos?-interrogó Mac, estudiando a su interlocutor-. ¿Es que no te encuentras bien?

-¿Qué quieres decir?

-Quiero decir que tu temple te está abandonando. Estás cansado. ¿Qué sucede, matasanos?

Burton introdujo las manos en los bolsillos.

-No lo sé. Supongo que me siento solo, terriblemente solo. Trabajo en solitario por nada. Para vosotros hay alguna compensación, pero yo no oigo más que latidos a través de un estetoscopio. Vosotros, en cambio, los percibís en el aire.

De pronto, se inclinó, tomó la barbilla de Lisa, le levantó la cara y la miró a sus ojos cohibidos. La mano de la joven se alzó suavemente y apartó la del médico, agarrándola por la muñeca. El la dejó hacer y devolvió la mano al bolsillo.

-Me gustaría conocer a alguna mujer con la que pudieras ir, matasanos, pero no sé de ninguna -dijo Mac-. Soy nuevo aquí. Dick podría ser tu guía en la ciudad. Es probable que a estas

alturas se haya ligado a una veintena. Pero correrías el riesgo de ir a la cárcel, matasanos, y si tú no cuidas de nosotros nos echan a patadas de estas tierras en un minuto.

-A veces comprendes demasiado las cosas, Mac. Otras..., no entiendes nada. Creo que voy a visitar a Al; no he ido en todo el día.

-De acuerdo, matasanos, si eso te hace sentir mejor. Mantendré a Jim bajo cubierto esta noche.

El médico miró una vez más a Lisa y se marchó.

El griterío se había transformado en conversaciones en voz baja, que daban vida al exterior de la tienda. Mac se levantó:

-El matasanos no come y nadie le ha visto dormir. Supongo que se derrumbará tarde o temprano, aunque nunca le ha sucedido hasta ahora. Necesita imperiosamente una mujer; alguna que a él le gustara, durante toda una noche. Que realmente le gustara, ¿entiendes? Precisa sentir a alguien con su piel. Yo también, por lo demás. Lisa, eres una chiquilla con suerte, pues tienes un niño. De otra forma, me dedicaría a perseguirte.

-¿Qué?

-Que cómo está el niño.

-Muy bien.

Mac asintió gravemente, mirando a Jim.

-Me gustan las chicas que no hablan demasiado.

-¿Qué ha ocurrido ahí fuera? -preguntó Jim-. Me pone enfermo permanecer aquí.

-London repitió lo que dijo aquel sujeto y solicitó un voto de confianza. Y vaya si lo ha obtenido. Ahora está ahí afuera, hablando con los jefes de escuadra sobre lo que se va a hacer mañana.

-¿Y qué se va a hacer mañana?

-El tipo dijo la verdad sobre aquella orden. A partir de mañana no será legal que los muchachos desfilen por la carretera del condado. No creo que tengan en cuenta los camiones. De manera que en lugar de patrullar por las explotaciones, enviaremos escuadras volantes en los vehículos. Podemos organizar incursiones rápidas contra las cuadrillas de esquiroles y salir corriendo, y así una y otra vez. A lo mejor resulta.

-¿De dónde vamos a sacar la gasolina?

-Llenaremos los depósitos de todos los vehículos y la transvasaremos a los que utilicemos. Podría durarnos todo el día. Pasado mañana tendremos que intentar algo distinto. Acaso mañana golpeemos tan fuerte que podamos descansar al otro día, mientras envían un nuevo cargamento de esquiroles.

-¿Podré salir mañana?

-¿A dónde pretendes ir? -exclamó Mac-. Los tipos que vayan deben ser luchadores, y tú, con ese brazo, no estás en condiciones. Usa la cabeza.

London apartó la lona que hacía de puerta y entró. Su rostro estaba arrebolado a causa del placer.

-La gente está con el ánimo a tope -declaró-. ¡Jesús, por un quítame allá esas pajas armarían el cisco en todo Torgas!

-No permitas que se desmadren -aconsejó Mac-. Se han llenado la tripa, y si ahora se abandonan nunca más volveremos a controlarlos.

London empujó un cajón y se sentó en él.

-La comida está lista, según dicen. Quiero hacerte una pregunta, Mac. Todo el mundo dice que eres un rojo. Los dos tipos que hasta ahora nos han enviado han coincidido en eso. Parecían saberlo todo acerca de ti.

-Ah, ¿sí?

-Dímelo sin rodeos, Mac. Jim y tú ¿sois rojos?

-¿A ti que te parece?

Los ojos de London emitieron un destello de ira, pero se contuvo.

-No lo tomes a mal, Mac, pero es que no me parece bonito que los tipos del otro bando sepan más que yo. ¿Y qué diablos es lo que saben? Venís a mi campamento y nos echáis una mano.

Nunca os he hecho preguntas, nunca, y ahora no quisiera hacéroslas, pero tengo que saber a qué atenerme.

Mac mostraba inquietud. Dirigió una mirada a Jim y le preguntó:

-¿De acuerdo?

-Por mí sí.

-Escucha London -empezó Mac-. Un tipo como tú cae muy bien: Sam le largaría una patada en el culo al primero que te mirara de través.

-Tengo buenos amigos.

-Así es; yo también lo creo. Imagina que yo fuera un rojo. ¿Qué pasaría?

-Eres amigo mío.

-Bueno, pues soy un rojo, no hay por qué hacer un secreto de eso. Dicen que yo empecé esta huelga. Me hubiera gustado empezarla, de haber podido, pero no fue así. Empezó por sí sola.

London le dirigió una mirada cautelosa, como si su mente rodeara despacio la mente de Mac.

-¿Y qué sacáis de esto? -preguntó.

-¿Te refieres al dinero? Nada en absoluto.

-Entonces, ¿por qué lo hacéis?

-Resulta difícil de explicar... ¿Sabes tú cuáles son tus sentimientos respecto a Sam y a los tipos que viajan contigo? Bueno, pues yo siento lo mismo por todos los trabajadores del país.

-¿Por tipos a los que ni siquiera conoces?

-Sí, por tipos a los que ni siquiera conozco. Y a Jim le pasa exactamente igual, exactamente igual.

-Eso parece una locura, maldita sea; como una broma. ¿Y no ganáis ningún dinero?

-¿Ves tú algún Rolls-Royce por los alrededores?

-Pero ¿y después?

-¿Después de qué?

-Tal vez después de que esto haya terminado hagáis una colecta.

-No hay después. Cuando esto haya concluido habrá otra cosa.

London lo miró de reojo, como si tratara de leer sus pensamientos. Al fin, dijo lentamente:

-Te creo. Hasta ahora no me has defraudado.

Mac alzó el brazo y golpeó con rudeza los hombros de London.

-Te lo hubiera dicho antes si me lo hubieras preguntado.

-Yo no tengo nada contra los rojos. He oído siempre que son unos hijos de perra. Sam es una especie de serpiente de cascabel y tiene un pésimo carácter, pero no es un hijo de perra. Vayamos a comer algo.

-Os traeré un poco a Lisa y a ti, Jim -dijo Mac levantándose.

Desde la salida de la tienda, London observó:

-Qué bonita sale la luna. No sabía que estaba llena.

-Como que no está. ¿Dónde la ves?

-Mira: ¿ves allí arriba? Parece que va a salir la luna.

-Eso no es el Este... ¡Oh, Jesús! ¡Es Anderson, London! -gritó Mac-. ¡Han incendiado la casa de Anderson! Reúne a los hombres y vayamos. ¡Maldita sea! ¿Dónde estaban esos centinelas? ¡Reúne cuanto antes a los muchachos!

Se alejó corriendo, en dirección a la roja y creciente luminosidad tras los árboles.

Jim saltó de su colchón. No sintió su brazo herido mientras corría, cincuenta metros detrás de Mac. Oyó gruñir la voz de London, y a continuación el golpear de muchos pies en el suelo mojado. Llegó hasta el pomar y continuó su carrera, mientras la luz roja se elevaba en forma de hongo por encima de los árboles. Ahora era algo más que un resplandor: una lanza flamígera que iluminaba las copas de los manzanos. Por encima del sonido de las pisadas se escuchaba un chasquido siniestro, y de más adelante llegaban gritos agudos y una especie de mugido. Los árboles proyectaban sombras sobre el fondo luminoso, pues el final del pomar estaba bloqueado por el fuego, y ante él se movían figuras negras. Jim pudo distinguir a Mac, que le precedía, y percibir el rugido de las llamas, en aumento y semejante a un ronquido. Se esforzó por correr más, alcanzó a Mac y continuaron juntos.

-Es el granero -dijo, sin resuello-. ¿Se habían llevado ya las manzanas?

-¡Jim! Maldita sea, no debiste venir. No, las manzanas siguen en el granero. ¿Dónde demonios estaban los centinelas? No puede uno fiarse de nadie.

Se aproximaron al final de la hilera de árboles, y el aire caliente azotó sus rostros. Las cuatro paredes del granero ardían, y las poderosas llamas brotaban del techo. Los centinelas permanecían en pie ante la casita de Anderson, quietos, contemplando el resplandor, mientras el granjero se movía frente a ellos espasmódicamente.

Mac dejó de correr.

-No vayamos. No podemos hacer nada. Han debido de utilizar gasolina.

London pasó a la carrera junto a ellos, y su rostro estaba cadavérico. Se plantó delante de los centinelas y se puso a gritar:

-¡Ratas malditas! ¿Dónde demonios estabais?

Uno de los hombres elevó su voz por encima del fragor del incendio:

-Tú mandaste a un tipo reclamándonos. Cuando estábamos a medio camino del campamento vimos que empezaba el fuego.

La furia de London se disipó. Sus grandes puños se abatieron y se volvió inerme hacia donde estaban Mac y Jim, con los ojos brillantes bajo el resplandor. Anderson se acercó brincando, prosiguiendo su descoyuntada y salvaje danza. Se aproximó a Mac y se quedó ante él, enfrentándosele.

-¡Sucio hijo de perra!

Su voz se quebró, y se volvió llorando hacia la torre llameante. Mac puso su brazo en torno a la cintura de Anderson, pero el anciano se sacudió. El fuego arrancaba un fuerte y dulce olor de manzanas quemadas.

Mac presentaba un aspecto agotado y triste. Dirigiéndose a London exclamó:

-¡Dios! ¡Lo que hubiera dado por evitar esto! ¡Pobre hombre, es toda su cosecha! -Un pensamiento le detuvo-: ¡Cristo todopoderoso! ¿Has dejado a alguien vigilando el campamento?

-No, no se me ha ocurrido.

-Vamos -dijo Mac dando media vuelta-. Unos cuantos de vosotros, seguidme. Tal vez esto sea una maniobra para distraernos. Los demás, quedaos aquí para que no incendien también la casa.

Desanduvo corriendo el mismo camino por el que llegó, y su alargada y negra sombra vaciló ante Jim, que trataba de alcanzarle, por más que su debilidad se lo impedía. Mac fue ganando terreno y los hombres también le adelantaron, hasta dejar solo a Jim que avanzó tropezando, mareado, en la tierra desigual. Ante él, no se veían llamas brotar del campamento, por lo que optó por abandonar la carrera y caminar entre las hileras de árboles. Oyó el crujido que produjo el granero al derrumbarse, pero ni siquiera se volvió a mirar. Cuando llevaba recorrida la mitad del camino, las piernas le flaquearon a causa de la debilidad y acabó sentándose pesadamente en tierra. Sobre su cabeza, el cielo brillaba con resplandores ígneos, y más arriba de la luminosidad baja y rosada colgaban las heladas estrellas.

Mac volvió sobre sus pasos y le encontró.

-¿Qué ocurre, Jim?

-Nada. Tengo las piernas flojas y estoy descansando. ¿Sigue el campamento en orden?

-Desde luego. No se han metido con él. Un hombre se ha lesionado: se ha caído y creo que se ha fracturado el tobillo. Hay que ir en busca del matasanos. ¡Han recurrido a un truco bien gastado! Uno de los suyos les dice a los centinelas que tienen que marcharse, mientras los demás rocían con gasolina y aplican una cerilla. ¡Jesús, y qué de prisa!

Buena nos la va a armar Anderson ahora. Supongo que mañana nos echará de aquí.

-¿A dónde iremos entonces, Mac?

-Oye, tú estás muy mal. Anda, dame el brazo; te ayudaré a regresar. ¿Has visto al matasanos en el incendio?

-No.

-Es que dijo que iba a visitar a Al, y no lo he visto regresar. Vamos, arriba y a la cama.

El resplandor se estaba extinguiendo. Al final de la hilera de árboles ardía una pira, pero las llamas ya no se elevaban en largas lenguas.

-Ahora, apóyate en mí. Anderson estaba casi loco, ¿verdad? Gracias a Dios que no han incendiado su casa.

London, y tras él Sam, se reunieron con ellos.

-¿Cómo está el campamento?

-En orden. No lo han tocado.

-Bueno, ¿y qué le pasa al chico?

-Está agotado a causa de su herida. Agárralo por ese lado.

Juntos ayudaron a Jim a avanzar entre las hileras de manzanos y a través del espacio abierto, en dirección a la tienda de London, y una vez allí lo acostaron en el colchón.

-¿Habéis visto al matasanos por aquí? -preguntó Mac-. Hay un tipo con el tobillo fracturado.

-No, yo no lo he visto.

-Pues me pregunto por dónde andará.

Sam penetró silenciosamente en la tienda. Los rasgos de su cara chupada aparecían tensos a causa de la rigidez de sus músculos. Con pasos de autómata se plantó ante Mac.

-Esta tarde, cuando aquel tipo...

-¿Qué tipo?

-El primero que vino, al que tú dijiste...

-¿Qué es lo que le dije?

-Le dijiste lo que íbamos a hacer.

Mac, inquieto, dirigió la mirada a London.

-No sé, Sam. Si hiciéramos eso nos enajenaríamos la simpatía pública. Ahora que la hemos obtenido no quisiéramos perderla.

La voz de Sam sonó grave y preñada de odio:

-No puedes permitir que se salgan con la suya. No puedes permitir que esos bastardos amarillos nos quemen a nosotros.

-Desembucha, Sam. ¿Qué te propones?

-Coger un par de hombres..., y jugar con cerillas.

Mac y London se lo quedaron mirando. Sam concluyó:

-Yo voy, y que sea lo que Dios quiera, maldita sea. Yo voy. Hay un tipo llamado Hunter, que tiene una casa grande y blanca. Voy por un bidón de gasolina.

-Echa un vistazo a este hombre, London -dijo Mac echándose a reír-. ¿Lo habías visto antes de ahora? ¿Sabes quién es?

London captó la onda.

-No, no podría decirlo. ¿Quién es?

-Dime, ¿ha estado alguna vez en el campamento?

-¡No, vive Dios! Tal vez se trata de un sujeto que tiene una cuenta personal que saldar. Luego van y nos cuelgan a nosotros todas esas cosas.

Mac se volvió hacia Sam.

-Si te pillan, allá tú.

-De acuerdo -asintió Sam resignadamente-. No voy a compartir esto con nadie, así que no me llevo a ningún hombre. He cambiado de idea.

-Nosotros no te conocemos. Tú tienes un asunto personal que ventilar.

-Odio a ese tipo porque me robó -dijo Sam.

Mac se acercó a él, le agarró del brazo y dijo malignamente:

-Quema la casa de ese bastardo hasta arrasarla; quémalo todo. ¡Jesús, qué no daría por acompañarte!

-Tú quieto aquí -le atajó Sam-. Esto no es asunto tuyo. Ese sujeto me robó..., y yo soy un incendiario. Siempre me ha gustado jugar con cerillas.

-Que vaya bien, Sam -se despidió London-. Déjate caer por aquí alguna vez.

Sam se deslizó quedamente fuera de la tienda y desapareció. London y Mac se quedaron contemplando por un momento el suave balanceo de la lona que hacía las veces de puerta. Al cabo, London comentó:

-Tengo el presentimiento de que no volverá. Es curioso que se pueda apreciar a un tipo atravesado como ése. Siempre iba en plan de desafío, buscando pelea.

Jim se había sentado silenciosamente en su colchón, con gesto preocupado. A través de los vientos de la tienda aún era visible el leve resplandor del incendio, y ahora se dejaba oir el aullido de las sirenas, acercándose más y más, aisladas y agresivas en la noche.

-Se han tomado mucho tiempo antes de enviar a los bomberos -observó Mac con amargura-. Maldita sea, y nosotros sin comer nada. Vamos, London. Ya te traeré algo, Jim.

Jim esperó su regreso sentado. Lisa, junto a él, amamantaba al bebé escondiéndose de nuevo bajo la manta.

-¿Tú no sales nunca de aquí? -le preguntó Jim.

-¿Eh?

-Siempre estás aquí sentada, quieta. A tu alrededor suceden muchas cosas, pero tú no les prestas atención. Ni siquiera las oyes.

-Lo que yo quisiera es que esto terminara -replicó-. Desearía vivir en una casa con pavimento y lavabo. No me gusta esta lucha.

-Pues hay que librarla. Alguna vez concluirá, pero acaso no vivamos para verlo.

Regresó Mac con Jos latas de comida humeante.

-Bueno, los bomberos llegaron antes de que el fuego estuviera totalmente extinguido. Jim, he puesto la ternera junto con las judías. Esta para ti, Lisa.

--Mac, no debiste permitir a Sam que se fuera -recriminó Jim.

-¿Y por qué demonios?

-Tu actitud no fue correcta, Mac. Dejaste que tu resentimiento personal prevaleciera.

-¡Jesús! Piensa en el pobre Anderson, que ha perdido su granero y toda su cosecha.

-Desde luego. Tal vez haya sido una buena idea incendiar la casa de Hunter, pero tomaste la decisión obnubilado por el apasionamiento.

-Ah, ¿sí? ¿Acaso vas a redactar un informe acerca de mí? Te traigo para permitirte adquirir algo de experiencia, y te conviertes en un maldito maestro de escuela. ¿Quién diablos te crees que eres? Yo ya estaba haciendo este trabajo cuando tú te dedicabas a chupar tu biberón.

-Aguarda un minuto, Mac. No puedo hacer nada para ayudar, salvo utilizar la cabeza. Los acontecimientos están en pleno desarrollo, mientras que aquí me tienes, sentado y con un hombro anquilosado. Lo único que quiero es que no te domine la cólera, Mac. Si te domina, no podrás pensar.

Mac le miró sombríamente.

-Tienes suerte de que no te arree, y no porque estés equivocado, sino porque te sobra razón. Le ponen a uno enfermo los tipos que siempre tienen razón. -De súbito, se echó a reir-. De acuerdo, Jim; olvidémoslo. Te estás convirtiendo en un perfecto hijo de perra. Todo el mundo acabará odiándote, pero serás un buen elemento para el Partido. Reconozco que me dejé arrastrar por la cólera. No pude evitarlo. Me siento terriblemente preocupado, Jim, porque todo está saliendo mal. ¿Dónde supones que se ha metido el matasanos?

-¿Todavía no hay rastro de él? ¿Recuerdas lo que dijo cuando salió?

-Que iba a ver a Al.

-Antes de eso: lo solo que se encontraba. Eran las palabras de un chiflado, de un tipo que ha trabajado demasiado duramente. A lo mejor ha perdido la chaveta. Nunca creyó en la causa, así que tal vez se haya largado.

-He trabajado mucho con el matasanos -replicó Mac negando con la cabeza-. Eso es lo único que no haría. Jamás ha abandonado a nadie. Estoy preocupado, Jim. El matasanos se dirigió a casa de Anderson. Imagina que confundió a esos incendiarios con nuestros centinelas y que le echaron el guante. Seguro que si han podido, lo han agarrado.

-Acaso regrese más tarde.

-Ya veremos. Si la oficina de sanidad emite una orden contra nosotros mañana, podemos tener la entera seguridad de que el matasa nos está a buen recaudo. ¡Pobre diablo! No sé qué hacer con el hombre del tobillo fracturado. Uno de los muchachos se lo ha vendado, pero probablemente mal. Bah, tal vez el matasanos se esté dando una vuelta por el pomar. La culpa es mía por dejarle ir solo; toda la culpa es mía. London hace lo que puede, pero yo olvido las cosas. Siento el peso de mi responsabilidad, Jim, por lo del granero de Anderson.

-Olvidas el conjunto de la cuestión.

-Me consideraba un hombre duro -comentó Mac suspirando-, pero tú lo eres endiabladamente más que yo. Espero que no acabe odiándote. Más vale que te vayas a dormir a la tienda hospital, Jim. Hay un catre extra, y no quiero que duermas en el suelo hasta que te sientas mejor. ¿Por qué no comes?

-Se me había olvidado -repuso Jim dirigiendo una mirada a su lata-. Y, sin embargo, tengo hambre. -Tomó un trozo de ternera cocida, sacándolo de entre las judías, y mascándolo a continuación-. Lo mejor que podrías hacer es comer algo tú también.

-Sí, ahora voy.

Una vez se hubo ido, Jim se apresuró a comer las judías, grandes, de forma oval, doradas. Las pinchaba de tres en tres con un palito de punta aguzada, y una vez las hubo terminado inclinó la lata y bebió el caldo.

-Sabe bueno, ¿eh? -observó, dirigiéndose a Lisa.

-Sí. A mí siempre me han gustado las judías. Sólo les falta sal. Como están mejor es con tocino salado.

-Los hombres están tranquilos, demasiado tranquilos.

-Tienen la boca llena. Se pasan la vida hablando, a menos que tengan la boca llena. Siempre hablan. Si van a luchar, ¿por qué no lo hacen de una vez y terminan, en vez de hablar?

-Esto es una huelga -dijo Jim, a la defensiva.

-Incluso tú te pasas el tiempo hablando. Las ruedas no giran por hablar.

-A veces hablando se genera energía suficiente para hacerlas girar, Lisa.

Entró London y se quedó en pie, mondándose los dientes con una cerilla puntiaguda. La calvicie de su tonsura brillaba apagadamente bajo la lámpara.

-He estado vigilando los alrededores y aún no se ve ningún incendio. Tal vez han cogido a Sam -dijo.

-Es un chico inteligente -repuso Jim-. El otro día le atizó a un contador, y eso que el tipo tenía un arma.

-Oh, sí, es astuto como una serpiente. Sam es una serpiente de cascabel, pero sin cascabel. Se fue solo, sin nadie que le acompañara.

-Mejor que mejor. Si lo cogen, pasará por un simple chalado. En cambio, si agarran a tres, se trataría de una conjura, ¿no?

-Espero que no lo cojan. Es un tipo estupendo; yo le aprecio.

-Sí, lo sé.

Mac regresó con su lata de comida.

-¡Jesús, qué hambre tengo! No me he dado cuenta hasta que he tomado el primer bocado. ¿Has tenido suficiente, Jim?

-Desde luego. ¿Por qué los hombres no encienden hogueras y se sientan junto a ellas? La noche anterior así lo hicieron.

-No tienen leña -explicó London-. He mandado que echaran toda la que les quedaba en las cocinas.

-Bueno, pues ¿qué les mantiene tan tranquilos? Apenas se oye una mosca -comentó Jim--. Todo está en silencio.

-Es curioso cómo actúa un grupo de hombres -reflexionó Mac en voz alta-. Resulta imprevisible. Siempre creí que si uno observaba desde bastante cerca, podría saber con antelación qué iban a hacer esos hombres. Tan pronto tienen los ánimos a tope como, de pronto, se asustan terriblemente, y creo que todo el campamento está ahora asustado. Ha corrido la voz de que han echado el guante al matasanos, y al no contar con él tienen miedo. Van a ver al tipo del tobillo fracturado, luego se marchan y al cabo de muy poco rato regresan a verlo. Todo él está cubierto de sudor y sufre mucho.

Mac mondaba un hueso de ternera, arrancando con sus dientes la carne del blanco cartílago.

-¿Y tú crees que alguien lo sabe? -preguntó Jim.

-¿Qué?

-Cómo va a actuar un grupo de hombres.

-Acaso London lo sepa. Toda su vida ha capitaneado hombres.

¿Qué dices a eso, London?

-No -negó London, sacudiendo la cabeza-. He visto a un grupo de hombres correr como conejos al oir el tubo de escape de un camión. Otras veces parece que nada puede asustarlos. Sin embargo, antes de que empiece el jaleo puedes presentirlo.

-Lo sé -subrayó Mac-. Está en el aire. Una vez vi linchar a un negro. Lo atraparon a unos cuatrocientos metros de un puente sobre el ferrocarril. Por el camino, aquella multitud mató a un perro a pedradas, y todo el mundo intervino en ello. El aire estaba preñado de muerte. Como no quedaron satisfechos colgando al negro, tuvieron que quemarlo y disparar contra su cadáver.

-Yo nunca permitiría que ocurriera algo semejante en este campamento -declaró London.

-Si llega a ocurrir, mejor será que te apartes de su camino -le aconsejó Mac-. Escucha, se oye un ruido.

Fuera de la tienda se oían pisadas que casi marcaban el paso.

-¿Está London ahí dentro?

-Sí. ¿Qué quieres?

-Hemos atrapado a un tipo.

-¿Qué clase de tipo?

Entró un hombre, con una carabina Winchester en la mano.

-¿No eres tú uno de los que envié a custodiar aquella casa? -preguntó London.

-Sí. Sólo quedamos tres. Vimos a este sujeto merodear, fuimos por él y lo cogimos.

-Bueno, ¿y quién es?

-No lo sé. Tenía esta arma. La gente quería atizarle una paliza de todos los demonios, pero yo dije que era mejor traerlo y así se ha hecho. Lo tenemos afuera, atado.

London se quedó mirando a Mac, y éste asintió mirando a su vez a Lisa.

-Será mejor que te vayas, Lisa -dijo London.

La muchacha se puso en pie lentamente.

-¿Adonde debo ir?

-Yo qué sé. ¿Dónde está Joey?

-Hablando con un tipo que estudia por correspondencia para ingresar en Correos. También Joey quisiera ser cartero y por eso está hablando con ese chico.

-Bueno, pues reúnete con unas cuantas mujeres y quédate con ellas.

Lisa apretó el bebé contra su cadera y salió de la tienda. London tomó el fusil, accionó el cerrojo y saltó un pesado cartucho.

-Treinta-treinta-dictaminó London-. Traed aquí a ese individuo.

-Ahora mismo.

Dos centinelas empujaron al prisionero a través de la puerta de lona. Dio un traspiés, pero recuperó el equilibrio. Tenía los codos atados a la espalda con un cinturón, y en torno a sus muñecas se ceñía un alambre. Era muy joven. Su cuerpo era delgado y sus hombros, estrechos. Vestía pantalones de pana, camisa azul y chaquetilla de cuero. Sus grandes ojos azules estaban inmovilizados por el terror.

-¡Diablo! -exclamó London-. ¡Si es un niño!

-Un niño con una treinta-treinta -precisó Mac-. ¿Puedo hablar con él, London?

-Pues claro. Adelante.

Mac se acercó hasta colocarse frente al prisionero.

-¿Qué estabas haciendo ahí afuera?

-Nada -contestó el muchacho con un hilo de voz, después de tragar saliva penosamente.

-¿Quién te ha enviado?

-Nadie.

Mac lo abofeteó con la mano abierta. La cabeza se balanceó a ambos lados y una mancha roja se formó en la meiilla blanca e imberbe.

-¿Quién te ha enviado?

-Nadie.

La mano abierta golpeó de nuevo, más fuerte. El muchacho se tambaleaba, trató de recobrar el equilibrio, pero acabó cayendo y dando en el suelo con el hombro.

Mac se inclinó, lo agarró y lo puso de nuevo en pie.

-¿Quién te ha enviado?

El muchacho lloraba. Las lágrimas resbalaban por su nariz e iban a caer a su boca ensangrentada.

-Los compañeros de la escuela dijeron que debíamos hacerlo.

-¿De la escuela secundaria?

-Sí. Y en la calle unos hombres también lo decían.

-¿Cuántos erais?

-Seis.

-¿A dónde han ido los demás?

-No lo sé, señor. La verdad es que me perdí.

-¿Quién quemó el granero? -preguntó Mac con voz monótona.

-No lo sé.

Esta vez Mac golpeó con el puño cerrado. El impacto dio con el ligero cuerpo en el palo central de la tienda. Mac lo agarró de nuevo para ponerlo en pie. El ojo del joven estaba cerrado y la ceja, partida.

-Ándate con cuidado con lo de "no lo sé". ¿Quién quemó el granero?

El chico no podía hablar, pues los sollozos se lo impedían.

-No me pegue, señor. Algunos individuos, en el bar, dijeron que sería una buena cosa porque Anderson era un radical.

-Muy bien. ¿Habéis visto a nuestro médico?

El muchacho le miró, inerme.

-No me pegue, señor. No lo sé. No hemos visto a nadie.

-¿Qué ibais a hacer con el arma?

-Dis-dis-disparar contra las tiendas para tratar de asustarles.

Mac sonrió fríamente y se volvió a London.

-¿Se te ocurre qué vamos a hacer con él?

-¡Maldita sea! No es más que un niño.

-Un niño con una treinta-treinta. ¿Me lo dejas a mí, London?

-¿Qué pretendes hacerle?

-Voy a devolverlo a la escuela secundaria para que de allí no salgan más niños armados con fusiles.

Jim permanecía sentado en el colchón, observando.

-Jim -le dijo Mac-, hace un rato te metiste conmigo porque había perdido la cabeza. Ahora no voy a perderla.

-De acuerdo, si te mantienes frío -repuso Jim.

-Yo pego fuerte. ¿Te da lástima el chico, Jim?

-No, porque no es un chico, sino un ejemplo.

-Así lo he creído yo. Ahora escucha, niño: podríamos entregarte a esos tipos de ahí afuera, pero probablemente te matarían. Claro que también podríamos trabajar contigo aquí.

El único ojo abierto reflejó miedo.

-¿Estás de acuerdo, London?

-No le hagas mucho daño.

-Quiero un aviso, no un cadáver. De acuerdo, chico, creo que estás aquí para eso.

El muchacho quiso retroceder. Se encorvó, tratando de apartarse, pero Mac lo tomó firmemente por el hombro. Su puño derecho se proyectó con rápidos y cortos golpes, como martillazos, uno tras otro. La nariz crujió y quedó aplastada, el otro ojo se cerró, y en las mejillas se formaron oscuras magulladuras. El muchacho se balanceaba para escapar a los breves y precisos impactos. De pronto, la tortura cesó.

-Desátalo -ordenó Mac, limpiándose el ensangrentado puño en la chaqueta de cuero del adolescente-. No ha sido muy doloroso, pero presentarás un bonito aspecto en la escuela secundaria. Ahora, deja de lloriquear y di a los chicos de la ciudad lo que les espera.

-¿Le limpio la cara? -preguntó London.

-¡No, maldita sea! Yo hago un trabajo de cirujano y tú pretendes echármelo a perder. ¿Acaso crees que me ha gustado?

-¡Qué sé yo!

Las manos del prisionero estaban ahora libres. Sollozaba suavemente.

-Escúchame, nene -le dijo Mac-: no estás malherido. Tienes la nariz rota, pero eso es todo. Si alguien de aquí que no hubiera sido yo llega a atizarte, a estas horas estarías grave. Ve y diles a tus compañeros que el próximo saldrá con una pierna rota, y el siguiente con las dos. ¿Te enteras? He dicho que si te enteras.

-Sí.

-Muy bien. Llevadlo hasta la carretera y abandonadlo allí.

Los centinelas agarraron al muchacho por los sobacos y le ayudaron a salir de la tienda.

-London -sugirió Mac-, lo mejor sería que enviaras patrullas para comprobar si hay por ahí más chicos armados.

-Así lo haré --repuso London, que había mantenido la mirada fija en Mac durante todo el tiempo, horrorizado-. ¡Jesús, eres un bastardo cruel, Mac! Comprendo que una persona, enfurecida, puede hacer eso, pero tú no estabas enfurecido.

-Lo sé -convino Mac con expresión fatigada-, y esa es la parte más dura del trabajo.

Permaneció en pie, silencioso, con su sonrisa fría en el rostro, hasta que London hubo abandonado la tienda. Luego, caminó hasta el colchón y se sentó en él con las rodillas dobladas. Todos los músculos de su cuerpo temblaban, y su tez estaba pálida y grisácea. Jim levantó la mano del lado sano y le tomó por la muñeca. Mac comentó en tono cansado:

-No hubiera podido hacerlo de no estar tú aquí, Jim ¡Jesús qué sangre fría la tuya! Te limitabas a mirar sin decir ni pío.

Jim estrechó con más fuerza la muñeca de Mac y dijo suavemente:

-No te preocupes por eso: no era un chico asustado, sino unpeligro para la causa. Tenía que hacerse y tú actuaste como debías. Sin odio, sin resentimiento: un simple trabajo. No te preocupes.

-Si al menos hubiera podido desatarle las manos, para que de vez en cuando me propinara un tortazo o se cubriese un poco...

-No pienses en eso: no es más que una pequeña parte del todo. La simpatía es tan mala como el miedo. Ha sido como el trabajo de un médico, una operación: eso es todo. Yo lo hubiera hecho por ti si no estuviese herido. Imagina que lo hubieran pillado los de ahí afuera.

-Convengo en ello: lo hubieran hecho trizas. Espero que no cojan a nadie más. Yo no podría volver a hacerlo.

-Pues no tendrías más remedio.

Mac lo miró con cierto temor reflejado en sus ojos.

-Estás yendo más allá que yo mismo, Jim, y empiezo a temerte. He visto a hombres como tú y les he tenido miedo. ¡Jesús, Jim, puedo verte cambiar de día en día! Comprendo que te sobra razón: pensamiento desapasionado para combatir la locura. Todo eso ya lo sé, pero ¡por Dios todopoderoso, Jim, no es humano! Me asustas.

-Yo quería que me utilizaras -replicó Jim en voz baja-, pero tú te negaste porque me apreciabas demasiado. -Se levantó, se encaminó a un cajón y se sentó en él-. Eso fue una equivocación. Fui herido, y mientras permanecía aquí sentado, esperando, acabé por tomar conciencia de mi propia fuerza. Soy más fuerte que tú, Mac; más fuerte que nadie en el mundo porque avanzo en línea recta. Tú y todos los demás tenéis que pensar en las mujeres, en el tabaco y en el alcohol, y debéis combatir el frío y alimentaros. -Sus ojos eran tan fríos como los cantos mojados en el lecho de un río-. Quería ser utilizado, pero de ahora en adelante yo te utilizaré a ti, Mac. Me utilizaré a mí mismo y a ti. Te digo que siento mi propia fuerza.

-Estas chalado. ¿Cómo sigue tu brazo? ¿No hay hinchazón?

-No lo creo, Mac -replicó Jim tranquilamente-. No estoy loco. Esto es una realidad que ha ido creciendo más y más, y ahora está ahí. Sal y dile a London que quiero verlo; dile que venga. Procuraré no ponerlo furioso, pero debe recibir órdenes.

-Jim, tal vez no estés loco. No lo sé. Pero debes recordar que London es el presidente del comité de huelga y que ha sido elegido. Ha mandado hombres toda su vida. Si empiezas a decirle lo que ha de hacer te arrojará a los leones.

Mac miró cohibido a Jim, pero éste insistió:
-Mejor será que vayas a avisarle.
-Escucha...
-Mac, tú quieres obedecer. Hazlo, pues.
Oyeron un lejano aullido, que se convirtió en el lamento creciente de una sirena, a la que se añadió otra y luego otra: el sonido subía de intensidad y se iba apagando a lo lejos.
-¡Es Sam! -exclamó Mac-. Ha pegado fuego.
Jim se levantó de un brinco, pero Mac le aconsejó:
-Mejor será que te quedes aquí. Estás demasiado débil, Jim.
Jim rió sarcásticamente.
-Ya verás tú lo débil que estoy.
Se encaminó a la salida y abandonó la tienda, seguido por Mac.
Hacia el Norte, el cielo estrellado negreaba por encima de los árboles, y en dirección a Torgas las luces de la ciudad proyectaban un pálido resplandor en el firmamento, pero a la izquierda de la ciudad, sobre la alta muralla de manzanos, el fuego recién prendido levantaba una cúpula roja sobre las propias llamas. Las sirenas tan pronto aullaban al unísono como sin conjuntarse, prevaleciendo ora una, ora otra.
-Esta vez no pierden el tiempo -comentó Mac.
Los hombres salían a toda prisa de las tiendas y se quedaban contemplando el fuego, que iba en aumento. Las llamas asomaron tras las copas de los árboles, mientras la cúpula luminosa se extendía y ascendía.
-Un buen comienzo -continuó Mac-. Aunque extingan ahora el incendio la casa quedará en ruinas. No tendrán más remedio que emplear productos químicos para detener el fuego.
London se acercó a la carrera, gritando:
-¡Lo ha conseguido! ¡Cristo, qué tipo más canallesco! Sabía que lo haría. A ése no le da miedo nada.
-Si regresa podemos seguir utilizándolo -comentó Jim, con calma.
-¿Utilizarlo? -preguntó London.
-Sí. Un hombre que es capaz de pegar fuego tan bien, puede hacer otras cosas. Está ardiendo de maravilla. London, ven a la tienda. Debemos planear algunas cosas.
-Lo que quiere decir, London... -trató de explicar Mac.
-Le he dicho lo que quería decirle. Ven a la tienda, London.
Jim abrió la marcha, penetró en la tienda y se sentó en un cajón.
-¿Qué idea se te ha ocurrido? -preguntó London-. ¿A qué te referías?
-Esta acción está malográndose por falta de autoridad -afirmó Jim-. El granero de Anderson se ha quemado porque no pudimos confiar en que los centinelas cumplieran las órdenes. Al matasanos le han echado el guante porque sus guardaespaldas no estaban con él.
-Desde luego. ¿Y qué podemos hacer para remediarlo?
-Tenemos que sentar autoridad. Vamos a dar órdenes que se cumplan. Los hombres te eligieron, ¿no es así? Pues ahora deberán aceptarte tanto si les gusta como si no.
-¡Por los clavos de Cristo, Jim! -exclamó Mac-. Eso no servirá; al contrario, les ahuyentará. En menos de nada ya estarán en el otro condado.
-Les haremos objeto de represión, Mac. ¿Dónde está aquel fusil?
-Por ahí. ¿Para qué lo quieres?
-Eso es la autoridad. Este círculo vicioso me pone enfermo, maldito sea, y estoy decidido a romperlo.
London se acercó a Jim.
-Oye, ¿qué demonio es eso de "estoy decidido a romperlo"? A ver si vas a terminar en el lago de un puntapié.
Jim se sentó sin perder la calma. Su joven rostro mantenía una rigidez como de estatua, sus ojos permanecían inmóviles y su boca dibujaba una leve sonrisa que le hacía fruncir las comisuras. Dirigió al fin una mirada sostenida y confidencial a London, y le dijo amablemente:
-Siéntate, London, y no te subas a la parra.

-Este chico ¿ha perdido la chaveta? -preguntó London a Mac, mirándolo desorientado.
-No lo creo -respondió el otro, apartando los ojos.
-Siéntate de una vez -insistió Jim-, puesto que has de hacerlo tarde o temprano.
-Bueno, ya me siento.
-De acuerdo. Ahora puedes echarme de un puntapié del campamento si quieres. Ya me harán sitio en la cárcel. O bien puedes permitirme seguir, pero en ese caso voy a llevar esto hasta el fin. Puedo hacerlo.
-Me pone enfermo oírte -replicó London suspirando-. ¡Cuentos! Te traspasaría mi cargo ahora mismo, aunque no eres más que un niño, pero resulta que soy el jefe.
-Pues de eso se trata -le interrumpió Jim-. Yo daré las órdenes a través de ti. No me interpretes mal, London; no es autoridad lo que yo quiero, sino acción. Todo cuanto deseo es llevar a buen fin la huelga.
-¿Qué opinas tú, Mac? -preguntó London, desarmado-. ¿Qué es lo que este chico va a llevar a buen fin?
-No lo sé. Pensé que esa herida le había producido una intoxicación, pero parece que habla sensatamente.
Mac se echó a reir, y sus carcajadas resonaron gravemente en el silencio.
-El asunto suena a cosa de bolcheviques -observó London.
-¿Y a ti qué te importa a qué suena, si sirve? ¿Estás dispuesto a oírme?
-No lo sé. Bueno, sí, desembucha.
-Muy bien. Mañana por la mañana iremos a deshacernos de esos esquiroles. Quiero que reúnas a los mejores luchadores y les proveas de cachiporras. Que los coches vayan de dos en dos, siempre por parejas. Los polis probablemente patrullarán las carreteras y levantarán barricadas. Pues bien; no debemos permitir que nos detengan. Si hay una barricada, el primer coche que cargue contra ella hasta dejar la carretera expedita, y el segundo que recoja a los hombres del primero y siga adelante. ¿Comprendes? Debemos llevarlo todo a sus últimas consecuencias. Si no triunfamos, nos encontraremos peor que al principio.
-Me voy a divertir la mar con la gente, transmitiéndole tus órdenes.
-No pretendo dar órdenes ni aparecer como el que manda. Esto la gente no lo sabrá. Yo te digo a ti lo que vamos a hacer, y tú se lo dices a los chicos. Lo primero es enviar a unos cuantos hombres para que observen cómo progresa el fuego. Mañana vamos a tener mucho jaleo. Yo hubiera preferido que Sam no lo hiciera, pero lo hecho hecho está. Por lo demás, el campamento debe estar muy bien vigilado esta noche, pues va a haber represalias, no lo olvides. Dispón dos cordones de centinelas que estén en contacto unos con otros. Quiero también un comité de policía, compuesto por cinco hombres, que se la arme buena al tipo que se duerma o que se escaquee. Que sean cinco sujetos duros.
London meneó la cabeza.
-No sé si debo arrearte un sopapo o dejarte que sigas. Este asunto va a traer muchas complicaciones.
-Bueno, pero pon centinelas mientras lo piensas. Temo que tengamos mucho jaleo antes de mañana.
-De acuerdo, muchacho. Voy a ver.
Una vez se hubo marchado, Mac permaneció en pie junto al cajón en el que se sentaba Jim.
-¿Cómo está tu brazo, Jim? -preguntó.
-No lo siento en absoluto, así que debe de ir bien.
-No sé qué te ha pasado, pero advierto que algo sucede.
-Es algo que surge de una lucha como ésta. De pronto, sientes las grandes fuerzas que intervienen en ella y que crean pequeños desórdenes, como esta huelga nuestra. Y la visión de esas fuerzas actúa de alguna manera sobre ti, te arrastra y te obliga a actuar. Imagino que es de ahí de donde emana la autoridad -dijo Jim, levantando la mirada.
-¿Por qué mueves así los ojos? -exclamó Mac.
-Estoy un poco mareado -dijo Jim, y acto seguido se desvaneció y cayó del cajón.
Mac lo transportó hasta el colchón y le colocó un cajón bajo las piernas. En el campamento reinaba un contenido murmullo de voces, ininterrumpido, variable y de tono cambiante, como

un arroyuelo al fluir. Los hombres iban de un lado a otro y pasaban frente a la tienda. De nuevo las sirenas elevaban su aullido, pero esta vez no revelaban excitación, pues los vehículos regresaban. Mac desabotonó la camisa de Jim, tomó un cubo de agua que había en un rincón de la tienda, y roció la cara y la garganta de su amigo.

Jim abrió los ojos y los levantó para mirar a Mac frente a frente.

-Estoy mareado -dijo lastimeramente-. Quisiera que el matasanos volviera y me diera algo. ¿Tú crees que regresará, Mac?

-No lo sé. ¿Cómo te sientes ahora?

-Completamente mareado. Creo que no se me pasará hasta que descanse.

-Seguro. Debes dormir. Voy a salir a ver si puedo conseguir un poco del caldo en que se ha cocido la carne. Te hará bien. Permanece acostado hasta que te lo traiga.

Cuando se hubo marchado, Jim frunció los ojos, miró el techo de la tienda y dijo en voz alta:

-Me pregunto si se me ha pasado. No lo creo, pero es posible.

Cerró los ojos y se quedó dormido.

Cuando Mac regresó con el caldo, lo dejó en el suelo, quitó el cajón que había colocado bajo las piernas de Jim, se sentó en el extremo del colchón y se quedó mirando el rostro fatigado y dormido.

Sin embargo, ese rostro en ningún momento permaneció sereno. Los labios se fueron encogiendo hasta mostrar los dientes y dejar éstos secos, para relajarse luego y cubrirlos de nuevo. Las mejillas temblaban con nerviosismo en torno a los ojos. En una ocasión, como si cedieran a un peso, los labios de Jim se abrieron para hablar y emitieron una palabra, que se resolvió en un gruñido. Mac extendió la vieja colcha sobre el cuerpo del durmiente.

De pronto, la llama de la lámpara disminuyó, y la oscuridad fue convergiendo hacia el centro de la tienda. Mac se levantó de un salto y encontró una lata de petróleo. Desenroscó la tapa del depósito de la linterna y lo llenó. Lentamente, la llama creció de nuevo, y sus extremos se desplegaron como las alas de una mariposa.

Afuera, se oían los lentos pasos de la patrulla que pasaba. En la distancia lograba distinguirse el ronroneo de los grandes camiones que circulaban de noche por la carretera general. Mac bajó la linterna, colgada en el palo central, y la transportó junto al colchón, depositándola en el suelo. Del bolsillo del pantalón extrajo un paquete de cuartillas dobladas, un sobado sobre ya franqueado y un trozo de lápiz. Apoyando el papel sobre la rodilla, escribió despacio, con letra amplia y redondeada.

Querido Harry:

Por el amor de Dios, envíanos ayuda. A Burton, el matasanos, le echaron el guante anoche o así me lo parece. Él no era hombre que nos abandonara, y ha desaparecido Este valle está organizado como si estuviéramos en Italia. Los vigilantes arman un jaleo de todos los diablos. Necesitamos alimentos, medicinas y dinero. Dick está haciendo su trabajo a las mil maravillas, pero si no conseguimos alguna ayuda del exterior, me temo que estamos listos. Nunca fui a parar a un sitio tan organizado. Unos tres hombres controlan la situación. Por lo que sé, tal vez Dick esté a estas horas entre rejas.

Jim está seguro de salir adelante, y hace que junto a él me sienta como un novato. Espero que mañana nos echen de donde estamos, pues los vigilantes incendiaron el granero del dueño, que está hecho una furia. Sin Burton, el matasanos, las autoridades sanitarias del condado nos largarán de aquí, de modo que procura pensar algo. Andan a todas horas tras de Jim y de mí, o sea que habría que mandar a alguien por si nos cogen.

Esto es un grito de socorro, Harry. Los simpatizantes están asustados, pero eso no es lo peor.

Mac tomó una nueva hoja y prosiguió:

Los hombres están nerviosos, y ya sabes cómo se ponen. Mañana por la mañana podrían ir y prender fuego al ayuntamiento o bien huir a las montañas y andar escondidos durante seis meses. Así que por el amor de Dios, Harry, di a todo el mundo que necesitamos ayuda. Si nos

echan de aquí, vamos a tener dificultades para hallar otro asentamiento. Nos proponemos enviar piquetes en camiones. Ignoramos lo que está pasando por ahí.
Bueno, hasta pronto. Jack te entregará esta carta, y por él amor de Dios trata de enviar alguna ayuda.
Mac

Releyó la carta, colocó el travesaño de una t que se le había olvidado, dobló las cuartillas y las introdujo en el sucio sobre. Luego escribió el nombre del destinatario: John H. Weaver, esq.
En el exterior, oyó que un centinela conminaba:
-¿Quién vive?
-London.
-Ah.
London penetró en la tienda y se quedó mirando a Mac y a Jim, que seguía durmiendo.
-Bueno, ya he puesto centinelas, tal como él ha dicho.
-De acuerdo. Está derrengado. Ojalá se encontrara aquí el matasanos; me da miedo ese hombro. Dice que no le duele, pero le gusta sufrir.
Mac devolvió la linterna a su sitio, en el mástil cetifal, colgada de su clavo. London se sentó en un cajón y preguntó en voz baja:
-¿Qué le ha ocurrido? Tan pronto emite balbuceos de niño como, ¡por Cristo!, se me sube a las barbas y toma la iniciativa.
-Lo ignoro -repuso Mac adoptando una actitud arrogante-. He visto a tipos fuera de sí, pero no como él. ¡Jesús, no tuviste más remedio que obedecerle! Al principio creí que había perdido la chaveta, y aún no sé si la ha perdido. ¿Dónde está la chica, London?
-La he dejado acostada a ella y a mi chico en una tienda vacía.
-¿Y cómo conseguiste una tienda vacía? -preguntó Mac dirigiéndole una mirada penetrante.
-Algunos hombres se han largado, supongo que aprovechando la oscuridad.
-Tal vez se trate de los centinelas.
-No, ya pensaba en ellos. Imagino que algunos tipos se han ido.
Mac se restregó los ojos con los nudillos.
-Sabía que iba a suceder. Algunas personas no pueden soportarlo. Escucha, London: voy a deslizarme fuera para tratar de depositar una carta en el buzón. De paso, quiero echar un vistazo.
-¿Por qué no me dejas que envíe a uno de los muchachos?
-Esta carta debe despacharse. Será mejor que vaya yo en persona. Me tienen echado el ojo, pero no me cogerán.
London se quedó mirando sus gruesas manos.
-¿Es..., es una carta *roja*?
-Supongo que sí. Me propongo obtener alguna ayuda, pues de lo contrario esta huelga fracasará.
London habló en tono cohibido:
-Mac... Por lo que tengo oído, se dice que los rojos son una pandilla de hijos de perra. Eso no es verdad, ¿eh, Mac?
Mac emitió una risita suave.
-Depende de cómo lo mires. Si tú tienes cien mil hectáreas de terreno y un millón de dólares, serán una pandilla de hijos de perra. Pero si no eres más que London, un trabajador, somos una pandilla de tipos que quieren ayudarte a que vivas como un hombre y no como un cerdo. ¿Comprendes? Por supuesto que te enteras de las noticias a través de los periódicos, y los periódicos pertenecen a los que tienen tierras y dinero, de modo que somos unos hijos de perra. ¿Comprendes? Entonces tú nos conoces y resulta que no somos tales. Ahora puedes formarte tu propia opinión.
-¿Y puede un tipo como yo trabajar con vosotros, muchachos? Al fin y al cabo ya he hecho algo de eso, al velar por la gente que viaja conmigo.

-Claro que sí -aprobó Mac ilusionadamente-. Tienes muchísima razón. Tú ejerces una jefatura, London. Eres un trabajador, pero también un dirigente.

-La gente siempre ha hecho lo que le he dicho -explicó London con sencillez-. Toda mi vida ha sido así.

Mac bajó la voz, se acercó a London y le puso la mano en la rodilla:

-Escucha. Creo que vamos a perder esta huelga, pero nuestro poder ha crecido de tal manera, que tal vez no haya necesidad de otra huelga en la cosecha del algodón. Los periódicos afirman que estamos causando disturbios, pero lo que estamos haciendo es acostumbrar a los trabajadores a actuar unidos, en grupos cada vez mayores y siempre unidos, ¿entiendes? No importa que perdamos, porque cerca de un millar de hombres ha aprendido a hacer una huelga. Cuando consigamos que todos los trabajadores actúen solidariamente, es posible..., es posible que la mayor parte del valle de Torgas no sea propiedad de sólo tres hombres. Acaso un individuo puede coger una manzana sin que eso le suponga ir a la cárcel, ¿sabes? Tal vez no arrojen la fruta al río para mantener los precios, y cuando los tipos como tú y yo necesitemos una manzana para que nos funcione el intestino, podremos tomarla. Tienes que considerar el problema en su conjunto, London, no limitarte a esta huelguecita.

London miraba fijamente, con expresión dolorida, la boca de Mac, como si tratara de ver las palabras a medida que eran pronunciadas.

-Eso es una especie de reva..., revolución, ¿no?

-En efecto. Es una revolución contra el hambre y el frío. Los tres sujetos que mandan en este valle van a tener que darse a todos los demonios para conservar sus tierras y para seguir tirando manzanas con objeto de aumentar el precio. Para ellos, una persona que considera que la comida es para comer, es un maldito rojo. ¿Comprendes?

Los ojos de London, muy abiertos, parecían soñar.

-He oído a un montón de radicales hablar, pero nunca les presté mucha atención. Siempre estaban furiosos, y yo no tengo fe en un tipo que pierde los estribos. Nunca los vi hablar como tú acabas de hacerlo.

-Tú me has comprendido, London, y eso te hará sentir distinto. Dicen que hemos jugado sucio, que trabajamos subterráneamente. ¿Has pensado en eso alguna vez, London? No tenemos armas. Si algo nos sucede, no sale en los periódicos. Pero si algo sucede en el otro bando, ¡Jesús, la de tinta que hacen correr! Carecemos de dinero y de armas, así que tenemos que usar la cabeza, London. ¿Lo entiendes? Es como un hombre armado de un garrote que lucha contra una escuadra provista de ametralladoras. Nuestra única forma de actuar consiste en deslizarnos y sorprender por la retaguarda a los tipos que van armados. Tal vez no sea limpio, pero, ¡maldita sea, London!, esto no es una competición de atletismo. Un hombre hambriento no tiene por qué atenerse a reglas.

-Jamás vi cosa igual -comentó London lentamente-. Jamás perdió nadie el tiempo en contármelo como tú lo has hecho. A mí me gusta que la gente hable bien y con calma. Pero siempre que los oigo a ellos están furiosos. "¡Malditos sean los polis! ¡Al diablo con el gobierno!", dicen. Están dispuestos a quemar los edificios oficiales, y a mí no me gusta eso porque son unos edificios muy bonitos. Pero nadie me ha hablado nunca como tú.

-Entonces es que no usan la cabeza.

-Mac, acabas de decir que creías que íbamos a perder esta huelga. ¿Qué te hace pensar así?

Mac reflexionó unos instantes. Al cabo, dijo, como hablando para sí:

-No... Ahora no podéis vencer y te diré por qué, London. En este valle, el poder está en unas pocas manos. El tipo que vino ayer trataba de disuadirnos, pero ahora saben que no desistiremos. Lo único que pueden hacer es echarnos o matarnos. Por nuestra parte, los mantendríamos en jaque si dispusiéramos de alimentos y de un médico, y si Anderson nos apoyara. Pero Anderson está hecho una furia. Así, pues, nos arrojarán de aquí aunque tengan que emplear cañones. En el momento en que dispongan de una orden oficial, nos echarán sin contemplaciones. Y entonces, ¿a dónde vamos a ir? No podremos acampar porque habrá disposiciones que nos lo impidan. Nos dividirán y nos dispersarán. Los muchachos no son tan fuertes como para resistirlo. Me asusta que no podamos conseguir más víveres.

-¿Por qué no le decimos a la gente que se disperse y que todo el grupo abandone?

-No hables tan alto, que vas a despertar al chico. La razón es la siguiente: ellos pueden asustar a nuestros muchachos, pero también nosotros podemos meterles a ellos el miedo en el cuerpo. Probaremos un último golpe y lo llevaremos a sus últimas consecuencias. Si matan a alguno de nosotros, la noticia se extenderá aunque los periódicos no la publiquen, y otros hombres montarán en cólera. Tendremos un enemigo, ¿comprendes?, y los hombres se unen siempre frente a un enemigo. Ese granero ha sido incendiado por hombres como nosotros, pero que han estado leyendo los periódicos, ¿comprendes? Debemos atraerlos a nuestro bando lo antes posible. -Extrajo una petaca delgada y fláccida-. He estado ahorrándolo. Me apetece fumar. ¿Tú fumas, London?

-No. Masco tabaco cuando puedo.

Mac lió un raquítico cigarrillo con papel pardo, se alzó hasta la linterna y lo prendió.

-Deberías echar un sueñecito, London. Sabe Dios qué va a suceder esta noche. Yo tengo que ir a la ciudad y encontrar un buzón.

-Podrían cogerte.

-No, no me cogerán. Atravesaré los pomares y ni siquiera me verán.

Mac se quedó mirando algo, más allá de London, en la parte trasera de la tienda. London se volvió y advirtió que estaban levantando la lona. Por debajo de ella surgió Sam, que se deslizó al interior y se quedó quieto, en pie, ante los dos hombres. Estaba cubierto de lodo y su ropa se había convertido en harapos. Un largo tajo se extendía bajo su chupada mejilla. Sus labios, crispados por la fatiga, dejaban ver la dentadura, y estaba ojeroso. En voz baja explicó:

-Sólo dispongo de un minuto. ¡Jesús, vaya trabajo! Habéis puesto montones de centinelas, y yo no quería que me viera nadie. Seguro que alguien nos traiciona.

-Lo has hecho muy bien -dijo Mac-. Hemos visto el incendio.

-Pues claro. Casi toda la casa ha ardido, pero no se trata de eso. -Miró nerviosamente a Jim, que seguía durmiendo en el colchón-. Me..., me han cogido.

-- ¡Maldita sea!

-Sí. Me han agarrado y han podido verme bien.

-Pues no deberías haber venido -le recriminó London.

-Lo sé, pero quería informaros. Vosotros no me habéis visto nunca ni habéis oído hablar de mí. He tenido..., que saltarle los sesos de una patada. Ahora debo irme. Si vuelven a cogerme, no sé nada, ¿comprendéis? Estoy sonado, ¿entendido? Chalado. Diré que Dios me ordenó hacerlo, ¿eh? Quería decíroslo. No os arriesguéis por mí. No lo permito.

London se adelantó hasta él y le tomó la mano.

-Eres un tipo estupendo, Sam, el mejor. Alguna vez volveremos a vernos.

Mac mantenía la vista fija en la lona que servía de puerta. Hablando por encima del hombro, muy bajo, recomendó:

-Si vas a la ciudad, Center Avenue, cuarenta y dos. Di que te envía Mabel. Te darán una comida, pero ve sólo una vez.

-Conforme, Mac. Adiós.

Se puso de rodillas, sacó la cabeza al exterior e inspeccionó la oscuridad. Un segundo más tarde, se deslizó fuera y la lona quedó como antes.

-Espero que lo consiga, Mac -dijo London suspirando-. Es un tipo estupendo, el mejor.

-No te obsesiones. Alguien le matará algún día, como aquel tipo bajito, Joy. Él estaba seguro de que acabarían cargándoselo. Y Jim y yo seguiremos el mismo camino, tarde o temprano. Eso es casi seguro, pero no importa en absoluto.

London le escuchaba con la boca abierta.

-¡Jesús, vaya manera de ver las cosas! ¿Es que vosotros, muchachos, no os permitís ningún placer?

-¡Ya lo creo! Más que la mayoría de la gente. El nuestro es un trabajo importante, que brinda grandes satisfacciones porque tiene un sentido y resulta inolvidable. Lo que desanima a un hombre es realizar una tarea que no conduce a ninguna parte. La nuestra es lenta, pero toda ella sigue una dirección precisa. ¡Cristo, y yo aquí largando prédicas! Tengo que irme.

-No permitas que te cojan, Mac.

-No lo permitiré, pero escucha, London: nada complacería tanto a esos tipos como deshacerse de Jim y de mí. Yo sé cuidar de mí mismo.

¿Quieres permanecer aquí para que a Jim no le ocurra nada? ¿Quieres?

-Desde luego. Aquí me quedaré.

-Mejor será que te eches en la otra parte del colchón y duermas algo. Pero no dejes que se lleven al chico. Lo necesitamos; vale mucho.

-De acuerdo.

-Hasta la vista. Volveré tan pronto como pueda. Me gustaría enterarme de lo que ocurre. A ver si puedo conseguir un periódico.

-Hasta la vista.

Mac salió silenciosamente. London le oyó hablar con un centinela, y luego, más lejos, con otro. Una vez se hubo marchado, London escuchó los ruidos nocturnos. En el exterior reinaba la tranquilidad, pero él no tenía sueño. Los pasos de los centinelas haciendo la ronda iban y venían, e intercambiaban breves saludos cuando se encontraban. Un gallo cantó en las cercanías, y a lo lejos le respondió el canto profundo de un gallo viejo. Se percibió el tañido de la campana de un tren, un escape de vapor y el fragor de una locomotora emprendiendo la marcha. London se sentó en el colchón, junto a Jim, con una pierna doblada bajo el cuerpo y la otra, cuyo pie se apoyaba en el suelo, abrazada con las manos. Apoyó sobre la rodilla el mentón y se quedó mirando interrogativamente a Jim.

El durmiente se removió inquieto. Levantó un brazo y luego lo dejó caer.

-Oh... Agua -murmuró, respirando pesadamente-. Echad alquitrán por todas partes.

Sus ojos se abrieron y pestañearon rápidamente, sin ver. London separó las manos para tocar a Jim, pero no lo hizo, pues los ojos volvieron a cerrarse y permanecieron quietos. Un camión de gran tonelaje dejó oir el ronquido de su motor. London oyó un grito ahogado en el exterior de la tienda, a alguna distancia. Llamó entonces en voz baja a uno de los centinelas, que entró preguntando:

-¿Qué pasa, jefe?

-¿Quién anda pegando gritos?

-¿Es que no habías oído esos gritos antes de ahora? Es el viejo de la cadera rota. Se ha vuelto loco y tienen que sujetarlo. Lucha como un gato, a mordiscos. Le han puesto un paño en la boca.

-¿No eres tú Jake Pedroni? Ah, sí, lo eres. Mira, Jake, le he oído decir al matasanos que si al viejo no se le lavaba con agua y jabón se pondría así de furioso. Debo quedarme aquí, de modo que ve tú y encárgate de que lo laven, ¿eh Jake?

-Sí, jefe.

-Pues anda. El debatirse no le hará ningún bien a esa cadera. ¿Y cómo está el tipo del tobillo roto?

-Ah, ése. Alguien le ha dado un trago de whisky y ahora está bien.

-Avísame si sucede algo, Jake.

-Así lo haré.

London regresó al colchón y se acostó junto a Jim. En la lejanía, la locomotora fue ganando velocidad y perdiéndose en la noche. El viejo gallo cantó y el joven le respondió. London percibió que un sueño pesado se apoderaba de su cerebro, pero se incorporó sobre un codo y miró una vez más a Jim antes de caer dormido.

14

Apenas empezaba a disiparse la oscuridad cuando Mac se asomó a la tienda. Colgada del mástil central, la lámpara seguía ardiendo. London y Jim dormían uno al lado del otro. Mac entró y London, sobresaltado, se incorporó y se lo quedó mirando.

-¿Quién es?

-Yo. Acabo de llegar. ¿Cómo está el chico?

-Me he dormido -repuso London, bostezando y rascándose la calva.

Mac se aproximó y observó a Jim. La expresión de cansancio se había borrado de su rostro, y los músculos estaban relajados.

-Tiene buen aspecto. Ha descansado bien.

-¿Qué hora es? -preguntó London poniéndose en pie.

-No lo sé. Está empezando a clarear.

-¿Ya han encendido el fuego los muchachos?

-Vi a alguien pulular por las cocinas y percibí olor a leña. Claro que podría proceder del granero de Anderson.

-No he dejado al chico ni un minuto.

-Has hecho bien.

-Y tú ¿cuándo vas a dormir?

-¡Dios sabe! Aún no me vence el sueño. Anoche tuve un poco; mejor dicho, la noche anterior. Parece que fue hace una semana. Total, enterramos ayer a Joy, ayer tan sólo.

London bostezó de nuevo.

-Creo que hay ternera con judías esta mañana. ¡Dios mío, lo que daría por una taza de café!

-Bueno, pues vayamos a la ciudad y tomemos un café y huevos con jamón.

-Oh, vete al infierno. Voy a ver si los cocineros se mueven.

Y salió, soñoliento aún. Mac arrastró un cajón hasta situarlo bajo la luz y extrajo de su bolsillo un periódico enrollado. En el momento en que lo abría, Jim dijo:

-He estado despierto, Mac. ¿A dónde has ido?

-He ido a echar una carta. Recogí de un césped un periódico. Vamos a ver qué pasa por ahí.

-Mac, ¿he delirado mucho esta noche?

-Qué va, Jim. Estuviste muy bien. Nos obligaste a comer en tu mano.

-Me ocurrió algo que nunca había sentido antes.

-¿Y cómo te encuentras esta mañana?

-Estupendamente, pero no como ayer: anoche hubiera sido capaz de coger una vaca en brazos.

-Pues desde luego que a nosotros nos cogiste. Por lo demás, lo de los dos camiones es una buena broma, aunque al propietario del que ha de embestir la barricada no le haga mucha gracia. Ahora, veamos lo que ocurre en la ciudad. ¡Oh, oh, titulares grandes para el álbum de recortes! Escucha, Jim:

¡LOS HUELGUISTAS INCENDIAN CASAS Y ASESINAN!

La noche pasada, a las diez, un incendio destruyó la residencia suburbana de William Hunter. La policía atribuye la responsabilidad a los hombres actualmente en huelga a causa de la recogida de manzana. Un sospechoso al que se había detenido agredió al representante de la autoridad y huyó. La persona herida, Olaf Bingham, ayudante extraordinario del sheriff, no se cree que sobreviva.

Y veamos más adelante:

En las últimas horas de la tarde, por imprudencia o con premeditación, los huelguistas incendiaron el granero de la granja Anderson. El señor Anderson había concedido con anterioridad permiso a esos hombres para acampar en sus tierras.

Aquí hay una larga historia, Jim. Puedes leerla si quieres. -Volvió la página-. ¡Muchacho, muchacho! Escucha este editorial:

Consideramos que ha llegado el momento de pasar a la acción. Cuando unos trabajadores eventuales mantienen paralizada la industria más importante del valle, cuando los temporeros, guiados e inspirados por agitadores profesionales extranjeros -ésos somos nosotros, Jim-, llevan a cabo una campaña de violencias e incendios, convirtiendo la pacífica América en la Rusia roja, cuando nuestras carreteras principales ya no ofrecen seguridad a los ciudadanos americanos, ni los hogares de éstos quedan a salvo de las teas incendiarias, ¡consideramos que ha llegado el momento de pasar a la acción! Este condado protege a sus gentes, pero los huelguistas no pertenecen a él. Ignoran las leyes y destruyen vidas y propiedades. Están dándose buena vida, merced a los suministros de simpatizantes encubiertos. Este periódico no cree ni ha creído nunca en la violencia, pero sí sostiene que cuando la ley no basta para reprimir a esos revoltosos y asesinos, la ciudadanía debe alzarse y contribuir con su esfuerzo. El incendiario no merece indulgencia. Hemos de expulsar, pues, a esos profesionales del desorden, y en consecuencia este periódico recomienda que los ciudadanos averigüen la procedencia de los suministros que han recibido esos hombres. Se ha sabido que ayer fueron sacrificadas en su campamento tres reses vacunas jóvenes.

Mac arrojó el periódico al suelo y comentó:

-Y esto último significa que esta noche una banda de patriotas de bar se dedicará a tirar piedras a las ventanas de los pobres diablos que soñaban con tiempos mejores.

Jim se había sentado.

-¡Jesús, Mac! ¿Es que siempre nos han de cargar con la culpa?

-Siempre, maldita sea.

-¿Y qué hay de ese tipo que, según dicen, ha sido asesinado?

-Bueno, fue Sam. Lo cogieron y tuvo que huir. Ese sujeto iba armado, y todo cuanto tenía Sam eran sus pies.

Jim volvió a echarse.

-Sí, el otro día ya le vi emplear los pies. Pero por Dios que eso suena mal. ¡Suena espantosamente mal!

-Desde luego. Este editorialista ha empleado, y muy bien, algunos conceptos sobados como "agitadores profesionales extranjeros". ¡Yo, que he nacido en Minneápolis y que mi abuelo luchó en la batalla de Bull Run! Siempre decía que estuvo convencido de que se trataba de una corrida de toros en lugar de una batalla, hasta el momento en que empezaron a dispararle. En cuanto a ti, eres tan extranjero como la administración Hoover. ¡Maldita sea, Jim! Es lo de siempre, pero... -Sacó los restos de su tabaco-. Esto está acabado, Jim. Sam no debió provocar ese incendio.

-Tú le dijiste que adelante.

-Lo sé, pero estaba furioso a causa del granero.

-Bueno, ¿y qué hacemos ahora?

-Seguir, seguir. Saldremos en esos camiones para enfrentarnos a los esquiroles. Aguantaremos mientras estemos en condiciones de luchar, y luego nos retiraremos, si es que podemos. ¿Tienes miedo, Jim?

-¡Noo!

-También nosotros estamos acabados. Puedo sentirlo. -Se levantó del cajón, se acercó al colchón y se sentó en él-. Tal vez porque necesito dormir. De regreso a la ciudad, me parecía que había toda una banda esperándome en la sombra, bajo cada árbol. Me he asustado tanto, que hubiera echado a correr si se hubiera movido un ratón.

-Estás muy cansado -dijo Jim con suavidad-. Tal vez yo hubiera podido ser de alguna utilidad si no me hubieran herido. Me he limitado a permanecer acostado; he sido un estorbo.

-¡Y un cuerno! Cada vez que yo estoy bajo de forma tú me das ánimos, y precisamente esta mañana los necesito. Noto como si tuviera las tripas llenas de agua. ¡Si pudiera tomarme un whisky!

-Te sentirás bien del todo en cuanto comas algo.

-He escrito a Harry Nilson diciéndole que necesitamos ayuda y suministros. Pero temo que sea demasiado tarde. -Se quedó mirando fijamente a Jim, con una expresión extraña-. Escucha, Jim: anoche me encontré con Dick. Ahora presta mucha atención. ¿Recuerdas la noche que llegamos?

-Claro.

-Bueno, ¿Recuerdas cuando giramos a la izquierda en aquel puente para dirigirnos al campamento?

-Sí.

-Pues sigue prestando atención. Si se arma el gran jaleo y nos separamos, dirígete a ese puente, métete debajo del arco y colócate mirando al lado opuesto a la ciudad. Encontrarás allí un montón de troncos de sauce. Apártalos y darás con la entrada de una cueva honda. Métete dentro y tapa el agujero con los troncos. Puedes avanzar por el interior unos cuatro metros y medio, ¿de acuerdo? Dick se encarga de almacenar allí mantas y conservas. Si nos dinamitan, vete allí y espérame un par de días. Si no acudo, deberás entender que algo me ha ocurrido y regresarás a la ciudad. Viaja de noche hasta que te halles lejos de este condado. No nos podrían echar más de seis meses, a menos que nos cuelguen el asesinato del tipo de esta noche. No creo que lo hagan, porque eso suscitaría mucho eco. Intervendría el I.L.D. y sacaría a colación la muerte de Joy. ¿Te acordarás, Jim? Ve allí y aguarda un par de días. Dudo que vayan a buscarte.

-¿Qué es lo que sabes, Mac? Tú te guardas algo.

-Yo no sé nada. Simplemente, he tenido el presentimiento de que estábamos acabados; sólo un presentimiento. Muchos hombres se hanlargado esta noche, la mayoría con mujeres y niños. London es un tipo cabal. Muy pronto ingresará en el Partido, pero ahora mismo no confío en los demás. Están tan nerviosos que son muy capaces de liarse a cuchilladas entre ellos.

-También tú estás nervioso, Mac. Cálmate.

Jim se arrodilló y se puso en pie con precaución, manteniendo la cabeza ladeada, como si tratara de oir el dolor. Mac le observaba alarmado.

-Esto va estupendamente -dijo Jim-. El hombro lo noto un poquito pesado, pero me siento muy bien. La cabeza la tengo en su sitio. Hoy podría salir un rato.

-Hay que cambiar ese vendaje.

-Ah, sí. ¿Ha vuelto el matasanos?

-No, y creo que lo han cogido. ¡Con lo estupendo chico que era!

-¿Era?

-No, espero que no. Es posible que se hayan limitado a darle una paliza de todos los demonios. Pero muchos de los nuestros desaparecen, sin más, y nunca se vuelve a saber de ellos.

-Eres un pájaro de mal agüero.

-Ya lo sé. Si no estuviera seguro de que puedes comprenderlo, cerraría el pico, pero me hace sentir mejor el soltarlo. Me apetece una taza de café hasta saltárseme las lágrimas por verme privado de ella. Piensa tan sólo en el café que solíamos tomar en la ciudad: tres tazas, si queríamos. Todo el que deseábamos.

-Sí, no te vendría mal un poco -dijo Jim severamente-, pero será mejor que te sobrepongas o acabarás compadeciéndote a ti mismo.

Mac endureció los rasgos de su abatido rostro.

-Tienes razón, muchacho. Ahora me encuentro muy bien. ¿Quieres salir? ¿Puedes andar normalmente?

-Sí, puedo.

-Pues apaga esa linterna. Vamos a ver si comemos algo de ternera con judías.

La pantalla chirrió cuando Jim la levantó. Luego, el amanecer grisáceo, de un tono como de tinta lavada, penetró en la tienda. Jim apartó la lona que servía de puerta y la ató.

-Dejemos que se ventile. La atmósfera se ha hecho pesada. A todo este maldito grupo de gente no le vendría mal un baño.

-Trataré de hacerme con un balde de agua caliente, y después de que comamos nos pasaremos una esponja.

Rompía el alba. Los árboles aún negreaban contra la luz que surgía del Este, y una colonia de cornejas, volando en esa dirección, se recortaba nítidamente contra el resplandor. Bajo los árboles aún reinaba la penumbra, y la tierra permanecía oscura, como si tuviera que absorber despacio la luz. Ahora que podían ver, los centinelas habían desistido de sus rondas y formaban grupos de hombres cansados, con las manos en los bolsillos y los abrigos, con el cuello subido, abotonados sobre la garganta. Hablaban con el tono apagado y monótono de quienes no tienen otro recurso que conversar para permanecer despiertos.

Mac y Jim se aproximaron a uno de los grupos, en su recorrido hacia las cocinas. Mac preguntó:

-¿Ha pasado algo esta noche?

Se interrumpió la conversación. Los hombres lo miraron con ojos fatigados e inyectados en sangre.

-Nada, chico. Frank estaba diciendo..., diciendo que ha tenido la sensación de que durante toda la noche ha habido gente merodeando. A mí también me ha parecido como si se arrastraran de un lado a otro, pero no hemos oído nada en concreto. Hacíamos la ronda juntos.

Mac se echó a reir, y su voz pareció penetrar hondamente en el aire.

-Estuve en el ejército e hice la instrucción en Texas. Por Cristo que cuando estaba de guardia percibía a los alemanes a mi alrededor; incluso oía murmurar en alemán.

Los hombres se rieron quedamente, nada divertidos. Uno de ellos dijo:

-London nos ha dicho que hoy podríamos dormir. En cuanto me meta algo en el estómago, caigo rendido.

-Y yo. Caigo sin más. Tengo la piel como llena de grava, como un perro con pulgas. ¿Os habéis fijado alguna vez en un perro al que están picando las pulgas? Da risa verlo.

-¿Por qué no os acercáis a las cocinas y os calentáis? -propuso Mac.

-Precisamente estábamos hablando de eso.

-Yo voy a las letrinas, Mac -dijo Jim-. Nos encontraremos en las cocinas.

Echó a andar por la calle de tiendas, cada una de las cuales era como una cuevecilla en tinieblas. De algunas salían ronquidos, y a la entrada de otras los hombres yacían boca abajo, mirando cómo despuntaba el día con los ojos cargados de sueño. Conforme avanzaba, algunas personas salían al exterior y se encorvaban a causa del frío. Oyó la irritada y soñolienta voz de una mujer que manifestaba su descontento:

-Estoy deseando salir de este agujero. ¿Qué demonio estamos haciendo aquí? Además, tengo un tumor en el estómago mayor que tu puño. Es un cáncer, eso es lo que es. Una echadora de cartas me dijo hace dos años que si no me cuidaba pescaría un cáncer. Dijo que yo era el tipo propenso al cáncer. ¡Y durmiendo en el suelo y comiendo basura Un gruñido ininteligible le respondió. Al pasar Jim frente a otra tienda, asomó una cabeza hirsuta:

-¡Rápido, ven aquí, muchacho! El se ha ido.

-No puedo.

Dos tiendas más abajo, un hombre arrodillado en sus mantas preguntó:

-¿Qué hora es, chico?

-No lo sé. Deben de ser, creo, las seis dadas.

-He oído a ésa invitarte. Por suerte no le has hecho caso. Ha causado más problemas en este campamento que los esquiroles. Deberían echarla; provoca riñas entré todo el mundo. ¿"Han encendido el fuego allá abajo?

-Sí.

Rebasó la hilera de tiendas y a unos diez metros, en pleno descampado, se elevaba la mampara cuadrada de lona. En su interior se abría un agujero atravesado por un tablón que permitía utilizar la letrina a tres hombres al mismo tiempo. Jim tomó una caja de ácido clorhídrico y la agitó, pero estaba vacía. Acuclillado en el tablón había un hombre, que comentó:

-Habría que hacer algo. ¿Dónde diablos está el médico? No se ha ocupado de esto desde ayer.

-Tal vez nosotros podríamos echar un poco de tierra encima. Ayudaría.

-Eso no es asunto mío. Ese médico debería hacer algo o la gente acabará enfermando.

-Los tipos como tú, que no tienen nada que hacer, merecen enfermar -respuso Jim en tono airado, y con el canto del pie arrojó tierra en el agujero.

-¡Mira el listillo! Cuando te hagas mayor tal vez tengas más conocimiento.

-Sé lo suficiente como para decir que eres un bastardo perezoso.

-Espera que me suba los pantalones y te enseñaré quién es un bastardo perezoso -pero no hizo el menor movimiento.

-No puedo pelearme; tengo una herida en el hombro -dijo Jim bajando la vista.

-Claro, y con esa excusa insultas a la gente. Vosotros, los jovencitos, os vais a encontrar con algo que no esperabais.

-Mi propósito no era insultarte -replicó Jim, controlándose- ni quiero luchar contigo. Ya tenemos con qué enfrentarnos, sin necesidad de pelearnos entre nosotros.

-Ah, eso está mejor. Cuando termine te ayudaré a echar un poco de tierra. ¿Qué va a ocurrir hoy? ¿Lo sabes?

-Vamos a... -empezó Jim, pero recordó que debía ser discreto y dijo-: No lo sé, maldita sea. Supongo que London nos lo dirá cuando esté listo.

-London todavía no ha hecho nada. Eh, no te pongas tan cerca del centro, que igual rompes el tablón. Colócate más bien en un extremo. London no ha hecho nada; se limita a ir de un lado para otro dándose tono. ¿Sabes lo que me ha dicho un tipo? Que London tiene latas y más latas de conservas en su tienda: de todo. *Corned beef*, sardinas y melocotones. No quiere comer lo mismo que nosotros, los desgraciados. Él es demasiado importante.

-Eso es una cochina mentira.

-Otra vez haciéndote el listillo, ¿eh? Hay un montón de tipos que han visto sus conservas. ¿Cómo sabes que es mentira?

-Porque yo he estado en esa tienda. Él me ha dejado dormir allí esta noche a causa de mi herida. Allí no hay más que un colchón viejo y dos cajones vacíos.

-Pues un montón de tipos dice que hay allí muchas latas de melocotones y de sardinas. Algunos incluso querían ir a echar un vistazo anoche.

-¡Jesús, y qué hatajo de puercos! Tenéis un buen jefe y os falta tiempo para despellejarlo.

-¿Ves? Otra vez insultando a la gente. Espera a ponerte bien y alguien te arreará un sopapo que te quitará las ganas de seguir haciéndote el listillo.

Jim abandonó el tablón, se abrochó los vaqueros y salió. Las cortas chimeneas de las cocinas arrojaban una humareda gris a la atmósfera tranquila, columnas rectas que se elevaban cuatro metros y medio antes de convertirse en nubes fungiformes y disiparse. Por levante, el cielo se había teñido de amarillo y, en el cénit, de un blanco azulado. Los hombres salían de las tiendas y se acercaban rápidamente. El silencio que poco antes reinaba en el campamento había sido reemplazado por el rumor de las pisadas y las voces; por el movimiento de las gentes, en suma.

Una mujer morena, en pie frente a una tienda, se peinaba sus largos cabellos echando la cabeza hacia atrás y mostrando la blancura de su garganta. Los movimientos de su brazo eran largos y elegantes. Cuando Jim pasó por delante, ella le dirigió una sonrisa cómplice y le saludó sin dejar de peinarse:

-Buenos días. -Y como Jim se detuviera, añadió-: No. Sólo buenos días.

-Hace usted que me sienta bien.

Por un momento, se quedó mirando el largo cuello blanco y la mandíbula angulosa, y devolvió el saludo:

-Buenos días.

Vio que los labios de la mujer dibujaban una línea de profunda y deliciosa comprensión. Más adelante, la cabeza hirsuta volvió a asomarse rápidamente y la voz ronca murmuró:

-Rápido, entra, que se ha marchado.

Jim se limitó a dirigir una breve mirada, y continuó su camino con paso apresurado, sin responder.

Los hombres se congregaban junto a las viejas cocinas, acercando las manos al calor y esperando pacientemente a que estuviera lista la ternera con judías, que se cocía en las

grandes tinas. Jim se acercó a un barril, llenó un recipiente de hojalata y se asperjó el rostro y el cabello con agua fría; luego, se frotó las manos, sin jabón, y dejó que las gotas le resbalaran por la cara.

Mac lo vio y se le acercó, sosteniendo una lata con comida.

-He conseguido esto. ¿Qué te ocurre, Jim? Parece como si te hubieran hecho cosquillas para matarte.

-He visto a una mujer...

-Imposible; no has tenido tiempo.

-Acabo de verla. Se estaba peinando. Es curioso... A veces una persona adopta una postura corriente y, sin embargo, parece maravillosa y se te queda grabada para toda la vida.

-Si yo viera a una mujer que estuviese un poco bien, perdería la chaveta.

Jim miró la lata vacía.

-Tenía la cabeza echada hacia atrás. Se estaba peinando... Parecía sonreír de una manera especial. ¿Sabes Mac? Mi madre era católica, pero no iba a la iglesia los domingos porque mi viejo odiaba las iglesias tanto como yo las odio ahora. Pero a mediados de semana, cuando mi viejo estaba trabajando, a veces iba. De pequeño me llevó en alguna ocasión. Pues bien; la sonrisa de esa mujer, y por esa razón te estoy contado esto... Bueno..., tenía algo en común con la sonrisa de la Virgen; era la misma clase de sonrisa, sabia, fría y segura. Una vez pregunté a mi madre por qué sonreía así, y ella me contestó: "Puede reírse porque está en el Cielo". Creo que le tenía un poco de envidia. -La voz de Jim bajó de tono-. Una vez, hallándome allí, contemplando aquella Virgen, vi una aureola de estrellitas en el aire, encima de su cabeza, girando como pájaros. Quiero decir que las vi realmente, no es broma, Mac. Eso no tiene nada que ver con la religión; creo que es algo parecido a lo que los libros que he leído llaman la realización del deseo. ¡Ya lo creo que las vi! Me hicieron feliz. Mi viejo se hubiera puesto furioso, de haberlo sabido. Jamás mantuvo ninguna posición duradera. Todo era superfluo para él.

-Algún día serás un gran orador, Jim. Tu tono es, digamos, persuasivo. ¡Jesús, me estabas haciendo pensar, nada menos, que debe de ser bonito estar en la iglesia! ¡Bonito! Es una buena charla. Si eres capaz de hablar a la gente y atraerla a nuestro bando, te convertirás en un buen elemento. -Tomó una latita limpia que colgaba de un clavo, a un lado del barril de agua, la llenó y bebió de ella-. Vamos a ver si la pitanza está a punto.

Los hombres se alineaban, y conforme pasaban ante las cocinas, los cocineros les servían judías y trozos de ternera cocida. Mac y Jim se pusieron a la cola, y en su momento llegaron a la altura de los recipientes.

-¿Esta es toda la comida? -preguntó Mac a uno de los cocineros.

-Hay judías y carne suficientes para una comida más. Lo que se nos ha terminado es la sal; necesitamos más sal.

Se alejaron despacio, comiendo mientras caminaban. Un rayo de sol semejante a una lanza se proyectó por encima de los árboles y acabó incidiendo en el suelo del claro y en las tiendas, haciendo parecer a éstas menos míseras. Junto a la fila de destartalados coches, London estaba hablando a un grupo de hombres. Mac sugirió:

-Vamos a ver qué está haciendo.

Se dirigieron hacia la carretera, donde los viejos coches permanecían aparcados. Una ligera capa de herrumbre se extendía sobre los radiadores, algunos neumáticos estaban deshinchados y todos los vehículos presentaban el aspecto de haber permanecido en aquel lugar largo tiempo.

London saludó con un gesto.

-Hola, Mac. ¿Qué tal, Jim?

-Magnífico.

-Estos chicos y yo estamos inspeccionando estos cacharros, para determinar cuáles vamos a utilizar. No hay uno solo que sirva para pegar un bocinazo en el infierno.

-¿Cuántos tienes intención de emplear?

-Unas cinco parejas. Deben ir de dos en dos, para que si le sucede algo a uno, el otro pueda recoger a los hombres y continuar. -Y señalando la fila-: Ese viejo Hudson está muy bien.

Hay cinco Dodges de cuatro cilindros que, aun siendo viejos también, marcharían incluso sin ruedas. Mi modelo T funciona a la perfección...; bueno, en todo caso, tira. Veamos: no queremos coches cerrados; desde un coche cerrado no puedes arrojar piedras. Aquí hay uno con la delantera reforzada. ¿Creéis que andará?

-¡Vaya si andará! -dijo un hombre, acercándose-. He venido en él directamente desde Luisiana en invierno. Jamás se recalienta, ni siquiera subiendo montañas.

Prosiguieron a lo largo de la fila, inspeccionando aquellas reliquias alineadas.

-Estos tipos son los jefes de escuadra -explicó London-. Voy a poner a cada uno a cargo de un vehículo, dejándoles en libertad para escoger a sus propios hombres, cinco o seis por jefe; hombres en los que puedan confiar, luchadores, ¿comprendéis?

-Me parece muy bien -aprobó Mac-. Ya veremos quién los para.

-A nosotros no nos para nadie -le dijo uno de los presentes, volviéndose.

-La moral está alta, ¿eh?

-Que nos den una ocasión y verás.

-Vamos a dar un paseíto, London -propuso Mac.

-Oh, espera un minuto. Unos tipos han regresado hace un momento de casa de Anderson. Dicen que se ha pasado la noche insultándolos, y que esta mañana se ha ido a la ciudad, sin dejar de insultarlos.

-Suponía que haría eso. ¿Y qué hay de Al?

-¿Al?

-Sí, el chico de Anderson, al que le dieron la paliza.

-Ah, los muchachos no lo han visto. Quería venir aquí, pero no accedieron a moverlo. Un par de hombres se ha quedado con él.

London se acercó más y bajó la voz, a fin de que los demás no pudieran oírle:

-¿A dónde crees que ha ido Anderson, Mac?

-Supongo que ha ido a la ciudad a poner una denuncia y conseguir que nos echen. Es probable que ahora vaya diciendo por ahí que nosotros le quemamos su granero. Está tan asustado que no sabrá que hacer para congraciarse con el otro bando.

-Uh, uh. ¿Crees que deberemos luchar aquí?

-Te lo diré sí creo que va a suceder, pero tal vez envíen primero a unos cuantos tipos a ver si nos meten miedo. Los estamos esperando. Luego, vendrán en tropel. Todo dependerá de cómo se sientan los nuestros: si están encolerizados y con la moral alta, lucharemos, pero si se ponen amarillos lo mejor será que nos larguemos, si podemos. -Golpeó el hombro de London y añadió-: Si tal cosa sucede, tú, Jim y yo debemos irnos rápidamente y lo más lejos posible, porque ese tropel buscará un chivo expiatorio, y no va a preocuparse mucho de quién sea. London ordenó a los hombres:

-Trasvasad toda la gasolina a los vehículos que vamos a utilizar. Encended los motores y comprobad si todo está en orden, pero sin malgastar combustible.- Y volviéndose-: Vamos a pasear, que de esto quiero hablar reservadamente. ¿Qué pensáis de nuestros muchachos? Los que he nombrado jefes lucharán, pero ¿y los otros?

-Si yo pudiera saber por anticipado lo que un grupo de hombres va a hacer, sería presidente. Sí, sé algunas cosas, como que parece percibirse olor de sangre. Dejemos que maten a alguien, aunque sea un gato, y seguirán matando. Si hay enfrentamiento y los nuestros han derramado antes sangre, armarán un cisco de todos los demonios. Pero si perdemos un hombre los primeros, no rne sorprendería verlos zumbar hacia los árboles.

-Estoy de acuerdo. Toma un tipo a quien conoces a la perfección, y toma diez más como él. En este último caso, no podrás adivinar qué van a hacer. ¿Cuál crees que ha de ser nuestro papel? ¿Limitarnos a esperar?

-Eso mismo. Cuando estás acostumbrado a las masas, eres capaz de prever cómo van a actuar con sólo unos instantes de antelación. Puedes captarlo en el aire. Recuerda, sin embargo, que si nuestros hombres se derrumban, deberás esconderte debajo de cualquier cosa y que darte quieto. Y ahora escucha: bajo el puente sobre el río Torgas existe una excavación disimulada con troncos de sauce. Allí hay alimentos y mantas, y es un buen sitio para esconderse. A una

multitud no le dura mucho la locura. Cuando vayas a la ciudad, dirígete a Center Avenue, cuarenta y dos, y di que yo te envío.

-Desearía hallar alguna forma de mantener alejados a mi chico y a Lisa. No quiero que les hagan daño.

-Habláis como si estuvierais seguros de que va a ocurrir -les cortó Jim-. Aún no ha sucedido nada, y es posible que nada pase. A lo mejor Anderson ha ido a la ciudad a instalarse en casa de un conocido.

-Admito que nuestas palabras suenan como lamentaciones por una catástrofe -reconoció Mac, como excusándose-. Tal vez no llegue a ocurrir, pero London es un tipo que vale y lo necesitamos. No me gustaría que mataran a esos trabajadores, que son buena gente, pero a quien necesitamos es a London. Toda esta huelga merece la pena si nos atraemos a London.

-Has presenciado muchas huelgas, Mac -dijo London, complacido por aquellos halagos-. ¿Siempre se desarrollan así?

-Qué va. Ya te dije que este sitio está organizado, y la prueba es que ninguno de los demás trabajadores se ha unido a nuestra huelga.

Los propietarios nos han cortado los suministros. Si nuestros expedicionarios fracasan hoy, se nos ha caído el pelo. No tendrás el propósito de abandonar, ¿verdad, London?

-Seguro que no, pero nunca me he visto envuelto en una lucha.

-No creo que abandonar fuera lo mejor, pues vamos a necesitarte. Hoy van a tratar de desembarazarse de nosotros. Si tú no estuvieras aquí, la gente podría asustarse y se largaría. Tú continúas siendo el jefe, London, y el jefe tiene que permanecer en el centro del grupo mayor hasta el último minuto. Anda, que esos coches se muevan, ¿eh? Hay muchos esquiroles y a estas horas deben de estar trabajando.

London se volvió y echó a correr hacia los vehículos.

-¡Vamos, muchachos! ¡Montad y adelante!

Los jefes de escuadra trotaron hacia las tiendas, donde reunieron a sus hombres, armados con piedras y trozos de madera más algún que otro cuchillo. Toda la muchedumbre de los acampados les siguió hasta el borde de la carretera, hablando a gritos y dirigiendo consejos a los expedicionarios:

-¡Arrea fuerte, Joe!

-¡Atízale en todo el coco!

Los motores arrancaron y lucharon contra su propia vejez. Los hombres escogidos se encaramaron a los vehículos y ocuparon sus sitios. London levantó ambas manos para acallar el ruido y gritó:

-¡Tres parejas por ahí, y dos por ahí!

Engranaron las marchas y los coches se arrastraron para atravesar la cuneta y alinearse en la carretera. Los pasajeros se pusieron en pie, agitaron furiosamente sus sombreros, amenazaron con los puños y dieron mortíferos palos en el aire con sus estacas. Los vehículos se alejaron lentamente en dos direcciones, y la muchedumbre les acompañó con sus gritos.

Cuando hubieron ganado distancia, el griterío cesó de pronto. La gente se quedó quieta, con la interrogación y el malestar pintados en los rostros, contemplando la carretera y viendo cómo los automóviles se perdían de vista. Mac, Jim y London regresaron juntos al campamento.

-Espero, por Cristo, que causen daños -dijo Mac-. Si algo nos sucede a nosotros y nada a los demás, no aguantaremos mucho. Vamos, Jim, echemos un vistazo al viejo Dan. Luego tal vez podríamos reunir a unos cuantos hombres e ir todos juntos a visitar a Al, a quien hice cierta promesa. Necesitará un poco de ánimos.

-Yo voy a tratar de conseguir agua -anunció London-. El barril está bajo de nivel.

Jim abría la marcha en dirección a la tienda hospital. La cortina de lona estaba apartada y atada para permitir que entrara el sol de la mañana. El viejo Dan yacía en una mancha de luz. Su rostro era de una blancura transparente, como de cera, y unas gruesas venas negruzcas latían en sus mejillas.

-¿Cómo se encuentra, Dan? -preguntó Jim.

El anciano murmuró algo débilmente.

Mac se inclinó para poder oírle.

-¿Qué dice?

Los labios de Dan formaron cuidadosamente las palabras, esta vez:

-No me han dado nada de comer.

-¡Pobre diablo! -exclamó Jim-. Le traeré algo. -Se detuvo junto a la salida y gritó-: ¡Mac! Están regresando.

Procedentes de la ciudad, llegaron cuatro coches, que se detuvieron en la carretera. London apareció corriendo y se abrió paso entre la multitud.

-¿Qué demonios ocurre?

El conductor del primer automóvil sonrió como atontado, y el gentío guardó el más completo silencio.

-No hemos podido seguir adelante -informó el conductor, volviendo a sonreír-. Hay una barricada en la carretera.

-Creo que os ordené embestirla, si la encontrabais.

-No comprendes -dijo el conductor con voz apagada-. Había dos coches delante de nosotros. Llegamos a la barricada y nos encontramos con una veintena de tipos armados con fusiles, parapetados en ella. -Tragó saliva con nerviosismo-. Un fulano empuñando una Star, se sube a lo alto y dice: "Es ilegal formar piquetes en este condado. Regresen". Aquel viejo Hudson maniobra para volver, se queda atrapado en la cuneta y sus ocupantes salen despedidos. Entonces, tal como dijiste, echan a correr y montan en el de radiador reforzado.

Los hombres que se acomodaban en los otros asientos asentían solemnemente a sus palabras. London, con un hilo de voz le animó:

-Continúa.

-Bueno, pues el del radiador reforzado se dispone a embestir contra la barricada, y entonces aquellos tipos empiezan a arrojar bombas lacrimógenas y a disparar contra los neumáticos. Los nuestros se ponen a toser, y la concentración de gas es tal, que resulta imposible ver. Los otros se colocan unas caretas, y vienen hacia nosotros con millares de esposas para inmovilizarnos.- Volvió a sonreírse-. Así que regresamos; no podíamos hacer nada, pues carecíamos hasta de un pedrusco decente que arrojarles. Han agarrado a todos los ocupantes del vehículo con radiador reforzado. Jamás había yo visto tanto gas, maldita sea. -Levantó la mirada, desmoralizado, y anunció-: Ahí viene el otro grupo. Supongo que han bloqueado la carretera en ambas direcciones.

Un extraño y largo suspiro se escapó de los congregados. Algunos hombres se volvieron y echaron a andar hacia las tiendas, como deslizándose cabizbajos, se diría que sumidos en hondas cavilaciones. London, con expresión perpleja, dirigió la mirada a Mac, quien preguntó:

-¿Crees que podríamos llevar los coches a través del pomar, lejos de esa carretera? No pueden tenerlas todas bloqueadas.

-El suelo está demasiado mojado -repuso London meneando la cabeza-. Un vehículo quedaría atrapado en el barro antes de que avanzáramos tres metros.

Mac saltó al estribo de uno de los coches y gritó:

-Escuchad, muchachos. Hay una solución: que todo el grupo se dirija allí y aparte esas barricadas de la carretera. A todos no pueden bloquearnos, maldita sea.

Hizo una pausa, a la espera de una respuesta, un movimiento, pero los hombres apartaban la mirada de él, esperando cada uno que otro hablara. Por último, alguien dijo:

-No tenemos nada con que luchar, señor. No podemos enfrentarnos a los fusiles y al gas sólo con las manos. Denos usted armas y lucharemos.

El parlamento de Mac se convirtió en furiosas recriminaciones:

-¡Dejáis que disparen contra los nuestros, que incendien los edificios de nuestros amigos y no queréis luchar! ¡Ahora os tienen atrapados, y seguís sin querer luchar! ¡Incluso una sucia rata lucha cuando cae en una trampa!

La desesperanza llenaba la atmósfera como si fuera también un gas. El mismo hombre de antes repitió:

-Señor, no podemos enfrentarnos a los fusiles y al gas sólo con las manos.

A Mac se le quebró la voz a causa de la rabia:

-¿Habrá entre vosotros seis bastardos amarillos que quieran luchar conmigo sólo con las manos? ¿Los habrá? -Su boca articuló, con desencanto-: Tratamos de ayudaros... ¡Tratamos de conseguir algo para vosotros...! -gritó.

London se acercó y le hizo apearse del estribo. Los ojos de Mac reflejaban la furia que le invadía. Debatiéndose, trataba de liberarse de su amigo y gritaba:

-¡Mataré a los bastardos amarillos con mis propias manos!

Jim se aproximo y tomó a Mac por el otro brazo, al tiempo que le reprochaba:

-¡Mac, por el amor de Dios, no sabes lo que estás diciendo!

Entre Jim y London se lo llevaron, abriéndose paso entre la aglomeración. Los hombres, avergonzados, permanecían con la cabeza gacha y comentaban entre sí en voz baja:

-Pero no podemos enfrentarnos a los fusiles y al gas sólo con las manos...

Los expedicionarios se apeaban con movimientos de autómata de los coches y se unían a la multitud, abandonando los vehículos en la carretera.

Mac estaba en el límite de su resistencia. Permitió que lo condujeran a la tienda de London y lo instalaran en el colchón. Jim empapó un paño en el cubo de agua y trató de refrescarse la cara, pero Mac se lo arrebató y lo utilizó para sí.

-Ahora estoy bien del todo -declaró, con calma-. Pero ya no sirvo. El partido debería prescindir de mí. He perdido la cabeza.

-Estás agotado por falta de sueño -dijo Jim.

-Ya lo sé, pero no se trata de eso. No van a ayudarse a sí mismos.

A veces he visto a hombres como ésos lanzarse desarmados contra un nido de ametralladoras, y hoy no son capaces de luchar contra unos pocos ayudantes del sheriff novatos. Tienen un susto de muerte. Jim, yo soy tan inútil como ellos. Se supone que debo utilizar el cerebro. Cuando monté en ese estribo mi propósito era darles ánimos, pero ese maldito hatajo de borregos me sacó de quicio. Y no tenía derecho a perder la cabeza. Deberían expulsarme del Partido.

-También yo he perdido la cabeza, maldita sea -dijo London, con el propósito de animarle.

Mac se miró los dedos, uno por uno, y confesó tristemente:

-Me dan ganas de largarme. Me arrastraría muy a gusto hasta un almiar, me echaría a dormir, y ésos que se vayan al infierno.

-En cuanto hayas descansado volverás a sentirte fuerte -dijo Jim-. Acuéstate y duerme, Mac. Te llamaremos si te necesitamos, ¿verdad, London?

-Pues claro. Estás agotado y no puedes hacer nada. Voy a salir a hablar con los jefes de la escuadra. Tal vez podamos reunir a unos pocos elementos buenos y deslizamos hasta las barricadas.

-Me temo que nos tienen cogidos -comentó Mac-. Han desmoralizado a los nuestros ya de entrada. -Se tumbó en el colchón-. Lo que necesitan es sangre -murmuró-. Una multitud debe matar. ¡Oh, Cristo, lo he hecho todo mal desde el principio! -Cerró los ojos, pero de inmediato volvió a abrirlos-. Escuchad: muy pronto nos hará una visita el sheriff o quien sea. No dejéis de despertarme ni le permitáis que se vaya de vacío. Sobre todo, llamadme.

Se desperezó como un gato, y cruzó las manos bajo la nuca. Su respiración se hizo regular.

El sol proyectaba sobre la lona la sombra de las cuerdas que aseguraban la tienda. En la entrada, abierta, una mancha dorada iluminaba el suelo, batido por las pisadas. Jim y London salieron en silencio, y el segundo se lamentó:

-¡Pobre chico! Lo necesita. Jamás había visto a nadie tan necesitado de sueño. Sé de alguien que se volvió loco porque la poli no le permitía dormir.

-Se sentirá distinto cuando despierte. ¡Dios mío, si le dije al viejo Dan que le llevaría algo! En ese momento regresaron los coches. Lo mejor será que lo haga ahora.

-Yo voy a ver cómo está Lisa. Tal vez se sienta mejor y pueda cuidar de ese vejestorio.

Jim se encaminó a la cocina, echó algunas judías en una lata y la llevó a la tienda hospital. Los hombres, ociosos, formaban pequeños grupos. Jim se asomó a la tienda y comprobó que la mancha triangular del sol se había encogido y ya no daba en el catre. Los ojos del viejo Dan estaban cerrados, y su respiración era lenta y ligera. Un extraño olor mohoso y rancio llenaba

el recinto: era el aliento de un cuerpo congestionado que muere lentamente. Jim se inclinó sobre el catre.

-Dan, le he traído algo de comer.

Dan abrió despacio los ojos.

-No quiero nada. No tengo fuerzas ni para masticar.

-Tiene usted que comer, Dan; tiene que comer para ponerse fuerte. Mire, le pondré una almohada bajo la cabeza y yo mismo le daré.

-Yo no quiero ponerme fuerte -replicó con voz lánguida-. Quiero seguir aquí echado. Yo he sido un leñador de altura. -Sus ojos volvieron a cerrarse-. Trepabas por el tronco, arriba, arriba, y podías ver todos los arbolitos allá abajo: los que estaban en la segunda y en la tercera etapa de desarrollo. Entonces, te colocabas el cinturón de seguridad. -Suspiró profundamente, y de su boca continuó escapándose un murmullo.

Una sombra se proyectó en la mancha de sol. Jim levantó la vista y vio a Lisa en pie junto a la entrada de la tienda, con su bebé en brazos, arropado en la manta.

-Yo ya tengo bastante trabajo cuidando del niño, y me ha dicho que viniera a cuidar también a un viejo.

-Chissst...

Jim se apartó del catre para que la muchacha pudiera ver el rostro de Dan. Ella se acercó y se sentó en el catre vacío.

-Oh, yo no sé... ¿Qué queréis que haga?

-Nada. Que estés con él.

-No me gusta. Lo estoy oliendo. Conozco este olor.

Se agitó nerviosamente, y cubrió la cara redonda del niño, para protegerlo del olor.

-Chissst... Tal vez se ponga bien.

-¿Oliendo así? Ni hablar. Conozco ese olor. Una parte de él está ya muerta.

-¡Pobre diablo!

El tono con que Jim pronunció estas palabras conmovió a Lisa, cuyos ojos se inundaron de lágrimas.

-Me quedaré. Ya lo he presenciado antes, y no perjudica.

-Me gusta estar junto a ti -dijo Jim suavemente, sentándose a su lado.

-No te acerques.

-No, no. Sólo me preguntaba por qué se estaba tan caliente a tu lado.

-No tengo frío.

-Voy a decirte una cosa, Lisa -empezó Jim, apartando la mirada-. No lo entenderás, pero no importa lo más mínimo. Todo se está desmoronando, se está perdiendo, pero esto no es más que una pequeña parte de una totalidad. No significa nada, Lisa. Tú y yo no representamos mucho en esa totalidad ¿comprendes. Lisa? Estoy hablando para mí mismo, pero lo comprendo mejor si tú me estás escuchando. No sabes a qué me estoy refiriendo, ¿verdad, Lisa?

El cuello de la joven se ruborizó.

-Acabo de tener un niño. Además, yo no soy de ésas. -Levantó sus ojos avergonzados-. No me hables así, no emplees ese tono -rogó-. Tú ya sabes que no soy de ésas. -Y como Jim alargara la mano para tranquilizarla, ella se apartó y le atajó-: No.

Jim se puso en pie.

- Sé buena con el viejo, ¿eh? En la mesa hay agua y una cuchara. Dale un poco de vez en cuando.

Levantó la cabeza y aguzó el oído para escuchar un rumor de voces que iba acrecentándose gradualmente. Luego, sobre ese fondo se impuso otra voz que arengaba a los acampados, y que subía y bajaba de tono airadamente.

-Tengo que irme. Cuídalo -recomendó Jim y salió corriendo de la tienda.

En las proximidades de las cocinas distinguió a un grupo de hombres que se congregaban en torno a algo, pero no podía verles las caras. La voz airada surgía del centro de la aglomeración. Mientras Jim observaba, el grupo se desplazó a un lado, en dirección a la desnuda plataforma erigida para exponer el cadáver de Joy, llegó hasta ella y la rodeó. Un

hombre surgió entre la masa y subió al estrado. Jim se acercó a toda prisa y ahora pudo distinguir: se trataba del taciturno y ceñudo Burke, que no paraba de gesticular. Su voz resonaba por encima de las cabezas de la muchedumbre. Jim vio a London acercarse corriendo, procedente de la carretera. Burke se aferró a la barandilla y gritó:

-¡Ahí lo tenéis, miradlo! Ese es el hombre que lo ha estropeado todo. ¿Qué diablos ha hecho? Quedarse en su tienda comiendo melocotones en conserva, mientras nosotros nos empapábamos y nos alimentábamos con una bazofia que a un cerdo le hubiera dado asco.

La boca de London se abrió, atónita, y exclamó:

-¿Qué sucede aquí?

Burke se asomó a la barandilla.

-Yo te lo diré. Nosotros hemos decidido que necesitamos un auténtico jefe, un hombre que no nos venda por un cargamento de latas de conserva.

El rostro de London palideció, y sus hombros se abatieron. Con un gruñido, cargó contra la multitud, que no le opuso, resistencia, y fue apartando a los hombres. Se acercó a la plataforma y se agarró a la barandilla. Cuando se disponía a subir, Burke fue a descargarle un puntapié en la cabeza, pero falló, le alcanzó en el hombro y soltó una de las manos que se aferraban a la barandilla. London gruñó de nuevo. Se quedó en pie, junto al estrado. Burke se dispuso a golpearle en el rostro, pero volvió a fallar. Entonces, con la terrible y suave rapidez propia de un hombre corpulento, London proyectó su mano izquierda, y Burke, al intentar esquivarla, se encontró con el enorme puño derecho, que le dio de lleno en un lado de la mandíbula, lo levantó en el aire y lo derribó al suelo del estrado. Su cabeza quedó colgando de la plataforma, con la mandíbula fracturada sobresaliéndole por un lado y los dientes rotos pendiendo sueltos entre los labios. Un hilillo de sangre manaba de su boca, corría entre la nariz y el ojo, y desaparecía entre su cabello.

London, de pie, jadeando, se quedó mirando al caído. Le levantó la cabeza lentamente y preguntó:

-¿Hay algún otro hijo de perra que crea que lo he traicionado?

Los hombres más próximos a la colgante cabeza de Burke tenían la mirada inmóvil, como fascinada. Por los otros lados de la plataforma, la gente empezó a removerse, empujándose y poniéndose de puntillas para mirar. Sus ojos brillaban de ira.

-¡Le ha roto la mandíbula! -dijo un hombre-. ¡Le están sangrando los sesos!

-¡Lo ha matado! -gritó otro histéricamente-. ¡Le ha roto la cabeza!

Unas mujeres forzaron el paso a través del gentío y se quedaron inmóviles observando la colgante cabeza. Una especie de pesado suspiro semejante a un sollozo se elevó entre la muchedumbre. Los ojos brillaban, los hombros se inclinaban y los brazos avanzaban amenazadoramente. London seguía jadeando, y su expresión denotaba perplejidad. Se quedó mirando su propio puño y sus nudillos contusionados y sangrantes. Luego buscó apoyo entre la muchedumbre, y distinguió a Jim que, en la periferia del grupo, agitaba sus manos entrelazadas por encima de la cabeza. Luego, señaló la carretera, los coches aparcados, la carretera de nuevo y otra vez los coches. London volvió a dirigir su vista a la multitud, que no cesaba de murmurar. La perplejidad abandonó su rostro, frunció el ceño y gritó:

-¡Muy bien, muchachos! ¿Por qué no he hecho nada? Porque no me habéis ayudado, pero por Cristo que ahora estáis listos para la acción. ¡Nadie podrá deteneros! -Un largo y animalesco rugido se elevó, y London levantó las manos-. ¿Quién me sigue ahora y fuerza esas malditas barricadas?

La multitud experimentó un rápido cambio. Los ojos de hombres y mujeres les conferían la apariencia de hallarse en trance. Los cuerpos empezaron a moverse a la vez, rítmicamente. No surgieron más gritos aislados; todos se movían al mismo tiempo y parecían iguales. El rugido se transformó en una sola voz que surgía de muchas gargantas.

-Algunos de vosotros tenéis coches; los demás venid también. Vayamos y ya veremos ¡Vamos, vamos! -les animó London.

Saltó de la plataforma y se abrió paso para encabezar aquella masa. Los coches no tardaron en arrancar, y la muchedumbre se lanzó carretera adelante, pero no iba desperdigada y se había sobrepuesto a la apatía, convirtiéndose en una maquinaría rápida, silenciosa y fríamente

eficaz. Avanzaba por la carretera con un trote perruno, controlada y dirigida, y los vehículos la precedían a marcha lenta.

Jim observó la partida y se recomendó a sí mismo en voz alta:

- No te dejes coger, no te dejes coger. No les permitas que te agarren. Usa la cabeza.

La mayoría de las mujeres corrían tras los hombres que se marchaban, y las pocas que se quedaron miraban de forma extraña a Jim, pues también sus ojos reflejaban un estado de trance mientras contemplaba la carretera por la que avanzaba la terrible maquinaria. Cuando ésta hubo desaparecido, suspiró tan fuerte que se estremeció. Dio media vuelta y abandonó el lugar. Alzó la mano y presionó con ella su hombro herido a fin de provocar un dolor persistente. Luego caminó despacio hacia la tienda de London, penetró en ella en silencio y se sentó en un cajón.

Mac lo miró con los ojos entreabiertos. Tan sólo un minúsculo resquicio entre sus párpados demostraba que se hallaba despierto.

-¿Cuánto tiempo he dormido, Jim?

-Poquísimo. Creo que aún no es mediodía, aunque no debe de faltar mucho.

-No he parado de soñar, pero he descansado. Voy a levantarme.

-Será mejor que sigas durmiendo, si puedes.

-¿Ya para qué? Ahora estoy descansado. -Abrió por completo los ojos-. Ya no experimento aquella sensación como de estar cubierto de arena. Cuando uno está tan cansado, duerme profundamente. He soñado una barbaridad.

-Mejor será que vuelvas a dormirte.

-No.-Se sentó y se desperezó-. ¿Ha ocurrido algo mientras dormía? Hay una tranquilidad ahí afuera.

-Han pasado muchas cosas. Burke trató de deshacerse de London, y London lo ha hecho papilla..., casi lo ha matado... ¡Cristo!

Había olvidado a Burke.

Echó a correr hacia la salida, rodeó la tienda y dirigió la mirada a la plataforma. Luego, regresó a la tienda y dijo:

-Alguien se lo ha llevado.

Ahora Mac estaba en pie y excitado.

-Cuenta.

-Bueno, cuando la gente vio sangre perdió el control, y London la ha conducido a expugnar la barricada.

-¿No te lo dije? -exclamó Mac-. Necesitan sangre. Eso funciona. Ya te lo decía yo. Bien; y después..., ¿qué?

-Ahora están allí. Deberías haberlos visto, Mac; ha sido como si todos desaparecieran, como si se tratara de un gran..., animal avanzando por la carretera. Todos juntos constituían como un animal. Yo estaba cerca, quería ir también, pero pensé: "No puedes. Debes usar la cabeza".

-¡Exacto! La gente cree que la masa no sirve, pero a mí me ha tocado ver muchas cosas, y te digo que cuando una masa sabe lo que quiere, se muestra tan eficaz como unos soldados bien entrenados, pero además actúa con astucia. Arrollará esa barricada, pero después ¿qué? Querrá hacer algo más antes de que se enfríen los ánimos. Lo que dijiste es cierto: se trata de un gran animal, actúa de forma distinta a como lo harían los hombres considerados individualmente, y es más fuerte que la suma de quienes lo componen. No desea las mismas cosas que los hombres, como decía el matasanos, y nosotros ignoramos qué va a hacer.

-Romperá la barricada.

-No es eso lo que quiero decir. Al *animal* no le importa la barricada, pero no sé lo que quiere. El problema es que los tipos que estudian a la gente creen siempre que se trata de hombres, y no es así. Constituye una clase distinta de animal, tan distinto de los hombres como los mismos perros. Jim, es estupendo que podamos utilizarlo, pero no sabemos aún lo bastante. Cuando se dispara puede hacer cualquier cosa.

Su rostro reflejaba vivacidad, excitación y un ligero temor.

-Escucha -dijo Jim-, me parece oir... -Fue corriendo hacia la entrada y anunció, gritando-: ¡Regresan! Ahora es distinto, van desperdigados, no es igual que antes.

Mac se colocó junto a él y comprobó que, en efecto, la carretera estaba ocupada por hombres que regresaban. London abandonó el encabezamiento de la marcha, y trotó pesadamente hacia ellos. Cuando se hallaba cerca, les gritó:

-¡Meteos en la tienda, meteos en la tienda!

-Pero ¿qué significa esto? -preguntó Jim, pero Mac le empujó al interior de la tienda, desató la lona que hacía de puerta y cerró.

-Él sabe lo que hace -dijo Mac-. Quédate quieto y déjale hacer. Pase lo que pase, no salgas.

Oyeron rumor de pasos sobre el suelo y algunos gritos. Distinguieron entonces la sombra corpulenta y negra de London recortarse en la lona.

-¡Ahora, muchachos, serenaos! -le oyeron recomendar, en voz alta.

-¡Ya le enseñaremos a ése quiénes son unos bastardos amarillos!

-Estáis enfurecidos porque os hemos echado un rapapolvo. Ahora tomaos un trago y tranquilizaos. Lo habéis hecho bien, pero a mi amigo no le tocáis ni un pelo. Es también vuestro amigo. Os digo que ha estado trabajando en favor nuestro hasta que ha caído muerto de cansancio.

Mac y Jim, en el interior de la tienda, podían sentir cómo la cólera cedía, se rompía y se disipaba en un centenar de gritos.

-Lo sabemos, London.

-Es verdad, pero nos ha insultado.

Mac suspiró pesadamente.

-¡Jesús, de buena nos hemos librado!

La cuadrada sombra de London continuaba en pie, reflejándose en el viento de la tienda, pero las numerosas y excitadas voces se apaciguaban y perdían su agresividad. London abordó el tema:

-Si alguno de vosotros, muchachos, cree que yo guardo melocotones en conserva, que pase y mire.

-No, London, maldita sea; nunca nos hemos creído eso.

-Eso era cosa del hijo de perra de Burke.

-Ha estado maquinando contra ti, London. Yo le oí hablar.

-Bueno, pues ahora dispersaos, muchachos. Tengo trabajo.

La sombra permaneció quieta, recortándose sobre la lona, hasta que las voces se apagaron y no quedó nadie congregado frente a la tienda. Entonces London apartó la cortina y penetró, fatigado.

-Gracias -le dijo Mac-. Sabes tan bien como yo lo cerca que hemos estado del peligro. Los has mantenido a raya, London, vaya si los has mantenido a raya.

-Estaba asustado -confesó London-. No me juzgues mal, Mac, pero en el camino de regreso me he sorprendido a mí mismo deseando matarte. -Se echó a reír-. No sé por qué.

-Nadie lo sabe, pero así sucede. Cuéntanos qué ha ocurrido en la carretera.

-Los hemos planchado. Nos hemos limitado a arrollarlos como si no estuvieran allí. Nos han arrojado gases, y algunos de nuestros muchachos tosían y lloraban, pero maldita sea, esos polis aficionados no tuvieron la menor oportunidad. Algunos escaparon; bueno, creo que la mayoría. En cuanto a los demás, los hicimos pedacitos a puntapiés. ¡Menuda rabia llevaban dentro los muchachos!

-¿No dispararon contra vosotros?

-No. No han tenido tiempo. Dispararon al aire; supongo que pensaban detenernos así. Pero nosotros seguimos. A algunos polis les gusta tirar contra la gente, pero la mayor parte creo que no. Entonces los arrollamos y derribamos la barricada.

-¿Pasaron los coches?

-Ya lo creo. Ocho de ellos siguieron, cargados de hombres con muy mala uva.

-¿Habéis matado a algún poli?

-¿Eh? ¿Matar? No lo sé, no he mirado. Tal vez sí. Pudimos hacerlo. Apuesto a que no nos hubieran detenido ni con ametralladoras.

-Estupendo. Si pudiéramos controlar a nuestro antojo esta furia, conectándola y desconectándola, mañana mismo tendríamos nuestra revolución, y por la noche habríamos vencido. Los chicos han sido muy rápidos.

-Ibamos a la carrera. Recorrimos casi kilómetro y medio. De regreso, no podían más. Yo mismo me sentía mal, pues no estoy acostumbrado a correr.

-Ya, pero no creo que se deba a la carrera. Una cosa semejante le pone a uno enfermo. Apuesto a que un montón de gente está a estas horas vomitando el desayuno.

London pareció descubrir de pronto a Jim. Se acercó a él y le dio una palmada en la espalda.

-Tú lo impulsaste, Jim. Yo estaba allí, en pie, después de haber dejado a Burke fuera de combate y, maldita sea, no sabía qué hacer. Y los tipos que me rodeaban, tampoco. Entonces te vi hacerme señas y comprendí cómo debía actuar con ellos.

El rostro de Jim estaba iluminado por el placer.

-No sirvo de mucho, con mi hombro averiado. Estaba pensando en lo que dijo Mac de que un poco de sangre pondría a tono a la gente. ¿Recuerdas que lo dijiste, Mac?

-Pues claro que lo recuerdo, pero no estoy seguro de que en este caso se me hubiera ocurrido. No sé cómo lo hiciste, Jim. Todo el mundo pierde la cabeza, menos tú. He oído hablar de tu viejo. No era un genio, y sólo sabía luchar. No me explico dónde te enseñaron a utilizar el coco y a mantener las ideas claras.

-Tal vez se explique porque mi padre era tal como dices, pero mi madre era de una frialdad que daba escalofríos.

London flexionó la mano y contempló atónito sus nudillos aplastados.

-¡Cristo bendito! ¡Mirad esto!

-Como que te los has hecho polvo -observó Mac.

-Me los he hecho polvo atizándole a ese hijo de perra de Burke. Por cierto, ¿dónde está, Jim? Cuando le golpeé tuve la sensación de que le arrancaba la cabeza.

-Ignoro dónde está. Alguien se lo llevó de la plataforma.

-Será mejor que eche un vistazo. Es curioso que hasta ahora no me haya dado cuenta de cómo tengo la mano.

-Cuando se mezcla uno con el animal, no siente nada -sentenció Mac.

-¿Qué animal?

-Oh, es una especie de chiste. Me parece una buena idea que vayas a ver a Burke. Comprueba también cómo se sienten los muchachos. Imagino que a estas horas ya se han tranquilizado.

-Nunca más volveré a fiarme de ellos, ni me aventuraré a predecir lo que van a hacer. No me hubiera gustado estar al otro lado de esa barricada.

-Y a mí me ha gustado que estuvieras frente a esta tienda. Sin ti, es muy posible que Jim y yo estuviéramos ahora colgados de un manzano.

-Ha sido cosa de un minuto...

London apartó la cortina de lona y volvió a atarla. El sol no penetró en la tienda, pues ya era más de mediodía. Mac y Jim observaron a London alejarse, y se miraron de nuevo. Mac se acomodó en el colchón, y Jim no apartó de él la vista hasta que el primero dijo:

-¿Estás acusándome de algo?

-No. Sólo me estaba preguntando... Ahora que hemos vencido y que nuestros muchachos han expugnado la barricada, me parece que el peligro de perder es mayor que nunca. Hemos venido aquí a hacer algo, Mac. ¿Lo hemos echado todo a perder?

-Tú crees que somos demasiado importantes -le atajó Mac-, y también le concedes excesiva trascendencia a ese episodio. Si ahora mismo la huelga fracasara, no habría sido inútil, porque un montón de gente aún creía en esa patraña del noble obrero americano y en la colaboración entre capital y trabajo. En estos momentos, esa misma gente está desengañada; sabe lo mucho que el capital se preocupa por ella, y la prisa que se daría el capital en envenenarla como si se tratara de un hormiguero. Por Cristo, que les hemos enseñado dos cosas: qué son y qué pueden llegar a ser. Este último incidente les ha demostrado lo que serían capaces de hacer. ¿Recuerdas lo que la huelga de San Francisco supuso para Sam? Bueno, pues todos esos tipos van a convertirse un poco en Sam.

-Pero ¿tú crees que sus entendederas dan para tanto?

-No se trata de entendederas, Jim. Cuando todo esto termine, la idea les barrenará desde dentro. Sabrán sin necesidad de pensar.

-¿Qué crees que va a pasar ahora?

Mac se refrotó los dientes con un dedo.

-Supongo que nos van a arrojar de aquí, Jim. Tal vez esta tarde o esta noche.

-¿Y qué crees mejor: largarse o entablar una lucha?

-Entablar una lucha, si conseguimos que la gente se avenga a ello. Si se marcha, se llevará una impresión desfavorable de esto, pero si los hombres luchan será distinto, aunque les den una paliza. Entonces, valdrá la pena.

Jim apoyó el peso de su cuerpo en una rodilla.

-Si se presentan con armas, van a matar a muchos de los nuestros.

Mac entrecerró los ojos y su mirada se tornó dura.

-No estaría nada mal, Jim. ¿Que matan a alguno de los nuestros? Eso favorece a nuestro bando. Por cada hombre que maten, diez nuevos se unirán a nosotros. Las noticias se expanden por el país, los hombres las oyen y la furia les invade. Los tipos tibios se calientan, ¿comprendes? Pero si nos esfumamos y llega a saberse, los hombres dirán: "Ni siquiera fueron capaces de luchar", y los grupos de trabajadores perderán seguridad en sí mismos. Si luchamos y la noticia se difunde, otros hombres en las mismas condiciones lucharán también.

Jim apoyó la otra rodilla y descargó el peso del cuerpo en los talones.

-Quería entender bien la situación. ¿Lucharán los hombres?

-No lo sé. Ahora mismo no lo harían; están muy desanimados. Tal vez más tarde o si pudiéramos ofrecerles otro espectáculo como el de Burke. Burke asomó la cresta en el momento preciso en que lo necesitábamos. Alguien más, acaso, derrame un poco de sangre por la causa en el instante oportuno.

-Mac, si todo lo que se necesita es sangre, yo podría quitarme este vendaje y dejar que la herida sangrara.

-¡Qué tipo más gracioso eres! -dijo Mac con amabilidad-. Y, sin embargo, ¡tan serio!

-Pues yo no veo la gracia.

-¿Recuerdas la señora que estaba comprando un perro? Pregunta: "¿Está usted seguro que es un sabueso de pura sangre?" Y el tendero dice: "Desde luego. Óscar, sangra para la señora".

Jim sonrió levemente, y Mac continuó:

-No, Jim, eres más útil a la causa que un centenar de esos tipos.

-Bueno, pero una ligera pérdida de sangre no me va a perjudicar.

Mac se daba golpecitos nerviosos en el labio superior.

-Jim, ¿has visto alguna vez cuatro o cinco perros luchar entre sí?

-No.

-Si uno de esos perros es herido o derribado, los demás se revuelven contra él y lo matan.

-¿Y qué?

-Pues..., que los hombres a veces hacen lo mismo. No sé por qué. Me recuerda lo que el matasanos me dijo una vez: "Los hombres odian algo que está en ellos mismos".

-El matasanos era un tipo estupendo, pero con sus ideas no se va a ninguna parte; le meten a uno en un círculo vicioso.

-Aun así quisiera que estuviese aquí. ¿Sigue bien tu brazo?

-Perfectamente, pero procuro utilizarlo lo menos posible.

Mac se puso en pie.

-Anda, vamos a echar un vistazo. Quítate el chaquetón.

Jim le obedeció, y Mac le despegó el esparadrapo y le levantó el vendaje cuidadosamente.

-Tiene un magnífico aspecto, aunque está un poco infectada. Desecharé un par de vueltas de esta gasa. Ojalá estuviéramos en la ciudad para que pudieras recibir atenciones. Ahora colocaré esta parte limpia hacia dentro.

Presionó el esparadrapo en su lugar y lo sostuvo con firmeza hasta que el calor del cuerpo facilitó la adhesión.

-Es posible que encontremos al matasanos en la ciudad -aventuró Jim-. Decía cosas la mar de graciosas poco antes de desaparecer. A lo mejor se disgustó o se asustó, y optó por marcharse.

-Te ayudo a ponerte el chaquetón. Olvida eso: si el matasanos se hubiera disgustado, le habría ocurrido hace años. ¡Y mira que lo he visto yo en situaciones apuradas! Pues bien; jamás tuvo miedo.

Entró London y permaneció tranquilamente junto a la entrada. Su expresión reflejaba gravedad e inquietud.

-No lo he matado, pero casi. La fractura de mandíbula es terrible. Temo que muera si no le ve un médico.

-Podemos mandarlo a la ciudad, pero no creo que allí le cuiden muy bien.

-Su mujer la ha armado buena -continuó London-. Dice que va a denunciar por asesinato a todo el grupo, y que toda esta huelga se ha declarado para librarse de Burke.

-Aunque sólo fuera por eso, la huelga no habría resultado del todo inútil -comentó Mac-. Nunca me gustó ese bastardo. Siempre pensé que nos traicionaba. ¿Cómo siguen los ánimos de la gente?

-Los hombres están por ahí sentados, tal como dijiste. Su aspecto es enfermizo: como una banda de chicos que ha asaltado una pastelería.

-Claro. Ya han consumido toda la energía acumulada en una semana. Lo mejor será que Íes demos algo de comer, si podemos, y luego tal vez se echen a dormir. Tienes razón, London, necesitamos un médico. ¿Cómo se encuentra el tipo del tobillo roto?

-Mejor, pero también la está armando. Dice que no se lo han entablillado como es debido, y que le duele, y que nunca más volverá a andar. Todos esos gritos no son lo más adecuado para que los hombres mantengan alta la moral.

-Sí. Y también está Al. Me pregunto cómo se encontrará. Deberíamos ir a verlo. ¿Crees que siguen allí los centinelas que pusiste?

-- No lo sé -confesó London, encogiéndose de hombros.

-Bien. ¿Podemos disponer de media docena de tipos para que nos acompañen?

-No creo que consigas de ninguno que vaya a ninguna parte. Sólo quieren quedarse ahí mirándose los pies.

-¡Por Cristo! Iré solo, entonces. Al es un tipo estupendo.

-Te acompañaré, Mac -terció Jim.

-No. Tú te quedas aquí.

-No creo que nadie se meta contigo -aventuró London.

-Jim, quisiera que te quedaras -rogó Mac-. Imagina que nos agarran a los dos. No quedaría nadie aquí para continuar. Quédate, Jim.

-Iré. Ya he estado demasiado tiempo aquí sentado, cuidándome. ¿Por qué no te quedas tú y me dejas ir a mí?

-De acuerdo, chico -admitió Mac, con resignación-. Pero deberemos andarnos con cuidado y con los ojos abiertos. Procura mantener a la gente alta de moral, London, hasta que regresemos. Que coman algo de ternera con judías. Les da asco, pero es alimento. Muy pronto sabremos algo de aquellos coches.

-Creo que voy a abrir una lata de melocotones y algunas de sardinas -gruñó London-. La gente decía que guardaba un cargamento, apiladas hasta el techo. Os tendré algo preparado para cuando volváis.

Echaron a andar bajo el claro sol amarillo. Con aquella luminosidad, el campamento parecía destartalado y grisáceo. Desde que Burton desapareciera, se había acumulado basura: papeles y cuerdas. Había también ropa colgada en las tiendas. Mac y Jim abandonaron el campamento y el terreno circundante, para internarse en el pomar. Al llegar al límite de éste, Mac se detuvo. Sus ojos recorrieron lentamente el campo de visión en sentido horizontal y aconsejó:

-Ojo avizor, Jim. Probablemente es una locura que vayamos solos. Reconozco que no es sensato. -Estudió el pomar, cuyas largas y soleadas avenidas permanecían en silencio y desiertas- ¡Qué quietud! Resulta sospechosa. Hay demasiada tranquilidad. -Tomó una rama e hizo caer una manzanita que los recogedores habían olvidado-. ¡Dios mío, qué bien sabe! Se me habían olvidado las manzanas. Siempre olvido lo más sencillo.

-No veo moverse a nadie. Ni un alma.

-Avanzaremos siguiendo la línea de árboles. Así, nadie que mire una avenida nos verá.

Avanzaron despacio bajo los grandes manzanos. Sus ojos se movían sin descanso, vigilantes. Caminaban bajo las sombras que proyectaban ramas y hojas, y el sol les daba un suave calor intermitentemente.

-Mac, ¿crees que algún día podremos tomarnos unas vacaciones e ir donde no nos conozca nadie y sentarnos en un pomar?

-Al cabo de un par de horas estarías deseando volver.

-Nunca he tenido tiempo de mirar las cosas, Mac; nunca. Nunca he mirado brotar las hojas, nunca he observado cómo suceden esas cosas. Esta mañana había una hilera de hormigas en el suelo de la tienda, y no he podido contemplarlas porque estaba pensando en otra cosa. Alguna vez me gustaría sentarme todo el día mirando los insectos, sin pensar en nada más.

-Y acabarías chalado. Ya son bastante malos los hombres, pero los insectos te harían perder la chaveta.

-Aún así, de vez en cuando se experimenta esa sensación... Yo nunca miro nada, nunca me tomo el tiempo de ver. Esto se está terminando, y yo ni siquiera sabré..., cómo crece una manzana.

Avanzaban despacio. Los ojos inquietos de Mac vagaban por los espacios entre los árboles.

-No puedes verlo todo. Una vez tomé vacaciones y me fui a los bosques del Canadá. Bueno, pues al cabo de un par de días regresé a toda prisa. Deseaba jaleo, estaba hambriento de líos.

-Bien, pero me gustaría probar alguna vez. El viejo Dan habla de una manera sobre los bosques...

-¡Maldita sea, Jim, no puedes tenerlo todo! Nosotros hemos conseguido algo que el viejo Dan nunca tuvo. No puedes tenerlo todo. Dentro de pocos días estaremos de regreso en la ciudad, y tan ansiosos de vernos metidos en otro follón, que nos morderemos las uñas. Encuanto a ti, te tomarás un descanso hasta que ese hombro esté sano. Te llevaré a una pensión de mala muerte donde podrás observar todos los insectos que quieras. Mantente pegado a una línea de árboles; eres tanvisible como una vaca en la ladera de una colina.

-¡Qué bien se está aquí!

-Demasiado. Me asusta pensar que haya una trampa en algún sitio.

A través de los árboles pudieron ver la casita blanca de Anderson, su empalizada y los geranios encendidos de la entrada.

-No hay nadie por los alrededores -dijo Jim.

-Tanto mejor.

Al llegar a la última hilera, Mac se detuvo de nuevo y dejó que sus ojos vagaran por el descampado. Del gran cuadro negro del suelo, donde estuviera el granero, aún se escapaba una humareda perezosa y acre. Más allá se levantaba el aljibe, blanco, alto, solitario.

-Parece que todo está en orden -observó Mac-. Vayamos por detrás.

Trató de abrir la cancela sigilosamente, pero el pestillo chasqueó y los goznes chirriaron. Luego recorrieron el breve sendero que se dirigía al porche, con su amarillenta enredadera. Mac llamó a la puerta. Una voz, desde el interior, preguntó:

-¿Quién es?

-¿Eres tú Al?

-Sí.

-¿Estás solo?

-Sí. ¿Quien eres?

-Mac.

-Oh, entra, Mac. La puerta no tiene el cerrojo echado.

Penetraron en la cocina. Al yacía en su estrecha cama adosada a la pared. Parecía haber adelgazado en pocos días, y la piel de su cara colgaba flaccida.

-Hola, Mac. Creía que no iba a venir nadie. Mi viejo se ha marchado a primera hora.

-Tratamos de venir antes, Al. ¿Qué tal las heridas?

-Duelen mucho, y cuando uno está solo el sufrimiento se acentúa. ¿Quién incendió el granero, Mac?

-Los vigilantes. No tienes idea de cuánto lo hemos sentido. Contábamos con centinelas apostados, pero los alejaron con una estratagema.

-Mi viejo se ha pasado la noche dándose a todos los demonios, Mac. No ha parado de hablar. Me la ha estado armando cuatro veces por hora a lo largo de la noche.

-Lo sentimos en el alma.

Al sacó una mano de entre las cobijas y se rascó la mejilla.

-Yo sigo a vuestro lado, Mac, pero el viejo quiere echaros. Esta mañana fue a solicitar del sheriff que os expulsen. Dice que os habéis instalado ilegalmente y que quiere veros fuera. Afirma que ha sido castigado por haber escuchado a tipos como vosotros, y que yo puedo irme al diablo si continúo apoyándoos. Estaba loco de rabia, Mac.

-Me lo temía, Al. Escucha: sabemos que sigues con nosotros, ¿de acuerdo? No creo que esté bien entristecer a ese viejo más de lo que está. No serviría de nada. Tú haces como que te pones de su parte y nosotros lo comprenderemos, Al. Puedes mantenerte en contacto connosotros, eso sí. No sabes cuánto lamento lo de tu viejo.

Al suspiró profundamente.

-Me preocupaba que pensarais que os había traicionado. Si tú sabes que no es así, le seguiré la corriente al viejo.

-Así ha de ser, Al. Te daremos un empujoncito en la ciudad. Por cierto: ¿vino anoche el matasanos?

-No. ¿Por qué?

-Se disponía a venir antes de declararse el incendio, y ya no ha regresado.

-¡Jesús! ¿Y qué creéis que le ha ocurrido?

-Temo que le hayan echado el guante a ese pobre diablo.

-Os están achuchando de lo lindo, ¿eh?

-Sí. Pero los nuestros les han dado una buena paliza esta mañana. Claro que si tu viejo nos echa, supongo que mañana se arrojarán sobre nosotros.

-La cosa se hunde, ¿verdad, Mac?

-Eso no significa nada. Hemos hecho lo que vinimos a hacer, y esto no parará, Al. Tú debes limitarte a reconciliarte con tu viejo, y a decirle que no te enredarán nunca más. -Aguzó el oído-. ¿Viene alguien?

Atravesó la cocina a toda prisa y se dirigió a una de las ventanas que daban a la fachada principal.

-Es mi viejo -informó Al-. Reconozco sus pasos.

Mac se volvió.

-Me gustaría comprobar si alguien le acompaña. No; va solo. Creo que podríamos escabullimos, pero prefiero presentarle mis excusas.

-Será mejor que no lo hagas -le aconsejó Al-. No te escuchará una sola palabra. Os odia a muerte.

Los pasos resonaron en el porche, y la puerta se abrió. Anderson se paró en seco, sorprendido y furioso.

-¡Maldita sea! -exclamó-. ¡Largo de aquí, bastardos! Acabo de hacer las gestiones necesarias para echarles. El sheriff se pre sentará a expulsar de mis tierras a toda su gentuza.

Su pecho se hinchaba y deshinchaba violentamente, a causa del furor que le embargaba.

-Tan sólo queríamos pedirle perdón -dijo Mac-. Nosotros no quemamos el granero; lo hicieron unos chicos de la ciudad.

-¿Y a mí qué diablos me importa quién lo hizo? Está quemado, y también la cosecha. ¿Qué saben ustedes, malditos, acerca de eso?

Seguro que ahora me echarán de aquí. -Sus ojos se humedecieron a causa de la rabia-. Ustedes, bastardos, nunca han sido propietarios de nada, nunca han plantado árboles, ni los han visto crecer, ni los han sentido en sus manos. Jamás han tenido nada, jamás han tocado sus propios manzanos con las manos. ¿Qué saben?

-Nunca se nos dio una oportunidad para poseer algo -replicó Mac-. Nos hubiera gustado tener algo y plantar árboles.

Anderson ignoró sus palabras.

-Escuché sus promesas y miren lo que ha pasado. Toda la cosecha quemada. Me embargarán.
-¿Y qué se ha hecho de los perdigueros? -preguntó Mac.
Anderson apoyó lentamente las manos en los costados. A sus ojos asomó una expresión implacable de odio. Despacio y con suavidad dijo:
-La perrera..., estaba..., adosada al granero.
Mac se volvió hacia Al y asintió. Por un momento, Al le dirigió una mirada interrogativa, y luego frunció el ceño.
-El tiene razón. Vosotros, muchachos, os podéis ir al infierno y no volváis más.
Anderson corrió hacia la cama y se quedó en pie junto a ella.
-Les podría echar a tiros ahora mismo, pero el shenff lo hará por mí, y muy pronto.
Mac tocó a Jim en el brazo, y salieron cerrando la puerta. Sin preocuparse de mirar en derredor, traspusieron la cancela. Mac apretó tanto el paso, que Jim tuvo que hacer un esfuerzo para mantenerse a su altura. El sol estaba ya bajo, y proyectaba las sombras de los árboles a través de las avenidas. El viento agitaba con suavidad las ramas, de modo que árboles y suelo parecían estremecerse nerviosamente.
-Hay que ver las cosas con claridad -dijo Mac-. Te encuentras con un tipo herido, con alguien como Anderson, que está deshecho, o con que un poli a caballo arrolla a una chica judía. Entonces tú piensas: y todo eso ¿para qué demonios? Pero a continuación consideras que millones de personas se mueren de hambre, y otra vez comprendes que vas por buen camino, que merece la pena. Sin embargo, te ves obligado a avanzar a saltos, presionado por las imágenes que se te ponen ante la vista. ¿A tí nunca te ha parecido que es así, Jim?
-Propiamente no. Hace poco vi morir a mi madre; parece que han transcurrido años, pero en realidad ha pasado poco tiempo. Ella no quería hablarme; se limitaba a mirarme. Se sentía tan herida que ni siquiera reclamó un sacerdote. Creo que aquella noche algo se consumió dentro de mí. Lo lamento por Anderson, pero ¡al diablo! Si yo estoy dispuesto a sacrificar mi vida entera, él bien puede sacrificar un granero.
-Para muchos de esos tipos, la propiedad es más importante que sus vidas.
-Despacio, Mac. ¿Por qué tanta prisa? Yo me fatigo en seguida.
Mac aflojo un poco el paso.
-Ya sabía yo a qué había ido a la ciudad. Quiero estar de regreso antes de que ocurra algo. Ignoro lo que va a hacer ese sheriff, pero se sentirá muy feliz de echarnos.
Siguieron caminando en silencio por la blanda y oscura tierra, con las sombras danzando sobre ellos. Al llegar al terreno baldío, avanzaron más despacio.
-Bueno, después de todo aún no ha ocurrido nada -observó Mac.
El humo se alzaba lentamente de las cocinas.
-¿Dónde crees que están todos los muchachos? -preguntó Jim.
-Durmiendo su borrachera de ira, digo yo. No sería mala idea que también nosotros durmiéramos un poco. Es probable que debamos pasar toda la noche en pie.
London fue a su encuentro.
-¿Todo en orden? -preguntó Mac.
-Sí, no hay novedad.
-Sabrás que yo estaba en lo cierto: Anderson ha ido a solicitar del sheriff que nos expulse.
-¿Y bien?
-Esperaremos. No digas nada a los muchachos.
-Tal vez estabas en lo cierto respecto a esa cuestión, pero en lo que te has equivocado por completo es en lo que iba a comer la gente. Nos hemos quedado sin víveres; no queda ni una sola judía. He apartado para vosotros un par de latas; las tengo en mi tienda.
-Es posible que no necesitemos más comida.
-¿Qué quieres decir?
-Probablemente ninguno de nosotros esté aquí mañana.
Una vez en la tienda, London señaló un par de latas colocadas sobre un cajón, y preguntó:
-¿Supones que el sheriff tratará de expulsarnos?
-Estoy convencido, maldita sea. No va a desperdiciar una ocasión como ésta.
-¿Crees que va a liarse a tiros ya de entrada o que va a darnos una oportunidad?

-¡Qué sé yo! ¿Dónde están los hombres?

-A cubierto, dormidos.

-He oído un coche; tal vez nuestros muchachos estén ya de regreso.

London aguzó el oído.

-Demasiado grande. Es un vehículo de los de ellos.

Salieron corriendo. Por la carretera de Torgas avanzaba un camión Mack de gran tonelaje. Su cara era de acero, soportada por un par de ruedas dobles. Se situó frente al campamento y se detuvo. Un hombre emergió de la caja de acero, llevando en las manos un subfusil ametrallador, provisto de un gran cargador cilindrico, situado detrás de la empuñadura anterior. Las cabezas de otros hombres asomaban por los lados del camión. Los huelguistas empezaron a salir apresuradamente de sus tiendas.

El hombre en pie gritó:

-¡Soy el sheriff de este condado! Si hay aquí algún responsable, deseo verlo.

La multitud se aproximó más y más, y se quedó mirando el camión con curiosidad. Mac recomendó en voz baja:

-Cuidado, London, que podrían dispararnos. Ahora tendrían ocasión de hacerlo si quisieran.

Se adelantaron hasta el límite de la carretera, y allí se detuvieron. El gentío, por su parte, se alineó siguiendo la cuneta.

-Yo soy el jefe, señor -se presentó London.

-Bien. Se ha presentado ante mí una denuncia por ocupación indebida de tierras. Hemos jugado limpio con ustedes. Les hemos pedido que se reincorporasen al trabajo o, si preferían hacer huelga, que la llevaran a cabo pacíficamente. Ustedes, en cambio, han destruido propiedades y han cometido un homicidio. Esta mañana enviaron a unos hombres a que destruyeran propiedades, por lo que algunos han resultado alcanzados por nuestros disparos, mientras el resto ha ingresado en prisión. -Bajó la mirada hacia los hombres del camión, y luego volvió a levantarla-. Ahora no deseamos derramamiento de sangre, de modo que vamos a permitirles que se vayan. Tienen toda la noche para marcharse. Si toman directamente la ruta hacia el límite del condado, nadie les molestará. Pero si este campamento continúa aquí al amanecer, les desalojaremos por la fuerza.

Los hombres permanecían en pie, en silencio, contemplándole. Mac susurró algo a London, el cual declaró:

-La ocupación de un terreno no le da a usted derecho a disparar contra la gente.

-Tal vez no, pero la resistencia a la autoridad, sí. Le repito que estoy jugando limpio con ustedes, así que ya saben lo que les espera. Al amanecer vendrá un centenar de hombres, en diez camiones como éste. Cada hombre irá provisto de un arma de fuego. Además, disponemos de tres cajas de bombas Mills. Aquellos de ustedes que estén enterados, pueden explicarles a los demás qué es una bomba Mills. Nada más. Con ustedes, se acabaron las bromas. Tienen hasta el amanecer para abandonar el condado. Eso es todo. -Se inclinó hacía adelante y dijo-: Ya podemos irnos, Gus.

Desapareció de la vista, tras el lateral de acero. Las ruedas giraron lentamente, y fueron ganando velocidad.

Uno de los huelguistas saltó a la cuneta y recogió una piedra. Permaneció sosteniéndola en su mano mientras contemplaba alejarse el camión. Una vez éste hubo desaparecido de la vista, los hombres regresaron al campamento.

-Bueno, eso suena como un ultimátum -comentó London, sus pirando-. Parece que la cosa va en serio.

-Tengo hambre -dijo Mac, en tono que denotaba impaciencia-. Voy a comerme mis judías.

Sus dos amigos le siguieron a la tienda, donde ingirió la comida rápida y ávidamente.

-Espero que tú te hayas reservado algo, London.

-¿Yo? Oh, sí. ¿Qué vamos a hacer ahora, Mac?

-Luchar.

-Bueno, pero si se presenta con todo el material que ha dicho, incluidas las bombas, vamos a tener tantas oportunidades de luchar como el ganado en el corral.

-¡Y un cuerno! -rebatió Mac, y de su boca se escapó un escupitajo de judías mascadas-. Si contara con ese material, no necesitaría hablarnos de él. Sencillamente, espera que nos asustemos hasta el punto de no presentar batalla. Si nos vamos esta noche, nos cazarán. Ésos jamás hacen lo que dicen.

London miró a Mac a la cara, fijando la vista en sus ojos.

-¿Seguro, Mac? Tú dijiste que yo estaba a tu lado. ¿Estás ocultando algo?

-Debemos luchar -insistió Mac, desviando la mirada-. Si nos marchamos con el rabo entre piernas, todo lo pasado será en vano.

-Pero si luchamos, caerá un montón de tipos que no han hecho mal a nadie.

Mac colocó su comida, sin terminar, sobre el cajón y dijo:

-Piensa que en la guerra un general sabe que va a perder hombres, y esto de ahora es una guerra. Si echamos a correr o permanecemos aquí sin luchar, perdemos terreno -Por un momento, se cubrió los ojos con la mano-. London, la responsabilidad es tremenda. Sé lo que deberíamos hacer, pero tú eres el jefe, y en nombre de Cristo haz lo que quieras. No me conviertas en el único culpable.

-Es que tú tienes experiencia -se lamentó London-. ¿Realmente crees que debemos luchar?

-Sí, debemos.

-Bueno, pues al diablo con todo: lucharemos..., si logramos convencer a la gente.

-Claro. Pueden abandonarnos uno por uno. Los que han oído al sheriff se lo contarán a los demás, y hasta es posible que se vuelvan contra nosotros y nos hagan responsables de la situación.

-En cierto modo, desearía que se fueran -confesó London-. ¡Pobres bastardos! ¡No saben nada! Pero, tal como dices, si piensan largarse, que lo hagan cuanto antes. ¿Y qué hay de los heridos? Burke, el viejo Dan, el tipo del tobillo fracturado...

-Hay que dejarlos. No podemos hacer otra cosa. El condado cuidará de ellos.

-Voy a echar un vistazo por ahí -decidió London-. Estoy más nervioso que un gato.

-No eres tú el único.

Cuando se hubo marchado, Jim dirigió una mirada a Mac, empezó a comer las judías frías con trozos de ternera, y preguntó:

-¿Tú crees que lucharán? ¿Y que realmente les dejarán marcharse, si optan por abandonar?

-Por lo que respecta al sheriff, sí. A él lo único que le interesa es deshacerse de ellos. Pero no me fío de los vigilantes.

-No van a tener nada para comer esta noche, Mac. Si ahora ya están asustados, no va a ser una cena lo que les dé ánimos.

Mac apuró su lata y la arrojó al suelo.

-Jim, si yo te pidiera que hicieras algo, ¿lo harías?

-No lo sé. ¿De qué se trata?

-El sol va a ponerse muy pronto, y se hará de noche. Van a ir por nosotros, Jim, no te engañes en cuanto a eso, y con las peores intenciones. Así que quiero que te vayas en cuanto anochezca, que te quites de en medio y regreses a la ciudad.

-¿Y por qué diablos habría de hacer eso?

Los ojos de Mac recorrieron el rostro de Jim y se fijaron de nuevo en el suelo.

-Cuando me vine para aquí me consideraba el no va más; sin embargo, resulta que tú vales por diez como yo, Jim. Ahora lo sé. Si algo me ocurriera, hay un montón de tipos en condiciones de sustituirme, pero tú tienes talento para esta clase de trabajo. No podemos desperdiciarte, Jim. Si se te cargaran en una huelguecita de tres al cuarto haríamos un mal negocio.

-No lo creo yo así. Nuestros hombres están para ser utilizados, no preservados. No puedo marcharme. Tú mismo dijiste que esto era una parte del todo; una parte pequeña, pero importante.

-*Quiero* que te vayas, Jim. Con ese brazo no puedes luchar, y aquí no eres bueno para nada. No estás en condiciones de ayudar de ninguna manera.

-Pues no me iré -la expresión de Jim se tornó dura-. Para algo serviré aquí. Te pasas el tiempo protegiéndome, Mac; a veces tengo la sensación de que no me proteges para el Partido sino para ti mismo.

Mac enrojeció de ira.

-¡Muy bien, pues! Que te partan la cabeza. Yo ya te he dicho lo que creo mejor, pero tú erre que erre. O sea que he cumplido. Me largo y haz lo que te dé la gana.

Mac abandonó la tienda, furioso. Jim dirigió la mirada hacia el fondo y pudo distinguir la silueta del rojo sol a través de la lona. Levantó la mano y se tocó el hombro herido: lo presionó con suavidad con un movimiento circular que se iba estrechando en torno a la herida, y se estremeció ligeramente cuando sus dedos exploradores se aproximaron al lugar del impacto. Luego permaneció sentado tranquilamente durante largo rato.

Oyó unos pasos junto a la entrada y dirigió allí la vista. Lisa permanecía en pie, con el niño en brazos. Jim podía ver, más allá de la joven, la fila de viejos coches junto a la carretera, y al otro lado de ésta, el sol que iluminaba las copas de los árboles, aunque las avenidas que se abrían entre las hileras de manzanos ya estaban en sombras. Lisa miró el interior de la tienda, con la curiosidad propia de un pájaro. Su cabello estaba húmedo, aplastado contra el cráneo, peinado en pequeños y desiguales rizos hechos con los dedos. La corta manta que le cubría los hombros le caía formando pliegues y la sostenía contra un costado con una especie de coquetería.

-He visto que estabas solo.

Se acercó al colchón, se sentó en él y se recogió el vestido a rayas muy arriba, mostrando las piernas.

-He oído decir que los polis tirarán bombas y nos matarán a todos -dijo sencillamente.

-Eso no parece asustarte mucho -comentó Jim, sobreponiéndose a su confusión.

-No, a mí nunca me han asustado esas cosas.

-Los polis no te causarán daño. Ni creo de ningún modo que hagan lo que has dicho. Es un farol que se han tirado. ¿Querías algo?

-Pensé venir a sentarme. Me gusta..., sentarme aquí.

-Yo te gusto, ¿verdad, Lisa? -preguntó Jim sonriendo.

-Sí.

-A mí también me gustas tú, Lisa.

-Me ayudaste cuando lo del niño.

-¿Cómo sigue el viejo Dan? ¿Le has estado cuidando?

-Está muy bien. Allí continúa farfullando.

-Mac te ayudó más que yo.

-Sí, pero no me mira..., con buenos ojos. Me gusta oírte hablar. Eres un chico joven, pero hablas bien.

-Hablo demasiado, Lisa. El que habla mucho hace pocas cosas. Mira cómo está anocheciendo. No tardaremos en encender la lámpara; tú no querrías estar aquí sentada conmigo a oscuras.

-No me importaría -se apresuró a decir Lisa.

Jim la miró de nuevo a los ojos, y su propio rostro reflejó agrado.

-¿No te has dado nunca cuenta, Lisa, de que al anochecer se piensa en cosas que sucedieron hace mucho tiempo..., y no en aquello que nos importa? Una vez, en la ciudad, cuando era niño, se estaba poniendo el sol tras la empalizada. Bueno, pues un gato gris se subió a ella y se quedó un momento sentado en lo alto. Era un gato de pelo largo, y por un instante aquel gato se volvió de oro: un gato dorado.

-Me gustan los gatos -comentó Lisa con voz suave-. En otro tiempo tuve dos.

-Mira: el sol casi se ha ocultado, Lisa. Mañana estaremos quién sabe dónde. Me pregunto dónde. Tú de viaje, supongo. Yo tal vez en la cárcel. Ya estuve antes.

London y Mac penetraron silenciosamente en la tienda. El primero se quedó mirando a la muchacha.

-¿Qué estás haciendo aquí, Lisa? Será mejor que te marches.

Tenemos cosas de que tratar.

Lisa se levantó y se arropó en la manta. Al pasar, miró a Jim de reojo.

-No sé lo que pasa -dijo London-. Ahí afuera se están celebrando diez reuniones a la vez, y no me han pedido que asista a ninguna.

-Ya. La gente está asustada -concluyó Mac-. Ignoro qué hará, pero querría largarse esta noche.

La conversación se extinguió. London y Mac tomaron asiento en sendos cajones, frente a Jim. El sol se puso, y la penumbra empezó a invadir la tienda. Por último, Jim dijo con voz suave:

-Aunque la gente se vaya, no todo habrá sido inútil. Ha trabajado un poco solidariamente.

-Sí -convino Mac, como despertándose-, pero debemos defender la última posición.

-¿Cómo vas a lograr que los hombres luchen cuando lo que quieren es echar a correr? -inquirió London.

-No lo sé. Podemos hablarles, tratar de persuadirles para que luchen.

-Cuando tienen miedo, los discursos no son lo más indicado.

-Lo sé.

Se hizo de nuevo el silencio. Podían oir el rumor contenido de muchas conversaciones en el exterior; voces dispersas que gradualmente confluyeron hasta producir un ruido como de agua al correr.

-¿Tienes una cerilla, London? Enciende la linterna -propuso Mac.

-Aún no es de noche.

-Hay la suficiente oscuridad. Enciéndela. Esta maldita penumbra me pone nervioso.

La pantalla rechinó cuando London la levantó, y volvió a rechinar cuando la colocó otra vez en su sitio. Mac tenía una expresión de alarma pintada en el rostro.

-Algo ha ocurrido. ¿Qué es lo que no marcha?

-Son los hombres -repuso Jim-. Ahora están silenciosos, se han callado.

Los tres permanecieron sentados, aguzando el oído. Oyeron pasos que se acercaban, y en la entrada aparecieron los dos italianos bajitos. Sonreían cohibidos, mostrando la dentadura.

-¿Se puede?

-Adelante; entrad, muchachos.

Se quedaron en pie en medio de la tienda, como alumnos que se disponen a recitar la lección. Se miraron uno a otro, como invitándose a empezar. Uno dijo.

-Los hombres de ahí afuera..., desean convocar una asamblea.

-Ah, ¿sí? ¿Y para qué?

-Esos hombres dicen que si votaron la huelga pueden volver a votar -se apresuró a responder el otro italiano-. Dicen: “¿De qué servirá que maten a todo el mundo?" No quieren seguir la huelga.

Permanecieron silenciosos, aguardando la respuesta de London. Los ojos de éste buscaron el consejo de Mac, que se mostró de acuerdo:

-Pues claro que puedes convocar una asamblea. Los hombres son los que mandan, y se hace lo que ellos dicen. -Levantó la mirada hacia los expectantes emisarios-. Id y decid a la gente que London convoca una asamblea para dentro de una media hora, a fin de votar si luchamos o echamos a correr.

Miraron a London en demanda de aprobación, y él asintió lentamente con la cabeza.

-Eso es. Dentro de una media hora. Haremos lo que la gente decida con su voto.

Los hombrecillos hicieron sendas reverencias, dieron media vuelta y abandonaron la tienda. Mac se echó a reir ruidosamente y dijo:

-¡Esto es estupendo! ¡La cosa marcha mejor de lo que pensaba! Creí que iban a escaquearse, pero si quieren votar, eso significa que aún actúan solidariamente. ¡Oh, qué estupendo! No pueden romper la huelga por propia iniciativa.

-Pero ¿no vas a tratar de que vayan a la lucha? -preguntó Jim.

-¡A ver! Tenemos que hacer planes en ese sentido. Pero si no quieren luchar, tampoco se escabullirán como perros. Se trataría más bien de una retirada organizada, ¿comprendes? No es lo mismo que ser expulsados.

-¿Qué haremos durante la asamblea? -preguntó London.

-Bueno, veamos... Casi es de noche. Primero habla tú, London, y diles que deberían luchar, no correr. Será mejor que esta vez yo no intervenga. No les caigo demasiado bien desde que esta mañana los he mandado a paseo. -Sus ojos se dirigieron a Jim-. Tú hablarás: esta es tu oportunidad. Procura arrastrarlos. Habla, Jim, habla. Es lo que has estado deseando.

Los ojos de Jim brillaron de emoción y exclamó:

-¡Puedo quitarme este vendaje y dejar manar la sangre! Tal vez eso los excitará.

Mac entrecerró los párpados y reflexionó sobre la cuestión.

-No -decidió-. Excitarlos de ese modo sería útil si inmediatamente después pudieran lanzarse al combate, pero si los mandas que vayan a sentarse, no tardarán en desmoralizarse. No, Jim; limítate a hablarles. Diles sin rodeos lo que una huelga significa, cuan poco importa una pequeña batalla en el conjunto de una guerra. Puedes hacerlo, Jim.

Jim se puso en pie de un salto.

-Tienes toda la razón cuando dices que puedo hacerlo. Estoy a punto de sofocarme, pero puedo hacerlo.

Su rostro estaba transfigurado. Un brillo furioso de energía parecía brotar de él. Oyeron pasos precipitados, y un adolescente penetró corriendo en la tienda, gritando:

-¡En el pomar! Hay allí un tipo que dice ser médico. Está mal herido.

Los tres se levantaron.

-¿Dónde?

-Al otro lado. Dice que lleva allí tirado todo el día.

-¿Cómo lo encontrasteis? -preguntó Mac.

-Le oí quejarse. Me dijo que viniera y les avisara a ustedes.

-Muéstranos el camino. Vamos, a toda prisa.

El muchacho se volvió y echó a correr. Mac gritó:

-¡London, trae la linterna!

Mac y Jim corrieron codo con codo. Era casi completamente de noche. Delante, veían la figura fugitiva del chico. Se precipitaron a través del espacio abierto, y el adolescente alcanzó la hilera de árboles y se sumergió entre ellos. Podían oírle más allá, y a su vez se internaron a la carrera bajo la oscura sombra de los manzanos. De pronto, Mac alcanzó a Jim.

-¡Jim! ¡Al suelo, por los clavos de Cristo!

Se oyó un estampido, y se abrieron dos grandes agujeros de luz. Mac se había echado cuan largo era, y oyó los pasos de varias personas que huían corriendo. Miró en dirección a Jim, pero los destellos aún le quemaban la retina. Gradualmente, pudo distinguir a Jim. Estaba de rodillas, con la cabeza caída.

-Menos mal que has sido rápido, Jim.

Pero Jim no se movía. Mac se le acercó, avanzando a gatas.

-¿Te han dado, Jim?

Seguía apoyado en las rodillas, con la cara contra el suelo. Mac alargó la mano para levantarle la cabeza.

-¡Oh, Cristo! -exclamó, retirando la mano y limpiándosela en los pantalones.

Jim ya no tenía cara. Mac paseó lentamente la mirada en derredor, por encima de su hombro. La linterna parecía dar saltos en dirección a él, iluminando las piernas de London, que gritó:

-¿Dónde estáis?

Mac no contestó. Se sentó sobre los talones, y se quedó muy quieto, contemplando la figura arrodillada, que continuaba en la postura de un musulmán en oración. Por fin los distinguió London. Se acercó, se detuvo, y la linterna proyectó un círculo de luz.

-¡Oh! -Y levantando la linterna y mirando hacia abajo-: Una escopeta de caza, ¿verdad?

Mac asintió y se miró la mano, viscosa a causa de la sangre. London observó a Mac y sintió un escalofrío al advertir su expresión helada. Mac se levantó con gesto de autómata, se inclinó, levantó el cuerpo de Jim y se lo cargó al hombro, como si fuera un saco. La cabeza, chorreando sangre, colgaba a su espalda. Echó a andar con paso rígido, en dirección al campamento.. London iba tras él, alumbrando con la linterna.

El claro estaba repleto de curiosos que se habían ido aproximando, hasta que retrocedieron al ver la carga que transportaba Mac. Este avanzó hacia ellos, como si no los viera. Atravesó el

claro, pasó ante las cocinas y se dirigió hacia la plataforma, seguido por la multitud silenciosa. Depositó el cuerpo al pie de la barandilla y se encaramó al estrado. Una vez arriba, arrastró el cadáver sobre los tablones y lo dejó incorporado, apoyándolo contra uno de los postes situados en los ángulos. Como se deslizaba hacia un lado, lo volvió a colocar con el tronco recto.

London mantenía la linterna en alto. Mac se la cogió y la colocó cuidadosamente en el suelo, junto al cuerpo, de tal manera que la luz incidiera en la cabeza del muerto. Se puso en pie, dio frente al gentío y sus manos se aferraron a la barandilla. Sus ojos, muy abiertos, parecían blancos. Ante él podía ver a la masa de hombres, con los ojos brillantes a causa del destello de la lámpara. Más allá de la primera fila, los congregados aparecían como una aglomeración uniforme y oscura. Mac se estremeció. Movió la mandíbula para hablar, y le pareció que estaba rompiendo el hielo que se la mantenía inmovilizada. Su voz brotó elevada y monótona:

-Este muchacho no quería nada para sí mismo... -empezó. Sus nudillos estaban blancos a causa de la fuerza con que se aferraba a la barandilla-. ¡Camaradas! Él no quería nada para sí mismo...